

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
PARA NIÑOS PECULIARES

2

LA CIUDAD DESOLADA

RANSOM RIGGS



CROSS
BOOKS

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

CITA

PERSONAJES PECULIARES

PRIMERA PARTE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

SEGUNDA PARTE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Para Tahereh

Y he aquí que viene el bote hacia nosotros,
Un viejo cano, de cabello antiguo,
Gritando: «¡Ay de vosotras, almas perversas!

»No esperéis nunca contemplar el cielo.
»Vengo a llevaros hasta la otra orilla;
»A la eterna tiniebla, al fuego, al hielo.

»Y tú que aquí te encuentras, ánima viva,
»¡Aléjate de estos, que están ya difuntos!».
Pero viendo que yo no me marchaba...

Infierno, Canto III
DANTE ALIGHIERI

PERSONAJES PECULIARES



JACOB PORTMAN

Nuestro héroe, capaz de ver e intuir espíritus huecos



EMMA BLOOM

Niña capaz de crear fuego con las manos, relacionada en su día con el abuelo de Jacob



ABRAHAM PORTMAN
(FALLECIDO)
Abuelo de Jacob, murió víctima de un espíritu hueco



BRONWYN BRUNTLEY
Niña excepcionalmente fuerte



MILLARD NULLINGS
Niño invisible, erudito de todas las cosas peculiares



OLIVE ABROHOLOS ELEPHANTA
Niña más ligera que el aire



HORACE SOMNUSSON
Niño que tiene visiones y sueños premonitorios



ENOCH O'CONNOR
Niño capaz de revivir a los muertos por breves periodos de tiempo



HUGH APISTON

Niño que domina y protege las numerosas abejas que habitan en su estómago



CLAIRE DENSMORE

Niña con una boca adicional en la parte posterior de la cabeza; la más pequeña de los niños peculiares de Miss Peregrine



FIONA FRAUENFELD

Niña callada con un talento peculiar para hacer crecer las plantas



ALMA LEFAY PEREGRINE

Ymbryne, cambiaforma, manipuladora del tiempo. Directora del bucle de Cairnholm. Arrestada en forma de pájaro



ESMERELDA AVOCET

Ymbryne cuyo bucle sufrió el ataque de los corruptos. Secuestrada por
wights

FRANKLIN PORTMAN

Padre de Jacob. Aficionado a las aves, aspirante a escritor

DOCTOR GOLAN

(FALLECIDO)

Wight que se hace pasar por psiquiatra para engañar a Jacob y a su familia.
Asesinado posteriormente por Jacob

MARYANN PORTMAN

Madre de Jacob. Heredera de la segunda cadena de tiendas abiertas las
veinticuatro horas más importante de Florida.

RALPH WALDO EMERSON

(DECEASED)

Ensayista, conferenciante, poeta

RICKY PICKERING

El único amigo normal de Jacob

PRIMERA PARTE



UNO

Cruzamos el puerto a remo, pasamos junto a embarcaciones que se balanceaban al son de las olas, supurando herrumbre entre las juntas, por delante de jurados de silenciosas aves marinas perchadas en lo alto de los restos de embarcaderos casi sumergidos y cubiertos de percebes, por delante de pescadores que abandonaban sus redes para mirarnos glacialmente a nuestro paso, sin saber muy bien si éramos reales o imaginarios; una procesión de fantasmas desfilando por el agua, o de futuros fantasmas. Éramos diez niños y un pájaro a bordo de tres inestables barquitas, remando con silenciosa intensidad hacia mar abierto, el único puerto seguro en muchos kilómetros a la redonda alejándose con rapidez a nuestras espaldas, agreste y mágico, bajo la luz azul dorada del amanecer. Nuestro objetivo, la tortuosa costa de Gales, estaba en algún lugar delante de nosotros pero apenas era visible, un borrón de tinta acuclillado en el lejano horizonte.

Pasamos frente al viejo faro, plácido en la distancia, escenario de tanto dolor la noche anterior. Era allí donde, con las bombas explotando sin cesar a nuestro alrededor, habíamos estado a punto de hundirnos, a punto de ser destrozados por las balas; donde había cogido una pistola, apretado el gatillo y matado a un hombre, un acto todavía incomprensible para mí; donde habíamos perdido a Miss Peregrine para recuperarla después —arrancada de las mandíbulas de acero de un submarino—, aunque la Miss Peregrine que había vuelto a nosotros estaba maltrecha, necesitada de una ayuda que no sabíamos cómo darle. Permanecía ahora asentada en la popa de la barca, viendo desvanecerse el santuario que había creado, que iba perdiéndose a lo lejos a cada palada que dábamos.



Superamos por fin el rompeolas y nos adentramos en una oscuridad inmensa, y la

superficie lisa de las aguas del puerto cedió paso a pequeñas olas que rompían contra los costados de las barcas. Oí un avión ensartándose entre las nubes por encima de nosotros y dejé de bogar un momento para levantar la cabeza, imaginándome cómo se vería nuestra minúscula flota desde aquella altura: el mundo que había elegido, y todo lo que yo poseía, nuestras preciosas y peculiares vidas, contenido en su totalidad en tres astillas de madera navegando a la deriva por el vasto ojo del mar, que jamás parpadeaba.

Misericordia.

Las barcas avanzaban con agilidad entre las olas, tres embarcaciones, una al lado de la otra, una amable corriente empujándolas hacia la costa. Remábamos por turnos, alternándonos en los remos para no caer en el agotamiento, aunque yo me sentía tan fuerte que durante casi una hora me negué a ser relevado. Me perdí en el ritmo de las paladas, los brazos trazando grandes elipses en el aire, como si estuviera tirando de alguna cosa que se negaba a acercarse. Hugh movía los remos delante de mí y, detrás de él, en la proa, estaba Emma, los ojos escondidos bajo el ala de una pamelita, la cabeza inclinada sobre un mapa desplegado en el regazo. De vez en cuando levantaba la vista del mapa para escudriñar el horizonte, y solo ver su cara iluminada por el sol me daba una energía que ni siquiera sabía que poseía.

Tenía la sensación de poder remar eternamente, hasta que Horace gritó desde una de las otras barcas para preguntar cuánto océano quedaba entre el punto donde nos encontrábamos y tierra firme. Emma miró entonces en dirección a la isla con los ojos entrecerrados y bajó a continuación la cabeza para estudiar el mapa y tomar medidas con la mano extendida. Respondió dubitativa:

—¿Siete kilómetros? —Pero Millard, que iba también en nuestra barca, le murmuró alguna cosa al oído. Emma puso mala cara, giró el mapa y frunció el entrecejo. Entonces dijo—: Ocho y medio, quería decir.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, me desanimé un poco, y vi que los demás también.

Ocho kilómetros y medio: un viaje que en el mareante transbordador que me había llevado hasta Cairnholm hacía unas semanas había sido de una hora. Una distancia que se cubría sin problemas con una embarcación a motor de cualquier tamaño. Un kilómetro y medio menos de lo que mis tíos en baja forma corrían con fines benéficos algún que otro fin de semana y solo unos cuantos más de los que mi madre presumía hacer en la máquina de remar de su elegante gimnasio. Pero el transbordador entre la isla y tierra firme no empezaría a estar de nuevo operativo hasta dentro de treinta años, y las máquinas de remar no iban cargadas de pasajeros y equipaje, ni tampoco requerían constantes correcciones para mantener el rumbo adecuado. Peor aún, el canal marítimo que estábamos cruzando era traicionero, famoso por haber engullido montones de barcos: ocho kilómetros y medio de mar

temperamental y de humor cambiante, su lecho repleto de verdosos restos de naufragios y huesos de marineros y, acechando en la impenetrable y profunda oscuridad, nuestros enemigos.

Los que estábamos preocupados por este tipo de cosas dábamos por sentado que los wights estaban cerca, por debajo de nosotros en el interior de aquel submarino alemán, a la espera. Si no se habían enterado todavía de que habíamos huido de la isla, no tardarían en descubrirlo. Era evidente que no habían hecho lo imposible por secuestrar a Miss Peregrine para luego claudicar tras un solo intento fallido. Los barcos de guerra que se desplazaban como lentos ciempiés en la lontananza y los aviones británicos que montaban guardia desde arriba hacían que fuera muy peligroso para el submarino emerger a superficie a plena luz de día, pero en cuanto cayera la noche, nos convertiríamos en presa fácil. Vendrían a por nosotros, se llevarían a Miss Peregrine y ahogarían al resto. De modo que seguimos remando; nuestra única esperanza de alcanzar tierra firme antes de que nos atrapara la noche.

Remamos hasta que nos dolieron los brazos y se nos agarrotó la espalda. Remamos hasta que la brisa matutina se calmó y el sol empezó a calentar como si lo hiciera a través de una lupa. El sudor se acumuló en el cuello de las camisas y caí en la cuenta de que nadie había pensado en cargar con agua fresca y que, en 1940, la protección solar se traducía en quedarse a la sombra. Remamos hasta que la piel empezó a desprenderse de las palmas de las manos y comprendimos que no podíamos dar ni una sola palada más, pero la dimos, y luego otra, y otra.

—Estás sudando a chorros —dijo Emma—. Deja que me ponga yo a los remos antes de que te fundas.

Su voz me despertó del atontamiento. Moví la cabeza en un gesto de agradecimiento y permití que se instalase en el bancal del remero, pero veinte minutos más tarde le pedí que me dejara ocupar de nuevo mi puesto. No me gustaban los pensamientos que me venían a la cabeza mientras el cuerpo estaba en reposo: escenas imaginarias de mi padre al despertarse y descubrir que había desaparecido de Cairnholm, la desconcertante carta de Emma ocupando mi lugar, el pánico que aquello provocaría. Fogonazos de recuerdos de cosas terribles que había presenciado últimamente: un monstruo tirando de mí para atraparme entre sus mandíbulas, mi psiquiatra cayendo muerto, un hombre enterrado en un ataúd de hielo y separado de forma momentánea del otro mundo para hablarme al oído en un ronco susurro. De manera que seguí remando a pesar del agotamiento, de una espalda que parecía que no iba a volver a enderezarse nunca más y de unas manos en carne viva por la fricción, e intenté no pensar en nada en absoluto; aquellos remos de plomo eran una condena a cadena perpetua y un bote salvavidas a la vez.

Bronwyn, al parecer inagotable, remaba sin ninguna ayuda en una de las barcas. Olive estaba sentada delante de ella, pero no podía ayudarla; a la diminuta niña le

resultaba imposible tirar de los remos sin salir volando por los aires, donde cualquier ráfaga de viento la izaría como una cometa. De modo que Olive se limitaba a dar gritos de aliento mientras Bronwyn hacía el trabajo de dos... o de tres o cuatro, teniendo en cuenta las maletas y las cajas que cargaba su bote, llenas a rebosar de ropa, comida, mapas, libros y también de cosas mucho menos prácticas, como los diversos tarros con corazones de reptil que contenía la mochila de Enoch; o el pomo de la puerta de casa de Miss Peregrine, un recuerdo que Hugh había encontrado tirado en la hierba cuando íbamos de camino a los botes y que al instante había decidido que no podía vivir sin él; o la voluminosa almohada que Horace había rescatado del esqueleto en llamas de la casa, su almohada de la suerte, decía, y lo único que mantenía a raya sus paralizantes pesadillas.

Había otros objetos que les resultaban tan valiosos que los niños seguían aferrados a ellos aun remando. Fiona sujetaba entre las rodillas una maceta con tierra de jardín llena de gusanos. Millard se había pintado la cara a rayas con un puñado de polvo de ladrillo pulverizado por las bombas, un gesto curioso que por lo visto formaba parte de un ritual de duelo. Y aunque las cosas que habían decidido conservar pudieran parecer raras, una parte de mí lo comprendía: era todo lo que les quedaba de su casa. Que supieran que la habían perdido no significaba que supieran cómo desprenderse de ella.

Después de tres horas de remar como esclavos en las galeras, la distancia había encogido la isla hasta dejarla del tamaño de un palmo. No se asemejaba en nada a la fatídica fortaleza de acantilados que había vislumbrado por vez primera hacía escasas semanas; ahora parecía frágil, un fragmento de piedra en peligro de acabar barrido por las olas.

—¡Mirad! —gritó Enoch, poniéndose en pie en el bote contiguo al nuestro—. ¡Está desapareciendo!

Una niebla espectral había engullido la isla, borrándola casi del paisaje, y dejamos de remar un momento para verla esfumarse por completo.

—Despedíos de nuestra isla —dijo Emma, incorporándose también y quitándose el sombrero—. Tal vez no volvamos a verla nunca más.

—Hasta siempre, isla —declaró Hugh—. Fuiste muy buena con nosotros.

Horace dejó el remo y movió la mano para decirle adiós.

—Adiós, casa. Echaré de menos tus habitaciones y tus jardines, pero por encima de todo, echaré de menos mi cama.

—Hasta siempre, bucle —se despidió Olive, sorbiendo por la nariz—. Gracias por habernos mantenido sanos y salvos durante todos estos años.

—Años buenos —afirmó Bronwyn—. Los mejores que he conocido.

También yo me despedí en silencio de un lugar que me había cambiado para siempre, de un lugar que, más que cualquier cementerio, albergaría para siempre el recuerdo, y también el misterio, de mi abuelo. Estaban unidos de forma indisoluble, él y la isla, y me pregunté, ahora que ambos se habían ido, si algún día llegaría a

comprender lo que me había pasado: en qué me había convertido, en qué me estaba convirtiendo. Había llegado a la isla con la intención de resolver el misterio de mi abuelo, y con ello había descubierto el mío. Ver desaparecer Cairholm era como ver sumergirse detrás de las olas oscuras la única llave de acceso a aquel misterio.

Y la isla desapareció por completo, engullida por una montaña de niebla. Como si no hubiera existido nunca.

La niebla nos atrapó en escasos minutos. Poco a poco nos quedamos sin ver nada, la tierra firme tornándose borrosa, el sol descoloriéndose hasta quedar reducido a una florescencia de apagada luz blanca, y empezamos a dar vueltas en círculo entre los remolinos de la marea hasta perder por completo el sentido de la orientación. Finalmente decidimos parar, dejar descansar los remos y esperar, hastiados, confiando en que la bruma se levantara; no tenía sentido seguir adelante.

—Esto no me gusta —dijo Bronwyn—. Si tenemos que esperar mucho, anochecerá y nos veremos obligados a enfrentarnos a cosas peores que el mal tiempo.

Entonces, como si la climatología hubiese oído a Bronwyn y decidido ponernos en el lugar que nos correspondía, el tiempo se volvió malo de verdad. El viento empezó a soplar con fuerza y en cuestión de un momento nuestro universo se transformó. Olas con crestas de espuma blanca azotaban el casco de las embarcaciones y derramaban agua gélida a nuestros pies. Luego llegó la lluvia, sus gotas taladrándonos la piel como balines. Al poco rato, nos zarandeábamos como juguetes de goma en una bañera.

—¡Dirigid la proa contra las olas! —gritó Bronwyn, cortando el agua con los remos—. ¡Si nos cogen de costado zozobraremos! —Pero los niños estaban tan cansados, en su mayoría, que si apenas conseguían remar en aguas serenas, mucho menos podían hacerlo en un mar en ebullición, y el resto tenían tanto miedo que no podían ni asir los remos y acabaron aferrándose con desesperación a la regala.

Un auténtico muro de agua avanzaba hacia nosotros. Ascendimos la gigantesca ola, la barca haciendo la vertical bajo nosotros. Emma me abrazó y yo lo hice al escálamó; detrás, Hugh se agarró al asiento enlazándolo con ambos brazos. Coronamos la ola como si fuese una montaña rusa, noté el estómago cayéndome a los pies, y descendimos velozmente por el otro lado. Todo lo que no estaba sujeto —el mapa de Emma, la mochila de Hugh, la maleta roja con ruedecillas que cargaba conmigo desde Florida— salió volando por encima de nuestras cabezas y fue a parar al agua.

No había tiempo para preocuparse por lo perdido, puesto que de entrada no veíamos ni siquiera las demás barcas. Cuando la quilla recuperó el equilibrio, forzamos la vista para vislumbrar el interior de aquel remolino y gritamos los nombres de nuestros amigos. El silencio que siguió hasta que oímos voces respondiéndonos y vimos la barca de Enoch aparecer entre la niebla, con sus cuatro pasajeros a bordo

agitando los brazos, fue terrible.

—¿Estáis bien?! —grité.

—¡Aquí! —chillaron ellos—. ¡Mirad hacia aquí!

Vi que nos hacían señas con la mano, pero dirigiendo nuestra atención hacia algo que había en el agua, a unos treinta metros de distancia: el casco de un bote zozobrado.

—¡Es la barca de Bronwyn y Olive! —gritó Emma.

Estaba boca abajo, el fondo oxidado mirando el cielo. No había ni rastro de las niñas.

—¡Tenemos que acercarnos más! —gritó Hugh, y olvidando por completo el agotamiento, cogimos los remos y avanzamos hacia allí, gritando sus nombres contra el viento.

Remamos entre la marea de prendas que emergía de las maletas abiertas, los vestidos arremolinados cobrando el aspecto de niñas ahogadas. El corazón me latía con fuerza, y a pesar de que estaba empapado, apenas sentía el frío. Nos reencontramos con la barca de Enoch al alcanzar el casco de la que capitaneara Bronwyn y, juntos, inspeccionamos el agua.

—¿Dónde están? —gimoteó Horace—. Si las hemos perdido...

—¡Debajo! —exclamó Emma, señalando el casco—. ¡Tal vez han quedado atrapadas debajo!

Tiré de uno de los remos para sacarlo de su sujeción y golpeé el casco.

—¡Si estáis ahí debajo, salid nadando! —grité—. ¡Os rescataremos!

Durante un instante terrible no hubo respuesta y sentí desvanecerse todas mis esperanzas de recuperarlas. Pero entonces se oyeron unos golpes en el interior de la barca y, acto seguido, un puño atravesó el casco, proyectando miles de astillas y sorprendiéndonos a todos.

—¡Es Bronwyn! —exclamó Emma—. ¡Están vivas!

Con unos golpes más, Bronwyn consiguió abrir en el casco un agujero por el que podía pasar. Le alargué el remo y lo cogió, y tirando junto con Hugh y Emma, conseguimos arrastrarla por las aguas agitadas y encaramarla a la barca mientras la suya se hundía y se esfumaba bajo el mar. Estaba presa del pánico, histérica, gritando con unas fuerzas que no podía desperdiciar. Gritando por Olive, que no estaba bajo el casco con ella. Seguía desaparecida.

—Olive... tenemos que encontrar a Olive —farfulló Bronwyn en cuanto se derrumbó en nuestro bote. Estaba temblando y tosía con fuerza para expulsar el agua que había tragado. Se incorporó enseguida y señaló hacia un punto en medio de la tempestad—. ¡Allí! —chilló—. ¿La veis?

Me protegí los ojos de los agujonazos de la lluvia y miré, pero solo distinguía olas y niebla.

—¡No veo nada!

—¡Está allí! —insistió Bronwyn—. ¡El cabo!

Entonces vi lo que señalaba: no una niña debatiéndose en el océano, sino un amasijo de cáñamo tejido apenas visible entre todo aquel caos. Un tenso cabo marrón emergía del agua para desaparecer en la niebla. Olive debía de estar unida al otro extremo, invisible para nosotros.

Remamos hacia el cabo y Bronwyn empezó a recogerlo y, en cuestión de un minuto, Olive apareció entre la niebla flotando por encima de nuestras cabezas con un extremo anudado a la cintura. Había perdido los zapatos al volcar la barca, pero Bronwyn la había atado al cabo del ancla, cuyo extremo debía de reposar ahora en el fondo del mar. De no ser por esto, ahora estaría perdida entre las nubes. Olive se agarró a Bronwyn, uniendo las manos por detrás de su nuca, y gritó:

—¡Me has salvado, me has salvado!

Se abrazaron, y viéndolas se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero no estamos todavía fuera de peligro —dijo Bronwyn—. Tenemos que alcanzar la costa antes de que anochezca o nuestros problemas no habrán hecho más que empezar.

La tempestad se había debilitado algo y los violentos golpes de mar empezaban a amortiguarse, pero la idea de dar una palada más, aun en aguas perfectamente tranquilas, era inimaginable. No habíamos recorrido ni siquiera la mitad del trayecto y estábamos desesperadamente agotados. Las punzadas de dolor que sentía en las manos eran terribles. Mis brazos parecían troncos de árbol. No solo eso, sino que el interminable balanceo de la barca estaba causando innegables efectos en mi estómago... y a juzgar por el color verdoso de la cara de los demás, no era el único que se sentía así.

—Descansaremos un poco —dijo Emma, intentando animarnos—. Descansaremos y achicaremos agua hasta que se levante la niebla...

—Este tipo de niebla tiene mentalidad propia —observó Enoch—. Puede pasarse días estancada. Oscurecerá en pocas horas, y en lo único que podremos confiar entonces es en sobrevivir hasta la mañana sin que los wights nos descubran. Estaremos del todo indefensos.

—Y sin agua —apuntó Hugh.

—Ni comida —añadió Millard.

Olive levantó los brazos y dijo:

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde está el qué? —questionó Emma.

—La costa. La he visto cuando estaba allá arriba, sujeta a la cuerda. —En su ascenso, Olive había superado la niebla, explicó, y por un momento había disfrutado de una clara visión de tierra firme.

—Para lo que nos va a servir... —murmuró Enoch—. Desde que has bajado de allí, hemos dado vueltas en círculo al menos media docena de veces.

—Pues volved a subirme.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó Emma—. Es peligroso. ¿Y si te pilla una ráfaga de viento o se rompe la cuerda?

La expresión de Olive dejó patente su resolución.

—Subidme —insistió.

—Cuando se pone así, no hay manera de hacerla entrar en razón —les recordó Emma—. Coge la cuerda, Bronwyn.

—Eres la niña más valiente que he conocido en mi vida —dijo Bronwyn, y se puso manos a la obra. Tiró del ancla para sacarla del agua y subirla a bordo, y con el largo sobrante, unimos las dos barcas para que no volviesen a separarse. A continuación, soltamos a Olive para que pudiera adentrarse en la niebla y alcanzar cielo abierto.

Se produjo entonces un extraño momento de quietud en el que todos nos quedamos mirando una cuerda que se adentraba en las nubes, la cabeza echada hacia atrás, a la espera de que el cielo nos mandara una señal.

Enoch rompió el silencio.

—¿Y bien? —gritó con impaciencia.

—¡La veo! —fue la respuesta, la voz de Olive un chirrido por encima del ruido blanco de las olas—. ¡Recto hacia adelante!

—¡Bien hecho! —exclamó Bronwyn, y mientras el resto nos llevábamos la mano a la barriga de pura angustia y nos dejábamos caer con impotencia sobre las bancadas, ella saltó a la barca principal, cogió los remos y empezó a bogar, guiada solo por la vocecita de Olive, un ángel invisible en el cielo.

—¡A la izquierda... más a la izquierda... no tanto!

Y así fuimos avanzando poco a poco hacia tierra firme, la niebla persiguiéndonos en todo momento, sus largos zarcillos grises que recordaban los dedos fantasmagóricos de la mano de un espectro intentando incansablemente hacerse con nosotros.

Como si la isla tampoco quisiera dejarnos marchar.

DOS

Los cascos gemelos de las barcas se detuvieron sobre un fondo rocoso al alcanzar aguas poco profundas. Llegamos a tierra firme justo en el momento en que el sol empezaba a esfumarse por detrás de hectáreas de nubes grises, cuando debía de faltar aproximadamente una hora para que fuera noche cerrada. La playa era un bancal pedregoso cubierto de desechos abandonados por la marea baja, aunque me pareció bellísima, más bella que cualquier playa turística de arenas achampañadas que pudiera haber en mi país. Significaba que lo habíamos conseguido. Aunque, la verdad, no sabía qué podía significar aquello para mis compañeros; ellos no habían salido de Cairnholm desde hacía una eternidad y ahora miraban a su alrededor maravillados, perplejos por seguir con vida y preguntándose qué hacer a continuación.

Salimos tambaleándonos de las barcas, nuestras piernas hechas de goma. Fiona se llevó a la boca un puñado de guijarros limosos y los relamió con afán, como si necesitara de sus cinco sentidos para convencerse de que no estaba soñando, igual que me sucedió a mí en el bucle de Miss Peregrine al principio. Jamás en toda mi vida había desconfiado tanto de lo que veían mis ojos. Bronwyn gruñó y se derrumbó en el suelo, inenarrablemente exhausta. La rodeamos alborozados, colmándola de muestras de agradecimiento por lo que había hecho, pero era una situación incómoda: nuestra deuda con ella era enorme y la palabra «gracias» resultaba minúscula en comparación. Bronwyn intentó restarle importancia, pero estaba tan cansada que apenas podía levantar la mano para ahuyentarnos. Emma y los chicos recogieron la cuerda para bajar a Olive.

—¡Estás completamente azul! —exclamó Emma cuando aquella apareció entre la niebla. Corrió a abrazar a la niña. Olive estaba empapada y congelada, los dientes le castañeteaban. No teníamos mantas, ni siquiera un pedazo de tela seca que darle, de manera que Emma la acarició con sus manos siempre ardientes hasta que amainaron los temblores, y pidió a Fiona y a Horace que, entretanto, reunieran madera de deriva para encender un fuego. Mientras esperábamos a que volvieran, nos acercamos a las barcas para hacer inventario de las pérdidas. El resultado fue desastroso. Prácticamente todo lo que habíamos llevado con nosotros reposaba ahora en el fondo del mar.

Solo quedaba la ropa que llevábamos puesta, una pequeña cantidad de comida en latas oxidadas y el gigantesco baúl de Bronwyn, indestructible y, por lo visto, insumergible también, y tan absurdamente pesado que solo ella podía cargarlo. Abrimos los cierres metálicos, ansiosos por encontrar alguna cosa útil en su interior, o mejor aún, comestible, pero contenía tan solo una colección de relatos en tres volúmenes titulada *Cuentos de lo peculiar*, sus páginas esponjosas por el agua filtrada, y una elegante alfombrilla de baño bordada con las letras «ALP», las iniciales de Miss Peregrine.

—Oh, muchísimas gracias. Es una suerte que alguien se acordara de la alfombrilla —dijo Enoch con humor socarrón—. Estamos salvados.

Todo lo demás se había perdido, incluyendo los dos mapas: el pequeño que había estado utilizando Emma para guiarnos a lo largo de la travesía del canal y el grueso atlas del bucle con cubiertas de piel que era la posesión más preciada de Millard, el Mapa de los Días. Cuando este comprendió que había desaparecido, empezó a hiperventilar.

—Era uno de los únicos cinco ejemplares existentes —gimoteó—. Tenía un valor incalculable. Eso sin contar los años de anotaciones personales y comentarios que contenía.

—Al menos hemos conseguido salvar los *Cuentos de lo peculiar* —apuntó Claire, escurriendo el agua que empapaba sus rizos rubios—. No puedo dormirme sin escuchar uno de ellos.

—¿Y para qué nos servirán los cuentos de hadas si no sabemos ni por qué camino tirar? —preguntó Millard.

«¿Por qué camino hacia dónde?», me pregunté. Caí entonces en la cuenta de que, con las prisas por huir de la isla, solo les había oído mencionar que necesitábamos llegar a tierra firme, pero que en ningún momento se había comentado qué hacer en cuanto llegáramos allí, como si la simple idea de sobrevivir a la travesía a bordo de nuestros minúsculos botes fuera tan descabellada, tan cómicamente optimista, que planear algo más allá de eso sería una pérdida de tiempo. Miré a Emma en busca de consuelo, como era mi costumbre. Pero ella tenía la mirada clavada en la playa. La arena pedregosa estaba resguardada por dunas bajas cubiertas de cimbreantes matojos de hierba. Más allá estaba el bosque: una barrera de aspecto impenetrable que se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Emma, con la ayuda de su mapa ahora desaparecido, en un principio había puesto rumbo hacia una ciudad portuaria, pero con la llegada de la tempestad nuestro objetivo había quedado reducido a alcanzar tierra firme. Era imposible saber hasta qué punto nos habíamos desviado de la ruta inicial. No se veían carreteras, ni letrero alguno, ni siquiera senderos. Solo naturaleza.

Era evidente que en realidad no necesitábamos ningún mapa, ni ningún letrero, ni nada de ese estilo. Necesitábamos a Miss Peregrine —entera, sana—, la Miss Peregrine que sabría exactamente adónde ir y cómo llegar hasta allí sanos y salvos. Pero la que teníamos posada ante nosotros sobre una piedra, agitando las plumas para secarse, estaba tan rota como su mutilada ala, que colgaba hacia abajo formando una alarmante V. Sabía que a los niños les dolía verla en aquel estado. Era como su madre, su protectora. Había sido la reina de un pequeño mundo concentrado en una isla, pero ahora no podía hablar, ni manipular el tiempo, ni siquiera podía volar. Los niños la miraban, esbozaban una mueca de dolor y apartaban la vista.

Miss Peregrine tenía los ojos fijos en el mar plomizo. Su mirada era dura, negra, rebosaba una tristeza terrible.

Parecía querer decir: «Os he fallado».

Horace y Fiona avanzaban hacia nosotros por la arena pedregosa; el viento mecía el cabello de Fiona hasta transformarlo en un nubarrón de tormenta, Horace daba brincos y sujetaba los laterales de su sombrero de copa para que no marchara volando. Había conseguido conservarlo durante el casi desastre que habíamos vivido en alta mar, aunque se ladeaba sobre su cabeza como un tubo de escape doblado. Pero se negaba a desprenderse de él; era lo único, afirmaba, que casaba con su sucio y empapado traje de corte exquisito.

Volvían con las manos vacías.

—No hay madera por ningún lado —nos comunicó Horace al llegar.

—¿No habéis mirado en el bosque? —preguntó Emma, señalando las oscuras hileras de árboles más allá de las dunas.

—Da miedo —respondió Horace—. Hemos oído una lechuza.

—¿Desde cuándo te dan miedo las aves?

Horace se encogió de hombros y bajó la vista hacia la arena. Fiona le dio entonces un codazo, obligándolo a recordar algo, y dijo a continuación:

—Pero hemos encontrado otra cosa.

—¿Algún refugio? —preguntó Emma.

—¿Una carretera? —inquirió Millard.

—¿Un ganso que poder cocinar para la cena? —aventuró Claire.

—No —respondió Horace—. Globos.

Se produjo un breve y perplejo silencio.

—¿Qué quieres decir con eso de que habéis encontrado globos? —dijo Emma.

—Muy grandes, en el cielo, con hombres tripulándolos.

El rostro de Emma se ensombreció.

—Enseñádnoslos.

Los seguimos por donde habían venido, recorrimos la curva de la playa y ascendimos un terraplén. Por el camino estuve preguntándome cómo era posible que hubiéramos pasado por alto algo tan evidente como unos globos aerostáticos, hasta que coronamos un montículo y los vi. No tenían nada que ver con esos objetos en forma de lágrima, grandes y coloridos, que se ven en calendarios y pósters con frases motivadoras («¡El límite está en el cielo!»), sino que se trataba de un par de zepelines de pequeño tamaño: sacos negros ovoides de gas con cestas esqueléticas colgando debajo y ocupadas por un único piloto. Las aeronaves eran de tamaño reducido y volaban bajo, se deslizaban de un lado a otro en perezoso zigzag y el ruido de las olas camuflaba el sutil zumbido de sus propulsores. Emma nos guio hacia la hierba alta y nos echamos al suelo para pasar desapercibidos.

—Son cazadores de submarinos —dijo Enoch, respondiendo a la pregunta antes de que cualquiera de nosotros la formulara. Tal vez Millard fuera una autoridad en lo

que a mapas y libros se refería, pero Enoch era un experto en temas militares—. La mejor manera de detectar submarinos enemigos es desde el cielo —explicó.

—Y entonces ¿por qué vuelan tan cerca del suelo? —pregunté—. ¿Y por qué no lo hacen sobre mar abierto?

—Eso no lo sé.

—¿Crees que podrían estar... buscándonos? —se atrevió a preguntar Horace.

—Si te refieres a que podrían ser wights —respondió Hugh—, estás chalado. Los wights van con los alemanes. Están a bordo de ese submarino alemán.

—Los wights se alían con quienquiera que le interese aliarse —replicó Millard—. No tenemos motivos para pensar que no posean organizaciones infiltradas en ambos bandos.

Me resultaba imposible apartar la vista de los extraños artilugios que surcaban el cielo. Tenían un aspecto antinatural, parecían insectos mecánicos rellenos de huevos tumorales.

—No me gusta lo que hacen —dijo Enoch, haciendo cálculos tras su aguda observación—. Están buscando por la costa, no por el mar.

—¿Buscando qué? —preguntó Bronwyn, pero la respuesta era evidente y aterradora y nadie quería oírla pronunciada en voz alta.

Nos buscaban a nosotros.

Estábamos acurrucados entre la hierba y percibí la tensión en el cuerpo de Emma, que estaba pegada a mí.

—Corred cuando os dé la orden —dijo entre dientes—. Esconderemos primero los botes y luego nos esconderemos nosotros.

Esperamos a que los globos cambiaran de rumbo y salimos corriendo de entre la hierba, rezando para que no logran detectar nuestra presencia desde la distancia a la que se encontraban. Mientras corría, me descubrí deseando que la niebla que nos había acosado de aquel modo en alta mar regresara ahora para ocultarnos. Y pensé que era muy probable que la niebla ya nos hubiera salvado antes; sin ella, los globos nos habrían visto hacía ya horas, a bordo de las pequeñas barcas, sin posibilidad de poder huir. Y pensé también que la niebla era tal vez lo último que había hecho la isla para salvar a sus niños peculiares.

Arrastramos los botes por la playa en dirección a una cueva, cuya entrada era una grieta negra en una colina rocosa. Bronwyn, que había agotado por completo sus fuerzas, apenas se tenía en pie y mucho menos podía tirar de los botes, de modo que los demás nos vimos obligados a bregar para tensar la cuerda, gruñendo y tirando con fuerza de las barcas, que se empeñaban en enterrar la nariz en la húmeda arena. Cuando estábamos a medio camino, Miss Peregrine emitió un grito de alarma y vimos dos zepelines asomando por encima de las dunas. Iniciamos un *sprint* rebosantes de adrenalina y conseguimos meter rápidamente los botes en la cueva. Fue como si de pronto estuvieran deslizándose sobre raíles, mientras Miss Peregrine avanzaba a saltitos y nos seguía sin convicción arrastrando la maltrecha ala por la arena.



Cuando por fin estuvimos fuera del alcance de los zepelines, soltamos los botes y nos dejamos caer sobre las volteadas quillas; nuestra respiración entrecortada resonaba en la húmeda oscuridad.

—Por favor, por favor, que no nos hayan visto —rezó Emma en voz alta.

—¡Ah, pájaros! ¡Nuestras huellas! —Millard dio un brinco, se quitó el abrigo y salió corriendo dispuesto a disimular las marcas que los botes habían dejado en la arena; desde el cielo serían como flechas señalando la dirección de nuestro escondite. Vimos sus pasos alejándose. De haber salido cualquier otro que no fuera Millard, a buen seguro que lo habrían visto.

Menos de un minuto más tarde estaba de regreso, tembloroso, cubierto de arena. Una mancha roja perfilaba su torso.

—Están acercándose —dijo jadeando—. He hecho todo lo que he podido.

—Estás sangrando otra vez —dijo con preocupación Bronwyn. Millard había sufrido la rozadura de una bala durante el tumulto que habíamos vivido en el faro la noche anterior, y a pesar de que la recuperación había sido increíble, no estaba curado

del todo—. ¿Qué has hecho con el vendaje?

—Lo he tirado. Estaba atado de un modo tan complicado que me ha sido imposible quitármelo y guardarlo con la rapidez suficiente. Un invisible tiene que saber desnudarse en un instante, de lo contrario sus poderes no sirven para nada.

—Pero aún sirven de menos si está muerto. Eres terco como una mula —dijo Emma—. Y ahora estate quieto y no te muerdas la lengua. Esto te va a doler. — Presionó dos dedos contra la palma de la mano contraria, se concentró un momento y cuando los retiró estaban al rojo vivo.

Millard se apartó.

—Tranquila, Emma, preferiría que no...

Emma acercó entonces los dedos a la herida de Millard, que sofocó un grito. Se oyó el característico sonido de la carne al chamuscarse y de la herida se desprendió un hilillo de humo. La hemorragia se detuvo enseguida.

—Me saldrá cicatriz —gimoteó Millard.

—¿Sí? ¿Y quién la va a ver?

Millard se enfurruñó, pero no dijo nada.

Los motores de los globos se oían cada vez con más fuerza, su rugido amplificado por las paredes de piedra de nuestro refugio. Me los imaginé revoloteando por las cercanías de la cueva, estudiando nuestras huellas, preparándose para el ataque. Emma recostó el hombro contra el mío. Los más pequeños corrieron hacia Bronwyn, hundieron la cabeza en su regazo y ella los abrazó. A pesar de nuestros poderes peculiares, nos sentíamos completamente impotentes: lo único que podíamos hacer era esperar agazapados y mirarnos pestañeando sumidos en la penumbra, las narices goteando de frío, y confiar en que nuestros enemigos pasaran de largo.

Por fin, el zumbido de los motores empezó a disminuir, y cuando pudimos oír de nuevo nuestras voces, Claire, que seguía pegada al regazo de Bronwyn, murmuró:

—Cuéntanos un cuento, Wyn. Tengo miedo y todo esto no me gusta. Creo que preferiría escuchar un cuento.

—Sí, ¿nos cuentas uno? —suplicó Olive—. Alguno del libro, por favor. Son mis favoritos.

Bronwyn, la más maternal de los peculiares, evocaba a los más pequeños la figura de una madre, más incluso que Miss Peregrine. Era Bronwyn quien los arropaba por las noches, Bronwyn quien les leía cuentos y les daba un beso en la frente. Sus fuertes brazos los acogían con calidez, sus anchos hombros los protegían. Pero ahora no era momento de cuentos... y así se lo hizo saber.

—Sí que lo es —replicó Enoch con cantarín sarcasmo—. Pero por una vez que no sea de los *Cuentos* y que sea la historia de cómo los pupilos de Miss Peregrine consiguieron llegar sanos y salvos a tierra firme sin mapa ni comida y sin ser devorados por los espíritus huecos. Siempre me gusta escuchar cómo termina esa historia.

—Ojalá pudiera contárnosla Miss Peregrine —dijo Claire lloriqueando. Se separó

de Bronwyn y se acercó al pájaro, que había estado observándonos perchado sobre la quilla de uno de los botes—. ¿Qué tenemos que hacer, directora? —le preguntó—. Por favor, vuelva a convertirse en humana. ¡Despierte, por favor!

Mis Peregrine arrulló y acarició con el ala el cabello de Claire. Se le sumó Olive, la cara surcada de lágrimas.

—¡La necesitamos, Miss Peregrine! Estamos perdidos y en peligro, cada vez más hambrientos, y ya no tenemos casa ni amigos. ¡Solo nos tenemos a nosotros y la necesitamos!

Los ojos negros de Miss Peregrine brillaron con intensidad. Pero se dio la vuelta, inalcanzable.

Bronwyn se arrodilló al lado de las niñas.

—En estos momentos no puede regresar, pequeñas. Pero la curaremos, os lo prometo.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Olive. La pregunta rebotó en las paredes de piedra, cuyo eco la formuló una y otra vez.

Emma se levantó.

—Yo os diré cómo —declaró, y todas las miradas se fijaron en ella—. Caminaremos. —Lo dijo con tanta convicción que sentí un escalofrío—. Caminaremos y caminaremos hasta que encontremos un pueblo.

—¿Y si no hay ningún pueblo en cincuenta kilómetros a la redonda? —preguntó Enoch.

—Pues entonces caminaremos cincuenta y un kilómetros. Pero sé que no podemos habernos alejado tanto de nuestro rumbo.

—¿Y si los wights nos descubren desde el aire? —inquirió Hugh.

—No lo harán. Iremos con cuidado.

—¿Y si están esperándonos en ese pueblo? —apuntó Horace.

—Fingiremos ser normales. Colará.

—Nunca fui muy bueno en eso —repuso Millard, riendo.

—A ti no te verán, Mill. Serás nuestra avanzadilla y el responsable de procurarnos en secreto todo lo que necesitemos.

—Soy un ladrón con mucho talento —afirmó orgulloso—. Un verdadero maestro de las artes de cinco dedos.

—¿Y después qué? —murmuró con amargura Enoch—. Tal vez consigamos llenar el estómago y demos con un lugar caliente donde poder dormir, pero continuaremos estando a la intemperie, al descubierto, vulnerables, sin bucle... y Miss Peregrine seguirá... seguirá...

—Conseguiremos encontrar un bucle —le aseguró Emma—. Existen puntos de referencia y señales para los que saben lo que buscan. Y si no los hay, encontraremos a alguien como nosotros, alguien peculiar que nos indique dónde está el bucle más cercano. Y en ese bucle habrá un ymbryne, y ese ymbryne podrá proporcionarle a Miss Peregrine la ayuda que necesita.

Jamás había conocido a nadie con una confianza tan temeraria como Emma. La exudaba por todos lados: su manera de moverse, siempre con la espalda erguida; su forma de apretar los dientes cuando tomaba una decisión; su manera de acabar las frases con un punto de exclamación, nunca de interrogación. Resultaba contagioso y me encantaba, y me vi obligado a combatir un deseo repentino de besarla allí mismo, delante de todo el mundo.

Hugh tosió y las abejas que salieron de su boca formaron un interrogante que se quedó flotando en el aire.

—¿Cómo puedes estar tan rematadamente segura? —preguntó.

—Porque lo estoy, y ya está. —Y se frotó las manos como dando por zanjado el tema.

—Has hecho un discurso enardecedor estupendo —intervino Millard—, y odio tener que estropearlo, pero por lo que sabemos, Miss Peregrine es la única ymbryne que no ha sido capturada. Recuerda lo que nos conto Miss Avocet: los wights llevan semanas haciendo redadas en los bucles y secuestrando ymbrynes. Lo que significa que aun en el caso de que encontráramos un bucle, no habría manera de saber si tiene todavía su ymbryne o si está ocupado por nuestros enemigos. No podemos ir llamando a puertas y esperando que no estén repletos de wights.

—O rodeados de huecos muertos de hambre —añadió Enoch.

—No tendremos que esperar nada —afirmó Emma, y sonrió, mirándome—. Jacob nos lo dirá.

Me quedé frío.

—¿Yo?

—Tú intuyes los huecos desde lejos, ¿no es así? —preguntó Emma—. Además de verlos.

—Cuando están cerca, tengo la sensación de que voy a vomitar —reconocí.

—¿Y cuán cerca tienen que estar? —quiso saber Millard—. Si es solo unos metros, seguiríamos estando a su alcance y nos devorarían. Necesitamos que los intuyas a mucha más distancia.

—Nunca lo he calculado —dije—. Todo esto es muy nuevo para mí.

Solo había estado expuesto a Malthus, el hueco del doctor Golan, la criatura que había matado a mi abuelo y que había estado a punto de ahogarme en la ciénaga de Cairnholm. ¿A qué distancia debía de estar cuando me di cuenta de que me perseguía, de que me acechaba desde el exterior de mi casa en Englewood? Era imposible saberlo.

—Pero, de todos modos, siempre es posible desarrollar el talento —continuó Millard—. Las peculiaridades son un poco como los músculos: cuánto más las ejercitas, más se desarrollan.

—Esto es una locura —replicó Enoch—. ¿De verdad estáis tan desesperados como para apostar todo a su carta? No es más que un niño, un normal vulnerable que no sabe nada sobre nuestro mundo.

—No es normal —repuso Emma, haciendo una mueca como si aquello fuera el insulto más grave que se pudiera proferir—. ¡Es uno de los nuestros!

—¡Tonterías y memeces! —exclamó Enoch—. Que tenga una gota de sangre peculiar en sus venas no lo convierte en mi hermano. ¡Y mucho menos en mi protector! No sabemos de lo que es capaz. Lo más seguro es que ni siquiera logre distinguir el dolor que le puedan provocar unos gases de la sensación de tener un hueco a cincuenta metros.

—Mató a uno de ellos, ¿o no? —intervino Bronwyn—. Le clavó unas tijeras de esquilas entre los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que oíste que un peculiar tan joven como él hiciera algo así?

—Desde Abe —dijo Hugh, y con la mención de aquel nombre, un silencio reverencial se apoderó de los niños.

—Oí decir que mató a uno simplemente con las manos —continuó Bronwyn.

—Pues yo oí decir que mató a uno con una aguja de tejer e hilo de bramante —afirmó Horace—. De hecho, lo soñé, razón por la cual estoy seguro de que lo hizo.

—La mitad de estas historias no son más que leyendas que se agigantan a cada año que pasa —observó Enoch—. El Abraham Portman que yo conocí jamás hizo nada por ayudarnos.

—Fue un peculiar magnífico —rebató Bronwyn—. Luchó con valentía y mató montones de huecos por la causa.

—Y luego huyó y nos dejó escondidos en aquella casa como refugiados mientras él correteaba por América haciéndose el héroe.

—No sabes lo que dices —exclamó Emma, sofocada de rabia—. Hubo mucho más que eso.

Enoch se encogió de hombros.

—Da igual, no es ese el tema que nos incumbe en estos momentos —declaró—. Independientemente de lo que pienses de Abe, este niño no es él.

En aquel momento odié a Enoch, pero con todo y con eso comprendía que albergase dudas respecto a mí. ¿Cómo podían los demás, tan seguros y maduros en sus habilidades, depositar tanta fe en la mía, en algo que incluso yo tan solo empezaba a entender y de lo que me sabía capaz desde hacía tan solo unos días? De quién fuera nieto era irrelevante. Yo ni siquiera sabía lo que hacía.

—Tienes razón, yo no soy mi abuelo —asentí—. No soy más que un niño de Florida. Lo más seguro es que matara a ese hueco por pura cuestión de suerte.

—Tonterías —discrepó Emma—. Llegará un día en que serás un aniquilador de huecos tan grande como lo era Abe.

—Esperemos que ese día llegue pronto —comentó Hugh.

—Es tu destino —afirmó Horace, y lo dijo de una manera que me llevó a pensar que sabía alguna cosa que yo desconocía.

—Y aunque no lo fuera —dijo Hugh, dándome una palmada en la espalda—. Eres todo lo que tenemos, compañero.

—De ser eso cierto, que el pájaro nos ayude —se lamentó Enoch.

La cabeza me daba vueltas. El peso de las expectativas amenazaba con aplastarme. Me incorporé, inestable, y me acerqué a la salida de la cueva.

—Necesito un poco de aire —dije, apartando a Enoch de mi camino.

—¡Espera, Jacob! —gritó Emma—. ¡Los globos!

Pero se habían marchado hacía ya un buen rato.

—Deja que se vaya —refunfuñó Enoch—. Con un poco de suerte, se volverá nadando a América.

Caminé hacia la orilla, intentando imaginarme cómo me veían mis nuevos amigos, o cómo querían verme: no como Jacob, el niño que un día se fracturó el tobillo corriendo detrás del camión de los helados, o que a regañadientes y a petición de su padre intentó, y fracasó tres veces, acceder al poco competitivo equipo de atletismo de su colegio, sino como Jacob, inspector de sombras, milagroso intérprete de retorcidas premoniciones, vidente y aniquilador de monstruos de verdad... y de todo lo que pudiera interponerse entre la vida y la muerte de nuestra alegre banda de peculiares.

¿Llegaría algún día a estar a la altura del legado de mi abuelo?

Me encaramé a un montón de piedras que había junto a la orilla y me quedé allí, confiando en que la brisa me secase la ropa, contemplando el mar bajo la luz mortecina, un lienzo de cambiantes grises en fusión cada vez más oscuros. A lo lejos, una luz parpadeaba de vez en cuando. Era el faro de Cairnholm, emitiendo su hola y su último adiós.



Mi mente empezó a divagar. Estaba soñando despierto.

«Veo un hombre. Es de mediana edad, cubierto de tanto barro que parecen excrementos; camina de lado por el afilado borde de un acantilado, su fino cabello mojado y despeinado tapándole casi la cara. El viento azota la delgada chaqueta como si fuese una vela. Se para, se tiende en el suelo y se apoya sobre los codos. Desliza las manos hacia el interior de los hoyos que excavó semanas atrás, cuando exploraba estas calas en busca de gaviotines en fase de apareamiento y nidos de pardelas. Se lleva a los ojos unos prismáticos pero los enfoca hacia abajo, más allá de los nidos, hacia el fino cuarto creciente que dibuja la playa, donde la marea en ascenso recoge y arroja objetos; madera de deriva y algas, astillas de embarcaciones naufragadas y, a veces, cuentan los del lugar, cuerpos.

»El hombre es mi padre. Busca algo que desea desesperadamente no encontrar.

»Busca el cuerpo de su hijo.»

Noté que algo o alguien me tocaba el zapato y abrí los ojos, despertándome de repente de mi estado de ensoñación. Era casi de noche y me encontré sentado en las rocas con las piernas dobladas y las rodillas pegadas al pecho. Era Emma, la brisa alborotándole el pelo, de pie en la arena por debajo de mí.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Era una pregunta cuya respuesta habría exigido una serie de cálculos a nivel

universitario y cerca de una hora de discusión. En aquel momento albergaba un centenar de sentimientos en conflicto, el grueso de los cuales quedaba anulado por el frío, el cansancio y las escasas ganas de hablar. De modo que dije:

—Estoy bien, secándome, simplemente. —Y para demostrarlo, sacudí la parte delantera de mi empapado jersey.

—En eso sí que puedo ayudarte. —Se encaramó al montículo de piedras y se sentó a mi lado—. Trae un brazo.

Se lo ofrecí y Emma lo extendió sobre sus rodillas. Ahuecó entonces las manos, las acercó a su boca e inclinó la cabeza sobre mi muñeca. Entonces cogió aire y empezó a soltarlo, filtrándolo poco a poco entre los dedos. Una increíble y balsámica sensación de calor, que rozaba casi lo doloroso, me recorrió el antebrazo.

—¿Demasiado caliente? —preguntó.

Me puse tenso, tuve un escalofrío y negué con la cabeza.

—Perfecto. —Ascendió por el brazo y volvió a soltar aire. Una nueva pulsación de dulce calor. Entre exhalación y exhalación, dijo—: Confío en que no te hayas molestado por lo que ha dicho Enoch. Todos los demás creemos en ti, Jacob. Enoch es a veces como un pajarito con el corazón arrugado, sobre todo cuando se pone celoso.

—Creo que tiene razón —dije.

—No lo dirás en serio, ¿no?

Y entonces salió todo.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo —le expliqué—. ¿Cómo vais a depender de mí? Si realmente soy peculiar, creo que lo soy muy poco. Yo solo tengo un cuarto de peculiar, mientras que vosotros sois pura sangre.

—La cosa no funciona así —dijo Emma, riendo.

—Pero mi abuelo era más peculiar que yo. Tenía que serlo. Era muy fuerte...

—No, Jacob —repuso Emma, mirándome con los ojos entrecerrados—. Resulta asombroso. En muchos sentidos eres igual que él. También eres distinto, claro, eres más bondadoso y más dulce, pero las cosas que dices... Hablas como Abe, cuando llegó para quedarse con nosotros.

—¿De verdad?

—Sí. También él estaba confuso. Nunca había coincidido con otro peculiar. No comprendía su poder, ni cómo funcionaba, ni sabía de lo que era capaz. Tampoco lo sabíamos nosotros, a decir verdad. Lo que tú puedes hacer es muy raro. Rarísimo. Pero tu abuelo aprendió.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Dónde?

—En la guerra. Formó parte de una célula secreta del ejército británico integrada en su totalidad por peculiares. Combatían a la vez contra los alemanes y los espíritus huecos. El tipo de cosas que hacían no los llevó a ganar medallas, pero para nosotros eran héroes, y el más grande de todos ellos fue tu abuelo. Los sacrificios que llevaron a cabo sirvieron para mantener a raya a los corruptos durante décadas y salvaron la

vida de muchísimos peculiares.

«Y aun así —pensé—, no consiguió salvar la de sus propios padres. Qué extrañamente trágico.»

—Y te digo una cosa —prosiguió Emma—: eres tan peculiar como él... e igual de valiente.

—Ja. Lo dices para que me sienta mejor.

—No —replicó ella, mirándome a los ojos—. No lo digo por eso. Aprenderás, Jacob. Llegará un día en que te convertirás en un aniquilador de huecos más grande incluso que él.

—Sí, es lo que dice todo el mundo. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo siento muy adentro —respondió—. Porque se supone que tienes que serlo, imagino. Igual que se supone que tenías que venir a Cairnholm.

—Yo no creo en esas cosas. En la predestinación. Las estrellas. El destino.

—Yo no he mencionado el destino.

—Suponer es lo mismo —declaré—. El destino es para los personajes de libros que empuñan espadas mágicas. Una porquería. Yo estoy aquí porque mi abuelo mencionó algo sobre vuestra isla diez segundos antes de morir, eso es todo. Fue una casualidad. Me alegro de que lo hiciera, pero estaba delirando. Igual que dijo aquello, podría haber recitado la lista de la compra.

—Pero no lo hizo —replicó Emma.

Suspiré exasperado.

—Y si vamos en busca de bucles, y dependéis de mí para que os salve de los monstruos y en vez de eso acabo abocándoos a todos a una muerte segura, ¿sería eso también el destino?

Emma frunció el entrecejo y me soltó el brazo.

—Yo no he mencionado la palabra «destino» en ningún momento —insistió—. Pero creo que en las cosas importantes de la vida la casualidad no existe. Todo sucede por algún motivo. Tú estás aquí por algún motivo... que no es precisamente fracasar y morir.

No me sentía con fuerzas para seguir discutiendo.

—De acuerdo —dije—. Creo que no tienes razón... aunque espero que la tengas. —Me sentía mal por haberle hablado antes con brusquedad, pero estaba muerto de frío, asustado y a la defensiva. Tenía ratos buenos y ratos malos, pensamientos aterradores y otros que me daban confianza... aunque la relación proporcional entre terror y confianza era ahora de lo más deprimente, como de tres a uno, y en los momentos de terror como aquel tenía la sensación de estar siendo forzado a adoptar un papel que no había pedido desempeñar en ningún caso; el papel de voluntario en el frente de una guerra de la que ninguno de nosotros conocía su envergadura. La palabra «destino» poseía connotaciones de obligación, y si tenía que verme abocado a una batalla contra una legión de criaturas de pesadilla, sería porque yo así lo decidía.

Aunque, en cierto sentido, la decisión ya estaba tomada. La tomé cuando accedí

a zarpar rumbo a lo desconocido en compañía de aquellos niños peculiares. Y si me ponía a rebuscar en serio en los rincones más polvorientos de mi ser, descubriría que no era cierto que no hubiese pedido que todo esto sucediera. En realidad, soñaba desde muy pequeño con aquel tipo de aventuras. Por aquel entonces creía en el destino, y creía en él rotundamente, con todas y cada una de las fibras de mi corazoncito infantil. Cuando escuchaba las historias extraordinarias de mi abuelo sentía cierta picazón en el pecho. «Un día ese seré yo.» Lo que ahora me parecía una obligación era entonces una promesa, la de que llegaría el día en que huiría de mi pequeña ciudad para vivir una vida extraordinaria, como había acabado haciendo; y que un día, igual que el abuelo Portman, haría algo importante.

Mi abuelo solía decirme:

—Serás un gran hombre, Yakob. Un hombre muy grande.

—¿Como tú? —le preguntaba yo.

—Mejor —me respondía él.

Le había creído entonces, y quería seguir creyéndolo. Pero cuantas más cosas descubría sobre él, más grande se volvía su sombra y más imposible me parecía llegar a ser tan importante como él lo había sido. Pensaba incluso que tal vez fuera suicida intentarlo. Y cuando me imaginaba intentándolo, me asaltaban pensamientos relacionados con mi padre —mi pobre padre, que en muy poco tiempo se sentiría devastado—, y antes de conseguir alejarlos de mi cabeza, me preguntaba cómo se podía llegar a ser un gran hombre haciéndole algo tan terrible a un ser querido.

Empecé a temblar.

—Tienes frío —dijo Emma—. Déjame acabar lo que he empezado. —Me cogió el otro brazo y me lo besó con su aliento en toda su longitud. Aquello era casi más de lo que podía soportar. Cuando alcanzó el hombro, en vez de devolver el brazo a mi falda, lo hizo pasar por detrás de su cuello. Levanté entonces el otro brazo para enlazarlo y ella me abrazó también. Nuestras frentes se unieron.

En voz baja, dijo entonces Emma:

—Espero que no te arrepientas de la decisión que has tomado. Me alegro de que estés con nosotros. No sé qué haría si te marcharas. Temo que nunca más volvería a sentirme bien.

Pensé en un regreso. Por un instante me esforcé por representarlo mentalmente, cómo sería si cogiera uno de los botes, remara de nuevo hacia la isla y volviera a casa.

Pero no pude hacerlo. No logré imaginármelo.

—¿Y cómo podría hacerlo? —susurré.

—Cuando Miss Peregrine vuelva a adoptar forma humana, podrá mandarte de vuelta a casa. Si así lo quieres.

Mi pregunta no se refería a cuestiones logísticas. Lo que había querido decir era muy simple: «¿Cómo podría abandonarte?». Pero eran palabras impronunciables, que no conseguían salir de mi boca. De modo que las retuve solo para mí y lo que hice, en cambio, fue besarla.

Esta vez fue Emma la que se quedó sin respiración. Acercó las manos a mis mejillas, pero se detuvo justo antes de establecer contacto. Irradiaba oleadas de calor.

—Tócame —la insté.

—No quiero tocarte —replicó ella, pero la repentina lluvia de chispas que acababa de explotar en mi pecho me decía con insistencia: «No me importa», de modo que le cogí la mano y la deslicé por mi mejilla. Nos quedamos ambos boquiabiertos. Estaba caliente, pero no me aparté. No me atreví a hacerlo por miedo a que dejara de tocarme. Y entonces nuestras bocas se unieron de nuevo y volvimos a besarnos, su extraordinario calor irradiándome por entero.

Se me cerraron los ojos. El mundo desapareció.

Si la bruma nocturna me había enfriado el cuerpo, no lo notaba. Si el mar rugía en mis oídos, no lo oía. Si la roca en la que estaba sentado era dura e irregular, no lo percibía. Cualquier cosa que no fuéramos nosotros dos resultaba una distracción.

«El faro —pensé—. El faro está cayendo al mar.» Pero el faro no era más que un puntito en la lejanía, no un destello luminoso como el sol, y su luz viajaba en una única dirección, no de un lado a otro, buscando.

No era el faro, ni mucho menos. Era un reflector, y su luz procedía del agua, cerca de la orilla.

Era el reflector de un submarino.

Se produjo un breve segundo de terror durante el cual cerebro y piernas permanecieron desconectados. Mis ojos y mis oídos captaban el submarino no muy lejos de la costa: una bestia de metal emergiendo del mar, el agua resbalando por sus laterales, hombres irrumpiendo en la cubierta a través de escotillas abiertas, gritando, apuntando cañones de luz hacia nosotros. Y entonces, el estímulo llegó a mis piernas y caímos al suelo, nos empujamos rocas abajo y corrimos como demonios.

El foco proyectaba sombras cilíndricas sobre la playa, de tres metros de altura y monstruosas. Las balas taladraban la arena y silbaban en el aire.

Una voz retumbó entonces por un altavoz:

—¡DETENEOS! ¡NO HUYÁIS!

Entramos rápidamente en la cueva —«¡Vienen, están aquí, levantaos, levantaos!»—, pero los niños habían oído ya el barullo y estaban en pie, todos menos Bronwyn, que se había agotado de tal manera remando que se quedó dormida junto a la pared de la cueva y no había forma de despertarla. La sacudimos y le gritamos, pero ella se limitó a gimotear y a apartarnos de un manotazo. Al final tuvimos que levantarla cogiéndola por la cintura, que fue como cargar con una torre construida en ladrillo, pero en cuanto sus pies rozaron el suelo, abrió de repente unos enrojecidos ojos y se sostuvo por su propio peso.

Recogimos nuestras pertenencias, agradecidos ahora de que fueran tan pequeñas y escasas. Emma cogió en brazos a Miss Peregrine. Salimos en estampida. Mientras

corríamos hacia las dunas, vi detrás de nosotros una banda de siluetas humanas recorriendo los últimos metros hasta la orilla. En las manos, levantadas por encima de la cabeza para evitar que se mojaran, llevaban armas.

Corrimos hacia un grupo de árboles azotados por el viento y nos adentramos en el inhóspito bosque. La oscuridad nos engulló al instante. La poca luna que no escondían las nubes quedaba ahora oculta por los árboles, cuyas ramas filtraban la pálida luz hasta dejarla en nada. No había tiempo para que los ojos se adaptasen a la negrura, ni para poder palpar con cuidado el entorno, solo para correr con los brazos extendidos como una jadeante y torpe manada, regateando troncos que parecían personificarse de repente a escasos centímetros de nosotros.

Con la respiración entrecortada, pasados unos minutos nos detuvimos para escuchar. Las voces seguían persiguiéndonos, con la diferencia de que ahora se les había sumado otro sonido: ladridos de perros.

Seguimos corriendo.

TRES

Estuvimos corriendo y avanzando a trompicones por el bosque durante lo que nos parecieron horas, sin luna ni movimientos de estrellas que nos ayudaran a calcular el paso del tiempo. El sonido de los gritos de los hombres y de los ladridos de los perros envolvía nuestra carrera, amenazándonos desde todas partes y desde ninguna a la vez. Con el fin de que los perros nos perdieran el rastro, vadeamos un gélido arroyo y seguimos su curso hasta que los pies nos quedaron entumecidos. Cuando salimos del agua, tuve la sensación de caminar sobre un lecho de espinas.

Pasado un buen rato, empezamos a flaquear. Se oían gemidos en la oscuridad. Olive y Claire iban quedándose atrás, de modo que Bronwyn decidió cargar con ellas, pero estaba tan agotada que tampoco podía seguir el ritmo. Al final, cuando Horace tropezó con una raíz y cayó de bruces al suelo, donde permaneció sin poder levantarse y suplicando un descanso, nos detuvimos todos.

—¡Arriba, patán perezoso! —le gruñó Enoch entre dientes, pero también él resoplaba. Se apoyó en un árbol con la intención de recuperar el ritmo de la respiración, y su espíritu combativo lo abandonó de repente.

Estábamos alcanzando los límites de nuestra resistencia. Teníamos que parar.

—De todas maneras, dar vueltas en círculo en plena oscuridad como estamos haciéndolo no tiene sentido —dijo Emma—. Podríamos acabar justo donde hemos empezado.

—Con luz de día comprenderemos mejor los vericuetos de este bosque —apuntó Millard.

—Siempre y cuando sigamos con vida para entonces —masculló Enoch.

Empezaba a llover. Fiona nos fabricó un refugio convenciendo a un grupo de árboles dispuestos en círculo para que unieran sus ramas más bajas. Lo hizo acariciándoles la corteza y susurrándoles palabras cariñosas hasta que las ramas se entretejieron para formar un tejado impermeable con altura suficiente para poder sentarnos debajo. Entramos a gatas y permanecimos allí escuchando la lluvia y los perros, que seguían ladrando en la lejanía. En el bosque, hombres armados continuaban buscándonos. Solos con nuestros pensamientos, estaba seguro de que todos estábamos preguntándonos lo mismo: ¿qué sería de nosotros si finalmente nos daban caza?

Claire rompió a llorar, bajito primero, pero luego cada vez con más fuerza, hasta que sus dos bocas berrearón de tal modo que apenas si podía respirar entre sollozo y sollozo.

—Contente un poco —le pidió Enoch—. Te oirán y entonces sí que tendremos algo por lo que llorar.

—Nos echarán a los perros para que nos devoren —sollozó Claire—. Nos dispararán hasta dejarnos como un colador y se llevarán a Miss Peregrine.

Bronwyn se agachó a su lado y la acogió entre sus brazos.

—Por favor, Claire, intenta pensar en otra cosa.

—Lo intento, de verdad —gimoteó.

—¡Pues inténtalo con más ganas!

Claire cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y contuvo el aire hasta que parecía un globo a punto de reventar... y a continuación estalló en un ataque de toses y sollozos más potentes que antes.

Enoch le tapó la boca con la mano.

—¡Shhhhh!

—Lo... lo siento —tartamudeó Claire—. A lo mejor si alguien me contara un cuento... alguno de los del libro...

—No nos vengas otra vez con esto —protestó Millard—. Empiezo a pensar que me gustaría haber perdido esos condenados libros en el mar junto con todo lo demás.

Miss Peregrine tomó la palabra —de vez en cuando era capaz de hacerlo— saltando sobre el baúl de Bronwyn y golpeándolo con el pico. En el interior, junto con nuestras escasas posesiones, estaban los *Cuentos*.

—Estoy con Miss P —declaró Enoch—. Merece la pena intentarlo. Lo que sea para que deje de lloriquear.

—Lo pro-prometo —dijo Claire, sorbiendo por la nariz.

Bronwyn abrió el baúl y extrajo un empapado volumen de *Cuentos de lo peculiar*. Emma se acercó a ella y se prendió una minúscula llama en la punta de un dedo para poder leer. Entonces Miss Peregrine, impaciente por tranquilizar a Claire, cogió con el pico un extremo de la cubierta del libro y lo abrió por un capítulo aparentemente tomado al azar. Bronwyn empezó a leer en voz baja.

—«Érase una vez, en un tiempo peculiar, un bosque frondoso y anciano donde vivían muchísimos animales. Había conejos, ciervos y zorros, igual que en cualquier bosque, pero había también animales menos comunes, como osos dantescos con patas como zancos, lince bicéfalos y emú-rafos parlantes. Aquellos animales peculiares eran el blanco favorito de los cazadores, que disfrutaban matándolos para colgarlos luego a modo de trofeo en la pared de su casa y vanagloriarse de ello ante sus compañeros cazadores, pero disfrutaban más si cabe vendiéndolos a los dueños de los zoológicos, que los encerraban en jaulas y recaudaban un buen dinero exhibiéndolos. Cabría pensar que era mucho mejor sobrevivir encerrado en una jaula que acabar colgado de una pared, pero las criaturas peculiares necesitaban vivir en libertad para ser felices, y al cabo de un tiempo el espíritu de los animales enjaulados terminaba marchitándose y empezaban a envidiar a los compañeros que habían acabado sus días decorando paredes.»

—Es un cuento triste —refunfuñó Claire—. Cuéntanos otro.

—A mí me gusta —dijo Enoch—. Explicanos más cosas sobre la caza y las monterías.

Bronwyn hizo caso omiso a los dos.

—«Pero era un tiempo en que los gigantes vagaban aún por la tierra —continuó—, igual que lo hacían en los antiquísimos tiempos de *Aldinn*, aunque eran escasos y su población iba en descenso. Y dio la casualidad que uno de aquellos gigantes vivía en las cercanías del bosque. Era muy bondadoso, hablaba dulcemente, se alimentaba solo de plantas y se llamaba Cuthbert. Un día, Cuthbert se adentró en el bosque para recolectar bayas y descubrió a un cazador que trataba de dar caza a un emú-rafo. Siendo como era un gigante bondadoso, Cuthbert cogió al pequeño rafo por el pescuezo y, enderezándose cuan largo era y poniéndose además de puntillas, cosa que rara vez hacía porque le crujían con ello todos los huesos, consiguió llegar muy alto y depositar al emú-rafo en la cima de una montaña, fuera de todo peligro. Entonces, solo por si acaso, aplastó al cazador de un pisotón y lo dejó hecho gelatina.

»»La noticia sobre el bondadoso acto de Cuthbert se propagó por todo el bosque y los animales peculiares empezaron a acudir a él a diario para pedirle que los depositara en la cima de la montaña, lejos de todo peligro. Y Cuthbert les dijo:

»»«Os protegeré, pequeños hermanos y hermanas. Lo único que os pido a cambio es que habléis conmigo y me hagáis compañía. En el mundo quedan muy pocos gigantes y de vez en cuando me siento muy solo’.

»»A lo que ellos respondieron:

»»«Por supuesto, Cuthbert, así lo haremos’.

»»De manera que Cuthbert empezó a salvar a diario a los animales peculiares del acecho de los cazadores y a depositarlos en la cima de la montaña cogiéndolos con delicadeza por el pescuezo, de tal modo que allá arriba acabó formándose una auténtica colección de animales peculiares. Y allí se sentían felices porque por fin podían vivir en paz. Y Cuthbert también estaba feliz, porque si se ponía de puntillas y reposaba la barbilla en la cima de la montaña podía hablar todo lo que le apeteciera con sus nuevos amigos. Entonces, una mañana, Cuthbert recibió la visita de una bruja. Estaba el gigante bañándose en un lago a la sombra de la montaña cuando ella le dijo:

»»«Lo siento muchísimo, pero tengo que convertirte en piedra’.

»»«¿Y por qué tienes que hacer eso? —le preguntó el gigante—. Soy muy bondadoso. Soy un gigante que siempre ayuda.’

»»A lo que ella le respondió:

»»«La familia del cazador que aplastaste ha contratado mis servicios’.

»»«Ah’ —replicó el gigante—. Me había olvidado por completo de él.’

»»«Lo siento muchísimo’, se disculpó la bruja.

»»Y entonces agitó su varita de abedul y el pobre Cuthbert quedó convertido en piedra. De repente, Cuthbert empezó a sentirse muy pesado, tan pesado que notó que se hundía en el lago. Se hundió y se hundió, y el agua tardó muy poco en llegarle al cuello. Sus amigos animales vieron lo que estaba pasando y, a pesar de sentirse terriblemente mal, llegaron a la conclusión de que no podían ayudarlo de ninguna manera.

»»«¡Sé que no podéis salvarme’ —gritó Cuthbert a sus amigos—, pero bajad al

menos para hablar conmigo! ¡No puedo moverme y me siento muy solo!

»”“¡Pero si bajamos nos dispararán los cazadores!”, gritaron ellos a modo de réplica.

»”Cuthbert sabía que tenían razón, pero siguió suplicándoles de todas maneras.

»”“¡Hablad conmigo!” —gritó—. ¡Por favor, venid a hablar conmigo!”

»”Los animales intentaron cantar y hablarle a gritos al pobre Cuthbert desde la seguridad que les garantizaba la cumbre, pero estaban demasiado lejos y sus voces no eran lo bastante potentes. Incluso para Cuthbert, con sus orejas de gigante, sonaban tan leves como el susurro de las hojas cuando las agita el viento.

»”“¡Habladme!” —siguió suplicando—. ¡Venid a hablar conmigo!”

»”Pero nunca llegaron a bajar. Y Cuthbert siguió gritando hasta que su garganta se transformó en piedra, como había sucedido ya con el resto de su cuerpo. Fin.”

Bronwyn cerró el libro.

Claire se había quedado horrorizada.

—¿Y ya está?

Enoch se echó a reír.

—Ya está —asintió Bronwyn.

—Es un cuento horroroso —declaró Claire—. ¡Lee otro!

—Un cuento es un cuento —dijo Emma—. Y ahora a dormir.

Claire empezó a hacer pucheros, pero había dejado de llorar, por lo que el cuento había cumplido su objetivo.

—Lo más probable es que mañana no sea tan fácil como hoy —apuntó Millard—. Tenemos que descansar todo lo que podamos.

Recogimos terrones de musgo esponjoso para utilizar a modo de almohada y Emma los secó con las manos antes de que recostáramos la cabeza sobre ellos. A falta de mantas, nos acurrucamos unos junto a otros para darnos calor. Bronwyn abrazó a los más pequeños; Fiona se apretujó contra Hugh, cuyas abejas entraban y salían de su boca al ritmo de sus ronquidos, dispuestas a montar guardia sobrevolando a su durmiente amo; Horace y Enoch temblaban espalda contra espalda, demasiado orgullosos para acercarse más; Emma y yo. Me acosté boca arriba y ella se acomodó en la curva de mi brazo y recostó la cabeza en mi pecho, su cara tan seductoramente cerca de la mía que podría haberle besado la frente todo el rato que hubiera querido... y no habría dejado de hacerlo de no haber estado más agotado que un muerto y de no haber estado ella tan caliente como una esterilla eléctrica. Tardé muy poco en caer dormido y empezar a soñar con naderías placenteras y olvidables.

Nunca recuerdo los sueños agradables; solo los malos.

Fue un milagro que pudiera dormir, dadas las circunstancias. Incluso allí —huyendo para salvar la vida, durmiendo a la intemperie, enfrentándonos a la muerte—, incluso allí, abrazado a ella, fui capaz de encontrar cierta paz.

Observándonos a todos, sus ojos negros brillando en la oscuridad, estaba Miss Peregrine. Aun malherida y sin fuerzas, seguía siendo nuestra protectora.

La noche se fue haciendo más fría y Claire empezó a temblar y toser. Bronwyn zarandeó a Emma para despertarla.

—Miss Bloom —le dijo—, la pequeña te necesita; me temo que está cayendo enferma.

Y musitando una disculpa, Emma se deshizo de mi abrazo para ir a atender a Claire.

Sentí una punzada de celos, seguida de otra de culpabilidad por estar celoso de una amiga enferma. De modo que me quedé solo e inmerso en una irracional sensación de abandono, la mirada fija en la oscuridad, más exhausto de lo que podía haberlo estado en toda mi vida e incapaz de volver a conciliar el sueño, escuchando a los demás agitarse y gemir acosados por pesadillas que a buen seguro no podían ni equipararse con la que íbamos a vivir en cuanto nos levantáramos. Y finalmente la oscuridad fue replegándose capa a capa y, con gradaciones prácticamente imperceptibles, el cielo fue adquiriendo un delicado color azul claro.

Al amanecer salimos gateando de nuestro refugio. Sacudí las hebras de musgo atrapadas entre el cabello e intenté en vano eliminar el barro de los pantalones, consiguiendo así extenderlo más si cabe y acabar con el aspecto de una criatura de ciénaga vomitada desde las profundidades de la tierra. Tenía más hambre que nunca en mi vida, el estómago me corroía por dentro, y me dolía cualquier parte del cuerpo que pudiera dolerme, de remar, de correr y de dormir en el suelo. Pero a pesar de todo había algunas cosas a nuestro favor: durante la noche había dejado de llover, la temperatura había empezado a ascender algunos grados y daba la impresión de que habíamos conseguido escapar de los wights y sus perros, al menos por el momento; o habían dejado de ladrar o estaban demasiado lejos para que pudiéramos oírlos.

Estábamos desesperadamente perdidos. Orientarse por el bosque de día era casi tan complicado como lo había sido de noche. Abetos de verdes ramas formaban interminables y desordenadas hileras; cualquier dirección que decidieran seguir era un espejo de las demás. El suelo era una alfombra de hojas caídas que ocultaba cualquier huella que hubiéramos dejado la noche anterior. Nos habíamos despertado en el corazón de un laberinto verde desprovistos de mapa y de brújula, y el ala fracturada de Miss Peregrine le imposibilitaba volar por encima de los árboles para guiarnos. Enoch sugirió izar de nuevo a Olive, como habíamos hecho para orientarnos entre la niebla, pero no teníamos cuerda para sujetarla, y si se soltaba y caía, jamás volveríamos a recuperarla.

Claire estaba cada vez más enferma y permanecía acurrucada en el regazo de Bronwyn; las gotas de sudor se acumulaban en su frente a pesar del gélido aire. Estaba tan delgada que incluso se le podían contar las costillas a través del vestido.

—¿Se pondrá bien? —pregunté.

—Tiene fiebre —respondió Bronwyn, acercando la mano a la mejilla de la niña

—. Necesita medicamentos.

—Para ello tendremos que encontrar la salida de este maldito bosque —dijo Millard.

—Y ante todo deberíamos comer —sugirió Enoch—. Comamos y discutamos las distintas opciones.

—¿Qué opciones? —observó Emma—. Elegir una dirección y echar a andar. Todas las direcciones son igual de buenas o malas.

Nos sentamos, sumidos en un deprimente silencio. Nunca he probado la comida para perros, pero estoy seguro de que aquello era peor: cuadraditos parduzcos de grasa de carne solidificada en el interior de latas oxidadas que, a falta de utensilios, comimos con los dedos.

—Cogí cinco gallinas en salazón y tres latas de *foie-gras* con pepinillos —anunció con amargura Horace—, y esto es lo que ha sobrevivido del naufragio. —Se tapó la nariz y engulló una croqueta gelatinosa sin tan siquiera mastigarla—. Creo que estamos siendo castigados.

—¿Por qué motivo? —preguntó Emma—. Hemos sido ángeles. Bueno, la mayoría.

—Por los pecados de nuestras vida pasadas. No lo sé.

—Los peculiares no tienen vidas pasadas —replicó Millard—. Las vivimos todas a la vez.

Acabamos rápidamente, enterramos las latas vacías y nos preparamos para irnos. Cuando estábamos a punto de ponernos en marcha, Hugh irrumpió corriendo en el improvisado campamento; salía de entre unos arbustos, las abejas volaban en círculo sobre su cabeza formando una convulsa nube. La excitación lo había dejado casi sin aliento.

—¿De dónde sales tú ahora? —le preguntó Enoch.

—Necesitaba un poco de intimidad para atender mis cuestiones matutinas, que por cierto a ti no te importan en absoluto —respondió Hugh—, y he encontrado...

—¿Y quién te ha dado permiso para alejarte de nuestra vista? —prosiguió Enoch—. ¡Casi nos largamos sin ti!

—¿Desde cuándo necesito permiso? Bueno, da lo mismo, la cuestión es que he visto...

—¡No puedes alejarte así porque sí! ¿Y si te hubieras perdido?

—¿Acaso no estamos ya perdidos?

—¡Ignorante! ¿Y si no hubieses encontrado el camino de vuelta?

—He dejado un rastro de abejas, como hago siempre...

—¿Podrías ser tan amable de dejarlo acabar?! —gritó Emma.

—Gracias —dijo Hugh, y se volvió para señalar la dirección por donde había venido—. He visto agua, mucha, entre aquellos árboles de allí.

La mirada de Emma se oscureció. Entonces dijo:

—Estamos intentando alejarnos del mar, no volver a él. Durante la noche

debemos de haber retrocedido sin darnos cuenta.

Seguimos a Hugh por donde nos indicaba, Bronwyn con Miss Peregrine en el hombro y la pobre Claire en brazos. Al cabo de unos cien metros, el destello de unas ondulaciones grisáceas apareció más allá de los árboles: una amplia extensión de agua.

—Oh, esto es horroroso —exclamó Horace—. ¡Nos han cazado bien cazados!

—No oigo ningún soldado —apuntó Emma—. De hecho, no oigo nada. Ni siquiera el sonido del mar.

—Porque no es el mar, boba —dijo entonces Enoch, y se incorporó para echar a correr hacia el agua.

Cuando lo alcanzamos, estaba plantado con los pies hundidos en la arena húmeda, mirándonos con una sonrisa satisfecha, como queriendo decir: «Ya os lo dije». Tenía razón: aquello no era el mar. Era un lago gris y brumoso, muy extenso y rodeado de abetos, su tranquila superficie se mostraba lisa como la pizarra. Pero el hecho más singular era algo que ni siquiera percibí a primera vista, que no vi hasta que Claire señaló una gran formación rocosa que sobresalía de aguas poco profundas. Mis ojos lo pasaron por alto de entrada, pero volvieron atrás para echarle un nuevo vistazo. Tenía algo misterioso... y que resultaba indudablemente familiar.

—¡Es el gigante del cuento! —exclamó Claire, señalando hacia allí sin separarse de los brazos de Bronwyn—. ¡Es Cuthbert!

Bronwyn le acarició la cabeza.

—Tranquila, cariño, tienes fiebre.

—No seas ridícula —dijo Enoch—. No es más que una piedra.

Pero no lo era. A pesar de que el viento y la lluvia habían borrado parte de sus facciones, parecía realmente un gigante hundido en el lago hasta el cuello. Se distinguía con claridad el perfil de la cabeza, del cuello y de la nariz, incluso de la nuez de Adán, y en lo alto crecían árboles y matorrales formando un símil de coronita de cabello. Pero lo que resultaba más misterioso era la posición de la cabeza: echada hacia atrás, con la boca abierta, como si, igual que el gigante del cuento que habíamos escuchado justo la noche anterior, se hubiera convertido en piedra mientras hablaba a gritos con los amigos que seguían en la cima de la montaña.

—¡Y mirad! —dijo Olive, señalando un escarpado risco rocoso que se alzaba en la distancia—. ¡Aquello debe de ser la montaña de Cuthbert!

—Los gigantes son reales —murmuró Claire. Su voz sonaba débil aunque rebosante de asombro—. ¡Igual que los *Cuentos*!

—No saquemos conclusiones absurdas —intervino Enoch—. ¿Qué es más probable? ¿Que el autor del cuento que leímos anoche se inspirara en una roca que por casualidad tenía la forma de la cabeza de un gigante o que esta roca en forma de cabeza fuese en realidad un gigante?

—Le quitas gracia a todo —protestó Olive—. Yo creo en los gigantes, por mucho que tú no creas en ellos.



—Los *Cuentos* no son más que cuentos, nada más —refunfuñó Enoch.

—Muy gracioso —observé—, aunque eso es precisamente lo que creía que erais todos vosotros antes de conoceros.

Olive se echó a reír.

—Eres un tonto, Jacob. ¿De verdad creías que éramos inventados?

—Pues claro. Y seguí creyéndolo incluso después de conoceros, durante un tiempo. Pensaba que tal vez me había vuelto loco.

—Sea real o no, la verdad es que es una casualidad increíble —comentó Millard—: leer ese mismo cuento justo anoche y a la mañana siguiente tropezarse con el accidente geográfico que lo inspiró. ¿Qué probabilidades hay de que ocurra una cosa así?

—Yo no creo que sea casualidad —declaró Emma—. Miss Peregrine fue la que abrió el libro, ¿lo recordáis? Debió de elegir ese cuento a propósito.

Bronwyn miró al pájaro posado en su hombro y dijo:

—¿Es así, Miss P? ¿Por qué?

—Porque significa alguna cosa —continuó Emma.

—Por supuesto —confirmó Enoch—. Significa que deberíamos subir a ese risco. Es posible que desde allá arriba podamos ver el camino para salir de este bosque.

—Me refiero a que el cuento significa alguna cosa —insistió Emma—. ¿Qué es lo que quería el gigante? ¿Qué es lo que pedía una y otra vez?

—Pedía tener a alguien con quien hablar —respondió Olive como una alumna aplicada.

—Exactamente —asintió Emma—. De modo que si quiere hablar, escuchemos lo que tenga que decir. —Y diciendo eso, se adentró en el lago.

Nos quedamos mirándola algo perplejos.

—¿Adónde va? —preguntó Millard. Me dio la impresión de que me lo preguntaba a mí. Hice un gesto de negación con la cabeza.

—¡Tenemos a los wights persiguiéndonos! —le gritó Enoch—. ¡Estamos perdidos sin remedio! ¡En qué demonios estás pensando!

—¡Estoy pensando de forma peculiar! —respondió Emma también a voz en grito. Chapoteó por las aguas poco profundas hasta alcanzar la base de la roca, trepó a la mandíbula y observó el interior de la boca abierta.

—¡¿Y bien?! —grité entonces yo—. ¿Qué se ve?

—¡No lo sé! —respondió ella—. Pero parece muy profundo. Voy a mirar mejor.

Emma se encaramó a la boca de piedra del gigante.

—¡Será mejor que bajes de ahí antes de hacerte daño! —gritó Horace—. ¡Estás poniendo nervioso a todo el mundo!

—A ti todo te pone nervioso —lo increpó Hugh.

Emma lanzó una piedra al interior de la garganta del gigante y se quedó escuchando cualquier posible sonido. Entonces empezó a decir:

—Creo que podría ser un... —Pero resbaló entonces con la gravilla y la última palabra de la frase se quedó sin pronunciar al verse obligada a agarrarse a lo primero que encontró para no caer.

—¡Ve con cuidado! —grité, con el corazón acelerándose dentro de mi pecho—. ¡Espera, que yo vengo también!

Me adentré en el lago dispuesto a ir a buscarla.

—¡Podría ser un ¿qué?! —gritó Enoch.

—Solo existe una manera de averiguarlo —dijo excitada Emma, encaramándose de nuevo a la boca del gigante.

—¡Señor! —dijo Horace—. Mírala...

—¡Espera! —volví a gritar... pero ya no estaba, había desaparecido por la boca del gigante.

De cerca, el gigante era más grande aún que visto desde la orilla, y cuando asomé

la cabeza por su oscura garganta habría jurado poder oír casi la respiración del viejo Cuthbert. Ahuequé las manos y llamé a Emma. Me respondió el eco de mi propia voz. Los demás se habían adentrado también en el lago, pero no podía esperarlos —¿y si Emma estuviera teniendo graves problemas?—, de modo que apreté los dientes, introduje las piernas en la oscuridad y me dejé ir.

Pasé mucho rato cayendo. Todo un segundo. Y luego, chaf, la zambullida en un agua que estaba tan fría que me cortó la respiración y me contrajo a la vez todos los músculos. Me obligué a recordarme que o avanzaba en el agua o me hundía. Me encontraba en una cámara estrecha y anegada, en penumbra, sin posibilidad de ascender de nuevo por la larga y resbaladiza garganta del gigante, sin cuerda, ni escalera, ni puntos de apoyo. Grité para localizar a Emma, pero no obtuve respuesta.

«Dios mío —pensé—. Se ha ahogado.»

Pero entonces noté que algo me hacía cosquillas en el brazo y empecé a ver burbujas a mi alrededor. Instantes después, Emma emergía a la superficie, boqueando para coger aire.

Aunque la luz era escasa, me pareció que estaba bien.

—¿A qué esperas? —dijo, golpeando el agua con la mano, como si quisiera que me sumergiese con ella—. ¡Vamos!

—¿Estás loca? —exclamé—. ¡Estamos atrapados!

—¡Por supuesto que no! —replicó ella.

Oímos entonces la voz de Bronwyn llamándonos desde arriba.

—¡Holaaa, os estoy oyendo ahí abajo! ¿Qué habéis encontrado?

—¡Creo que es el acceso a un bucle! —respondió Emma—. Dile a todo el mundo que entre y no tenga miedo. Jacob y yo nos reuniremos con vosotros al otro lado.

Y entonces me cogió la mano y, aún sin entender muy bien qué pasaba, inspiré hondo y dejé que me arrastrara bajo el agua. Buceamos hacia el fondo en dirección a un orificio excavado en la roca del tamaño de una persona al otro lado del cual se veía un destello de luz natural. Emma me empujó hacia él y me siguió. Nadamos por un pozo que tendría unos tres metros de largo y salimos al lago. Por encima de nosotros se veía la superficie ondulada y, más allá de ella, el cielo azul brillante. Al ascender, la temperatura del agua subió notablemente. Emergimos por fin a la superficie, cogimos aire y noté al instante que el tiempo había cambiado: ahora era cálido y bochornoso, y la luz asimismo se había alterado para adquirir los tonos dorados de la tarde. También la profundidad del lago había cambiado, puesto que alcanzaba la altura de la barbilla del gigante.

—¿Lo ves? —dijo Emma con una sonrisa—. ¡Estamos en otro tiempo!

Y de esta manera entramos en un bucle, abandonando una templada mañana de 1940 por una calurosa tarde de algún año anterior, aunque en medio del bosque y alejados de rastros de civilización fácilmente datable, era difícil saber si el año en cuestión era muy anterior.

Uno a uno, los demás niños emergieron del agua, y al ver cómo había cambiado todo, sacaron también sus propias conclusiones.

—¿Os dais cuenta de lo que significa esto?! —chilló Millard. Empezó a chapotear, a dar vueltas en círculo, jadeando de pura excitación—. ¡Significa que los *Cuentos* esconden conocimientos secretos!

—Ahora ya no te parecen tan inútiles, ¿verdad? —dijo Olive.

—Oh, me muero de ganas de analizarlos y realizar anotaciones —comentó Millard, frotándose las manos.

—¡No te atreverás a escribir en mi libro, Millard Nullings! —lo amenazó Bronwyn.

—Pero ¿qué es este bucle? —preguntó Hugh—. ¿Quién creéis que debe de vivir aquí?

Olive apuntó una respuesta:

—Los amigos animales de Cuthbert, evidentemente.

Enoch alzó los ojos al cielo, exasperado, pero se calló lo que con toda probabilidad estaba pensando —«¡No es más que un cuento!»— porque también él estaba empezando a cambiar de idea.

—Todo bucle tiene su ymbryne —apuntó Emma—, incluso los bucles misteriosos de un libro de cuentos. Vayamos a buscarla.

—De acuerdo —asintió Millard—. ¿Adónde?

—El único lugar que mencionaba el cuento, aparte del lago, era esa montaña —dijo Emma, señalando el risco que asomaba por detrás de los árboles—. ¿Quién está en forma para una escalada?

Todos estábamos cansados y hambrientos, pero el descubrimiento del bucle nos había dado un nuevo empujón de energía. Dejamos atrás el gigante de piedra y nos adentramos en el bosque en dirección al pie de la montaña. El calor nos secaba la ropa con rapidez. A medida que nos aproximábamos a nuestro destino, el terreno se iba empinando. Pronto descubrimos un sendero y decidimos seguirlo cuesta arriba, pasando entre grupos de frondosos abetos y sinuosos pasadizos abiertos en las rocas, hasta que el camino se volvió tan vertical en determinados momentos que nos vimos obligados a avanzar a cuatro patas, sujetándonos con fuerza al escabroso terreno para impulsarnos hacia adelante.

—Más vale que al final de este sendero encontremos alguna maravilla —refunfuñó Horace, secándose el sudor de la frente—. ¡Los caballeros jamás transpiran!

El camino se estrechaba hasta convertirse en una minúscula senda, el terreno elevándose casi en vertical a nuestra derecha y cayendo en picado a la izquierda; una alfombra de copas verdes extendiéndose a nuestros pies.

—Pegaos a la pared —nos advirtió Emma—. La caída es terrible.

Me entraba mareo solo de mirar el barranco. De pronto, por lo visto, había desarrollado un nuevo y vertiginoso miedo a las alturas y necesité de toda mi

concentración para algo tan sencillo como seguir poniendo un pie delante del otro.

Emma me rozó el brazo.

—¿Te encuentras bien? —susurró—. Estás muy pálido.

Mentí, diciéndole que estaba perfectamente, y conseguí seguir fingiendo durante tres recodos más del camino, momento en el cual mi corazón latía tan acelerado y las piernas me temblaban de tal manera que tuve que sentarme en medio del estrecho camino, bloqueando el paso a todos los que venían detrás.

—Oh, pobre —murmuró Hugh—. Jacob se está rajando.

—No sé qué me pasa —farfullé. Nunca me habían dado miedo las alturas, pero en aquel momento no podía ni mirar hacia el borde del camino sin que el estómago me diera un vuelco.

Entonces me vino a la cabeza una idea terrible: ¿y si lo que sentía no era miedo a las alturas... sino a los huecos?

No podía ser: estábamos en un bucle, donde los huecos no tienen cabida. Pero cuanto más estudiaba la sensación que me agitaba el estómago, más convencido estaba que no era aquella caída lo que me preocupaba, sino algo que había más allá.

Tenía que comprobarlo por mí mismo.

Todo el mundo me hablaba con ansiedad, me preguntaba qué me pasaba, si me encontraba bien. Desconecté de sus voces, me impulsé hacia adelante apoyándome con las manos y me aproximé al borde del sendero. Cuanto más me acercaba, peor se sentía mi estómago, como si estuvieran haciéndolo trizas por dentro. Después de avanzar unos centímetros, pegué el pecho al suelo, extendí el brazo para clavar los dedos en el saliente y seguí arrastrándome con la intención de mirar hacia abajo.

Mis ojos tardaron un momento en detectar el hueco. Al principio no era más que un resplandor trémulo en la escarpada ladera de la montaña; un punto parpadeante en el aire, como las oleadas de calor que se levantan del capó caliente de un coche. Un error apenas perceptible.

Y entonces mi habilidad peculiar cobró vida. A toda velocidad, la agitación del estómago se contrajo y se concentró en un único punto de dolor; y entonces, de un modo que me resulta imposible de explicar, se volvió direccional, transformándose de un punto en una línea, pasando de una dimensión a dos. La línea, como si fuese la aguja de una brújula, señalaba en diagonal hacia aquel punto vacilante a un centenar de metros de distancia, abajo y a la izquierda, en la ladera, las oleadas y los destellos del cual empezaban a acumularse para fundirse en una masa negra sólida, una cosa humanoide hecha de tentáculos y sombras, aferrada a las rocas.

Y entonces me vio y su horroroso cuerpo se puso tenso. Acuclillado contra la pared de la montaña, desencajó una mandíbula repleta de afilados dientes y soltó un chillido ensordecedor.

Mis amigos no necesitaron que les describiera lo que veía. El sonido fue suficiente.

—¡Un hueco! —gritó alguno de ellos.

—¡Corred! —gritó otro, innecesariamente.

Gateé para alejarme del borde, me incorporé y echamos a correr en grupo, no hacia abajo, sino hacia la cumbre de la montaña, adentrándonos en lo desconocido en lugar de dar media vuelta para regresar a la llanura y hacia la salida del bucle que habíamos dejado atrás. Era demasiado tarde para volver: percibía que el hueco había saltado del peñasco para escalar el barranco, aunque lejos de donde estábamos, camino abajo, para bloquearnos el paso si intentábamos deshacer lo andado. Estaba tendiéndonos una trampa.

Aquello era nuevo. Nunca hasta entonces había podido seguirle la pista a un hueco sin otra cosa que no fuera la vista, pero ahora notaba en mi interior la pequeña aguja de una brújula señalando en dirección opuesta a nosotros y casi podía visualizar a la criatura arrastrándose hacia la llanura. Era como si, después de haber visto el hueco, le hubiera implantado con la mirada algo similar a un dispositivo de seguimiento.

Doblamos un recodo del sendero —mi fugaz miedo a las alturas había desaparecido totalmente— y nos tropezamos con una pared de roca lisa por completo y de quince metros de altura como mínimo. El camino terminaba aquí y a nuestro alrededor el terreno caía en todas direcciones en disparatados ángulos. En la pared no había escaleras de cuerda, ni puntos de apoyo. Buscamos con desesperación otro tipo de acceso —un pasaje secreto excavado en la roca, una puerta, un túnel—, pero no encontramos nada y llegamos a la conclusión de que la única salida era hacia arriba, aunque no había aparentemente otra manera de salvar el ascenso que no fuese con un globo aerostático o con la mano amiga de un gigante mítico.

El pánico se apoderó de nosotros. Miss Peregrine empezó a chillar y Claire a llorar, mientras Horace gimoteaba:

—¡Esto es el final, vamos a morir todos!

Los demás buscamos los últimos recursos para salvarnos. Fiona recorrió la pared rocosa con las manos, intentando dar con grietas que pudieran contener tierra en la que hacer crecer una parra o cualquier otra cosa que nos sirviera para encaramarnos. Hugh se acercó al borde del camino y observó la caída.

—¡Podríamos saltar, de tener un paracaídas!

—¡Yo puedo convertirme en paracaídas! —exclamó Olive—. ¡Si os cogierais de mis piernas...!

Pero el descenso era increíble y el fondo era un bosque oscuro y peligroso. Era mejor, decidió Bronwyn, enviar a Olive hacia la parte superior de la cara rocosa que montaña abajo, de modo que sin soltar en ningún momento a Claire, que seguía con fiebre, cogió de la mano a Olive y la acercó a la pared.

—Dame los zapatos —le dijo—. ¡Llévate contigo a Claire y a Miss P y alcanza la cima lo más rápido posible!

Olive estaba aterrada.

—¡No sé si seré lo bastante fuerte! —gritó.

—¡Tienes que intentarlo, pequeña urraca! ¡Eres la única capaz de ponerlas a salvo! —Se arrodilló para depositar a Claire en el suelo y la pequeña avanzó tambaleante hacia Olive. Olive la abrazó, se descalzó los zapatos de plomo y, en el momento en que empezaron a elevarse, Bronwyn bajó a Miss Peregrine de su hombro y la instaló sobre la cabeza de Olive. Con el peso, el ascenso de Olive era tremendamente lento, y no fue hasta que Miss Peregrine empezó a batir el ala buena y a tirar de Olive agarrándola por el cabello, pese a los gemidos y los pataleos de la niña, que las tres consiguieron por fin despegar.

El hueco había alcanzado casi la llanura. Lo sabía como si estuviera viéndolo con mis propios ojos. Entretanto, nos dedicamos a inspeccionar el suelo en busca de cualquier cosa que pudiera utilizarse como arma, pero no encontramos más que guijarros.

—Yo puedo ser un arma —anunció Emma. Dio una palmada, separó las manos y al instante una impresionante bola de fuego cobró vida entre ellas.

—¡Y no os olvidéis de mis abejas! —dijo Hugh, abriendo la boca para dejarlas salir—. ¡Si las provocan pueden llegar a ser feroces!

Enoch, que siempre encontraba la manera de reír en los momentos más inadecuados, soltó una risotada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó—. ¿Polinizarlo hasta que muera?

Hugh no le hizo ningún caso y se volvió hacia mí.

—Serás nuestros ojos, Jacob. Tú simplemente dinos donde están las bestias y nosotros les sacaremos el cerebro a picotazos.

La dolorosa aguja de mi brújula interna me decía que el hueco ascendía ahora por el camino, y la velocidad con que su veneno se expandía dentro de mí me daba a entender que estaba acercándose.

—Aparecerá en cualquier momento —dije, señalando la curva por la que habíamos venido—. Preparaos. —De no haber sido por la adrenalina que circulaba por mi organismo, aquel dolor me habría debilitado por completo.

Nos preparamos para luchar o salir huyendo, algunos acuclillados con los puños cerrados como boxeadores, otros como velocistas antes de oír el disparo anunciando la salida, aunque nadie sabía muy bien hacia dónde echar a correr.

—Qué final más deprimente y desfavorable para todas nuestras aventuras —observó Horace—. Devorados por un hueco en un remoto rincón galés.

—Tenía entendido que no podían entrar en los bucles —dijo Enoch—. ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?

—Por lo que se ve, han evolucionado —apuntó Millard.

—¿Y a quién le importa ahora lo que haya pasado? —espetó Emma—. ¡Lo tenemos aquí y está hambriento!

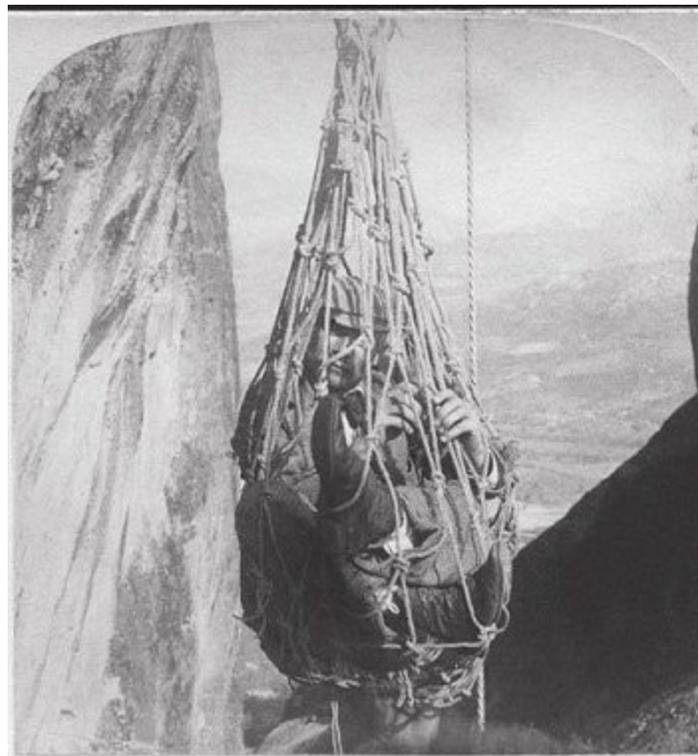
Entonces oímos una vocecita llamándonos desde arriba.

—¡Los de abajo, mirad! —Y estiré el cuello para ver la cara de Olive retirándose y desaparecer por detrás de la pared rocosa. Pasado un instante, asomó por el saliente

una cuerda, que fue desenrollándose hasta quedar tensa, y a continuación se desplegó una red que bajó hasta alcanzar el nivel del suelo—. ¡Rápido! —gritó de nuevo la voz de Olive—. Aquí arriba hay una palanca. ¡Agarraos todos a la red y tiraré de ella!

Corrimos hacia la red, pero era diminuta, apenas lo bastante grande como para cargar con dos de nosotros. Prendida en ella, a la altura de mis ojos, había la fotografía de un hombre en el interior de la red —de aquella misma red— con las piernas dobladas pegadas al pecho y colgando por encima del nivel del suelo delante de una escarpada pared rocosa —aquella misma pared rocosa—. En el dorso de la fotografía se leía el siguiente mensaje:

ÚNICO ACCESO A LA CASA DE FIERAS, ¡SUBID!
LÍMITE DE PESO: SOLO UN PASAJERO.
DE OBLIGADO CUMPLIMIENTO.



El artilugio era un primitivo ascensor, pensado para un único pasajero, no para diez. Pero no teníamos tiempo para utilizarlo tal y como había sido concebido, de modo que nos apretujamos en su interior, sacando manos y piernas por los orificios de la red, y nos agarramos a la cuerda que lo sujetaba de cualquier manera posible.

—¡Súbenos! —grité. El hueco estaba muy cerca, el dolor era extraordinario.

Durante unos segundos que se hicieron interminables no pasó absolutamente nada. El hueco dobló el recodo, utilizando sus musculosas lenguas a modo de piernas; sus atrofiadas extremidades humanas colgaban inservibles de su cuerpo. Se oyó

entonces un chirrido metálico, la cuerda se tensó y empezamos a dar bandazos por los aires.

El hueco casi había cubierto la distancia que lo separaba de nosotros. Galopaba con la boca abierta del todo, como si pretendiera capturarnos entre su dentadura igual que una ballena se alimenta de plancton. No habíamos alcanzado ni la mitad del recorrido de ascenso cuando se plantó justo debajo de nosotros, levantó la vista y se agachó como un muelle a punto de desplegarse.

—¡Tiene intención de saltar! —grité—. ¡Meted las piernas dentro de la red!

El hueco pegó las lenguas al suelo y se proyectó hacia arriba. Subíamos rápido y daba la impresión de que el hueco no conseguiría su objetivo, pero justo en el momento en que alcanzaba el punto de máxima altura del salto, proyectó una de las lenguas y enlazó a Emma por el tobillo.

Emma chilló, y estaba tratando de quitárselo de encima dándole puntapiés con la pierna que le quedaba libre cuando la red se detuvo en seco; la polea era demasiado débil para cargar con todos nosotros más el peso añadido del hueco.

—¡Suéltame! —gritaba Emma—. ¡Suéltame, suéltame, suéltame!

Intenté darle también patadas, pero la lengua del hueco era fuerte como la fibra de acero y tenía la punta cubierta con centenares de ventosas que no cesaban de culebrear, de manera que cualquiera que intentara liberarse de la lengua acababa adherido a ella sin remedio. El hueco empezó entonces a ascender por la cuerda. Sus mandíbulas fueron aproximándose poco a poco a nosotros hasta que su apestoso aliento a sepultura nos alcanzó de lleno.

Emma gritó para que alguien la sujetara, y conseguí agarrarla por la espalda de su vestido. Bronwyn se soltó por completo de la red, quedándose colgada con la única ayuda de sus piernas, y enlazó a Emma por la cintura. Emma se soltó a su vez — quedándose solamente sujeta por Bronwyn y por mí para detener su caída— y acercó las manos ya libres a la horripilante lengua.

El hueco gritó. Las ventosas de la lengua quedaron fulminadas y, levantando una negra humareda, chisporrotearon hasta desprenderse. Emma apretó con más fuerza, cerró los ojos y aulló, no un grito de dolor, pensé, sino una especie de grito de guerra que se prolongó hasta que el hueco se vio obligado a soltarla, el maltrecho tentáculo desprendiéndose por fin del tobillo. Se produjo entonces un momento surrealista en que el hueco ya no sujetaba a Emma pero Emma sí sujetaba al hueco, que se retorció y chillaba por debajo de la red. El humo acre de su carne chamuscada nos impregnaba de tal modo la nariz que tuvimos que pedirle a gritos a Emma que lo soltara. Emma abrió de nuevo los ojos, pareció recordar de repente dónde estaba y separó las manos.

El hueco cayó dando tumbos, tratando de asirse al espacio vacío. Al instante, la red salió proyectada hacia arriba una vez que la tensión que había detenido el ascenso desapareció de repente, y alzándonos por encima del saliente de la pared rocosa acabamos cayendo al suelo unos encima de los otros. Olive, Claire y Miss Peregrine esperaban nuestra llegada, y mientras nos liberábamos de la red y corríamos para

alejarnos del borde del precipicio, Olive empezó a lanzar vítores de alegría, Miss Peregrine a chillar y a agitar el ala buena y Claire, tendida en el suelo, levantó la cabeza y esbozó una débil sonrisa.

Estábamos mareados y, por segunda vez en dos días, maravillados de seguir con vida.

—Es la segunda vez que nos salvas el pellejo, pequeña urraca —le dijo Bronwyn a Olive—. Y Emma, ya sabía que eras valiente, pero eso ha sido increíble.

Emma le restó importancia.

—Era una cuestión de él o yo —declaró.

—No puedo creer que lo hayas tocado —se admiró Horace.

Emma se limpió las manos con el vestido, se las llevó a la nariz e hizo una mueca de asco.

—Solo espero que este tufo se marche pronto —refunfuñó—. Esa bestia apestaba a vertedero.

—¿Qué tal el tobillo? —le pregunté—. ¿Te duele?

Emma se arrodilló, se bajó el calcetín y apareció un verdugón rojizo.

—Tampoco tiene tan mal aspecto —dijo, tocándose el tobillo con cautela. Pero cuando se incorporó de nuevo y apoyó el peso en esa pierna, la sorprendí esbozando una mueca de dolor.

—Y anda que tú nos has servido de mucha ayuda —gruñó Enoch, dirigiéndose a mí—. «¡Corred!», ha dicho el nieto del aniquilador de huecos.

—Si mi abuelo hubiese huido corriendo del hueco aquel que lo mató, tal vez seguiría con vida —repliqué—. Me parece que ha sido un buen consejo.

Oí un golpe sordo en la parte inferior de la pared rocosa que acabábamos de superar y noté de nuevo la Sensación. Me acerqué al borde y miré hacia abajo. El hueco seguía con vida al pie de la pared y estaba atareado cavando agujeros en la roca con la ayuda de sus lenguas.

—Malas noticias —anuncié—. La caída no lo ha matado.

Emma llegó enseguida a mi lado.

—Pero ¿qué hace?

Vi entonces que introducía una de sus lenguas en un agujero, la retorció en su interior y hacía palanca con ella para ascender un poco y empezar a cavar un nuevo orificio. Estaba construyéndose puntos de apoyo para escalar.

—Está intentando escalar la pared —dije—. Dios mío, es tan horroroso como Terminator.

—¿Cómo quién? —preguntó Emma.

Iba a empezar a explicárselo pero hice un gesto de negación con la cabeza. Era una comparación estúpida: los espíritus huecos eran más terribles y seguramente más mortales que cualquier monstruo de película.

—¡Tenemos que detenerlo! —gritó Olive.

—¡O mejor aún, echar a correr! —sugirió Horace.

—¡Se acabó correr! —decidió Enoch—. ¿No sería mejor matar esa cosa de una vez por todas?

—Por supuesto —asintió Emma—. Pero ¿cómo?

—¿Alguien tiene una tina de aceite hirviendo? —preguntó Enoch.

—¿Valdría esto? —oí que decía Bronwyn, y cuando me di la vuelta vi que sujetaba una roca por encima de su cabeza.

—Tal vez —dudé—. ¿Qué tal vas de puntería? ¿Puedes lanzarla a donde yo te diga?

—Lo intentaré —replicó Bronwyn, que avanzó tambaleante hacia el borde sujetando la roca en precario equilibrio.

Miramos hacia abajo.

—Un poco más hacia allá —la dirigí, instándole a dar unos cuantos pasos más hacia su izquierda. Pero justo cuando estaba a punto de hacer la señal para que lanzara la roca, el hueco saltó de un punto de apoyo al siguiente y Bronwyn quedó mal situada.

El hueco fabricaba sus puntos de apoyo cada vez con mayor rapidez; se había convertido en un blanco en movimiento. Para empeorar las cosas, la roca de Bronwyn era la única que se veía por los alrededores. Si fallaba, no tendríamos de un segundo intento.

Me obligué a mirar al hueco a pesar de la necesidad casi imperiosa de apartar la vista. Durante unos extraños y mareantes segundos, las voces de mis amigos se desvanecieron y lo único que podía oír era el sonido de la sangre bombeando en mis oídos y el del corazón retumbando en la cavidad de mi pecho. Mis pensamientos se concentraron en la criatura que había asesinado a mi abuelo, que se había puesto en pie sobre su destrozado y moribundo cuerpo antes de salir huyendo, cobardemente, hacia el bosque.

Las imágenes empezaron a ondularse y mis manos a temblar.

«Naciste para esto —me dije para mis adentros—. Fuiste creado para matar monstruos como este.» Y lo repetí en mi interior como si fuese un mantra.

—Apresúrate, Jacob, por favor —me instó Bronwyn.

La criatura hizo un falso movimiento hacia la izquierda, pero acabó saltando hacia la derecha. No quería equivocarme y dar al traste con nuestra mejor posibilidad de matarla. Quería saberlo con seguridad. Y por alguna razón, tenía la sensación de que podía hacerlo.

Me arrodillé, tan cerca del borde del precipicio que Emma me enlazó por el cinturón con dos dedos para evitar que me cayera. Concentrado en aquel ser, seguí repitiéndome el mantra —«creado para matarte, creado para matar»—, y a pesar de que el hueco estaba parado por el momento, ocupado horadando un pedazo de pared, noté que la aguja de la brújula que tenía en las entrañas se ladeaba muy levemente hacia la derecha.

Era como una premonición.

Bronwyn empezaba a temblar bajo el peso de la roca.

—¡No podré aguantar mucho rato más! —dijo.

Decidí confiar en mi instinto. Aun cuando el lugar hacia donde apuntaba mi brújula estaba vacío en aquel momento, le grité a Bronwyn que lanzara la roca hacia allí. Bronwyn se colocó en el ángulo que le indicaba y, con un gruñido de alivio, lanzó la roca.

En el instante en que la soltaba, el hueco saltó hacia la derecha, justo hacia el lugar adonde apuntaba mi brújula. El hueco levantó la vista y vio la roca cayendo hacia él. Se dispuso a dar un nuevo salto, pero no tuvo tiempo. La roca impactó contra la cabeza de la criatura y arrancó su cuerpo de la pared. Emitiendo un ruido atronador, hueco y roca alcanzaron el suelo al mismo tiempo. Las lenguas tentáculo asomaron al instante por debajo, se contrajeron y quedaron inertes. Apareció entonces la sangre negra, esparciéndose alrededor de la roca hasta formar un enorme charco viscoso.

—¡Golpe directo! —grité.

Los niños empezaron a saltar y a lanzar vítores de alegría.

—¡Está muerto, está muerto! —gritaba Olive—. ¡El horroroso hueco está muerto!

Bronwyn me abrazó. Emma me estampó un beso en la coronilla. Horace me estrechó la mano y Hugh me dio una palmada en la espalda. Incluso Enoch me felicitó.

—Buen trabajo —reconoció, un poco a regañadientes—. Y ahora que no se te suban los humos.

Tendría que estar rebosante de alegría, pero apenas sentía nada, solo un entumecimiento que se apoderaba de mí a medida que disminuían el dolor y los temblores de la Sensación. Emma se dio cuenta de que estaba agotado. Muy dulcemente, de un modo que nadie más logró detectar, me cogió del brazo y permitió que me apoyase en ella mientras me alejaba del borde del precipicio.

—Eso no ha sido suerte —me susurró al oído—. Tenía razón sobre ti, Jacob Portman.

El camino que terminaba al pie de la pared rocosa se reiniciaba una vez arriba, siguiendo la loma primero y ascendiendo luego la colina.

—El cartel que había en la cuerda hablaba del «Acceso a la casa de fieras» —dijo Horace—. ¿Creéis que es eso lo que hay al final?

—El que sueña con cosas que suceden en el futuro eres tú —le respondió Enoch—. Se supone que eres tú quien debería decírnoslo a nosotros.

—¿Qué es una casa de fieras? —preguntó Olive.

—Una colección de animales —le explicó Emma—. Una especie de zoológico.

Olive chilló de alegría y se puso a aplaudir.

—¡Los amigos de Cuthbert! ¡Los del cuento! Oh, me muero de ganas de conocerlos. ¿Suponéis que será allí dónde vive la ymbryne?

—En la actual coyuntura —apuntó Millard—, lo mejor es no hacer ningún tipo de suposiciones.

Echamos a andar. Yo seguía dándole vueltas a mi encuentro con el hueco. Mis habilidades estaban desarrollándose, tal y como Millard había dicho que sucedería, fortaleciéndose como lo hace un músculo cuanto más se trabaja. Una vez detectado el hueco, ahora podía seguirle la pista y, si me concentraba en él del modo adecuado, era capaz incluso de anticipar sus movimientos de manera instintiva, percibiéndolo más que sabiéndolo. Me sentía satisfecho por haber conocido algo completamente novedoso acerca de mi peculiaridad sin que me lo hubiese enseñado otra cosa que la simple experiencia. Pero estaba aprendiendo en un entorno que no era en absoluto seguro ni controlado. No había guardarraíles que me impidieran salirme del camino. Cualquier error que cometiera tendría consecuencias inmediatas y mortales, tanto para mí como para todos mis amigos. Me preocupaba que los demás empezaran a elogiarme a bombo y platillo o, peor aún, que a mí se me acabaran subiendo los humos. Y sabía que en el momento en que comenzara a creérmelo en exceso, en el momento en que dejara de hacerme pipí encima por el mero hecho de pensar en los espíritus huecos, sucedería algo terrible.

Tal vez fuera una suerte, en el fondo, que mi relación proporcional entre terror y confianza estuviera en aquellos momentos en sus mínimos. Hundí las manos en los bolsillos por miedo a que los demás apreciaran su temblor.

—¡Mirad! —exclamó Bronwyn, deteniéndose en el camino—. ¡Una casa en las nubes!

Debíamos de estar ya por la mitad del ascenso a la montaña. Por delante de nosotros, en lo alto y a lo lejos, vislumbramos una casa que parecía sostenerse en equilibrio sobre un banco de nubes. Seguimos caminando, y cuando coronamos la cima, las nubes ya se habían dispersado, dejando la casa completamente a la vista. Era muy pequeña y no estaba asentada sobre una nube, sino sobre una torre muy alta construida en su totalidad con traviesas de ferrocarril apiladas, un conjunto que no pegaba ni con cola con el altiplano donde estaba erigida. Era una de las estructuras construidas por el hombre más extrañas que había visto en mi vida. En la altiplanicie había también varias chozas y, al fondo, un bosquecillo, pero no prestamos atención a nada de todo aquello: nuestros ojos estaban clavados en la torre.

—¿Qué es eso? —musité.

—¿Una torre de vigilancia? —sugirió Emma.

—¿Un lugar desde donde lanzar aviones? —apuntó Hugh.

Pero no se veían aviones por ningún lado, tampoco había indicios de ninguna pista de aterrizaje.

—Tal vez sea un lugar desde donde lanzar zepelines —aventuró Millard.

Recordé un documental antiguo donde se veía el desventurado *Hindenburg*

anclado en lo alto de lo que parecía una torre de radio —una estructura bastante similar a la que teníamos ahora ante nosotros— y experimenté una gélida oleada de terror. ¿Y si los globos que vimos en la playa buscándonos tuvieran su base aquí y sin quererlo nos hubiésemos metido en un nido de wights?

—O tal vez sea la casa de la ymbryne —dijo Olive—. ¿Por qué siempre tenéis que llegar a las peores conclusiones posibles?

—Seguro que Olive tiene razón —admitió Hugh—. Aquí no hay nada que temer.



Pero su comentario fue respondido al instante por un potente rugido inhumano que parecía provenir de la zona que quedaba entre las sombras proyectadas por la torre.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emma—. ¿Otro hueco?

—No creo —respondí, puesto que no percibía en absoluto la Sensación.

—No lo sé y no me apetece saberlo —dijo Horace, retrocediendo.

Pero no teníamos alternativa; fuera lo que fuese aquello, quería conocernos. El rugido retumbó de nuevo, poniéndome los pelos de punta, y al instante apareció una cara peluda entre dos de las traviesas de la parte inferior. Gruñía como un perro rabioso; su boca, rematada con impresionantes colmillos, goteaba hilillos de saliva.

—En nombre de todos los duendes, ¿qué demonios es eso? —murmuró Emma.

—Una idea estupendísima, esa de adentrarnos en este bucle —dijo Enoch con sarcasmo—. La verdad es que hasta el momento nos ha salido de maravilla.

Lo que quiera que fuese, salió de entre las traviesas y emergió al sol, donde se agachó hasta quedar en cuclillas y mirarnos con una desequilibrada sonrisa, como si estuviera paladeando casi el sabor de nuestros sesos. Era imposible saber si era humano o animal: cubierto con harapos, tenía cuerpo de hombre pero se comportaba como un mono, su forma encorvada recordaba la de un antepasado cuya evolución se hubiera detenido hace millones de años. Tenía ojos y dientes de un tono amarillo apagado, la piel clara y salpicada de manchas oscuras, y el pelo parecía un nidal largo y enmarañado.

Bronwyn dejó a Claire en el suelo y adoptó una postura de combate, mientras que Emma extendió las manos dispuesta a crear una llama, pero estaba tan horrorizada que no consiguió más que un chisporroteo y una pequeña humareda. La cosa humanoide se puso tensa, gruñó y echó a correr como un velocista olímpico, pero no hacia nosotros, sino rodeándonos para ir a esconderse detrás de un montón de piedras, desde donde asomó de nuevo la cabeza esbozando una sonrisa repleta de colmillos. Estaba jugando con nosotros igual que el gato juega con su presa antes de matarla.

Cuando daba la sensación de que iba a echar a correr de nuevo —esta vez hacia nosotros—, oímos una voz a nuestras espaldas que le ordenó: «¡Siéntate y compórtate!». Y la cosa obedeció, sentándose relajada sobre sus cuartos traseros, la lengua colgándole de la boca, y con una sonrisa alelada.

Al volvernos descubrimos a un perro avanzando tranquilamente hacia nosotros. Miré más allá para localizar a la persona que había hablado, pero no vi a nadie. Y en aquel momento, el perro abrió la boca y dijo:

—No le hagáis caso a Grunt, carece por completo de modales. Es su manera de daros las gracias. Ese hueco era de lo más molesto.

El perro me estaba hablando, pero yo estaba tan sorprendido que no podía ni responder. No solo hablaba con una voz casi humana —y en un inglés británico refinado, además—, sino que también sujetaba una pipa en la boca y llevaba unas gafas de sol con cristales verdesos.

—Oh, espero que no os hayáis ofendido —prosiguió el perro, interpretando de forma errónea nuestro silencio—. Grunt tiene buenas intenciones, pero tendréis que disculparlo. Se ha criado en un establo, literalmente. Yo, en cambio, me crie en una finca majestuosa, el séptimo cachorro del séptimo cachorro de una ilustre familia de perros de caza. —Hizo la reverencia más exquisita que un perro pudiera hacer, rozando casi el suelo con el morro—. Addison MacHenry, vuestro humilde servidor.



—Un nombre muy elegante para un perro —dijo Enoch impertérrito aun después de conocer a un animal que podía hablar.

Addison miró a Enoch por encima de las gafas y dijo:

—¿Y cuál es tu nombre, si me permites preguntártelo?

—Enoch O'Connor —respondió con orgullo Enoch, sacando pecho.

—Un nombre elegante para un chico mugriento y de cara rechoncha —observó Addison, y se levantó sobre las patas traseras, alcanzando prácticamente la altura de Enoch—. Soy un perro, sí, pero peculiar. ¿Por qué, entonces, cargar con la losa de un nombre de perro vulgar? Mi antiguo amo me llamaba *Boxie*, y lo odiaba: ¡un ataque contra mi dignidad!, de modo que le mordí la cara y adopté su nombre: Addison, mucho más adecuado para un animal de mi capacidad intelectual, a mi parecer. Todo eso fue antes de que Miss Wren me descubriera y me trajera aquí.

Nuestras caras se iluminaron al oír el nombre de una ymbryne, y un latido de esperanza nos recorrió el cuerpo.

—¿Te trajo aquí Miss Wren? —preguntó Olive—. ¿Y Cuthbert, el gigante?

—¿Quién? —se extrañó Addison, y luego asintió con la cabeza—. Ah, sí, el cuento. Me temo que es solo eso, un cuento, inspirado hace muchísimo tiempo por esa roca curiosa de allá abajo y el parque de animales peculiares de Miss Wren.

—Ya os lo dije —murmuró Enoch.

—¿Dónde está Miss Wren? —preguntó Emma—. Tenemos que hablar con ella.

Addison levantó la vista en dirección a la casa de lo alto de la torre y dijo:

—Su residencia es allá arriba, pero en este momento no está en casa. Alzó el vuelo hace unos días para viajar a Londres y ayudar a sus hermanas ymbrynes. Por lo visto, hay una guerra en marcha... supongo que ya os habréis enterado. Lo que tal vez explique por qué andáis viajando así, con el estilo deplorable de los refugiados.

—Nuestro bucle fue saqueado —le explicó Emma—. Y luego lo perdimos todo en un naufragio en alta mar.

—Y casi perdemos también la vida —añadió Millard.

El perro se sobresaltó al oír la voz de Millard.

—¡Un invisible! Qué curiosa sorpresa. Y también veo a un americano —dijo, señalándome con la cabeza—. Sois un grupo peculiar, aun siendo peculiares. —Adoptó la habitual postura a cuatro patas y dio media vuelta en dirección a la torre—. Venid, os presentaré a los demás. Cuando os conozcan se quedarán fascinados. Y debéis de estar hambrientos después del viaje, pobres criaturas. Os espera un forraje delicioso y nutritivo.

—Necesitamos también medicamentos —dijo Bronwyn, arrodillándose para coger a Claire—. La pequeña está muy enferma.

—Haremos todo lo posible por ella —manifestó el perro—. Os debemos eso y mucho más por solucionar este pequeño problema con el hueco. De lo más molesto, como os estaba diciendo.

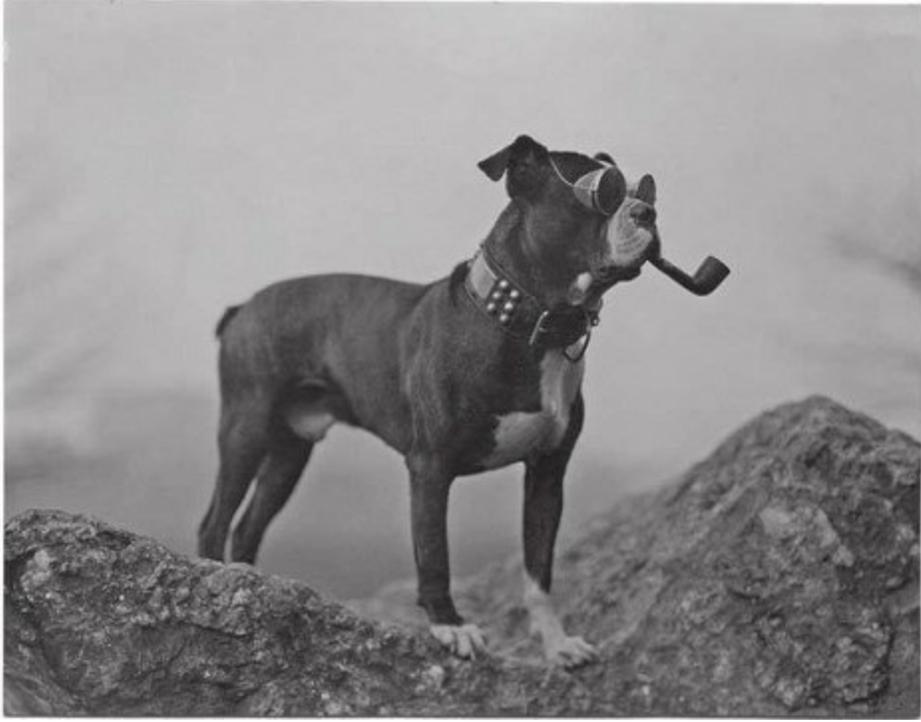
—¿Un nutritivo qué, has dicho? —preguntó Olive.

—¡Sustento, comestibles, raciones! —respondió el perro—. Aquí comeréis como reyes.

—Pero la comida de perros no me gusta —dijo Olive.

Addison rompió a reír con un timbre sorprendentemente humano.

—Ni tampoco a mí, señorita.



CUATRO

Addison echó a andar a cuatro patas levantando su morro respingón mientras el humanoide llamado Grunt correteaba a nuestro lado como un cachorrillo psicótico. Empecé a ver cabezas curiosas, peludas en su mayoría y de todo tipo de formas y tamaños, asomando por detrás de los matorrales y las chozas diseminadas por la zona. Cuando alcanzamos la parte central de la altiplanicie, Addison se irguió sobre las patas traseras y gritó:

—¡No temáis, compañeros! ¡Venid a conocer a los niños que han dado buena cuenta de nuestro invitado no deseado!

Uno a uno, los estrafalarios animales abandonaron sus escondites. Addison fue presentándonoslos a medida que iban apareciendo. La primera criatura que vimos parecía la mitad superior de una jirafa en miniatura unida a la mitad inferior de un asno. Caminaba desgarbadamente sobre las dos patas traseras, sus únicas extremidades.

—Os presento a Deirdre —dijo Addison—. Es una emú-rafa, que es algo similar a la unión de un asno con una jirafa, aunque con menos patas y un carácter de lo más irascible. Cuando pierde a las cartas no hay quien la aguante —añadió en voz baja—. Jamás juguéis a las cartas con un emú-rafa. Di hola, Deirdre.

—¡Adiós! —saludó Deirdre, sus carnosos labios de caballo tensándose en una sonrisa dentona—. ¡Un día horroroso! ¡Un disgusto conoceros! —Soltó una carcajada, una mezcla de relincho y agudo rebuzno, y dijo a continuación—: ¡Era broma!

—Deirdre se considera muy graciosa —les explicó Addison.

—Si eres una combinación de asno y jirafa —dijo Olive—, ¿por qué no te llaman asno-rafa?

Deirdre frunció el entrecejo y respondió:

—Porque es un nombre horroroso. La pronunciación de emúrafa te obliga a desplegar la lengua, ¿no te parece? —Sacó la lengua, un miembro grueso, rosado y de un metro de largo, y con la punta empujó la tiara que llevaba Olive. La pequeña chilló y corrió a esconderse detrás de Bronwyn, riendo como una tontuela.

—¿Y todos los animales habláis? —pregunté.

—Solo Deirdre y yo —respondió Addison—, y ya está bien así. Las gallinas no callan, aun sin decir palabra. —Y justo en aquel momento, una bandada de gallinas salió cacareando del interior de un gallinero quemado y ennegrecido—. ¡Ah! —exclamó Addison—. Por aquí llegan las chicas.

—¿Qué le ha pasado al gallinero? —preguntó Emma.

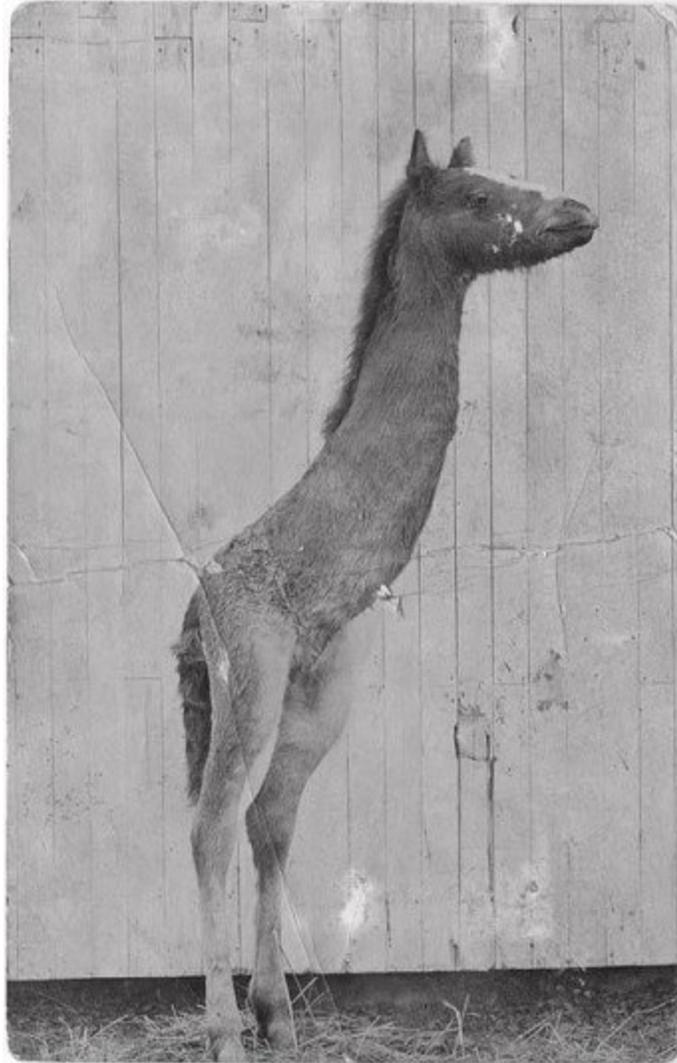
—Cada vez que lo reparamos, vuelven a quemarlo —respondió él—. Un fastidio. —Addison se volvió y movió la cabeza hacia el otro lado—. Lo mejor es apartarse. Cuando se excitan...

¡BANG!

Un sonido similar a la explosión de un cartucho de dinamita nos sobresaltó a todos. Las pocas tablas del gallinero que quedaban enteras se hicieron astillas y volaron por los aires.

—... sus huevos explotan —concluyó Addison, terminando la frase.

Cuando se dispersó el humo, vimos que las gallinas seguían acercándose, ilesas e impertérritas a pesar del estallido. Una nubecilla de plumas similares a gruesos copos de nieve flotaba a su alrededor.



Enoch se quedó boquiabierto.

—¿Pretendes decirnos que esas gallinas ponen huevos explosivos? —preguntó.

—Solo cuando están excitadas —matizó Addison—. La mayoría de los huevos que ponen son seguros... y deliciosos. Pero fueron los explosivos los que las hicieron merecedoras de un nombre ciertamente cruel: gallinas Armagedón.

—¡Alejaos de nosotros! —exclamó Emma viendo que las gallinas se acercaban—. ¡Nos haréis volar por los aires!

Addison rompió a reír.

—Son cariñosas e inocuas, os lo aseguro, y solo ponen sus huevos en el gallinero.

—Las gallinas empezaron a cloquear alegremente a nuestros pies—. ¿Lo veis? —dijo el perro—. ¡Les gustáis!

—Esto es una casa de locos —aseveró Horace.

Deirdre se echó a reír.

—No, tortolito. Es una casa de fieras.

A continuación, Addison nos presentó a diversos animales con peculiaridades más sutiles, como la lechuza que nos observaba desde una rama, en silencio y con una mirada intensa, y un grupo de ratones que aparecían y desaparecían de la vista, como si pasaran la mitad del tiempo en otro plano de la realidad. Había también una cabra, con cuernos larguísimos y profundos ojos negros, la huérfana de un rebaño de cabras peculiares que en su día pastaba por el bosque de abajo.

Una vez reunidos todos los animales, Addison exclamó:

—¡Tres vivas para los aniquiladores de huecos!



Deirdre rebuznó y la cabra pateó con fuerza el suelo, la lechuza ululó, las gallinas cloquearon y Grunt gruñó a modo de gesto de consideración. Entretanto, Bronwyn y Emma no dejaban de intercambiar miradas. Bronwyn bajó la vista hacia su abrigo, donde Miss Peregrine permanecía escondida, y acto seguido miró a Emma enarcando las cejas, como queriendo preguntarle: «¿Ahora?», a lo que Emma respondió con un

gesto de negación, dándole a entender «Todavía no».

Bronwyn depositó a Claire en la hierba, a la sombra de un árbol. Estaba sudada y temblorosa, incluso inconsciente a ratos.

—He visto a Miss Wren preparar un brebaje especial para tratar la fiebre — explicó Addison—. Tiene un sabor asqueroso pero es efectivo.

—Mi madre solía prepararme caldo de gallina —apunté.

Las gallinas empezaron a cacarear alarmadas, y Addison me lanzó una mirada desagradable.

—Lo ha dicho en broma —las tranquilizó—. ¡No era más que una broma, un chiste absurdo, ja, ja! El caldo de gallina no existe.

Con la ayuda de Grunt y sus pulgares oponibles, Addison y la emú-rafa subieron a preparar el brebaje. Al cabo de poco rato, reaparecieron con un cuenco que contenía un líquido que parecía agua sucia de lavar los platos. Claire se lo bebió hasta no dejar ni gota y cayó dormida. Entretanto, los animales nos prepararon un modesto banquete: cestas de pan recién horneado, manzanas asadas y huevos duros —de la variedad que no explotaba— que comimos con las manos, puesto que no tenían platos ni cubiertos. No me di cuenta de lo hambriento que estaba hasta después de haber engullido tres huevos y una barra entera de pan en menos de cinco minutos.

Cuando acabé, eructé, me limpié la boca y levanté la vista. Los animales nos observaban entusiasmados, la expresión de sus caras era tan inteligente que me quedé algo aturdido y meforcé a superar la abrumadora sensación de estar soñando.

Millard comía a mi lado y me volví hacia él para preguntarle:

—¿Tenías noticias de la existencia de animales peculiares?

—Solo los había oído mencionar en los cuentos —respondió, sin dejar de masticar el pan—. Resulta muy extraño que haya sido precisamente uno de esos cuentos lo que nos ha llevado hasta ellos.

Solo Olive seguía tan tranquila, tal vez porque era pequeña —o lo era en parte— y la distancia entre los cuentos y la vida real no le parecía aún muy grande.

—¿Dónde están los demás animales? —le preguntó entonces Olive a Addison—. En el cuento de Cuthbert aparecían osos con patas de zanco y lince bicéfalos.

Y de repente, el humor jovial de los animales se esfumó. Grunt ocultó la cara entre sus manazas y Deirdre emitió un relincho que evocaba un gemido.

—No preguntes, no preguntes —dijo Deirdre cabizbaja. Pero ya era demasiado tarde.

—Estos niños nos han ayudado —terció Addison—. Se merecen conocer nuestra historia, si ese es su deseo.

—Siempre y cuando no os moleste contárnosla —dijo Emma.

—Me encantan los cuentos tristes —afirmó Enoch—. Sobre todo cuando las princesas acaban devoradas por dragones y muere todo el mundo al final.

Addison tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—En nuestro caso, fue más bien el dragón el que fue devorado por la princesa —

precisó—. Han sido unos años duros para los nuestros, y antes fueron unos siglos duros. —El perro empezó a deambular de un lado a otro, y su voz adoptó el tono de grandeza de un predicador—. Mucho tiempo atrás, este mundo estaba lleno de animales peculiares. En los tiempos de *Aldinn*, había en la tierra más animales peculiares que personas peculiares. Los había de todas las formas y los tamaños imaginables: ballenas capaces de volar como un pájaro, gusanos grandes como casas, perros el doble de inteligentes que yo, por increíble que parezca. Algunos tenían su propio reino, gobernado por un líder animal. —Los ojos del perro se iluminaron con una chispa apenas perceptible, como si su edad le permitiera recordar un mundo como el que estaba describiendo, y entonces emitió un profundo suspiro, la chispa se apagó y siguió hablando—: Pero ahora no somos más que una mínima parte de lo que fuimos. Estamos prácticamente extintos. ¿Alguno de vosotros sabe qué fue de los animales peculiares que en su día poblaban el mundo?

Le dimos vueltas a la idea, avergonzados por nuestro desconocimiento.

—De acuerdo —dijo Addison—. Venid conmigo y os lo mostraré. —Y echó a andar hacia la zona más soleada. Miró hacia atrás, dando a entender que esperaba que lo siguiéramos.

—Por favor, Addie —le rogó la emú-rafa—. Ahora no, nuestros invitados están comiendo.

—Han preguntado y voy a contárselo —replicó Addison—. Su pan seguirá aquí aunque pasen unos minutos.

A regañadientes, dejamos la comida y fuimos tras el perro. Fiona se quedó para cuidar de Claire, que continuaba durmiendo, y con Grunt y la emú-rafa andando a grandes zancadas detrás de nosotros, cruzamos la llanura en dirección al bosquecillo que había en uno de sus extremos. Un camino de gravilla serpenteaba entre los árboles y avanzamos agachados en dirección a un claro. Justo antes de llegar a él, Addison dijo:



—Permitid que os presente a los animales peculiares más espléndidos que han existido.

Los árboles dieron paso a un pequeño cementerio repleto de hileras de lápidas blancas.

—Oh, no —oí decir a Bronwyn.

—Seguramente hay más animales peculiares enterrados aquí que los que pueda haber hoy en día vivos repartidos por toda Europa —manifestó Addison, caminando entre las tumbas hasta llegar a una en concreto, sobre la que se apoyó con las patas delanteras—. Esta se llamaba Pompey. Era una perra excelente, capaz de curar cualquier tipo de herida con solo unos lametazos. Verla en acción era una maravilla. Y a pesar de eso, mirad cómo la trataron. —Addison chasqueó la lengua y Grunt correteó con un librito en las manos, que depositó acto seguido en las mías. Era un álbum de fotos, abierto por la página que contenía una imagen donde se veía un perro uncido a un carrito, como una mula o un caballo—. Fue esclavizada por unos feriantes —nos explicó Addison—, obligada a transportar niños gordos y mimados como una

bestia de carga, machacada a latigazos, con golpes de fusta, incluso. —Sus ojos ardían de rabia—. Cuando Miss Wren la rescató, Pompey estaba tan deprimida que casi se muere. Cuando llegó, siguió adelante unas cuantas semanas más, pero luego tuvimos que enterrarla aquí.

Hice circular el álbum. Al ver la fotografía, todos suspiraron, negaron con la cabeza con pesar o murmuraron con amargura para sus adentros.

Addison se acercó a otra tumba.

—Más grandiosa fue, si cabe, Ca'ab Magda —dijo—, una ñu con dieciocho caninos que vivía por los bucles de Mongolia Exterior. Era aterradora. El suelo temblaba bajo sus pezuñas cuando echaba a correr. Dicen que incluso cruzó los Alpes con el ejército de Aníbal en 218 antes de Cristo. Pero hace unos años, una cazadora acabó con ella.

Grunt nos mostró una fotografía de una mujer mayor que parecía recién llegada de un safari en África, sentada en una estrafalaria silla hecha con cuernos.

—No entiendo nada —dijo Emma, mirando la foto—. ¿Dónde está Ca'ab Magda?

—La cazadora está sentada encima de ella —respondió Addison—. La convirtió en una silla con toda su cornamenta.

Emma estuvo a punto de dejar caer el álbum al suelo.

—¡Es asqueroso!

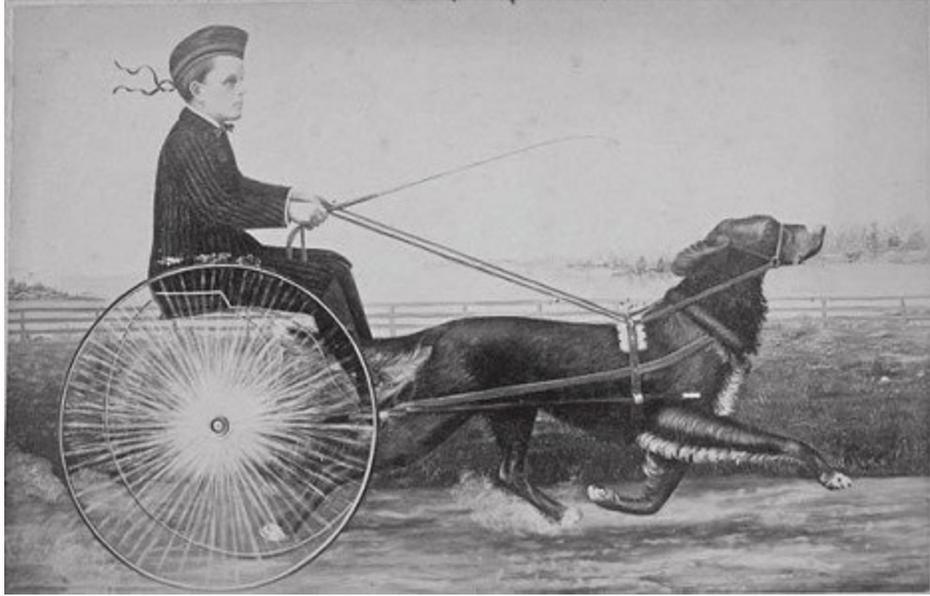
—Pero si esa es ella —dijo Enoch, señalando la imagen—, ¿qué es lo que hay enterrado aquí?

—La silla —replicó Addison—. Una forma penosa de acabar con la vida de un peculiar.

—El cementerio está lleno de historias como la de Magda —siguió explicando Addison—. Miss Wren quería que esta casa de fieras se convirtiera en un Arca de Noé, pero poco a poco ha acabado convirtiéndose en una tumba.

—Como sucede con todos nuestros bucles —recalcó Enoch—. Como la peculiaridad en sí misma. Un experimento fallido.

—«Este lugar se está muriendo», nos solía decir Miss Wren. —Addison elevó la voz imitándola—. «¡Y yo no soy más que la supervisora de su prolongado funeral!»



Los ojos de Addison brillaron con lágrimas contenidas al recordarla, pero, con la misma rapidez, su mirada recobró su anterior dureza.

—Era muy teatral.

—Por favor, no hables de nuestra ymbryne en pasado —le rogó Deirdre.

—Es —rectificó Addison—. Lo siento. Es.

—Os dieron caza —dijo Emma, con la voz temblando por la emoción—. Os disecaron y os exhibieron en zoos.

—Igual que hacían los cazadores en el cuento de Cuthbert —apuntó Olive.

—Sí —asintió Addison—. Hay verdades que se expresan mejor en forma de mito.

—Pero Cuthbert no existió —dijo Olive, empezando a comprender—. No hubo ningún gigante. Solo un pájaro.

—Un pájaro muy especial —confirmó Deirdre.

—Veo que estáis preocupados por ella —comenté.

—Pues claro que lo estamos —confirmó Addison—. Por lo que yo sé, Miss Wren es la única ymbryne que todavía no ha sido capturada. Cuando se enteró de que sus hermanas habían sido secuestradas y conducidas a Londres, voló hacia allí para prestarles ayuda sin pensar ni en un instante en su seguridad.

—Ni en la nuestra —murmuró Deirdre.

—¿Londres? —preguntó Emma—. ¿Estáis seguros de que es allí donde tienen secuestradas a las ymbrynes?

—Absolutamente seguros —replicó el perro—. Miss Wren tiene espías en la ciudad, una bandada de palomas peculiares que lo controla todo y le pasa información. Hace poco, recibimos la visita de algunas de ellas y las vimos terriblemente angustiadas. Gracias a sus fuentes de información sabían que las ymbrynes estaban, y siguen estando, retenidas en los bucles de castigo.

Varios niños sofocaron un grito, pero yo no tenía ni idea de lo que quería dar a entender el perro con lo que acababa de decir.

—¿Qué es un bucle de castigo? —pregunté.

—Los bucles de castigo se concibieron para retener a los wights que habían sido capturados, a los peores criminales y también a los locos peligrosos —me explicó Millard—. No tienen nada que ver con los bucles que nosotros conocemos. Son lugares tremendamente desagradables.

—Y ahora son los wights, y sus huecos, evidentemente, los que los controlan —dijo Addison.

—¡Dios mío! —exclamó Horace—. ¡Esto es peor de lo que nos temíamos!

—¿Bromeas? —lo rebatió Enoch—. Esto es justo el tipo de cosa que me temía.

—Independientemente de los infames fines que los wights estén persiguiendo —continuó Addison—, es evidente que necesitan capturar a todas las ymbrynes para conseguirlos. Ahora solo queda Miss Wren... nuestra valiente y temeraria Miss Wren... aunque quién sabe por cuánto tiempo.

Y empezó a gimotear como lo hacen algunos perros cuando hay tormenta, agachando las orejas y bajando la cabeza.

Regresamos a la sombra del árbol para acabar de comer, y cuando nos sentimos llenos e incapaces de engullir un solo bocado más, Bronwyn se volvió hacia Addison y le dijo:

—¿Sabes?, no todo es tan grave como lo pintas. —Entonces miró a Emma y enarcó una ceja, un gesto al que Emma respondió moviendo afirmativamente la cabeza.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Addison.

—Porque no lo es. De hecho, aquí mismo tengo algo que tal vez te anime.

—Lo dudo —murmuró el perro, pero de todos modos levantó la cabeza que mantenía escondida entre las patas para ver de qué se trataba.

Bronwyn se desabrochó el abrigo y dijo:

—Me gustaría presentarte a la penúltima ymbryne que queda por capturar, Miss Alma Peregrine. —El pájaro asomó la cabeza y entornó los ojos al deslumbrarse con la luz del sol.

Ahora fueron los animales los que se quedaron pasmados. Deirdre sofocó un grito, Grunt chilló y aplaudió y las gallinas agitaron sus inútiles alas.

—¡Pero si oímos decir que vuestro bucle había sido saqueado! —exclamó Addison—. ¡Que vuestra ymbryne había sido capturada!

—Y lo fue —confirmó con orgullo Emma—, pero la recuperamos.

—En este caso —declaró Addison, saludando con una reverencia a Miss Peregrine—, es un placer de lo más extraordinario, madame. Su más humilde servidor. En caso de que necesitara un lugar para cambiarse, la acompañaría encantado a las dependencias privadas de Miss Wren.

—No puede cambiarse —dijo Bronwyn.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Addison—. ¿Acaso es tímida?

—No —replicó Bronwyn—. Está atrapada.

A Addison se le cayó la pipa de la boca.

—Oh, no —murmuró—. ¿Estáis seguros?

—Lleva ya dos días así —explicó Emma—. Creo que si pudiera volver a su estado natural, ya lo habría hecho.

Addison se quitó las gafas y observó con atención al pájaro.

—¿Me permitís examinarla? —preguntó.

—Es como el doctor Dolittle —dijo la emú-rafa—. Addie es quien se ocupa de nosotros cuando caemos enfermos.

Bronwyn sacó a Miss Peregrine de debajo del abrigo y la depositó en el suelo.

—Ve con cuidado con el ala que tiene lesionada —le advirtió.

—Por supuesto —asintió Addison. Empezó a trazar lentamente un círculo

alrededor del pájaro para estudiar a Miss Peregrine desde todos los ángulos. Le olisqueó la cabeza y las alas con su húmedo hocico—. Contadme qué le pasó —dijo por fin—, y cuándo y cómo. Contádmelo todo.

Emma le relató la historia: que Miss Peregrine había sido víctima de un secuestro por parte de Golan, que había estado a punto de morir ahogada en su jaula en alta mar, que la habíamos rescatado de un submarino tripulado por wights. El animal la escuchó embelesado. Cuando hubo terminado, el perro dedicó un momento a reflexionar y emitió su diagnóstico.

—Ha sido envenenada. Estoy seguro. Le administraron algo que la mantiene de modo artificial en forma de pájaro.

—¿En serio? —preguntó Emma—. ¿Cómo lo sabes?

—Secuestrar y transportar ymbrynes es peligroso si están en forma humana, ya que pueden recurrir a sus trucos para detener el tiempo. Como pájaros, sin embargo, sus poderes quedan muy limitados. Con este formato, vuestra maestra es mucho más compacta, resulta fácil esconderla... deja de ser una amenaza. —Miró a Miss Peregrine—. ¿La roció con alguna cosa el wight que la secuestró? —le preguntó—. ¿Con algún líquido o algún gas?

Miss Peregrine sacudió la cabeza, un movimiento que podía entenderse como un gesto de asentimiento.

Bronwyn se quedó boquiabierta.

—Oh, Miss, lo siento muchísimo. No teníamos ni idea.

Sentí una punzada de culpabilidad. Era yo quien había conducido a los wights hasta la isla. Yo era el causante de lo que le había sucedido a Miss Peregrine. Yo era, en parte, la razón por la que los niños peculiares habían perdido su hogar. Notaba la sensación de vergüenza atrapada como una piedra en mi garganta.

Entonces dije:

—Pero se pondrá bien, ¿verdad? ¿Volverá a ser ella?

—El ala se curará —me respondió Addison—, pero si no la ayudamos no podrá recuperar su forma humana.

—¿Qué tipo de ayuda necesita? —preguntó Emma—. ¿Puedes proporcionársela tú?

—Solo puede ayudarla otra ymbryne. Y el tiempo juega en su contra.

Me puse tenso. Aquello era nuevo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Emma.

—No me gusta nada ser portador de malas noticias —respondió Addison—, pero para una ymbryne, dos días aprisionada de esta manera es mucho. Cuanto más tiempo pase transformada en pájaro, más perderá su personalidad humana. Su memoria, sus palabras, todo lo que la convierte en quien es... hasta que deje de ser una ymbryne y no sea más que un pájaro, para siempre jamás.

Me vino a la cabeza una imagen de Miss Peregrine tendida en una camilla en urgencias, rodeada por los murmullos de los médicos, la respiración detenida, cada

segundo que pasaba provocando nuevos e irreparables daños en su cerebro.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Millard—. ¿De cuánto tiempo dispone?

Addison entrecerró los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—Dos días, si es fuerte.

Susurros y jadeos. Nos quedamos colectivamente blancos.

—¿Seguro? —preguntó Emma—. ¿Estás absoluta y completamente seguro?

—Lo he visto en otras ocasiones. —Addison se acercó sin hacer ruido a la pequeña lechuza que estaba posada en una rama cercana—. Olivia era una joven ymbryne que sufrió un accidente nefasto durante su periodo de formación. Nos la trajeron cinco días más tarde. Miss Wren y yo hicimos todo lo posible para intentar recuperarla, pero ya no tenía remedio. De eso hace ya diez años; está así desde entonces.

La lechuza nos miraba muda. No había en ella más vida que no fuera la de un animal, se veía en el brillo apagado de sus ojos.

Emma se levantó. Me dio la impresión de que quería decirnos algo —animarnos para unir fuerzas, ponernos en acción con un discurso inspirador—, pero no lograba encontrar las palabras adecuadas. Ahogando un sollozo, se alejó de nosotros.

La llamé, pero siguió caminando. Los demás se limitaron a verla marchar, aturdidos por la terrible noticia, aturdidos también por aquella muestra de debilidad o indecisión por parte de Emma. Había mantenido las fuerzas durante tanto tiempo que habíamos llegado a darlo por sentado, pero era evidente que tampoco ella estaba hecha a prueba de balas. Por muy peculiar que fuera, también era humana.

—Mejor que vayas a buscarla, Jacob —me dijo Bronwyn—. No debemos entretenernos aquí mucho tiempo.

Cuando alcancé a Emma, estaba ya en el otro extremo de la altiplanicie, junto al precipicio, contemplando el paisaje de verdes colinas que terminaban en un lejano valle. Me oyó llegar pero no se volvió para mirarme.

Me quedé a su lado e intenté pensar qué decir que le sirviera de consuelo.

—Sé que estás asustada... y que tres días no parecen mucho tiempo, pero...

—Dos días —me corrigió ella—. Dos días, quizá. —Le temblaban los labios—.

Y eso no es ni tan siquiera lo peor.

Vacilé.

—¿Qué podría ser aún peor?

Llevaba todo el rato luchando por contener las lágrimas, pero ahora, en una explosión repentina, acabó perdiendo la batalla. Se dejó caer al suelo y rompió a llorar, una auténtica tormenta se apoderó de ella. Me arrodillé y la abracé.

—Lo siento mucho —dijo, y lo repitió tres veces, la voz rota, una cuerda deshilachada—. Nunca deberías haberte quedado. No debería habértelo permitido. Pero fui egoísta... terriblemente egoísta.

—No digas eso —repliqué—. Estoy aquí... estoy aquí, y no pienso irme a ninguna parte.

Pero lo único que conseguí fue que llorara con más ganas. Acerqué los labios con delicadeza a su frente y la besé, y seguí besándola hasta que la tormenta empezó a pasar, los sollozos transformándose lentamente en gemidos.

—Háblame, por favor —le rogué—. Cuéntame, por favor, qué más sucede.

Tardó un minuto en relajarse un poco, secarse los ojos e intentar serenarse.

—Confiaba en no tener que decir esto jamás —dijo—. En que no tuviera que pasar. ¿Recuerdas cuando, la noche que decidiste venir con nosotros, te dije que tal vez no podrías regresar nunca jamás a tu casa?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Hasta este momento no he sabido lo ciertas que eran mis palabras. Me temo que te he condenado a la perdición, Jacob, mi dulce amigo, a una vida breve atrapado en un mundo moribundo. —Exhaló un suspiro, temblorosa, y siguió hablando—. Llegaste a nosotros a través del bucle de Miss Peregrine, lo que significa que solo Miss Peregrine o su bucle pueden devolverte a tus orígenes. Pero su bucle ha desaparecido, o si no lo ha hecho aún, no tardará mucho en hacerlo, lo que nos deja solo con Miss Peregrine como tu única posibilidad de vuelta a casa. Pero si nunca consigue recuperar su forma humana...

Tragué saliva, tenía la garganta seca.

—Estoy atrapado en el pasado.

—Sí. Y la única manera de regresar al tiempo que conociste como tuyo sería esperar su llegada, día tras día, mes tras mes, año tras año.

Setenta años. Para entonces, mis padres, todos mis conocidos y mis seres queridos estarían muertos, y yo llevaría mucho tiempo muerto para ellos. Claro que, siempre y cuando sobreviviéramos a las tribulaciones a las que tuviéramos que enfrentarnos, tendría la posibilidad de intentar buscar a mis padres en cuestión de pocas décadas, en cuanto hubieran nacido, pero ¿para qué? Serían unos niños, unos perfectos desconocidos para mí.

Me pregunté cuándo acabarían mis padres, en casa, en la vida real, dándose por vencidos y renunciarían a encontrarme con vida. Qué historia se contarían que pudiera dar sentido a mi desaparición. ¿Que me había fugado? ¿Que me había vuelto loco? ¿Que me había tirado por un acantilado?

¿Celebrarían un funeral en mi honor? ¿Me comprarían un ataúd? ¿Pondrían mi nombre en una lápida?

Me había convertido en un misterio que nunca resolverían. Una herida que jamás cicatrizaría.

—Lo siento mucho —volvió a decir Emma—. De haber sabido que la situación de Miss Peregrine era tan grave, te juro que nunca te habría pedido que te quedases. El presente no significa nada para nosotros. Nos mataría si permaneciésemos en él demasiado tiempo. Pero tú, tú todavía tienes una familia, una vida...

—¡No! —grité, golpeando el suelo con la mano abierta, tratando de eliminar los pensamientos de autocompasión que empezaban a nublar-me la cabeza—. Todo eso ya no está. Elegí esto.

Emma posó la mano sobre la mía y dijo con dulzura:

—Si lo que los animales dicen es verdad y resulta que todas nuestras ymbrynes han sido secuestradas, ni siquiera esto estará aquí. —Cogió un poco de tierra y la soltó, dejando que la brisa se la llevara—. Sin las ymbrynes encargadas de su mantenimiento, los bucles se colapsarán. Los wights utilizarán a las ymbrynes para recrear su asqueroso experimento y volveremos a 1908. Y entonces, o fracasan y convierten toda la creación en un cráter humeante, o lo logran, se vuelven inmortales y acabamos gobernados por esos monstruos. Sea como sea, tardaremos muy poco en correr tanto peligro de extinción como los animales peculiares. Y encima, te he metido en todo este caos sin esperanza alguna de salida, ¿y para qué?

—Todo sucede por algún motivo —dije.

Me costaba creer que aquellas palabras hubieran salido de mi boca, pero en cuanto las pronuncié, percibí toda la verdad que escondían, una verdad que resonaba en mi interior con la rotundidad de una campana.

Estaba aquí por algún motivo. Y era por algo que no solo tenía que vivir, sino también hacer, y ese algo no era huir, ni esconderme, ni darme por vencido en el momento en que la situación se volviese aterradora y aparentemente imposible de superar.

—Tenía entendido que no creías en el destino —dijo Emma, evaluándome con escepticismo.

Y no creía en él, no con exactitud, aunque tampoco sabía muy bien cómo explicarle aquello en lo que sí creía. Recordé las historias que mi abuelo solía contarme. Estaban repletas de aventuras y cosas maravillosas, pero también de algo mucho más profundo, de un sentimiento de gratitud imperecedera. De pequeño, me concentraba en las descripciones que el abuelo Portman hacía de una isla mágica y de niños peculiares que poseían poderes fantásticos, pero en el fondo sus relatos giraban alrededor de Miss Peregrine y explicaban cómo, en una época de enorme necesidad, ella lo había ayudado. Cuando llegó a Gales, mi abuelo era un chico joven y asustado que ni siquiera hablaba el idioma del lugar, un chico perseguido por dos tipos de monstruos: uno que acabaría matando a casi toda su familia, y el otro, grotesco como una caricatura e invisible para todo el mundo excepto para él, que parecía estar extraído directamente de sus pesadillas. Viendo aquello, Miss Peregrine lo había escondido, le había dado un hogar y lo había ayudado a descubrir quién era en realidad; le había salvado la vida y, con ello, había hecho posible la vida de mi padre y, por extensión, la mía. Mis padres me habían engendrado, me habían criado y me habían amado, y por todo eso estaba en deuda con ellos. Pero jamás habría llegado a nacer de no haber sido por la enorme y altruista bondad que Miss Peregrine había demostrado hacia mi abuelo. Empezaba a creer que había sido enviado aquí para

saldar aquella deuda: mía, de mis padres y también de mi abuelo.

Intenté explicarme de la mejor manera posible.

—No se trata del destino —dije—, pero pienso que en el mundo existe un equilibrio y a veces, para equilibrar la balanza correctamente, intervienen fuerzas que no comprendemos. Miss Peregrine salvó a mi abuelo, y ahora yo estoy aquí para salvarla a ella.

Emma entrecerró los ojos y asintió despacio. Era imposible saber si con aquel gesto quería darme a entender que estaba de acuerdo conmigo o era más bien una forma educada de decirme que me había vuelto loco.

Entonces me abrazó.

No necesité más explicaciones. Me había entendido.

También ella le debía la vida a Miss Peregrine.

—Disponemos de tres días —dije—. Iremos a Londres, liberaremos a una de las ymbrynes y curaremos a Miss Peregrine. No es una misión imposible. La salvaremos, Emma... o moriremos en el intento —Mis palabras sonaron tan valientes y determinadas que por un instante me pregunté si era realmente yo quien estaba pronunciándolas.

Emma me sorprendió echándose a reír, como si lo que acababa de decir le resultara gracioso, y entonces apartó la vista un momento. Cuando volvió a mirarme, su expresión era firme y tenía los ojos brillantes: había recuperado la confianza.

—A veces no sé muy bien si estás loco por completo o si se ha obrado algún tipo de milagro —dijo—. Aunque empiezo a decantarme por lo último.

Volvió a abrazarme y permanecimos así un prolongado momento, la cabeza de ella recostada en mi hombro, la calidez de su aliento en mi cuello, y de repente no deseé nada más que eliminar todos los pequeños huecos que pudieran quedar entre nuestros cuerpos, fundirme con ella en un solo ser. Pero entonces Emma se apartó, me estampó un beso en la frente y echó a andar hacia donde seguían los demás. Estaba tan aturdido que no pude ir tras ella. Notaba una nueva sensación en mi interior, una rueda que giraba en mi corazón y que nunca antes había percibido, que daba vueltas a tal velocidad que me mareaba. Y cuanto más se alejaba Emma, más rápido giraba la rueda, como si estuviera desenrollando una cuerda invisible que se tensaba cada vez más y acabaría partiéndose si se alejaba en exceso... y matándome.

Me pregunté si aquel dolor tan extraño y tan dulce sería amor.

Los demás seguían agrupados a la sombra de un árbol, niños y animales juntos. Emma y yo nos acercamos. Tuve el impulso de cogerla por el brazo y caminar unidos, y a punto estuve de hacerlo antes de que algo me lo impidiera y me llevara a repensármelo. De repente me di cuenta —cuando Enoch se volvió para mirarnos con aquel recelo que siempre reservaba para mí y ahora, cada vez más, para los dos— de que Emma y yo estábamos convirtiéndonos en una unidad diferenciada, una alianza

privada con sus propios secretos y promesas.

Bronwyn se levantó.

—¿Estás bien, Miss Emma?

—Sí, sí —respondió sin dilación Emma—, se me ha metido algo en el ojo, eso es todo. Recoged vuestras cosas. Tenemos que partir hacia Londres enseguida y ver cómo podemos conseguir que Miss Peregrine vuelva a ser la que era.

—Qué ilusión que coincidais con nosotros —dijo Enoch con un gesto de suficiencia—. Hemos llegado a la misma conclusión hace ya un buen rato, mientras vosotros dos estabais allí cuchicheando.

Emma se ruborizó, pero se negó a caer en la trampa que le tendía Enoch. En aquel momento había asuntos más importantes que atender que conflictos tan insignificantes como ese, a saber, los numerosos y exóticos peligros que entrañaba el viaje que estábamos a punto de emprender.

—Estoy segura de que sois conscientes —dijo Emma— de que nos enfrentamos a un plan muy frágil y con escasas probabilidades de éxito. —Expuso varias de las razones de que así fuera. Londres estaba muy lejos, no según los estándares del mundo actual, en el que con un GPS habríamos localizado la estación de ferrocarril más próxima y cogido un tren expreso que nos habría plantado en el centro de la ciudad en cuestión de pocas horas. Pero en 1940, en una Gran Bretaña convulsionada por la guerra, Londres estaba a años luz de donde nos encontrábamos: las carreteras y las vías podían estar repletas de refugiados, destrozadas por las bombas o monopolizadas por convoyes militares, todo lo cual se traducían en un tiempo que Miss Peregrine no podía permitirse desperdiciar. Peor aún, nos perseguirían, y con más afán incluso que antes, ahora que prácticamente todas las demás ymbrynes habían sido capturadas.

—¡Olvidaos del viaje! —intervino Addison—. Esa tendría que ser la menor de vuestras preocupaciones. Tal vez mis explicaciones no hayan sido lo bastante disuasorias. Es posible que no estéis comprendiendo del todo las circunstancias del encarcelamiento de las ymbrynes. —Habló remarcando las sílabas como si fuéramos duros de oído—. ¿Acaso ninguno de vosotros ha leído nada sobre los bucles de castigo en los libros de historia peculiar?

—Por supuesto que lo hemos leído —replicó Emma.

—En este caso sabréis que intentar adentrarse en ellos equivale a un suicidio. Son trampas mortales, todos y cada uno de ellos, puesto que contienen los episodios más sangrientos de la historia de Londres: el gran incendio de 1666, el mortal asalto de los vikingos que tuvo lugar en 842, el pernicioso ataque de la espantosa peste. Por razones evidentes, no se han publicado mapas temporales de esos lugares. De modo que a menos que alguno de vosotros posea amplios conocimientos de las partes más secretas de la peculiaridad...

—Soy un estudioso de los bucles más oscuros e ingratos —lo interrumpió Millard—. Es mi afición favorita desde hace muchos años.

—¡Estupendísimo! —exclamó Addison—. Supongo entonces que conoceréis también la manera de superar las hordas de huecos que estarán custodiando sus accesos.

De pronto noté todas las miradas clavadas en mí. Tragué saliva, levanté la barbilla y dije:

—Sí, de hecho sí, la conocemos.

—Más vale que sea así —refunfuñó Enoch.

Entonces Bronwyn dijo:

—Creo en ti, Jacob. Hace poco tiempo que te conozco, pero intuyo tu corazón y sé que es fuerte y auténtico, un corazón peculiar, y confío en ti. —Se inclinó hacia mí y me rodeó por los hombros con el brazo. Noté un nudo en la garganta.

—Gracias —dije, sintiéndome débil y poca cosa en comparación con la enormidad de sus emociones.

El perro chasqueó la lengua.

—Es una locura. Los niños carecéis por completo de instinto de supervivencia. Es una maravilla que sigáis todavía con vida.

Emma se plantó delante de Addison e intentó acallararlo.

—Sí, una maravilla —dijo—, gracias por iluminarnos con tu opinión. Y ahora, dejando de lado el discurso catastrofista, me veo en la obligación de preguntaros a todos: ¿alguien tiene alguna objeción a la propuesta? No quiero que nadie se preste voluntario a esto por el mero hecho de sentirse presionado.

Despacio y con timidez, Horace levantó la mano.

—Si todos los wights están en Londres, ¿no va a ser esto un poco como ofrecernos a ellos en bandeja? ¿Es realmente una buena idea?

—Es una idea genial —respondió con fastidio Enoch—. Los wights están convencidos de que los niños peculiares somos dóciles y débiles. Que nosotros acudamos a donde están ellos es lo último que se esperan.

—¿Y si fracasamos? —insistió Horace—. ¡Les habremos llevado a Miss Peregrine hasta la puerta de su casa!

—Eso no lo sabemos —terció Hugh—. Que Londres sea realmente su casa.

Enoch resopló.

—No edulcores las cosas. Si han forzado las entradas de los bucles carcelarios y están utilizándolos para retener en ellos a nuestras ymbrynes, apuesta lo que más aprecies a que han invadido también el resto de la ciudad. Estará lleno hasta los topes de wights, recuerda lo que te digo. De no ser así, no se habrían tomado la molestia de desplazarse hasta un lugar tan insignificante como Cairnholm para hacerse con nosotros. Es estrategia militar básica. En batalla nunca se empieza apuntando al piececito rosado del enemigo, sino que la puñalada se clava directamente al corazón.

—Por favor —gimoteó Horace—, basta ya de hablar de bucles arrasados y corazones apuñalados. ¡Asustarás a los más pequeños!

—¡Yo no estoy asustada! —protestó Olive.

Horace se encogió. Alguien murmuró la palabra «cobarde».

—Ni mucho menos —dijo Emma en tono cortante—. Tener miedo no es malo. Significa que te tomas muy en serio este plan tan importante que estamos proponiendo. Puesto que sí, será peligroso. Sí, las probabilidades de éxito son mínimas. Y aun en el caso de que consiguiéramos llegar a Londres, nada nos garantiza que logremos localizar a las ymbrynes, y mucho menos rescatar a alguna de ellas. Es completamente probable que acabemos nuestros días pudriéndonos en una celda wight o en el estómago de un espíritu hueco. ¿Lo ha entendido bien todo el mundo?

Hubo severos gestos de asentimiento.

—¿Estoy edulcorando alguna cosa, Enoch?

Este negó con la cabeza.

—Si intentamos poner en marcha este plan —prosiguió Emma—, es posible que perdamos a Miss Peregrine. Esto es indiscutible. Pero si no lo intentamos, si no vamos, no hay duda de que la perderemos... y tampoco hay duda de que los wights pueden acabar capturándonos. Dicho esto, quién no se sienta con valor suficiente para afrontarlo, puede quedarse. —Se refería a Horace y todos lo sabíamos. Horace tenía la mirada clavada en el suelo—. Puedes quedarte aquí, parece un lugar seguro, y vendremos a recogerte cuando los problemas se hayan solucionado. No tienes por qué avergonzarte de ello.

—¡Por mi ventrículo izquierdo! —exclamó Hugh—. Si me espero aquí sentado, viviría siempre arrepintiéndome de ello.

Incluso Claire se negó a quedarse.

—Llevo ya encima ochenta años de días placenteramente aburridos —dijo desde el lugar sombreado donde había estado durmiendo, apoyándose en un codo para incorporarse—. ¿Quedarme aquí mientras los demás vais de aventura? ¡Ni soñarlo! —Pero cuando intentó ponerse en pie, no lo consiguió y volvió a tenderse, mareada y tosiendo. A pesar de que aquella especie de agua sucia que había bebido le había bajado algo la fiebre, no estaba en condiciones de viajar a Londres ni ese día, ni al siguiente, ni en el plazo de tiempo del que disponíamos para ayudar a Miss Peregrine. Alguien tendría que quedarse con Claire para acompañarla durante su recuperación.

Emma pidió voluntarios. Olive levantó la mano, pero Bronwyn le dijo que se olvidara del tema, que era demasiado pequeña. Bronwyn hizo una insinuación de levantar la mano, pero se lo pensó mejor. Estaba dividida, explicó, entre su deseo de proteger a Claire y su sentido del deber hacia Miss Peregrine.

Enoch le dio un codazo a Horace.

—¿Y a ti qué te pasa? —lo hostigó Enoch—. Aquí tienes la oportunidad que esperabas para quedarte.

—Quiero ir a la aventura, de verdad, sinceramente —insistió Horace—, pero también me gustaría llegar a mi ciento cinco cumpleaños, de ser posible. ¿Me prometéis que no os empeñaréis en salvar a todo el mundo?

—Solo queremos salvar a Miss P —dijo Emma—, pero no puedo garantizar nada

con respecto al cumpleaños de nadie.

Horace quedó satisfecho con la respuesta y mantuvo las manos pegadas a los costados.

—¿Alguien más? —preguntó Emma, mirando a su alrededor.

—No pasa nada —dijo Claire—. Puedo apañármelas sola.

—De eso ni hablar —la rebatió Emma—. Los peculiares siempre nos mantenemos unidos.

Fiona levantó la mano. Había permanecido tan callada que casi me había olvidado de su presencia.

—¡Fee, tú no puedes! —protestó Hugh. Parecía herido, como si prestándose voluntaria para quedarse estuviera rechazándolo. Ella lo miró con ojos grandes y tristes pero mantuvo la mano alzada.

—Gracias, Fiona. —Emma le sonrió—. Con un poco de suerte, volveremos a veros a las dos en solo unos días.

—Pájaro mediante —dijo Bronwyn.

—Pájaro mediante —repitieron los demás.

La tarde avanzaba. En una hora el bucle de los animales quedaría sumido en la oscuridad y el descenso de la montaña sería mucho más peligroso. Como parte de los preparativos para el viaje, los animales nos abastecieron con amabilidad con grandes cantidades de comida y jerséis tejidos con lana de oveja peculiar que, según Deirdre, poseía alguna propiedad mágica, aunque no recordaba exactamente cuál.

—Resistente al fuego, creo... o tal vez al agua. Sí, esta lana es insumergible y los jerséis son como chalecos salvavidas. O tal vez... ¡Oh, no lo sé! En cualquier caso, son calientes.

Le dimos las gracias y los doblamos para guardarlos en el baúl de Bronwyn. Entonces vimos a Grunt acercarse dando grandes zancadas y cargado con un paquete envuelto con papel y cordel.

—Un regalo de parte de las gallinas —nos explicó Deirdre, guiñándome el ojo después de que Grunt me lo hubiera entregado—. Que no se te caiga.

Cualquier persona más inteligente se lo hubiera pensado dos veces antes de incorporar explosivos a nuestro viaje, pero nos sentíamos vulnerables y tanto el perro como la emú-rafa nos juraron que, si los tratábamos con delicadeza, los huevos no explotarían, de modo que los colocamos con cuidado en el baúl de Bronwyn y los acomodamos entre los jerséis. Así, al menos, no nos enfrentaríamos con las manos vacías a los hombres armados que pudiéramos encontrarnos por el camino.

Lo teníamos todo a punto, excepto un pequeño detalle: en cuanto abandonáramos el bucle de los animales estaríamos tan perdidos como cuando llegamos a él. Necesitábamos saber hacia dónde ir.

—Puedo enseñaros el camino de salida del bosque —me dijo Addison—.

Subiremos a lo alto de la torre de Miss Wren.

El espacio que coronaba la torre era tan pequeño que solo había espacio para dos, de manera que decidimos subir Emma y yo. Ascendimos por las traviesas como si fueran los peldaños de una escalera gigante. Grunt subió como un mono en la mitad de tiempo que nosotros y cargando con Addison bajo el brazo.

La vista desde lo alto de la torre era asombrosa. Hacia el este, las colinas boscosas se extendían hasta alcanzar una inmensa y árida llanura. Hacia el oeste, podía verse incluso el mar, donde costeaba un barco de aspecto extraño aparejado con gigantescas y complicadas velas. No se me había ocurrido preguntar en qué año estábamos —¿1492? ¿1750?—, aunque imaginé que a los animales era un detalle que los traía sin cuidado. Vivían en un lugar seguro alejado del mundo de las personas, y los años solo marcaban la diferencia en el mundo de las personas.

—Tomaréis rumbo norte —dijo Addison, apuntando con la pipa en dirección a una carretera apenas visible que transcurría entre árboles y que desde allí parecía una débil línea trazada a lápiz—. Siguiendo la carretera encontraréis una ciudad, y en esa ciudad, en vuestra época claro, hay una estación de tren. ¿Cuál es vuestro espacio temporal de viaje entre bucles? ¿1940?

—Así es —asintió Emma.

Pese a que solo comprendía vagamente de qué estaban hablando, nunca me había dado miedo formular preguntas tontas.

—¿Por qué no podemos salir en este mundo? —pregunté—. Viajar a Londres en el año que quiera que estemos ahora.

—Porque solo podríais viajar a caballo y en carro —respondió Addison—, lo que os supondría varios días... y bastantes rozaduras en el trasero, según mi experiencia. Me temo que no tenéis tiempo que perder. —Se volvió y abrió con el morro la puerta de entrada a la cabaña construida en lo alto de la torre—. Por favor —dijo—, hay una cosa más que me gustaría enseñaros.

Entramos con él. La cabaña era modesta y minúscula, nada que ver con la regia vivienda de Miss Peregrine. El mobiliario estaba integrado única y exclusivamente por una pequeña cama, un armario y un buró. Había asimismo un telescopio instalado sobre un trípode y enfocado hacia la ventana: la estación de vigilancia de Miss Wren, desde donde observaba el entorno para detectar a tiempo posibles problemas y observar las idas y venidas de sus palomas espías.

Addison se acercó al buró.

—En caso de que os costara encontrar la carretera —dijo—, aquí guardamos un mapa del bosque.

Emma abrió la tapa corredera del buró y localizó el mapa, un rollo de papel viejo y amarillento. Debajo del mismo había una fotografía arrugada. En la imagen aparecía una mujer cubierta con un chal de lentejuelas de color negro y cabello canoso recogido en un moño de aspecto dramático. Estaba de pie al lado de una gallina. A primera vista, la fotografía parecía un descarte, tomada justo en el momento en que la mujer

apartaba la vista y cerraba los ojos, pero había algo más: el modo en que el cabello y las prendas de la mujer se emparejaban con el moteado blanco y negro de las plumas de la gallina; el hecho de que estuvieran mirando en direcciones opuestas, implicando con ello una extraña conexión entre ambas, como si estuvieran hablando sin necesidad de pronunciar palabra alguna; soñando la una con la otra.

Se trataba, evidentemente, de Miss Wren.

Addison vio la fotografía y me pareció ver que contraía la cara en una mueca de dolor. Sabía que estaba preocupado por ella, mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Por favor, no os toméis lo que voy a deciros como mi respaldo a vuestros planes suicidas —dijo—, pero en el caso de que consiguierais alcanzar el éxito en vuestra loca empresa... y si por casualidad encontraseis a Miss Wren... ¿podrías plantearos...? Quiero decir que si podrías plantearos...



—La devolveremos a casa —le aseguró Emma, y le rascó la cabeza. Era un gesto perfectamente normal con un perro, aunque resultaba extraño hacérselo a un perro parlante.

—Que el perro os bendiga —replicó Addison.

Intenté acariciarlo, pero se levantó sobre las patas traseras y dijo:

—Si no te importa, ¿podrías mantener tus manos a raya, por favor?

—Lo siento —murmuré, y en el incómodo instante que siguió, quedó claro que era momento de marchar.

Bajamos de la torre para reunirnos de nuevo con nuestros amigos e intercambiar lagrimosos adioses con Claire y Fiona a la sombra del árbol. Le habían proporcionado a Claire un cojín y una manta y, como una princesa, nos recibió uno a uno en su

improvisada cama en el suelo, arrancándonos promesas a medida que íbamos arrodillándonos a su lado.

—Prométeme que volveréis —me dijo cuando llegó mi turno—, y prométeme que salvarás a Miss Peregrine.

—Haré todo lo posible —le aseguré.

—¡Eso no es suficiente! —replicó muy seria.

—Volveré —asentí—. Te lo prometo.

—¡Y salvaré a Miss Peregrine!

—Y salvaré a Miss Peregrine —repetí, aunque mis palabras sonaron vacías; cuanto más confiado quería parecer, menos confiado me sentía.

—De acuerdo —admitió Claire con un gesto de asentimiento—. Ha sido un placer increíble conocerte, Jacob, y me alegro de que llegases para quedarte.

—Igualmente —dije, y me incorporé con rapidez, porque su rostro luminoso enmarcado de rubios cabellos mostraba tanto fervor que me mataba mirarla. Claire creía a pies juntillas todo lo que estábamos diciéndole: que Fiona y ella estarían muy bien allí, entre aquellos animales extraños, en un bucle abandonado por su ymbryne. Que volveríamos a por ellas. Confiaba con todo mi corazón en que todo aquello fuera algo más que teatro, algo más que una representación pensada para que la empresa tan dura que estábamos a punto de emprender pareciera posible.

Hugh y Fiona se retiraron a un lado, con las manos unidas y las frentes rozándose, para despedirse en silencio. Todos habíamos acabado de despedirnos de Claire y estábamos listos para emprender la marcha, pero nadie quería molestarlos, de modo que nos quedamos observándolos hasta que Fiona se apartó un poco de Hugh, sacudió su nido de cabello enmarañado para desprender unas cuantas semillas e hizo crecer un rosal con flores rojas justo allí donde estaban. Las abejas de Hugh corrieron a polinizarlo y, mientras permanecían atareadas —como si Fiona lo hubiera hecho para poder tener un momento solo para ellos—, ella lo abrazó y le susurró alguna cosa al oído, después de lo cual Hugh asintió y le susurró a su vez una respuesta. Cuando por fin se volvieron hacia nosotros y se dieron cuenta de que habíamos estado observándolos, Fiona se puso colorada y Hugh echó a andar con las manos hundidas en los bolsillos, las abejas revoloteando a su espalda, y refunfuñó:

—Vámonos, el espectáculo ha terminado.

Iniciamos el descenso justo cuando empezaba a caer la noche. Los animales nos acompañaron hasta la abrupta pared rocosa.

Olive les dijo entonces:

—¿No vendrías con nosotros?

La emú-rafa resopló y respondió:

—¡Ahí fuera no duraríamos ni cinco minutos! Vosotros al menos podéis pasar por normales. Pero en cuanto alguien me viera... —meneó su cuerpo carente de extremidades superiores— me pegarían un tiro, me disecarían y en un abrir y cerrar de ojos estarían exhibiéndome en cualquier lado.

El perro se acercó a Emma.

—Si me permites pedirte una última cosa... —le dijo.

—Has sido tan amable... —replicó ella—. Lo que quieras.

—¿Te importaría encenderme la pipa? Aquí arriba no tenemos cerillas y hace años que no fumo de verdad.

Emma lo complació encantada acercando un dedo encendido a la cazoleta de la pipa. El perro dio una larga y satisfactoria calada y dijo:

—Os deseo toda la suerte del mundo, niños peculiares.

CINCO

Nos aferramos a la inestable red como una tribu de monos, dándonos torpes golpes contra la pared de la roca, mientras la polea no cesaba de chirriar y la cuerda de crujiar. Aterrizamos hechos un amasijo y nos liberamos de aquel enredo montando lo que a simple vista podría parecer un número cómico de *Los tres chiflados*; en varias ocasiones creí haberme desembrollado del tejido, pero cada vez que intentaba levantarme volvía a caer de bruces al suelo con un estruendoso ¡bum!, como un personaje de dibujos animados. El hueco muerto yacía a pocos metros de nosotros, con los tentáculos extendidos como los brazos de una estrella de mar sobresaliendo por debajo de la roca que lo había aplastado. Me sentía casi turbado por el hecho de que una criatura tan temible como aquella se hubiera dejado aniquilar por personas como nosotros. Estaba seguro de que la próxima vez, si es que había una próxima vez, no tendríamos tanta suerte.

Pasamos de puntillas junto al cadáver del hueco. Descendimos por el sendero lo más rápidamente posible, teniendo en cuenta los límites que nos imponían el camino y el volátil cargamento de Bronwyn. En cuanto llegamos a la llanura, seguimos las huellas que habíamos dejado marcadas en el musgo que cubría el suelo del bosque. Localizamos el lago justo cuando el sol se ponía y los murciélagos abandonaban con silenciosos aleteos sus ocultas atalayas. Empezaron a chillar y a trazar círculos sobre nuestras cabezas en cuanto nos adentramos en el agua para alcanzar el gigante de piedra, como si fuesen portadores de un mensaje ininteligible de alarma de parte del universo nocturno. Escalamos la boca del gigante, nos introdujimos por su garganta y nadamos para emerger a la superficie de un agua repentinamente más fría y con la luz del mediodía de septiembre de 1940.

Mis compañeros aparecieron a continuación, chillando y llevándose las manos a los oídos, víctimas de la presión que solía acompañar a cambios temporales tan bruscos como aquel.

—Es como un avión cuando despegar —dije, moviendo la mandíbula para eliminar el pitido.

—Nunca he ido en avión —manifestó Horace, sacudiendo el agua que había quedado acumulada en el ala de su sombrero.

—O cuando circulas por una autopista y se baja una ventanilla —expliqué.

—¿Qué es una autopista? —preguntó Olive.

—Da igual.

Emma nos hizo callar.

—¡Escuchad!

Se oían ladridos de perros a lo lejos. Parecían muy remotos, aunque había que tener en cuenta que en bosques tan densos como aquel el sonido viajaba de manera extraña y las distancias podían resultar engañosas.

—Tendremos que avanzar con rapidez —dijo Emma—. A menos que yo diga lo contrario, que nadie haga ruido... y eso la incluye a usted, directora.

—Le lanzaré un huevo explosivo al primer perro que se atreva a acercarse —amenazó Hugh—. Así aprenderán a no andar persiguiendo a peculiares.

—Ni se te ocurra —le advirtió Bronwyn—. Si manipulas mal uno solo de estos huevos, harás que todos los demás exploten.

Vadeamos el lago y nos adentramos en el bosque, guiándonos con la ayuda del arrugado mapa de Miss Wren. Después de media hora de caminata, llegamos a la pista de tierra que Addison nos había indicado desde lo alto de la torre. Nos detuvimos junto a los surcos dejados por un carromato mientras Millard examinaba con detenimiento el mapa, mirándolo por un lado y por el otro con los ojos entrecerrados en un intento de comprender sus microscópicas indicaciones. Busqué el teléfono móvil en el bolsillo de mis vaqueros con la intención de localizar un mapa —una vieja costumbre— y me descubrí toqueteando un rectángulo negro que se negaba a iluminarse. Estaba muerto, naturalmente: mojado, sin batería y a cincuenta años de distancia de la antena de telefonía móvil más cercana. El teléfono era la única de mis propiedades que había sobrevivido al naufragio en alta mar, pero aquí no servía para nada, era un objeto inútil. Lo lancé hacia los árboles. Pero pasados treinta segundos sentí una punzada de arrepentimiento y corrí a recuperarlo. Por motivos que no comprendía muy bien, no estaba preparado para desprenderme de él.

Millard dobló el mapa y anunció que el pueblo quedaba a nuestra izquierda, a cinco o seis horas andando, como mínimo.

—Si queremos llegar antes de que anochezca, será mejor que nos pongamos en marcha rápidamente.

No llevábamos mucho rato caminando cuando Bronwyn vislumbró una nube de polvo en el camino, aproximándose por detrás de nosotros.

—Se acerca alguien —dijo—. ¿Qué hacemos?

Millard se quitó el abrigo y lo arrojó hacia las malas hierbas del borde del camino, haciéndose invisible al instante.

—Os recomiendo que hagáis lo posible por desaparecer —dijo—, con cualquiera de las limitadas maneras que tengáis de conseguirlo.

Nos apartamos del camino para agazaparnos detrás de unos matorrales. La nube de polvo se expandió y se acercó acompañada por el estrépito de las ruedas de madera y el martilleo de los cascos de los caballos. Era una caravana de carromatos. Cuando emergieron con gran estruendo de entre la polvareda, vi que Horace se quedaba boquiabierto y Olive esbozaba una sonrisa. No eran los carros anodinos y vulgares que me había acostumbrado a ver en Cairnholm, sino que pertenecían a un circo: estaban pintados con todos los colores del arco iris, tenían armazones y puertas sofisticadamente decorados, estaban tirados por caballos de largas crines y guiados por hombres y mujeres cuyos cuerpos se agitaban entre collares de vistosas cuentas y pintorescas corbatas. Recordando las historias que me había contado Emma de

cuando con Miss Peregrine y los demás actuaban en barracas de feria, me volví hacia ella y le pregunté:

—¿Son peculiares?

—Son gitanos —me respondió.

—¿Y eso es bueno o es malo?

Emma entrecerró los ojos.

—Todavía no lo sé.

Ví que estaba ponderando una decisión y al instante estuve seguro de saber de qué se trataba. El pueblo al que nos dirigíamos quedaba todavía muy lejos y aquellos carromatos avanzaban mucho más rápido de lo que podíamos hacerlo nosotros a pie. Con los wights y los perros persiguiéndonos, aquella velocidad adicional podía marcar la diferencia entre ser capturados o conseguir huir. Pero ni sabíamos quiénes eran aquellos gitanos ni si podíamos confiar en ellos.

Emma me miró.

—¿Qué piensas? ¿Les pedimos que nos dejen subir con ellos?

Miré los carromatos. Miré de nuevo a Emma. Pensé en cómo se sentirían mis pies después de una caminata de seis horas con unos zapatos que seguían mojados.

—Por supuesto —asentí.

Emma se volvió hacia los demás, señaló el último carromato de la caravana e hizo el gesto de echar a correr detrás de él. El carromato tenía la forma de una casa en miniatura, con una ventanita a cada lado y una plataforma que sobresalía a modo de porche en la que seguramente podríamos acomodarnos todos si nos apretujábamos bien. Avanzaba con rapidez, pero no tanta como para no poder correr tras él, de modo que en cuanto pasó por nuestro lado y estuvimos fuera del alcance de la vista del conductor, salimos de nuestro escondite detrás de los matorrales y echamos a correr. Emma saltó la primera y extendió la mano para ayudar a subir al siguiente. Uno a uno fuimos encaramándonos e instalándonos en el porche trasero del carromato, procurando no hacer ruido para que el conductor no se percatara de nuestra presencia.

Viajamos así muchísimo rato, hasta que los oídos nos retumbaron por el estrépito continuo de las ruedas del carromato y la ropa se nos quedó del todo cubierta de polvo, hasta que el sol de mediodía recorrió el cielo por entero y se sumergió detrás de los árboles, que se alzaban a lado y lado como los muros de un enorme cañón verde. No dejé en ningún momento de escudriñar el bosque, temeroso de que en cualquier momento aparecieran los wights y sus perros dispuestos a atacarnos. Pero pasamos horas sin ver a nadie, ni un solo wight, ni siquiera otros viajeros. Era como si hubiéramos llegado a un país abandonado.

De vez en cuando, la caravana se detenía, conteníamos la respiración y nos preparábamos para salir huyendo o presentar batalla, seguros de que en cualquier momento nos descubrirían. Entonces enviábamos a Millard en misión de investigación: bajaba del carromato y regresaba explicándonos que los gitanos estaban simplemente estirando las piernas o reparando la herradura de algún caballo, y al cabo de nada

volvíamos a ponernos en marcha. Al final, decidí dejar de preocuparme por lo que pudiera suceder si nos descubrían. Los gitanos estaban agotados por el viaje y parecían inofensivos. Nos tomarían por niños normales y les daríamos lástima. «No somos más que huérfanos sin hogar —les diríamos—. ¿Podrían, por favor, darnos un mendrugo de pan?» Con un poco de suerte, nos darían incluso de cenar y nos acompañarían hasta la estación de tren.

No tardamos mucho en tener oportunidad de poner a prueba mi teoría. La caravana se paró en seco y, con un traqueteo, nos detuvimos en un pequeño claro. Apenas hubo desaparecido la nube de polvo, apareció un hombretón. Llevaba la cabeza cubierta con una boina, lucía un bigote que parecía una oruga y una expresión ceñuda que le fruncía las comisuras de la boca.

Bronwyn escondió a Miss Peregrine en el interior de su abrigo mientras Emma saltaba del carromato dispuesta a realizar la perfecta imitación de una patética huérfana.

—¡Señor, nos ponemos a merced de vuestra misericordia! Nuestra casa fue alcanzada por una bomba y nuestros padres han muerto, estamos perdidos...

—¡Cierra el pico! —le espetó el hombre—. ¡Bajad de inmediato de aquí, todos! —Era una orden, no una petición, subrayada por el cuchillo ornamentado, pero de letal aspecto, que llevaba en la mano.

Nos miramos sin saber qué hacer. ¿Deberíamos presentar batalla y huir, revelando a buen seguro con ello nuestro secreto, o sería mejor hacernos pasar por normales un rato más y esperar a ver qué hacía? Pero en aquel momento aparecieron muchos hombres más, emergiendo de sus carromatos para formar un amplio círculo a nuestro alrededor, muchos de ellos armados también con cuchillos. Estábamos rodeados y nuestras opciones habían quedado dramáticamente reducidas.

Eran hombres de cabello canoso y afilada mirada, vestidos con prendas oscuras de punto grueso concebidas para ocultar capas y capas de polvo de la carretera. Las mujeres llevaban vestidos floreados de vivos colores, su cabello oscuro recogido bajo coloridos pañuelos. Un montón de niños correteaban entre ellos. Intenté cuadrar lo poco que sabía acerca de los gitanos con las caras que tenía delante de mí en aquel momento. ¿Estarían a punto de masacrarnos... o acaso su malhumor era algo natural?

Miré a Emma en busca de alguna pista. Permanecía inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho, no extendidas para generar una llama. Decidí que si ella no tenía intención de luchar contra ellos, tampoco iba a hacerlo yo.

Bajé del carromato, tal como el hombre nos había pedido, y puse los brazos en alto. Horace y Hugh siguieron mi ejemplo, y luego los demás... Todos excepto Millard, que había desaparecido gracias a su invisibilidad y debía de estar por los alrededores, a la espera y observando los acontecimientos.

El hombre de la boina, que imaginé que era el líder, empezó a disparar preguntas.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Dónde están vuestros padres?

—Venimos del oeste —respondió con calma Emma—. De una isla situada cerca

de la costa. Somos huérfanos, como ya le he explicado. Nuestras casas quedaron destrozadas por las bombas después de un ataque aéreo y nos hemos visto obligados a huir. Llegamos a tierra firme a bordo de unos botes de remos y estuvimos a punto de naufragar. —Intentó llorar—. No tenemos nada —dijo, sorbiendo por la nariz—. Llevamos días perdidos en el bosque, sin nada que comer y sin más ropa que la que llevamos puesta. Vimos pasar los carromatos pero teníamos miedo de que nos vieran. Solo pretendíamos llegar hasta el pueblo para...

El hombre la examinó con atención, frunciendo el ceño aún más si cabe.

—¿Por qué os visteis obligados a huir de la isla después de que vuestras casas fueran bombardeadas? ¿Y por qué os adentrasteis en el bosque en vez de bordear la costa?

Enoch tomó entonces la palabra.

—Porque no teníamos otra elección. Nos perseguían.

Emma le lanzó una penetrante mirada con la que quería decirle: «Deja que me ocupe yo de esto».

—¿Quién os perseguía? —preguntó el líder.

—Hombres malos —respondió Emma.

—Hombres armados —añadió Horace—. Vestidos de soldado, aunque no lo son, en realidad.

Una mujer con un pañuelo amarillo dio un paso al frente.

—Si los persiguen soldados, son un problema que no necesitamos para nada. Mándalos a paseo, Bekhir.

—¡O átalos a unos árboles y abandónalos aquí! —sugirió un hombre delgadocho.

—¡No! —gritó Olive—. ¡Tenemos que llegar a Londres antes de que sea demasiado tarde!

El líder enarcó una ceja.

—¿Demasiado tarde para qué? —No habíamos provocado su lástima, solo su curiosidad—. No haremos nada hasta descubrir quiénes sois —dijo—, y averiguar cuánto valéis.

Diez hombres armados con impresionantes cuchillos nos condujeron hacia un carromato de fondo plano que transportaba una gran jaula. Incluso desde lejos comprendí que era un recinto concebido para animales, de unos seis metros de longitud por tres de anchura y protegido con gruesos barrotes de hierro.

—No pensarán encerrarnos ahí, ¿verdad? —dijo Olive.

—Solo hasta que decidamos qué hacer con vosotros —replicó el líder.

—¡No, eso no pueden hacerlo! —exclamó Olive—. ¡Tenemos que ir a Londres, y rápido!

—¿Y cómo es eso?

—Uno de nosotros está enfermo —explicó Emma, lanzándole a Hugh una mirada

cargada de intención—. ¡Tiene que verlo un médico!

—No es necesario ir hasta Londres para encontrar un médico —terció uno de los gitanos—. Jebbiah es médico. ¿No es así, Jebbiah?

Se adelantó entonces un hombre con las mejillas tremendamente picadas por la viruela.

—¿Quién de vosotros es el enfermo?

—Hugh necesita un especialista —aseveró Emma—. Padece una enfermedad muy rara. Tos punzante.

Hugh se llevó una mano a la garganta como si le doliese mucho, empezó a toser y al instante salió de su boca una abeja. Los gitanos se quedaron pasmados y una niña se escondió entre las faldas de su madre.

—¡Esto es un truco! —declaró el supuesto médico.

—Ya basta —ordenó el líder—. A la jaula todos.

Nos empujaron hacia la rampa que llevaba a la jaula y nos apelonamos antes de subirla. Nadie quería ser el primero en entrar.

—No podemos permitir que hagan esto —musitó Hugh.

—¿A qué esperas? —le dijo entre dientes Enoch a Emma—. Préndeles fuego.

Emma negó con la cabeza y susurró:

—Son demasiados. —Y echó a andar rampa arriba para entrar en la jaula. El techo estaba construido también con barrotes y era bajo; el suelo estaba cubierto con una gruesa capa de heno que desprendía un potente olor a rancio. Cuando hubimos entrado todos, el líder de los gitanos cerró de un portazo, colocó un candado y se guardó la llave en el bolsillo.

—¡Que nadie se acerque a ellos! —gritó, para que todos pudieran oírlo—. Podrían ser brujos, o algo peor.

—¡Sí, eso es lo que somos! —rugió Enoch entre los barrotes—. ¡Y ahora soldadnos o convertiremos a todos los niños en jabalíes verrugosos!

El líder bajó la rampa riendo a carcajadas. Entretanto, los demás gitanos se retiraron hasta alcanzar una distancia de seguridad y empezaron a instalar el campamento, a montar tiendas y a encender hogueras. Nos dejamos caer en el heno, derrotados y deprimidos.

—Cuidado —nos alertó Horace—. Hay excrementos de animal por todas partes.

—¿Y qué más da, Horace? —dijo Emma—. ¡A nadie le importa un pimiento si llevamos la ropa sucia!

—A mí sí —replicó Horace.

Emma se tapó la cara con las manos. Me senté a su lado e intenté pensar algo que decir que pudiera animarla, pero me había quedado en blanco.

Bronwyn se desabrochó el abrigo para que Miss Peregrine pudiera respirar un poco de aire fresco y Enoch se arrodilló a su lado y ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando alguna cosa.

—¿Habéis oído eso? —preguntó.

—¿El qué? —quiso saber Bronwyn.

—El sonido de la vida de Miss Peregrine escapándose. Emma, tendrías que haberles quemado la cara a esos gitanos cuando has tenido oportunidad de hacerlo.

—Estábamos rodeados —replicó Emma—. A buen seguro, alguno de nosotros habría resultado herido de haber iniciado una pelea. Muerto, quizá. No podía correr ese riesgo.

—Pero ahora la que corre un gran riesgo es Miss Peregrine —insistió Enoch.

—Déjala en paz, Enoch —intervino Bronwyn—. No es fácil decidir pensando en todo el mundo. No podemos ponernos a votar cada vez que hay que tomar una decisión.

—En este caso, tal vez deberíais dejar que fuese yo quien decidiese en nombre de todos —replicó Enoch.

Hugh resopló.

—De haber sido tú el responsable, haría años que estaríamos todos muertos.

—Mirad, todo eso carece de importancia en estos momentos —declaré—. Tenemos que salir de esta jaula cuanto antes y llegar a la ciudad. Ahora estamos mucho más cerca de lo que lo estaríamos de no haber subido al carromato, por lo que creo que no tiene ningún sentido lamentarse por algo que no ha sucedido aún. Lo que debemos hacer es pensar en cómo podemos escapar.

De modo que pensamos, y se nos ocurrieron muchas ideas, aunque ninguna factible.

—Tal vez Emma podría quemar el suelo —sugirió Bronwyn—. Es de madera.

Emma retiró un poco de heno y dio unos golpecitos en el suelo.

—Es demasiado grueso —dijo con tristeza.

—¿Y no podrías tú separar estos barrotes, Wyn? —pregunté yo.

—A lo mejor sí —respondió—, pero no estando los gitanos tan cerca. Nos verían y vendrían corriendo enseguida armados con sus cuchillos.

—Tenemos que escaparnos con sigilo, no fugarnos armando un escándalo —advirtió Emma.

Entonces oímos un susurro al otro lado de los barrotes.

—¿Os habéis olvidado de mí?

—¡Millard! —exclamó Olive, dando un brinco que casi la hizo salir de los zapatos que le impedían flotar por los aires—. ¿Dónde te habías metido?

—Estudiando el terreno, por así decirlo. Y esperando que la cosa se tranquilizara un poco.

—¿Crees que podrías robar la llave? —preguntó Emma, señalando el candado que cerraba la jaula—. He visto que el hombre se la guardaba en el bolsillo.

—Birlar sin que nadie se entere es mi especialidad —nos aseguró, y se marchó rápidamente.

Pasaron los minutos. Luego media hora. Después una hora. Hugh no paraba de deambular de un lado a otro de la jaula; una abeja nerviosa volaba en círculos por encima de su cabeza.

—¿Por qué tardará tanto? —refunfuñó.

—Si no aparece pronto, voy a empezar a lanzar huevos —amenazó Enoch.

—Si haces eso, estamos todos muertos —replicó Emma—. Aquí somos presa fácil. En cuanto se despejara el humo, nos desollarían vivos.

De modo que seguimos esperando, observando a los gitanos y los gitanos observándonos a nosotros. Cada minuto que pasaba era como un clavo más en el ataúd de Miss Peregrine. Me sorprendí mirándola con fijeza, como si estudiándola con detalle pudiera detectar los cambios que se estaban produciendo en ella, ver esa chispa de humanidad que todavía albergaba y que iba apagándose lentamente. Pero su aspecto era el de siempre, quizá más calmada. Estaba dormida en el heno al lado de Bronwyn, su pechito cubierto de plumas agitándose despacio al ritmo de la respiración. Parecía no ser consciente del problema en el que estábamos inmersos, ni de la cuenta atrás que pesaba sobre su cabeza. Tal vez el hecho de que fuera capaz de dormir en un momento como aquel era una prueba del cambio que estaba experimentando. La Miss Peregrine de antes estaría presa de un ataque de nervios.

Mis pensamientos siguieron vagando hasta empezar a recordar a mis padres, como siempre sucedía cuando no me controlaba como era debido. Intenté imaginarme sus rostros, cómo eran la última vez que los había visto. Uní mentalmente pequeños fragmentos: la barba incipiente de mi padre después de varios días de estancia en la isla; el modo en que mi madre, sin siquiera darse cuenta de ello, jugueteaba con su anillo de casada siempre que mi padre se explayaba hablando sobre temas que a ella no le interesaban; los ojos atentos de mi padre escudriñando el horizonte en su eterna búsqueda de aves.

Aunque ahora estarían buscándome a mí.

Con la caída de la noche, el campamento cobró vida. Los gitanos hablaban y reían, y cuando un grupo de niños con desvencijadas trompetas y violines empezaron a tocar una canción, todos se pusieron a bailar. Entre canción y canción, uno de los niños músicos se acercó con sigilo a la jaula con una botella en la mano.

—Es para el enfermo —dijo, mirando nerviosamente a su espalda.

—¿Para quién? —pregunté, y el niño movió la cabeza en dirección a Hugh, que acababa de tenderse en el suelo víctima de un ataque de tos, comprendiendo al instante que tenía que representar su papel.

El niño deslizó la botella entre los barrotes. Abrí el tapón, olisqueé el contenido y casi me caigo de espaldas. Olía a una mezcla de aguarrás y abono orgánico.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Funciona, es lo único que sé. —Volvió a girar la cabeza para mirar hacia atrás—. De acuerdo, ya he hecho algo por vosotros. Ahora me debéis una. Así que decidme, ¿qué crimen habéis cometido? Sois ladrones, ¿a que sí? —Bajó entonces la

voz para añadir—: ¿O habéis matado a alguien?

—Pero ¿de qué demonios habla? —dijo Bronwyn.

«No hemos matado a nadie», estuve a punto de responderle, pero entonces me vino a la cabeza la imagen del cuerpo de Golan dando tumbos por los aires hacia las rocas y me quedé callado.

Pero Emma respondió por mí:

—No hemos matado a nadie.

—Pues alguna cosa tenéis que haber hecho —replicó el niño—. ¿Por qué si no ofrecerían una recompensa por vosotros?

—¿Una recompensa? —se sorprendió Enoch.

—Tan seguro como que existe la lluvia. Ofrecen un montón de dinero.

—¿Quién?

El niño se encogió de hombros.

—¿Pensáis entregarnos? —le preguntó Olive.

El niño hizo una mueca.

—No sé si lo haremos o no. Los peces gordos están dándole vueltas al asunto. Aunque dicen que no se fían mucho de la gente que ofrece la recompensa. Pero el dinero es el dinero y no les ha gustado que no hayáis respondido a sus preguntas.

—En el lugar de donde venimos —replicó Emma con altivez—, no interrogamos a quienes se acercan pidiendo ayuda.

—¡Y tampoco los metemos en jaulas! —añadió Olive.

Justo en aquel momento se oyó en el campamento una potente explosión. El niño perdió el equilibrio, cayó de la rampa al suelo y nosotros nos protegimos mientras las cacerolas y las sartenes que se calentaban en una fogata salían volando por los aires. La gitana que había estado ocupándose de ellas echó a correr con el vestido en llamas gritando: «¡Asesinos!» y habría corrido hasta llegar al mar de no ser por alguien que cogió un cubo de los que utilizaban para abrevar a los caballos y se lo echó encima.

Un instante después, oímos los pasos de un niño invisible en la rampa de acceso a la jaula.

—¡Eso es lo que pasa cuando intentas hacer una tortilla con el huevo de una gallina peculiar! —dijo Millard, sin aliento y sin poder parar de reír.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó Horace.

—Todo estaba demasiado tranquilo y en silencio... mal asunto para los ladronzuelos. De modo que he mezclado uno de nuestros huevos con los de ellos, *et voilà!* —Millard hizo aparecer una llave—. Era mucho menos probable que se dieran cuenta de que les metía la mano en el bolsillo una vez les hubiera explotado la cena en la cara.

—Has tardado demasiado —lo reconvino Enoch—. Ahora sácanos de aquí.

Pero antes de que a Millard le diera tiempo de introducir la llave en el candado, el niño gitano se incorporó y empezó a gritar:

—¡Ayuda, venid aquí! ¡Intentan fugarse!

El niño lo había oído todo, pero con la confusión que había seguido a la explosión, nadie se percató de sus gritos.

Millard introdujo la llave en el candado. Pero la puerta no se abría.

—Mierda —dijo—. ¿Y si me he equivocado de llave?

—¡Aaaah! —chilló el niño, señalando el vacío de donde había surgido la voz de Millard—. ¡Un fantasma!

—¿Alguien puede hacerlo callar, por favor? —dijo Enoch.

Bronwyn acató la orden y sacó la mano entre los barrotes para agarrar al niño por los brazos, ponerlo de pie y acercarlo a la jaula.

—¡Socorrooooo! —gritó el niño—. ¡Tienen un fantfffff...!

Bronwyn le tapó la boca con la mano, pero lo silenció demasiado tarde.

—¡Galbi! —chilló una mujer—. ¡Soltadlo, salvajes!

Y de repente, sin pretenderlo en realidad, hicimos un rehén. Los gitanos echaron a correr hacia nosotros, el filo de sus cuchillos centelleando bajo la débil luz.

—¡¿Qué hacéis?! —gritó Millard—. ¡Suelta al niño antes de que nos maten!

—No pienso hacerlo —dijo Emma, y a continuación voceó—: ¡O nos liberáis o el niño morirá!

Los gitanos nos rodearon profiriendo amenazas.

—¡Si le hacéis algún daño —vociferó el líder—, os mataré absolutamente a todos con mis propias manos!

—¡Atrás! —gritó Emma—. Soltadnos y no haremos daño a nadie.

Uno de los hombres echó a correr hacia la jaula y Emma, por puro instinto, extendió las manos y dio vida entre ellas a una bola de fuego. Los gitanos se quedaron boquiabiertos y el hombre derrapó hasta detenerse.

—Ya la has pifiado —masculló entre dientes Enoch—. ¡Nos colgarán por brujos!

—¡Quemaré al primero que lo intente! —chilló Emma, ampliando el espacio comprendido entre ambas manos para que la bola de fuego aumentase de tamaño—. ¡Vamos, demostrémosles a lo que se enfrentan!

Había llegado la hora de montar el espectáculo. Bronwyn fue la primera: con la ayuda de una sola mano levantó al niño, que empezó a patalear, mientras que con la otra cogió uno de los barrotes de hierro y comenzó a doblarlo. Horace asomó la cara entre las rejas, abrió la boca y proyectó unas cuantas abejas, y luego le tocó el turno a Millard, que se había alejado de la jaula en el momento en que el niño se había percatado de su presencia y gritó desde detrás del grupo de gente:

—¡Y si pensáis que podéis competir con ellos, es que no me conocéis! —Y lanzó un huevo por los aires. Este trazó un arco por encima de la cabeza de los gitanos y fue a aterrizar en un claro, provocando un enorme estallido que levantó tierra hasta la altura de las copas de los árboles.

Cuando el humo de la explosión se disipó, se produjo un momento durante el cual no se movió ni habló nadie. De entrada, pensé que nuestra exhibición había sobrecogido a los gitanos hasta tal punto que se habían quedado paralizados, pero

luego me di cuenta de que estaban prestando atención a otra cosa. Y entonces lo oí también yo.

Era el ruido de un motor avanzando por la oscura carretera. Un par de faros delanteros parpadearon entonces entre los árboles. Todos, gitanos y peculiares, nos quedamos mirando las luces pasar de largo el cruce que conducía al claro donde estaba instalado el campamento, pero a continuación el motor ralentizó la velocidad y dio marcha atrás. Un vehículo militar con cubierta de lona avanzó rugiendo hacia nosotros. En su interior se distinguían con claridad los sonidos de voces airadas y los perros, sus gargantas roncas de tanto ladrar pero incapaces de callarse ahora que habían vuelto a detectar nuestro olor.

Eran los wights que habían estado persiguiéndonos... y nosotros encerrados en una jaula, sin poder ni siquiera echar a correr.

Emma apagó el fuego de una palmada. Bronwyn soltó al niño, que se alejó corriendo a trompicones. Los gitanos huyeron hacia sus carromatos o hacia el bosque. En cuestión de segundos nos quedamos solos, olvidados por todo el mundo.

El líder de los gitanos avanzó hacia nosotros.

—¡Abra la jaula! —le suplicó Emma.

Le hizo caso omiso.

—¡Escondeos bajo el heno y no hagáis ruido! —dijo el hombre—. Y nada de trucos de magia... a menos que prefiráis iros con ellos.

No había tiempo para más preguntas. Lo último que vimos antes de que todo se volviese negro fueron dos gitanos corriendo hacia nosotros cargados con una lona que echaron por encima de la jaula.

La noche instantánea.

El sonido de las botas resonó en el exterior de la jaula, un retumbar pesado y sordo, como si los wights pretendieran castigar incluso el suelo que pisaban. Acatamos las órdenes recibidas y nos camuflamos bajo el apestoso heno.

Oí que uno de los wights hablaba con el líder de los gitanos.

—Esta mañana ha sido visto por la carretera un grupo de niños —le explicó el wight. Su voz sonaba entrecortada y su acento poco claro, ni del todo inglés ni del todo alemán—. Se ofrece una recompensa por su captura.

—No nos hemos cruzado con nadie en todo el día, señor —replicó el líder.

—No te dejes engañar por sus caras de inocencia. Son traidores de guerra. Espías alemanes. El castigo por esconderlos es...

—Nosotros no escondemos nada —dijo en tono brusco el líder—. Compruébelo usted mismo.

—Así lo haré —dijo el wight—. Y si los encontramos, te cortaré la lengua y se la daré a comer a mi perro.

El wight se alejó con retumbantes zancadas.

—No se os ocurra ni respirar —nos susurró el líder entre dientes, y sus pasos se alejaron a continuación.

Me pregunté por qué habría decidido mentir, teniendo en cuenta el daño que aquellos wights podían llegar a causar a los suyos. Tal vez fuera por orgullo o por un desprecio profundamente arraigado hacia cualquier tipo de autoridad o, pensé con un escalofrío, porque los gitanos querían darse el gusto de matarnos en persona.

Oímos a los wights dispersarse por el campamento, apartando a patadas cualquier cosa que obstaculizara su paso, abriendo las puertas de las caravanas, obligando a los ocupantes a salir de su interior. Oímos el grito de un niño y la reacción enojada de un hombre, ambos cortados en seco por el potente contacto de la madera contra la carne. Permanecer escondidos escuchando el sufrimiento de aquella gente resultaba insoportable, por mucho que ellos hubieran estado dispuestos a despedazarnos poquito a poco hacía tan solo unos minutos.

Con el rabllo del ojo vi que Hugh asomaba la cabeza entre el heno y se acercaba gateando hasta el baúl de Bronwyn. Deslizó los dedos por el pestillo, dispuesto a abrir la tapa, pero Bronwyn se lo impidió.

—Pero ¿qué haces? —dijo, abriendo los labios sin apenas alzar la voz.

—¡Tenemos que acabar con ellos antes de que acaben con nosotros!

Emma asomó también la cabeza, se apoyó sobre los codos y se arrastró en su dirección. Yo me acerqué también para oír lo que decían.

—No seas loco —dijo Emma deteniéndolo—. Si ahora les lanzamos los huevos, nos dispararán hasta quedarse sin balas.

—Y entonces ¿qué? —preguntó Hugh—. ¿Nos quedamos aquí hasta que nos descubran?

Nos apiñamos junto al baúl y seguimos hablando en susurros.

—Esperaremos a que abran la puerta —sugirió Enoch—. Entonces lanzaré un huevo a través de los barrotes de la parte posterior de la jaula. Eso distraerá a los wights el tiempo suficiente para que Bronwyn pueda partirle el cráneo a quien se atreva a entrar en la jaula y nos dará tiempo a los demás para echar a correr. Nos dispersaremos por los alrededores del campamento, luego volveremos y lanzaremos todos los huevos en la fogata central. Cualquiera que se encuentre en un radio de treinta metros, quedará reducido a un mero recuerdo.

—¡Que me zurzan! —exclamó Hugh—. Eso podría funcionar.

—Pero el campamento está lleno de niños —apuntó Bronwyn.

Enoch levantó la vista hacia el cielo.

—Si lo que nos preocupa son los daños colaterales, echemos a correr hacia el bosque y dejemos que los wights y sus perros disfruten dándonos caza de uno en uno. Pero si nuestro plan es llegar a Londres, o seguir con vida más allá de esta noche, no lo recomiendo.

Hugh dio unos golpecitos en la mano de Bronwyn que impedía cerrar el baúl.

—Ábrelo —dijo—. Saca los huevos.

Bronwyn dudó.

—No puedo. No puedo matar a unos niños que no nos han hecho ningún daño.

—Pero si no nos queda otra elección... —susurró Hugh.

—Siempre queda otra elección —declaró Bronwyn.

Entonces oímos el gruñido de un perro muy cerca de la jaula y permanecemos en silencio. Pasados unos instantes, vislumbramos el resplandor de una linterna al otro lado de la lona.

—¡Retirad esta lona! —ordenó alguien, el hombre que sujetaba el perro, me imaginé.

El animal empezó a ladrar y a empujar con el hocico para colarse por debajo de la lona y atravesar los barrotes de la jaula.

—¡Por aquí! —gritó el hombre—. ¡Hemos encontrado algo!

Todos miramos a Bronwyn.

—Por favor —rogó Hugh—. Al menos podremos defendernos.

—Es la única manera —le aseguró Enoch.

Bronwyn suspiró y apartó la mano del cierre. Hugh asintió en un gesto de agradecimiento y abrió la tapa del baúl. Hurgamos en su interior y extrajimos cada uno de nosotros un huevo de entre las capas de jerséis; todos participamos en la búsqueda, todos menos Bronwyn. Nos levantamos, nos pusimos de cara a la puerta de la jaula, huevos en mano, y nos preparamos para lo inevitable.

Oímos otra vez el sonido de botas marchando hacia nosotros. Intenté mentalizarme para lo que estaba a punto de suceder.

«Corre —me dije—. Corre, no mires atrás y lánzalo.»

Pero ¿podría hacerlo sabiendo que morirían inocentes? ¿Aunque fuera para salvar la vida? ¿Y si me limitaba a lanzar el huevo en la hierba y echar a correr hacia el bosque?

En aquel momento noté que una mano cogía la lona por un extremo y tiraba de ella. La lona empezó a deslizarse.

Y entonces, justo cuando estábamos a punto de quedar al descubierto, el movimiento se detuvo.

—¿Y a ti qué te pasa? —oí que decía la voz de un hombre dirigiéndose al perro que sujetaba.

—De ser usted, me mantendría alejado de esa jaula —dijo otra voz, la de un gitano.

Veía ya parte del cielo por encima de nuestras cabezas, las estrellas destellando entre las ramas de los robles.

—¿Sí? ¿Y por qué? —preguntó, desafiante, el hombre.

—El viejo *Pellejo Sangriento* hace días que no come —replicó el gitano—. Normalmente los humanos no son muy de su agrado, pero cuando tiene hambre no hace distinciones.

Y entonces se oyó un sonido que me cortó la respiración: el impresionante rugido

de un oso. Por imposible que parezca, venía de donde estábamos nosotros, del interior de la jaula. Oí el grito de sorpresa del hombre que sujetaba el perro y noté que descendía con rapidez la rampa arrastrando tras él al perro, que gañía con desesperación.

No tenía ni idea de cómo podía haber entrado un oso en la jaula, lo único que sabía era que tenía que alejarme de él, de manera que me pegué a los barrotes. Vi que Olive, que estaba a mi lado, se tapaba la boca con el puño cerrado para sofocar un grito.

En el exterior, los demás soldados se burlaban del hombre del perro.

—¡Idiotas! —dijo, abochornado—. ¡Solo a los gitanos se les ocurriría tener un animal como este en su campamento!

Reuní por fin el valor suficiente para darme la vuelta y mirar. En la jaula no había ningún oso. ¿Quién o qué había emitido aquel rugido tan monstruoso?

Los soldados siguieron inspeccionando el campamento, pero dejaron tranquila la jaula. Transcurridos unos minutos, oímos que volvían a subir al camión, ponían el motor en marcha y, finalmente, se alejaban.

La lona descubrió por completo la jaula y vimos que los gitanos se habían congregado a nuestro alrededor. Yo seguía sujetando un huevo con mano temblorosa, preguntándome si me vería obligado a utilizarlo.

El líder dio un paso al frente.

—¿Estáis bien? —preguntó—. Lo siento si os he asustado con eso.

—Estamos vivos —respondió Emma, mirando con cautela a su alrededor—. Pero ¿dónde está ese oso?

—No sois los únicos con talentos excepcionales —dijo un joven situado en un extremo del grupo, y en rápida sucesión gruñó como un oso y maulló como un gato, proyectando la voz en distintas direcciones con leves giros de cabeza, de modo que pareciera que los animales acechaban desde cualquier dirección. Cuando nos recuperamos de la sorpresa, irrumpimos en un aplauso.

—Creí haberte oído decir que no eran peculiares —le susurré a Emma al oído.

—Cualquiera puede hacer trucos baratos como este —replicó ella.

—Os pido disculpas por no haberme presentado debidamente —dijo el líder de los gitanos—. Me llamo Bekhir Bekhmanatov. Y sois nuestros huéspedes de honor. —Nos saludó con una exagerada reverencia—. ¿Por qué no nos dijisteis que erais *syndrigasti*?

Nos quedamos mirándolo boquiabiertos. Acababa de utilizar la denominación antigua de los peculiares, la que nos había enseñado Miss Peregrine.

—¿Lo conocemos de alguna cosa? —preguntó Bronwyn.

—¿Dónde oyó usted mencionar esa palabra? —preguntó a continuación Emma.

Bekhir sonrió.

—Si aceptáis nuestra hospitalidad, prometo explicároslo todo. —Hizo una nueva reverencia y se acercó para abrirnos la jaula.

Tomamos asiento con los gitanos sobre bellas alfombras tejidas a mano y charlamos y disfrutamos de un buen guiso a la luz parpadeante de dos hogueras. Ignoré la cuchara que me ofrecieron y decidí comer directamente del cuenco de madera; mis modales en la mesa aparecieron como un recuerdo lejano al sentir que el delicioso caldo me goteaba barbilla abajo. Bekhir se acercó para asegurarse de que todos los niños peculiares nos sintiéramos cómodos, nos preguntó si teníamos suficiente comida y bebida y se disculpó de forma repetida por el estado en que por su culpa estaba nuestra ropa, cubierta de mugrientos fragmentos de heno del suelo de la jaula. Después de haber sido testigo de nuestra exhibición de artes peculiares, había cambiado por completo la actitud hacia nosotros; en el transcurso de apenas unos minutos habíamos ascendido de prisioneros a huéspedes de honor.

—Siento mucho haberos tratado como lo hemos hecho —se disculpó, acomodándose en un cojín entre ambas hogueras—. Cuando se trata de la seguridad de los míos, cualquier precaución es poca. Últimamente, vaga por la carretera chusma de todo tipo, gente que no es lo que aparenta ser. De haberme dicho que erais *syndrigasti*...

—Se nos enseñó a no revelarlo nunca a nadie —declaró Emma.

—Jamás —añadió Olive.

—Quienquiera que os lo enseñara, demostró con ello su sabiduría —observó Bekhir.

—¿Cómo es que nos conoce? —preguntó Emma—. El término que emplea corresponde a un idioma muy antiguo.

—Conozco solo algunas palabras —respondió Bekhir. Fijó la vista en las llamas de la hoguera, donde una brocheta de carne oscura iba asándose poco a poco—. El entendimiento entre vuestro pueblo y el mío viene de lejos. No somos tan distintos. Marginados y errantes, almas que se aferran a los confines del mundo. —Extrajo un trozo de carne de la brocheta y masticó pensativo—. Somos como aliados. A lo largo de los años, los gitanos hemos incluso adoptado y criado a algunos de vuestros niños.

—Y os lo agradecemos —dijo Emma—, y agradecemos asimismo vuestra hospitalidad. Pero aun corriendo el riesgo de parecer descorteses, no podemos quedarnos más tiempo con vosotros. Es muy importante que llegemos a Londres rápidamente. Tenemos que coger un tren.

—¿Lo dices por vuestro amigo enfermo? —preguntó Bekhir, enarcando una ceja y mirando a Hugh, que hacía ya rato que había dejado de representar su papel y estaba engullendo el guiso con total desenfreno, las abejas revoloteando felices por encima de su cabeza.

—Por algo parecido —respondió Emma.

Bekhir sabía que le escondíamos alguna cosa, pero fue lo bastante amable como para respetar nuestros secretos.

—Esta noche ya no hay más trenes —afirmó—, pero levantaremos el campamento al amanecer y os acompañaremos a la estación antes de que todo el

mundo despierte. ¿Os parece bien?

—No nos queda otro remedio —asintió Emma, frunciendo la frente en un gesto de preocupación. A pesar de que habíamos ganado tiempo viajando en carromato en lugar de ir andando, Miss Peregrine habría perdido un día entero. Ahora le quedaban solo dos, como mucho. Pero eso era ya el futuro; en estos momentos estábamos calientes, bien alimentados y fuera de peligro inmediato. Se hacía difícil renunciar a aquellos placeres, aunque fuera solo por un rato.

Rápidamente entablamos amistad con los gitanos. Todos teníamos ganas de olvidar lo sucedido entre nosotros. Bronwyn intentó disculparse con el chico al que había tomado como rehén, pero él le restó importancia al asunto. Los gitanos nos dieron de comer sin parar, me llenaron a rebosar el cuenco una y otra vez a pesar de que yo les decía que ya no quería más. Cuando Miss Peregrine abandonó su escondite en el interior del abrigo de Bronwyn y anunció con un grito que estaba muerta de hambre, los gitanos le dieron también de comer, lanzándole pedazos de carne cruda y vitoreándola cada vez que ella saltaba para cazarlos al vuelo.

—¡Está hambrienta! —dijo riendo entre aplausos Olive al ver al pájaro triturar un codillo de cerdo con las garras.

—¿No te alegras ahora de no haberlos hecho volar por los aires? —le preguntó en voz baja Bronwyn a Enoch.

—Oh, supongo que sí —le respondió este.

El grupo de gitanos empezó entonces a tocar una nueva canción. Comimos y bailamos. Convencí a Emma para que me acompañara en un baile alrededor de la hoguera, y aunque normalmente mi timidez me impedía bailar en público, esta vez me dejé ir. Nuestros pies danzaron y nuestras manos aplaudieron al ritmo de la música y nos abandonamos por completo a la fiesta durante unos luminosos minutos. Conseguí olvidar los terribles peligros que nos acechaban, que aquel mismo día habíamos estado a punto de ser capturados por los wights y devorados por un hueco que habría acabado escupiendo nuestros huesos ladera abajo después de haberlos rebañado de toda su carne. Sentía un agradecimiento infinito hacia los gitanos y hacia la simplicidad de la parte animal de mi cerebro: agradecía que una comida caliente, una canción y la sonrisa de alguien a quien quería fueran suficientes para distraerme de tanta oscuridad, aunque fuera solo por un breve momento. La canción terminó y volvimos a tomar asiento, y en el instante de calma que siguió, percibí el cambio de humor. Emma miró a Bekhir y le dijo:

—¿Me permite preguntarle una cosa?

—Por supuesto —asintió él.

—¿Por qué han arriesgado la vida por nosotros?

El gitano movió la mano para quitarle importancia.

—Vosotros habríais hecho lo mismo.

—No estoy muy segura —replicó Emma—. Pero me gustaría entenderlo. ¿Ha sido porque somos peculiares?

—Sí —fue la escueta respuesta de Bekhir. Pasó un momento. El hombre desvió la vista hacia los árboles que rodeaban el claro, hacia sus troncos iluminados por el resplandor del fuego y la oscuridad del bosque, y dijo a continuación—: ¿Te gustaría conocer a mi hijo?

—Por supuesto —asintió Emma.

Se levantó. Yo seguí su ejemplo, junto con algunos de mis compañeros.

Bekhir levantó entonces la mano.

—Es muy tímido, lo siento. Solo tú —dijo, señalando a Emma— y tú. —Me señaló después a mí—. Y también ese niño que puede ser escuchado sin ser visto.

—Impresionante —comentó Millard—. Y yo que estaba esforzándome en ser sutil.

Enoch volvió a sentarse.

—¿Por qué siempre se me excluye de todo? ¿Acaso huelo mal?

Una gitana con un vaporoso vestido se adentró en el círculo formado alrededor de la hoguera.

—Mientras no están, os leeré la mano y os diré la buena ventura —dijo. Se dirigió a Horace—: ¡Es posible que algún día acabes escalando el Kilimanjaro! —Y le habló entonces a Bronwyn—. ¡O que tú te cases con un hombre guapo y rico!

Bronwyn resopló.

—Mi máspreciado sueño.

—El futuro es mi especialidad, madame —declaró Horace—. Permítame que le muestre cómo se hace.

Emma, Millard y yo cruzamos el campamento siguiendo a Bekhir. Llegamos a un carromato de aspecto sencillo, Bekhir ascendió la escalerilla y llamó a la puerta.

—¿Radi? —dijo en tono dulce—. Sal, por favor. Hay gente aquí que quiere verte.

Se abrió la puerta, solo una rendija, y asomó la cabeza una mujer.

—Está asustado. No quiere levantarse de su silla. —Nos examinó con atención, abrió del todo la puerta y nos indicó con un gesto que pasáramos. Subimos la escalerilla y agachamos la cabeza para entrar en un espacio apretado pero acogedor que era a la vez sala de estar, dormitorio y cocina. Justo debajo de una estrecha ventana había una cama, a su lado una mesa, una silla y una cocinilla con una campana que extraía los humos por una chimenea instalada en el techo; todo lo necesario para ser autosuficiente en la carretera durante semanas y meses.

Y la única silla la ocupaba un niño. Tenía una trompeta en el regazo. Recordé que lo había visto tocando antes, formando parte de la banda de niños gitanos. Era el hijo de Bekhir e imaginé que la mujer era su esposa.

—Quítate los zapatos, Radi —dijo la mujer.

El niño seguía con la mirada clavada en el suelo.

—¿Es necesario? —preguntó.

—Sí —respondió Bekhir.

El niño se quitó primero una bota, luego la otra. Durante un segundo no estuve del todo seguro de lo que veían mis ojos: en el interior de las botas no había nada. No tenía pies. Aunque por lo que le había costado descalzarse, era evidente que las botas tenían que cubrir alguna cosa. Bekhir le pidió entonces a su hijo que se levantara y el niño, a regañadientes, se deslizó sobre la silla y se incorporó. Era como si levitase; los bajos del pantalón colgaban vacíos a escasos centímetros del suelo.

—Empezó a desaparecer hace unos meses —nos explicó la mujer—. Primero fueron los dedos de los pies. Luego los talones. Al final el resto, ambos pies. Nada de lo que haya podido darle, ni tinturas, ni tónicos, ha servido para curarlo.

Tenía pies, sí, pero invisibles.

—No sabemos qué hacer —dijo Bekhir—. Pero he pensado que tal vez entre vosotros haya alguien que tenga poderes de curación.

—Lo que tiene carece de curación —afirmó Millard, y al oír una voz que no correspondía a nadie, el niño levantó de pronto la cabeza—. Él y yo somos iguales. A mí me ocurrió lo mismo de pequeño. No nací invisible, sino que sucedió con el paso del tiempo.

—Pero ¿quién habla? —preguntó el niño.

Millard cogió un pañuelo que había a los pies de la cama y se envolvió la cara, revelando de este modo la forma de su nariz, de la frente, de la boca.

—Estoy aquí —dijo, avanzando hacia el niño—. No tengas miedo.

El niño levantó la mano y delicadamente rozó la mejilla de Millard, luego la frente, después el cabello —cuya tonalidad y estilo de peinado nunca me había parado a imaginar—, e incluso tiró de un mechón, con cuidado, como si pretendiera comprobar con ello que era real.

—Estás aquí —exclamó el niño, sus ojos brillando maravillados—. ¡Estás aquí de verdad!

—Y tú seguirás estándolo, aunque desaparezcas —le aseguró Millard—. Ya lo verás. No duele en absoluto.

El niño sonrió y, al verlo, a la mujer se le doblaron las rodillas y tuvo que apoyarse en Bekhir para no caerse.

—Bendito seas —le dijo a Millard, a punto de romper a llorar—. Bendito seas.

Millard se sentó en el suelo, junto a los pies desaparecidos de Radi.

—No tienes nada que temer, chico. De hecho, en cuanto te acostumbres a la invisibilidad, descubrirás que tiene muchas ventajas.

Y mientras empezaba a enumerarlas, Bekhir se acercó a la puerta y nos llamó con un gesto a Emma y a mí.

—Dejémoslos tranquilos un rato —sugirió—. Estoy seguro de que tienen mucho de que hablar.

Dejamos a Millard con el niño y su madre. Cuando regresamos junto a la hoguera descubrimos que todo el mundo, tanto peculiares como gitanos, se había congregado alrededor de Horace. En aquel momento estaba sentado sobre el tocón de un árbol

delante de la pasmada pitonisa, con los ojos cerrados y una mano posada sobre la cabeza de la mujer. Parecía estar narrando un sueño a medida que iba experimentándolo:



—... y el nieto de su nieto pilotará una nave gigante que realizará viajes entre la Tierra y la Luna como si fuese un autobús, y en la Luna tendrá una casita, y se retrasará en el pago de la hipoteca y tendrá que acoger realquilados, y uno de ellos será una bella mujer de la que se enamorará lunáticamente, que no es lo mismo que enamorarse como lo hacemos aquí en la Tierra, debido a la diferencia en la fuerza de la gravedad...

Nos quedamos mirándolo desde un extremo del grupo.

—¿Habla en serio? —le pregunté a Emma.

—Podría ser —respondió—. O tal vez solo esté simplemente un rato con ella.

—¿Por qué no puede adivinar también nuestro futuro?

Emma se encogió de hombros.

—La habilidad de Horace puede llegar a ser espantosamente inútil. Es capaz de divagar y predecir la vida entera de perfectos desconocidos, pero por lo que respecta a nosotros está bloqueado del todo. Parece que cuanto más le importa una persona, menos capaz es de predecir su futuro. Las emociones le nublan la visión.

—Igual que nos sucede a todos —manifestó una voz detrás de nosotros, y al volvernos descubrimos la presencia de Enoch—. Y, en este sentido, confío en que no estés distrayendo demasiado al americano, querida Emma. Resulta complicado mantenerse alerta para detectar la posible presencia de espíritus huecos cuando te pasas el día con la lengua de una damisela pegada a la oreja.

—¡No seas asqueroso! —exclamó Emma.

—No podría ignorar la Sensación aun queriéndolo —repuse, aunque lo que sí me gustaría poder ignorar era la gélida sensación de que Enoch estaba celoso de mí.

—Contadme cómo ha ido esa reunión secreta —dijo Enoch—. ¿Creéis de verdad que los gitanos nos protegen debido a una rancia y vieja alianza de la que ninguno de nosotros ha oído hablar?

—El líder y su mujer tienen un hijo peculiar —le explicó Emma—. Confiaban en que pudiéramos ayudarlo.

—Eso es una locura —replicó Enoch—. ¿Estás diciéndome que casi permiten que esos soldados los despellejen vivos por el bien de un solo niño? ¡Hablando de emociones que nublan la visión! Me imaginaba que querían someternos como esclavos para explotar nuestras habilidades o para vendernos en alguna subasta... La verdad es que siempre pecho de sobrevalorar a la gente.

—Mira, mejor que te vayas a buscar algún animal muerto con el que jugar —le espetó Emma.

—Nunca entenderás mi noventa y nueve por ciento de humanidad —replicó Enoch, y se alejó moviendo la cabeza en un gesto de preocupación.

—A veces pienso que este chico tiene una parte de máquina —comentó Emma—. Carne por fuera y metal por dentro.

Me reí, pero me pregunté si Enoch tendría razón. ¿Era una locura que Bekhir hubiera arriesgado tanto por su hijo? Aunque si Bekhir estaba loco, era evidente que yo también lo estaba. ¿A cuántas cosas había renunciado ya por una chica? A pesar de mi curiosidad, a pesar de mi abuelo, a pesar de todas las deudas que tenía con Miss Peregrine, en el fondo estaba aquí —y ahora— por una sola razón: porque en el instante en que conocí a Emma supe que quería formar parte del mundo al que ella pertenecía. ¿Me convertía eso en un loco? ¿O sería que mi corazón se dejaba conquistar con enorme facilidad?

Tal vez me hubiera ido bien tener un poco de metal en mi interior, pensé. ¿Dónde estaría ahora de haber tenido el corazón protegido por una armadura?

La respuesta era muy fácil: estaría en mi casa, medicándome a base de monotonía. Consolando mis penas con videojuegos. Trabajando a tiempo parcial en Smart Aid. Muriendo por dentro, día tras día, de puro arrepentimiento.

«Eres un cobarde. Eres un chico débil y patético. Desperdiaste tu oportunidad.»

Pero no lo había hecho. Al decantarme por Emma lo había arriesgado todo —y seguía arriesgándolo, día tras día—, y con ello había accedido a un mundo que antes era inimaginable para mí, donde vivía entre personas que estaban más vivas que nadie que hubiera conocido, donde hacía cosas que jamás había soñado con ser capaz de hacer, donde había sobrevivido a cosas con las que jamás habría soñado sobrevivir. Y todo porque me había permitido sentir alguna cosa por una chica peculiar.

A pesar de los problemas y peligros a los que nos enfrentábamos, a pesar de que aquel extraño y novedoso mundo había empezado a desmoronarse en cuanto lo había descubierto, me sentía increíblemente contento de estar aquí. A pesar de todo, esta vida peculiar era lo que siempre había deseado. Resultaba extraño, reflexioné, estar viviendo al mismo tiempo tanto tus sueños como tus pesadillas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Emma—. ¿Por qué me miras tan fijamente?

—Quería darte las gracias —respondí.

Arrugó la nariz y me miró entrecerrando los ojos, como si lo que acababa de decirle le pareciese gracioso.

—¿Darme las gracias por qué?

—Por darme una fuerza que ni siquiera sabía que poseía —repliqué—. Has hecho de mí una mejor persona.

Emma se ruborizó.

—No sé qué decir.

«Emma, alma luminosa. Necesito tu fuego, el fuego que arde dentro de ti.»

—No digas nada. —Y me embargó una necesidad imperiosa de besarla, y así lo hice.

A pesar de estar muertos de agotamiento, los gitanos estaban animados y decididos a que continuara la fiesta, y después de unas cuantas tazas de algo muy caliente, dulce y cargado de cafeína y de varias canciones más, acabaron convenciéndonos para que nos quedáramos también despiertos. Eran por naturaleza maravillosos contadores de historias y formidables cantantes, gente innatamente encantadora que nos trató como primos que hacía mucho tiempo que no veían. Nos pasamos la mitad de la noche intercambiando relatos. El joven que había imitado al oso nos hizo una representación como ventrílocuo tan buena que casi pensé que sus muñecos habían cobrado vida. Me daba la impresión de que se había encaprichado de Emma y le dedicó a ella toda la actuación, sonriéndole una y otra vez, pero ella fingió no percatarse de nada y tuvo el detalle de cogerme la mano.

Luego nos explicaron que, durante la primera guerra mundial, el ejército británico les había confiscado todos los caballos y habían pasado una buena temporada sin disponer de nada capaz de tirar de sus carromatos. Estaban varados en el bosque — justo en el mismo bosque donde nos encontrábamos ahora— cuando un día irrumpió

en el campamento un rebaño de cabras de enorme cornamenta. Parecían salvajes, pero eran tan mansas que comían incluso de la mano, de modo que a alguien se le ocurrió la idea de engancharlas a un carromato, y las cabras resultaron ser tan fuertes como los caballos que habían perdido. De modo que los gitanos pudieron seguir viajando y aquellas cabras peculiarmente fuertes estuvieron tirando de los carromatos hasta que la guerra tocó a su fin, motivo por el cual en Gales se los conocía como la «gente de las cabras». Como prueba de lo que nos acababan de contar, hicieron circular una fotografía en la que se veía al tío de Bekhir conduciendo un carromato tirado por una cabra. Sin que nadie tuviera que decírnoslo, supimos enseguida que se trataba del rebaño de cabras peculiares perdido que Addison nos había mencionado. Después de la guerra, el ejército devolvió los caballos a los gitanos y las cabras, al dejar de ser necesarias, desaparecieron de nuevo en el bosque.

Las hogueras fueron apagándose lentamente, los gitanos nos proporcionaron colchonetas y mantas y, en un melodioso idioma extranjero, entonaron una nana. Me sentí de nuevo como un niño. El ventrílocuo se acercó a darle las buenas noches a Emma. Ella lo despachó enseguida, pero no sin que antes él le dejara una tarjeta de visita. En el dorso se leía una dirección de Cardiff donde por lo visto recogía el correo siempre que los gitanos pasaban por la ciudad. En la parte anterior de la tarjeta estaba su fotografía, en la que aparecía en compañía de sus muñecos, y había escrito una pequeña nota para Emma. Me la enseñó, riendo con disimulo. Me supo mal por el chico. Su única culpa era haberse enamorado de Emma, igual que yo.





En esta ilustración puede leerse:
«Para Emma. Tuyo por una sonrisa». Y luego aparece la firma.

Me acurruqué con Emma en una colchoneta que situamos en los límites del claro, justo donde comenzaba el bosque. Cuando empezábamos a adormilarnos, oí pasos sobre la hierba, abrí los ojos y no vi a nadie. Era Millard, de regreso después de haber pasado la velada hablando con el niño gitano.

—Quiere venir con nosotros —nos comunicó.

—¿Quién? —murmuró Emma medio dormida—. ¿Adónde?

—El chico. Quiere venir con nosotros.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era una mala idea. Pero no le he dicho exactamente que no.

—Sabes que no podemos acoger a nadie más —le recordó Emma—. Iríamos más lentos.

—Lo sé, lo sé —asintió Millard—. Pero está desapareciendo con enorme rapidez y está muy asustado. Pronto será del todo invisible y teme quedarse algún día

rezagado y que los gitanos no se den ni cuenta; teme perderse en el bosque entre lobos y arañas.

Emma refunfuñó y se dio la vuelta para mirar a Millard. Sabía que no nos dejaría tranquilos hasta que tomáramos una decisión.

—Sé que se sentirá defraudado —dijo Emma—. Pero es imposible, de verdad. Lo siento mucho, Mill.

—Me parece justo —señaló Millard, aunque apesadumbrado—. Se lo comunicaré.

Se levantó y se fue.

Emma suspiró y pasó un buen rato dando vueltas, inquieta.

—Has hecho lo correcto —susurré—. No es fácil ser el centro de todas las miradas.

Emma no dijo nada, pero se acurrucó contra mi pecho. Poco a poco fuimos adormilándonos, el susurro de las ramas agitadas por la brisa y la respiración de los caballos nos guio con dulzura hacia el sueño.

Fue una noche de dormir ligero y pesadillas que transcurrió prácticamente igual que había transcurrido la jornada: perseguido por oníricas manadas de perros. Me desperté agotado. Las extremidades me pesaban como si fuesen de madera, parecía tener la cabeza rellena de algodón. Me habría sentido mejor de no haber dormido nada en absoluto.

Bekhir nos despertó al amanecer.

—¡En pie, *syndrigasti*, estáis hechos unos dormilones! —vociferó, lanzándonos unos mendrugos de pan duros como ladrillos—. ¡Ya tendréis tiempo de dormir cuando estéis muertos!

Enoch golpeó una roca con el pan y chasqueó como la madera.

—¡Con un desayuno así no tardaremos mucho en estar muertos!

Bekhir le alborotó el pelo a Enoch, sonriendo.

—Anda, no digas eso. ¿Dónde has dejado esta mañana tu espíritu peculiar?

—En el fregadero —respondió Enoch, tapándose la cabeza con la manta.

Bekhir nos concedió diez minutos para prepararnos para el viaje hasta el pueblo. Estaba siendo fiel a su promesa de llevarnos a allí a tiempo de coger el primer tren de la mañana. Me levanté, caminé a tientas hasta un cubo de agua, me eché un poco en la cara y me lavé los dientes con el dedo. Oh, cuánto añoraba mi cepillo de dientes. Cuánto anhelaba mi seda dental con sabor a menta, mi desodorante con aroma a brisa oceánica. Qué no habría dado en aquel momento por una tienda de la cadena Smart Aid.

¡Mi reino por una muda limpia!

Mientras intentaba peinarme con la mano, quitarme las briznas de heno que aún tenía adheridas e hincarle el diente a una barra de pan incomible, me di cuenta de que

los gitanos y sus hijos nos observaban con expresión triste. Era como si, de alguna manera, supiesen que la diversión de la noche anterior había sido un último hurra antes de ser conducidos al patíbulo. Intenté animar a uno de ellos.

—No pasa nada —le dije a un chiquillo rubiales que parecía a punto de romper a llorar—. Todo irá bien.

Me miró como yo fuera un fantasma parlante, con los ojos como platos y expresión insegura.

Había ocho caballos y ocho jinetes preparados, uno para cada uno de nosotros. A caballo llegaríamos al pueblo mucho antes que en caravana. Pero la perspectiva me resultaba aterradora.

Yo no había montado a caballo en mi vida. Era seguramente el único chico más o menos rico de América que no lo había hecho. Y no era porque no considerara los caballos criaturas bellas y majestuosas, la cima de la creación animal y todas esas cosas, sino porque no creía que un animal tuviera el más mínimo interés en ser cabalgado y guiado por un ser humano. Además, los caballos eran muy grandes, tenían una musculatura potente, una dentadura enorme capaz de machacar cualquier cosa y me miraban como si supieran que les tenía miedo y estuvieran esperando la primera oportunidad que se les presentara para arrearme una coza. Eso sin mencionar que los caballos no llevaban cinturón de seguridad ni sistemas secundarios de protección de ningún tipo, teniendo en cuenta que los caballos podían correr casi tanto como los coches y saltaban mucho más. De modo que, en general, me parecían desaconsejables.

Pero no dije nada al respecto, claro está. Cerré la boca, me puse serio y confié en vivir al menos lo suficiente como para morir de un modo más interesante que de una caída del caballo.



Cabalgamos a todo galope desde el primer «¡Arre!». Abandoné cualquier atisbo de dignidad al instante y me abracé con todas mis fuerzas al gitano que manejaba las riendas y estaba sentado en la silla delante de mí... y lo hice con tanta rapidez que ni siquiera tuve oportunidad de decir adiós a los gitanos que se habían congregado para despedirnos. Lo que ya me estuvo bien: las despedidas nunca habían sido mi fuerte y últimamente mi vida parecía una serie ininterrumpida de adioses. Adiós, adiós, adiós.

Cabalgamos. Los muslos se me entumecieron de presionarlos con tanto afán contra el caballo. Bekhir lideraba la comitiva, y su hijo peculiar montaba detrás de él en la silla. El chico cabalgaba con la espalda erguida y los brazos sueltos, confiado y sin miedo alguno, su actitud en tremendo contraste con la de la noche anterior. Estaba en su elemento, entre los gitanos. No nos necesitaba para nada. Esta era su gente.

Al final bajamos el ritmo al trote y entonces reuní el valor suficiente como para apartar un poco la cara de la chaqueta del jinete y observar el cambio que había experimentado el paisaje. El bosque había cedido paso a la campiña. Descendíamos hacia un valle, en el centro del cual había un pueblo que, desde donde estábamos, parecía del tamaño de un sello de correos y estaba rodeado de verdor por todos lados.

Hacia el norte, se veía una gran elipse formada por esponjosos puntos blancos: el aliento humeante de un tren.

Bekhir detuvo los caballos a las puertas del pueblo.

—Hasta aquí podemos llegar —dijo—. En los pueblos no somos especialmente bienvenidos. Y lo menos que necesitáis en estos momentos es la atención que suele despertar nuestra presencia.

Se me hacía difícil imaginar que se pudiera poner objeciones a gente tan amable como aquella. Pero me obligué a recordar que los peculiares se habían visto obligados a alejarse de la sociedad por prejuicios similares a aquellos. Por desgracia, el mundo se había convertido en un lugar así.

Mis compañeros y yo desmontamos. Me quedé detrás de los demás, confiando en que nadie se diera cuenta de que me temblaban las piernas. Justo cuando íbamos a marcharnos, el hijo de Bekhir saltó del caballo de su padre y gritó:

—¡Esperad! ¡Llevadme con vosotros!

—Creí que habías hablado con él —le dijo Emma a Millard.

—Y lo hice —replicó Millard.

El chico cogió la mochila que cargaba en las alforjas y se la colgó al hombro. Estaba a punto para la marcha.

—Sé cocinar —dijo—, y cortar leña, montar a caballo y hacer todo tipo de nudos.

—Que alguien le dé la medalla al honor —refunfuñó Enoch socarrón.

—Me temo que es imposible —le respondió Emma con amabilidad.

—Pero si soy como vosotros... ¡y a cada momento que pasa lo soy más! —El chico empezó a desabrocharse el cinturón que le sujetaba el pantalón—. ¡Mirad qué me está pasando!

Y antes de que pudiéramos impedirselo, había dejado caer el pantalón hasta la altura de los tobillos. Las chicas sofocaron un grito y apartaron la vista. Y Hugh gritó:

—¡Súbete los pantalones, loco depravado!

Pero no había nada que ver: era completamente invisible de cintura para abajo. Una curiosidad morbosa me llevó a mirar la parte interna de su mitad visible, lo que me proporcionó una visión clara y transparente del funcionamiento de sus intestinos.

—Mirad todo lo que he desaparecido desde ayer —dijo Radi, con la voz presa del pánico—. ¡Pronto habré desaparecido por completo!

Los gitanos se quedaron mirándolo como tontos y murmuraron entre ellos. Incluso los caballos parecían inquietos y reacios a continuar en presencia de lo que parecía un niño incorpóreo.

—¡Que me pinchen, que no me lo creo! —exclamó Enoch—. Solo se ve la mitad.

—Oh, pobrecillo —se compadeció Bronwyn—. ¿No puede quedarse con nosotros?

—No somos un circo ambulante al que poder incorporarse así por las buenas —

replicó Enoch—. Estamos llevando a cabo una misión muy peligrosa para salvar a nuestra ymbryne y no estamos en condiciones de hacer de niñeras de un peculiar nuevo que no sabe nada de nada.

El chico abrió sus húmedos ojos como platos y dejó que la mochila se deslizase por su hombro hasta caer al suelo.

Emma cogió a Enoch por su cuenta.

—Eso ha sido duro en exceso —lo amonestó—. Ahora dile que lo sientes.

—No pienso hacerlo. No es más que una pérdida ridícula de nuestro precioso y menguante tiempo.

—¡Esta gente nos ha salvado la vida!

—Nadie habría tenido que salvarnos la vida de no habernos encerrado antes en esa condenada jaula.

Emma dejó a Enoch por imposible y se dirigió al chico.

—De ser otras nuestras circunstancias, te acogeríamos con los brazos abiertos. Pero en la situación actual, tanto nuestra civilización como nuestra forma de vida corren peligro de ser aniquiladas por completo. Así que, como comprenderás, nos pillas en mal momento.

—Esto no es justo —gimoteó el chico—. ¿Por qué no podría haber empezado a desaparecer hace años? ¿Por qué ha tenido que suceder justo ahora?

—Toda aptitud peculiar se manifiesta en su debido momento —le explicó Millard—. Algunas lo hacen durante la infancia, mientras que otras no lo hacen hasta entrada la edad adulta. Me contaron la historia de un hombre que no reconoció su capacidad para hacer levitar objetos hasta que cumplió los noventa y dos años.

—Yo he sido más ligera que el aire desde que nací —declaró con orgullo Olive—. Salí del vientre de mi madre y ya floté hasta alcanzar el techo de la sala del hospital. Lo único que impidió que saliera volando por la ventana fue el cordón umbilical. Dicen que el médico se desmayó de la sorpresa.

—Y sigues siendo sorprendente, cariño —dijo Bronwyn, dándole una palmadita en la espalda.

Millard, visible gracias al abrigo y las botas, se acercó al chico.

—¿Qué opina tu padre de todo esto? —le preguntó.

—Naturalmente, no queremos que se marche —respondió Bekhir—, pero ¿cómo podremos ocuparnos de nuestro hijo si ni siquiera podemos verlo? Quiere marcharse..., y me pregunto si tal vez estaría mejor entre los suyos.

—¿Lo quieren? —le preguntó Millard con cierta torpeza—. ¿Los quiere él a ustedes?

Bekhir frunció el entrecejo. Eran un hombre de ideas tradicionales y la pregunta lo incomodaba. Pero después de titubear un poco, refunfuñó y respondió:

—Por supuesto. Es mi hijo.

—Entonces, los suyos son ustedes —replicó Millard—. Este chico tiene que estar con ustedes, no con nosotros.

Era evidente que Bekhir odiaba exhibir sus emociones delante de sus hombres, pero noté que parpadeaba y tensaba la mandíbula. Asintió, miró a su hijo y dijo:

—Vamos, pues. Recoge la mochila y marchémonos. Tu madre estará esperándonos con el té.

—De acuerdo, papá —asintió el chico, decepcionado y aliviado a la vez.

—Estarás bien —le garantizó Millard al muchacho—. Mejor que bien. Y cuando todo esto haya acabado, vendré a por ti. Hay muchos más como nosotros y los encontraremos a todos algún día, juntos.

—¿Me lo prometes? —preguntó el chico con los ojos rebosantes de esperanza.

—Te lo prometo —declaró Millard.

Y con esto, el chico montó de nuevo a lomos del caballo de su padre, dimos media vuelta y cruzamos las puertas del pueblo.

SEIS

El pueblo se llamaba Coal.* Ni Coaltown ni Coalville. Coal, simplemente. Y había carbón por todas partes, apilado en arenosos montones junto a las puertas traseras de las casas, expulsado por las chimeneas en forma de humo pringoso, tiznando los sobretodos de los hombres que iban a trabajar. Pasamos junto a ellos formando un compacto grupo de camino hacia la estación.

—Ahora rápido —nos ordenó Emma—. Nada de hablar. No miréis a nadie.

Teníamos la norma establecida de evitar innecesarios intercambios de miradas con los normales, puesto que las miradas eran susceptibles de acarrear conversaciones, las conversaciones preguntas, y las preguntas que los adultos normales formulaban a los niños peculiares eran difíciles de responder sin invitar a la formulación de más preguntas. Y naturalmente, si alguna cosa podía suscitar preguntas era un grupo de niños desaliñados viajando solos en tiempos de guerra —y además en compañía de un ave de gran tamaño y afiladas garras posada en el hombro de una de las niñas—, pero la gente del pueblo no pareció alterarse por nuestra presencia. Los lugareños rondaban los tendederos y las puertas de los pubs de las tortuosas callejuelas de Coal, encorvados como flores marchitas, sus ojos clavándose por un instante en nosotros y apartándose enseguida. Tenían otras preocupaciones.

La estación era tan pequeña que me pregunté si los trenes se tomarían la molestia de detenerse en ella. La única parte cubierta era el despacho de billetes, una cabañita en medio del andén. En su interior había un hombre dormido en una silla; sus gafas con cristal de culo de botella se le habían deslizado hasta media nariz.

Emma dio unos golpecitos a la ventanilla y lo despertó.

—Ocho billetes para Londres —dijo—. Tenemos que estar allí esta misma tarde.

El empleado nos miró a través del cristal. Se quitó las gafas, las limpió con un pañito y volvió a ponérselas, solo para asegurarse de que estaba viendo correctamente. Estoy seguro de que nuestra imagen resultaba sorprendente: llevábamos la ropa manchada de barro, el pelo grasiento y despeinado. Y es muy probable que, además, apestáramos.

—Lo siento mucho —dijo el empleado—. El tren va lleno.

Miré a mi alrededor. Con la excepción de unas pocas personas dormitando en los bancos, la estación estaba vacía.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Emma—. ¡Véndonos enseguida los billetes o lo denunciaré a la autoridad ferroviaria por discriminación infantil!

Yo habría gestionado la situación con más diplomacia, pero Emma no tenía paciencia para enfrentarse a la autoridad prepotente de un insignificante burócrata.

—De existir tal estatuto —replicó el empleado, levantando la nariz en un gesto desdeñoso—, no se te aplicaría a ti. Estamos en guerra, por si no lo sabes, y hay cosas más importantes que transportar por el país de Su Majestad que niños y animales. —

Lanzó una dura mirada a Miss Peregrine—. ¡Que en ningún caso están permitidos!

Se oyó el silbido de un tren entrando en la estación y un chirrido en las vías al detenerse. El conductor asomó la cabeza por una de las ventanillas y gritó:

—¡Tren de las ocho y media destino Londres! ¡Todo el mundo a bordo!

La gente que dormía en los bancos de la estación se levantó y empezó a moverse por el andén.

Un hombre vestido con traje gris nos adelantó para acceder a la taquilla. Le dio el dinero al empleado, recibió un billete a cambio y echó a correr hacia el tren.

—¡Acaba de decir que iba lleno! —protestó Emma, aporreando la ventanilla—. ¡No puede hacernos eso!

—Ese caballero ha comprado un billete de primera clase —dijo el empleado—. ¡Y ahora largaos de aquí, mendigos pestilentes! ¡Id a buscar bolsillos que vaciar en otro lado!

Horace se acercó entonces a la ventanilla y dijo:

—Los mendigos, por definición, no llevan encima grandes sumas de dinero. —Y a continuación, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y extrajo un grueso fajo de billetes que depositó en el mostrador—. Si lo que vende son billetes de primera clase, pues será eso lo que compraremos.

El taquillero se enderezó en su asiento y miró boquiabierto el montón de dinero. El resto imitamos su gesto, perplejos, puesto que no sabíamos de dónde había sacado Horace todo aquello. El hombre contó los billetes y dijo:

—¡Caramba, con esto podríais comprar todos los pasajes de un vagón de primera clase!

—En ese caso, queremos el vagón entero —dijo Horace—. De este modo tendrá todas las garantías de que no le vaciaremos el bolsillo a nadie.

El taquillero se ruborizó y respondió tartamudeando:

—S-sí, señor... lo lo siento, señor... y confío en que se tome mis anteriores comentarios como una simple broma...

—¡Limítese a darnos esos malditos billetes para poder subir al tren!

—¡Enseguida, señor!

El empleado nos hizo entrega de un montón de billetes de primera clase.

—¡Que disfruten del viaje! —dijo—. Y, por favor, no le digan a nadie que se lo he dicho, señores y señoras, pero de estar en su lugar, yo escondería ese pájaro. A los conductores no les gustará, independientemente de que viajen ustedes en primera clase.

Cuando nos alejamos de la taquilla con los billetes, Horace echó a andar inflado como un pavo real.

—¿De dónde demonios has sacado todo ese dinero? —le preguntó Emma.

—Del cajón del tocador de Miss Peregrine antes de que la casa se incendiara por completo —respondió Horace—. Fabriqué un bolsillo especial en el abrigo para mantenerlo a buen recaudo.

—Eres un genio, Horace —se maravilló Bronwyn.

—¿Crees que de haber sido un verdadero genio habría entregado de esta manera hasta el último céntimo de nuestro dinero? —dijo Enoch—. ¿De verdad necesitábamos un vagón de primera clase entero?

—No —respondió Horace—, pero hacer quedar a ese tipo como un estúpido ha estado bien, ¿no os parece?

—Supongo que sí —replicó Enoch.

—Eso es porque el verdadero objetivo del dinero es manipular a los demás y hacer que se sientan inferiores a ti.

—No estoy del todo segura de que sea ese —manifestó Emma.

—¡Solo estoy bromeando! —exclamó Horace—. Es comprar ropa, claro.

Estábamos a punto de subir al tren cuando el revisor nos interceptó.

—Dejadme ver los billetes —dijo, e iba a coger el montón que llevaba Horace en la mano cuando se dio cuenta de que Bronwyn escondía alguna cosa debajo del abrigo—. ¿Qué llevas ahí? —le preguntó, acercándose a ella con recelo.

—¿Que qué llevo aquí? —respondió Bronwyn, tratando de fingir indiferencia mientras sujetaba la parte más abultada del abrigo.

—¡Sí, ahí, dentro del abrigo! —insistió el revisor—. No juegues conmigo, niña.

—Es, aaah... —Bronwyn intentó pensar deprisa y no lo consiguió—. Es un pájaro.

Emma bajó la cabeza, decepcionada. Enoch se tapó los ojos con la mano y refunfuñó.

—¡En el tren no se aceptan mascotas! —rugió el revisor.

—Pero entiéndalo —le rogó Bronwyn—. La tengo desde que era pequeña... y tenemos que subir a este tren... y hemos pagado muchísimo por los billetes.

—¡Las reglas son las reglas! —declaró el revisor. Su paciencia empezaba a flaquear—. ¡No juguéis conmigo!

Emma levantó de repente la cabeza con una expresión luminosa en el rostro.

—¡Un juguete! —exclamó.

—¿Cómo dices? —preguntó el revisor.

—Que no es un pájaro de verdad, señor. Jamás se nos habría ocurrido romper las reglas. Es el juguete favorito de mi hermana, ¿sabe usted? Y ella cree que quiere quitárselo. —Unió las manos en un gesto lastimero, implorándole—. No estará pensando en quitarle a una niña su juguete favorito, ¿verdad?

El revisor examinó a Bronwyn con expresión dubitativa.

—Parece bastante mayor como para andar aún con juguetes, ¿no?

Emma se inclinó hacia el hombre y le dijo en voz baja:

—Es un poco retrasada. ¿Me explico?

Bronwyn puso mala cara pero no tuvo otro remedio que seguirle el juego. El conductor dio un paso hacia ella.

—Veamos, pues, ese juguete.

El momento de la verdad. Contuvimos la respiración cuando Bronwyn desabrochó el abrigo, introdujo la mano en su interior y sacó poco a poco a Miss Peregrine. Cuando la vi, pensé por un terrible momento que estaba muerta. Miss Peregrine estaba completamente tesa, tendida en manos de Bronwyn con los ojos cerrados y las patas extendidas y rígidas. Entonces me di cuenta de que también estaba representando su papel.

—¿Lo ve? —dijo Bronwyn—. El pajarito no es de verdad. Está disecado.

—Antes lo he visto moverse —aseveró el revisor.

—Es... es que funciona a cuerda —explicó Bronwyn—. Mire.

Bronwyn se arrodilló y depositó a Miss Peregrine en el suelo, le levantó el ala con la mano y fingió estar dándole cuerda. Al instante, Miss Peregrine abrió los ojos y dio sus primeros e inseguros pasos, la cabeza girando de forma mecánica hacia uno y otro lado y las patas moviéndose como si funcionaran con muelles. Al final, se detuvo de manera brusca y cayó hacia un lado, rígida como una tabla. Una actuación merecedora de un Oscar.

El revisor se quedó casi convencido, aunque no del todo.

—Bien —dijo, tosiendo para aclararse la garganta—, si es un juguete, seguro que no te importará guardarla en tu baúl. —Movié la cabeza hacia el objeto en cuestión, que Bronwyn había dejado en el andén.

Bronwyn dudó un instante.

—No es...

—Sí, de acuerdo, no pasa nada —asintió Emma, abriendo ya los cierres del baúl—. ¡Guárdalo ahora mismo, hermana!

—Pero ¿y si le falta aire? —le preguntó Bronwyn en voz baja.

—Pues abriremos algunos orificios en los laterales —le respondió Emma en un susurro.

Bronwyn cogió a Miss Peregrine y la depositó con cuidado en el baúl.

—Lo siento mucho, señora —susurró, cerrando la tapa.

El revisor aceptó por fin los billetes.

—¡Primera clase! —exclamó sorprendido—. Vuestro vagón está delante de todo. —Señaló el otro extremo del andén—. Será mejor que os deis prisa.

—Y ahora nos viene con esas —rezongó Emma en cuanto echamos a correr por el andén.

El tren, después de resoplar, lanzar una nube de vapor y emitir un gemido metálico, empezó a avanzar a nuestro lado. Por el momento lo hacía muy despacio, pero a cada vuelta de rueda aceleraba un poco más.

Nos pusimos en paralelo al vagón de primera clase. Bronwyn fue la primera en saltar y cruzar la puerta. Dejó el baúl en el pasillo y extendió la mano para ayudar a Olive a subir a bordo.

Entonces oímos unos gritos detrás de nosotros.

—¡Deteneos! ¡Apartaos de ahí!

No era la voz del revisor. Era más profunda, más autoritaria.

—Juro —dijo Enoch— que si una sola persona más intenta impedirnos subir a este tren...

Entonces se oyó un disparo, y el pie me falló del susto que me dio. Tropecé con la puerta y caí al andén.

—¡He dicho que os detengáis! —bramó de nuevo la voz. Miré por encima del hombro y vi a un soldado uniformado en el andén, las rodillas dobladas en posición de disparo, y apuntándonos con el rifle. Con un par de restallidos, descargó dos balas más por encima de nuestras cabezas para enfatizar sus palabras—. ¡Fuera del tren y de rodillas! —ordenó, avanzando a grandes zancadas hacia nosotros.

Pensé en echar a correr, pero entonces vi de refilón los ojos del soldado, y sus pupilas como alfileres me convencieron de no hacerlo. Era un wight, y comprendí que no se lo pensaría dos veces antes de disparar contra cualquiera de nosotros. Mejor no darle motivos.

Bronwyn y Olive debieron de pensar lo mismo, puesto que bajaron del tren y se arrodillaron junto a los demás.

«Tan cerca —pensé—. Estábamos tan cerca.»

El tren se alejó de la estación sin nosotros, nuestras esperanzas de salvar a Miss Peregrine humeando en la distancia.

«¡Y con Miss Peregrine dentro!», caí entonces en la cuenta, sobresaltado. ¡Bronwyn había dejado el baúl en el tren! Un instinto se apoderó de forma automática de mí y me levanté de un brinco para salir en persecución del tren..., pero distinguí el cañón de un rifle a escasos centímetros de mi cara y mis músculos se quedaron completamente sin fuerza en un abrir y cerrar de ojos.

—Ni un paso más —dijo el soldado.

Me dejé caer de nuevo al suelo.

Permanecemos arrodillados, los brazos en alto, los corazones latiéndonos con fuerza. El soldado se movía en círculo alrededor de nosotros, tenso, apuntándonos con el rifle, listo para apretar el gatillo. Era lo más cerca que estaba de un wight desde lo del doctor Golan. Llevaba el uniforme habitual del ejército británico —camisa de color caqui, pantalones de lana, botas negras, casco—, pero lo lucía con escasa elegancia, los pantalones arrugados y el casco echado excesivamente hacia atrás, como si fuera un disfraz al que no estaba acostumbrado. Se lo notaba además nervioso y movía sin cesar la cabeza hacia uno y otro lado mientras nos evaluaba. Lo superábamos en número, pero a pesar de no ser más que un puñado de niños desarmados, habíamos sido responsables de la muerte de un wight y dos espíritus huecos en el transcurso de los tres últimos días. Nos tenía miedo y eso, más que cualquier otra cosa, era lo que me daba miedo de él. Su miedo lo hacía impredecible.

Cogió la radio que llevaba en el cinturón y habló por ella. Escuchamos el

restallido de la estática y al instante llegó la respuesta. Hablaban en código; no entendía ni una palabra de lo que estaban diciendo.

Nos ordenó incorporarnos.

Nos levantamos.

—¿Adónde vamos? —preguntó con timidez Olive.

—A dar un paseo —respondió el soldado—. Un agradable y disciplinado paseo. —Tenía una forma de hablar entrecortada, sin poner excesiva fuerza en las vocales, que me daba a entender que no era de aquí y fingía tener acento británico, aunque no salía especialmente airoso en su intento. Los wights eran, en teoría, unos maestros del disfraz, pero este no era ni mucho menos un alumno aventajado.

»No os saldréis de la fila —dijo, mirándonos de uno en uno—. No correréis. Tengo quince balas en el cargador, cantidad suficiente para haceros un par de agujeros a cada uno. Y no pienses que no veo tu chaqueta, niño invisible. Intenta escapar y cortaré en rodajitas tus invisibles pulgares para quedármelos como recuerdo.

—Sí, señor —asintió Millard.

—¡Nada de hablar! —espetó el soldado—. ¡Y ahora, en marcha!

Pasamos por delante de la taquilla y vimos que el empleado había desaparecido. Recorrimos el andén, salimos de la estación y empezamos a caminar por las calles. Los lugareños de Coal, que antes ni siquiera nos habían mirado, giraban la cabeza como lechuzas al vernos marchar en fila india y a punta de pistola. El soldado se encargó de mantenernos en estricta formación en todo momento, gritando a cualquiera que se desviase lo más mínimo. Yo iba el último, con el soldado justo detrás de mí, el traqueteo de su cinturón de municiones resonando en mis oídos. Estábamos recorriendo en sentido inverso el camino que habíamos tomado para salir del pueblo.

Elaboré una docena de planes de fuga. Podíamos dispersarnos. No, de hacerlo, el soldado dispararía a buen seguro contra más de uno. Alguno podría fingir un desmayo, el que lo seguía justo detrás podría tropezar con él y con la confusión resultante... No, el soldado era demasiado disciplinado como para caer en una trampa de ese estilo. Alguno de nosotros tendría que acercarse lo suficiente a él como para poder quitarle el arma.

Yo. Era el que estaba más cerca. Tal vez si caminaba un poco más lento, si dejaba que me atrapase y luego me volvía contra él... Pero ¿a quién pretendía yo engañar? No era ningún héroe. Estaba tan asustado que me costaba incluso respirar. De todas formas, el soldado marchaba a unos diez metros de distancia de mí y me apuntaba constantemente con el rifle. Dispararía en el momento en que me volviera y acabaría mis días desangrado en medio de la carretera. Aquello era estupidez, no heroísmo.

Oímos un jeep acercándose a toda velocidad por detrás de nosotros hasta situarse a nuestra altura, momento en el cual aminoró la marcha. Llevaba a bordo dos soldados más, y a pesar de que ambos llevaban gafas de sol con cristales de espejo, sabía muy bien lo que escondían. El wight que ocupaba el asiento del acompañante movió la

cabeza en dirección al que nos había apresado y lo saludó: —«¡Buen trabajo!», le dijo —, se volvió y se quedó mirándonos. A partir de aquel momento, no separó ni por un instante su mirada de nosotros, ni tampoco sus manos del rifle.

Ahora teníamos escolta y de un solo wight armado habíamos pasado a tres. Cualquier esperanza de fuga se había truncado por completo.

Caminamos y caminamos, nuestros pies aplastando la gravilla de la carretera, el motor del jeep rugiendo a nuestro lado como un cortacésped barato. El pueblo iba quedándose atrás y pronto vislumbramos una granja al otro lado de la carretera flanqueada por árboles, sus campos de cultivo, desnudos y en barbecho. Los soldados no habían cruzado ni una sola palabra entre ellos. Parecían robots, era como si les hubieran extraído el cerebro para sustituirlo por cables. En teoría, los wights tenían una mente brillante, pero aquellos tipos parecían zánganos. Y justo en aquel momento oí un zumbido muy cerca; levanté la vista y descubrí una abeja sobrevolándome la cabeza para alejarse a continuación.

«Hugh —pensé—. ¿Qué se llevará entre manos?» Lo busqué en la fila, preocupado ante la posibilidad de que estuviera elaborando algún plan que nos llevara a morir a todos de un disparo... pero no lo vi.

Hice un recuento rápido. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.» Delante de mí marchaba Emma, delante de ella Enoch, Horace, Olive, Millard y Bronwyn.

«¿Dónde estará Hugh?»

Casi doy un brinco. ¡Hugh no estaba! Lo que significaba que no había sido hecho prisionero. ¡Seguía en libertad! Tal vez con el caos que se había generado en la estación hubiera conseguido deslizarse en el hueco entre el tren y el andén, o subido a bordo sin que el soldado se diese cuenta. Me pregunté si estaría siguiéndonos, y me habría gustado poder volver la cabeza y observar la carretera sin delatarlo.

Confiaba en que no fuera así, pues ello significaría que estaba con Miss Peregrine. Porque en caso contrario, ¿podríamos recuperarla? ¿Y si se quedaba sin aire encerrada en aquel baúl? Aunque, de todas maneras, ¿qué debían de hacer en 1940 cuando encontraban un equipaje sospechoso sin dueño?

De repente me invadió una oleada de calor y se me hizo un nudo en la garganta. Había demasiadas cosas por las que estar muerto de miedo y un centenar de escenarios de película de terror disputándose la atención de mi cerebro.

—¡Regresa a la fila! —gritó el soldado, y me di cuenta de que se dirigía a mí; comprendí que en mi estado febril me había desviado en exceso de la zona central de la carretera.

Corrí a ocupar de nuevo mi lugar detrás de Emma, que me lanzó una mirada suplicante por encima del hombro —«¡No lo hagas enfadar!»— y me prometí comportarme.

Seguimos caminando en enervante silencio, la tensión crepitando entre nosotros como una corriente eléctrica. Lo percibía en el gesto de Emma, que abría y cerraba las manos en un puño; en Enoch, que movía de un lado a otro la cabeza y murmuraba

para sus adentros; en los pasos irregulares de Olive. Parecía solo cuestión de tiempo que cualquiera de nosotros cometiera algún acto desesperado y las balas empezaran a volar por los aires.

Entonces oí el grito sofocado de Bronwyn y levanté la vista para ver cómo tomaba forma ante mis ojos un escenario de horror que todavía no había contemplado. Delante de nosotros había tres formas grandiosas, una en la carretera y dos más en el campo de cultivo adyacente, justo al otro lado de una cuneta poco profunda. Montones de tierra negra, pensé de entrada, negándome a ver la realidad.

A medida que fuimos aproximándonos no pude seguir fingiendo que aquello era distinto a lo que en realidad era: tres caballos muertos.

Olive gritó. Bronwyn corrió por instinto a consolarla —«¡No mires, pequeña urraca!»— y el soldado lanzó un disparo al aire. Nos tiramos al suelo y nos protegimos la cabeza.

—¡Vuelve a hacer esto y les harás compañía en la cuneta! —gritó.

En cuanto nos incorporamos, Emma se volvió un instante hacia mí, susurró la palabra «gitanos» y movió la cabeza señalando el caballo que yacía más próximo a nosotros. Entendí lo que quería decirme: eran las monturas de los gitanos. Reconocí incluso las marcas de uno de ellos —unas manchas blancas en las patas traseras— y me di cuenta de que era el caballo que había estado montando hacía apenas una hora.

Sentí ganas de vomitar.

Todo cobró sentido y se me representó mentalmente como una película. La acción era obra de los wights, del mismo grupo que había irrumpido en el campamento la noche anterior. Los gitanos se habían tropezado con ellos en la carretera después de dejarnos en la entrada del pueblo. Se había producido una escaramuza, luego había tenido lugar una persecución. Los wights habían disparado contra los caballos que cabalgaban los gitanos.

Sabía que los wights habían matado gente —que habían matado niños peculiares, nos lo había contado Miss Avocet—, pero la brutalidad que implicaba disparar contra aquellos animales excedía incluso aquella maldad. Hacía una hora eran tal vez los animales con más vitalidad que hubiera visto nunca —el brillo de sus ojos transmitía inteligencia, sus cuerpos musculosos irradiaban calor— y ahora, como consecuencia de la intervención de unos minúsculos objetos de metal, no eran más que un montón de carne fría. Animales fuertes y orgullosos muertos a tiros y abandonados en la carretera como si fueran basura.

Me estremecí de miedo. Estaba rabioso, y apenado también, por no haberlos valorado lo suficiente. Era un imbécil, un mimado y un desagradecido.

«Serénate —me dije—. Intenta serenarte.»

¿Dónde estarían Bekhir y sus hombres? ¿Dónde estaría su hijo? Lo único que sabía era que los wights acabarían pegándonos un tiro. Ahora ya estaba seguro. Aquellos impostores disfrazados de soldados no eran más que animales, más monstruosos si cabe que los espíritus huecos que controlaban. Los wights tenían

mentes capaces de razonar, pero utilizaban aquella facultad creativa para dismantelar el mundo. Para convertir seres vivos en objetos muertos. ¿Y para qué? Para poder vivir ellos un poco más. Para poder tener algo más de poder sobre el mundo que los rodeaba y sobre todas las criaturas que lo habitaban y que tan poco les importaban.

Un desperdicio. Un desperdicio estúpido.

Y ahora iban a deshacerse de nosotros. Nos conducían a un campo de la muerte donde seríamos interrogados y aniquilados. Y si Hugh había sido tan tonto como para seguirnos —y la abeja que llevaba rato volando de un lado a otro de la fila indicaba que estaba cerca—, también lo matarían a él.

Que Dios nos ayudara.

Habíamos dejado ya muy atrás los caballos muertos cuando los soldados nos ordenaron abandonar la carretera principal y seguir un estrecho camino que parecía conducir a una granja. Era poco más que un sendero de un par de metros de ancho, de modo que los soldados que hasta el momento habían ido motorizados tuvieron que aparcar el jeep y seguir a pie, uno delante y dos detrás de nosotros. Los campos que flanqueaban el camino estaban descuidados, rebosantes de malas hierbas en flor y repletos de zumbidos de los insectos característicos de finales de verano.

Un lugar muy bello para morir.

Pasado un rato vislumbramos al fondo una cabaña con tejado de paja.

«Ahí es donde lo harán —pensé—. Ahí es donde nos matarán.»

Cuando nos acercamos, se abrió una puerta y apareció otro soldado. Su atuendo era distinto al de nuestros acompañantes: en vez de casco llevaba la gorra negra con visera que lucen los oficiales, y en vez de un rifle iba armado con un revólver en su cartuchera.

Era el que mandaba.

Se plantó en medio del camino, balanceándose sobre los talones y luciendo una sonrisa perlada.

—¡Por fin nos conocemos! —gritó—. Nos habéis dado esquinazo en varias ocasiones, pero sabía que al final os daríamos caza. ¡Era solo cuestión de tiempo! — Un tipo de facciones redondas y aniñadas, su cabello era fino y tan rubio que parecía casi blanco, y exhibía una energía vitalmente siniestra, como un líder perverso con exceso de cafeína. Pero lo único que pensé al verlo fue: «Animal. Monstruo. Asesino».

»Pasad, pasad —dijo el oficial, abriendo la puerta de la cabaña—. Os están esperando unos amigos.

Cuando los soldados nos empujaron, al pasar por su lado pude ver de refilón el nombre bordado en su camisa: «WHITE». Como el color blanco.

Señor White. ¿Sería un chiste? Nada en aquel hombre tenía un aspecto genuino; y eso lo que menos.

Nos forzaron a entrar y nos ordenaron a gritos que nos dirigiéramos a un rincón. La única estancia de la cabaña estaba desprovista de todo mobiliario y abarrotada de

gente. Bekhir y sus hombres estaban sentados en el suelo con la espalda apoyada a la pared. Los habían maltratado: mostraban señales de golpes, sangraban y su postura indicaba que se sentían completamente derrotados. Faltaban algunos, entre ellos el hijo de Bekhir. Montando guardia, dos soldados más, lo que hacía un total de seis, incluyendo al señor White y nuestros escoltas.

Bekhir me miró a los ojos y le respondí asintiendo con seriedad. Tenía las mejillas llenas de moratones. «Lo siento», me dijo, moviendo tan solo los labios.



El señor White se percató del intercambio y se abalanzó sobre Bekhir.

—¡Ajá! ¿Reconoces a estos niños?

—No —dijo Bekhir, bajando la vista.

—¿No? —El señor White se hizo el sorprendido—. Pero si acabas de disculparte con este. Debes de conocerlo, a menos que tengas la costumbre de disculparte ante desconocidos.

—Estos no son los niños que andan buscando —dijo Bekhir.

—Pues a mí me parece que sí —replicó el señor White—. Me parece que son precisamente los niños que andamos buscando. Y más aún, creo que pasaron la última noche en tu campamento.

—Ya se lo he dicho, no los había visto nunca.

El señor White chasqueó la lengua igual que una severa maestra de escuela expresa su desaprobación.

—Gitano, ¿recuerdas lo que te prometí que haría de descubrir que me habías mentido? —Desenfundó el cuchillo que llevaba en el cinturón y lo acercó a la mejilla de Bekhir—. Muy bien. Te prometí cortarte esa lengua mentirosa que tienes y dársela para comer a mi perro. Y siempre cumplo mis promesas.

El señor White miró fijamente a Bekhir y este le devolvió la mirada, impávido. Transcurrieron unos segundos de insoportable silencio. Me resultaba imposible apartar la vista del cuchillo. Finalmente, el señor White esbozó una sonrisa y se irguió con elegancia, rompiendo el hechizo.

—Pero... —dijo en tono alegre— ¡lo primero es lo primero! —Se volvió hacia los soldados que nos habían escoltado—. ¿Quién de vosotros tiene el pájaro?



Los soldados se miraron entre ellos. Uno hizo un gesto de negación con la cabeza, luego el otro.

—No lo hemos visto —declaró el que nos había hecho prisioneros en la estación.

La sonrisa del señor White se tornó vacilante. Se puso en cuclillas al lado de Bekhir.

—Me dijiste que tenían el pájaro —le espetó.

Bekhir se encogió de hombros.

—Los pájaros tienen alas. Vienen y van.

El señor White le clavó entonces el cuchillo en el muslo. Un gesto así de simple: rápido y carente de emoción, hundir y extraer la hoja. Bekhir gritó, tanto por la sorpresa como por el dolor, y rodó hacia un lado, llevándose la mano a la pierna cuando esta empezó a sangrar.

Horace se desmayó y cayó al suelo. Olive sofocó un grito y se tapó la cara.

—Me has mentado dos veces —lo increpó el señor White, limpiando el cuchillo con un pañuelo.

Todos apretamos los dientes y mantuvimos la boca cerrada, pero me di cuenta de que Emma estaba tramando ya una venganza, puesto que había unido las manos a su espalda para empezar a calentarlas.

El señor White dejó caer al suelo el pañuelo manchado de sangre, enfundó de nuevo el cuchillo y se incorporó. Esbozaba casi una sonrisa, los ojos abiertos como platos, las cejas unidas en el entrecejo formando una «M» mayúscula.

—¿Dónde tenéis el pájaro? —preguntó sin perder la calma. Cuanta más amabilidad mostraba, más miedo me infundía.

—Se ha marchado volando —respondió Emma con amargura—. Tal y como acaba de decirle ese hombre.

Ojalá no hubiera dicho nada; temía que empezara a torturarla.

El señor White se acercó a Emma y dijo:

—Tenía el ala rota. Justo ayer se os vio con ese pájaro. No puede andar muy lejos. —Tosió para aclararse la garganta antes de seguir hablando—. Volveré a preguntártelo.

—Murió —respondí entonces yo—. Lo tiramos al río.

Tal vez, si lograba convertirme en un incordio mayor que Emma, conseguiría que aquel wight se olvidara de que ella había hablado antes.

El señor White suspiró. Deslizó la mano derecha hacia la funda de la pistola, la desplazó luego hacia el mango del cuchillo, donde permaneció unos instantes, y acabó en la hebilla del cinturón. Bajó la voz, como si lo que iba a decir a continuación solo pudiera oírlo yo.

—Ya entiendo el problema. Creéis que no tenéis nada que ganar siendo sinceros conmigo. Que os mataremos digáis lo que digáis o hagáis lo que hagáis. Quiero que sepáis que no es así. Sin embargo, y si he de seros totalmente sincero, os diré lo siguiente: no deberíais haber provocado esta persecución. Ha sido un error. Todo podría haber sido mucho más sencillo, pero ahora todo el mundo está enfadado, como podéis comprobar, puesto que nos habéis hecho perder muchísimo tiempo.

Señaló con un dedo a los soldados.

—¿Veis a estos hombres? Les gustaría muchísimo haceros daño. Yo, por otro lado, tengo capacidad suficiente como para ponerme en vuestro lugar y considerar las cosas bajo vuestro punto de vista. Damos miedo, lo comprendo. Nuestro primer encuentro, el que mantuvimos a bordo de mi submarino, fue lamentablemente desagradable. Lo que es más, vuestras ymbrynes llevan generaciones envenenándoos con información errónea sobre nosotros. Razón por la cual es natural que huyeseis. En vista de todo esto, estoy dispuesto a haceros lo que considero una oferta razonable. Decidnos ahora mismo dónde está el pájaro y, en lugar de haceros daño, os mandaré a un complejo agradable donde estaréis bien cuidados. Donde estaréis bien alimentados, tendréis vuestra propia cama...; un lugar que no es en absoluto más restrictivo que ese ridículo bucle donde habéis permanecido escondidos todos estos años.

El señor White miró a sus hombres y se echó a reír.

—¿Podéis creerlo si os digo que han pasado los últimos... ¿cuántos, setenta años?, en una isla diminuta, viviendo el mismo día una y otra vez? Eso es peor que cualquier campo de prisioneros que pueda imaginarme. ¡Habría sido mucho más fácil cooperar! —Se encogió de hombros y nos miró entonces a nosotros—. Pero el orgullo, un orgullo venal, ha podido con vosotros. ¡Y pensar que todo este tiempo podríamos haber colaborado juntos por un bien común!

—¿Colaborado? —le espetó Emma—. ¡Han estado acosándonos! ¡Enviando monstruos para matarnos!

«Maldita sea —pensé—. Mantén la boca cerrada.»

El señor White adoptó la expresión de un cachorrito triste.

—¿Monstruos? —repitió—. Eso duele. ¡Es de mí de quién estás hablando, por si no lo sabes! De mí y de mis hombres, aquí presentes, antes de que evolucionáramos. Pero intentaré no tomarme tu insulto como algo personal. La fase adolescente nunca acostumbra a ser atractiva, sea la especie que sea. —Dio una fuerte palmada que me hizo saltar, sobresaltado—. ¡Y ahora, sigamos con lo nuestro!

Nos repasó con una lenta y gélida mirada, como si estuviera examinándonos en busca de alguna debilidad. ¿Quién de nosotros se derrumbaría primero? ¿Quién acabaría diciéndole la verdad acerca del paradero de Miss Peregrine?

White se concentró en Horace. Se había recuperado del desmayo pero seguía en el suelo, agazapado y temblando. White dio un paso muy decidido hacia él. Horace se encogió de miedo al oír el sonido metálico de las botas de White.

—Levántate, chico.

Horace no se movió.

—Que alguien lo levante.

Uno de los soldados tiró con brusquedad de Horace por el brazo. Ya de pie, este se encogió de miedo ante White, la mirada clavada en el suelo.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Ho-Ho-Horace...

—Muy bien, Ho-Horace, parece tener abundante sentido común. De modo que te dejaré elegir.

Horace levantó ligeramente la cabeza.

—¿Elegir...?

White desenfundó el cuchillo y lo utilizó para señalar a los gitanos.

—A cuál de esos hombres mato primero. A menos, por supuesto, que quieras decirme dónde está vuestra ymbryne. En ese caso, no morirá nadie.

Horace cerró los ojos con fuerza, como si con ello pudiera desaparecer de aquel lugar.

—O —prosiguió White—, si prefieres no elegir a ninguno de ellos, estaré encantado de elegirlo por ti. ¿Prefieres eso?

—¡No!

—¡Entonces, dímelo! —vociferó White. Sus labios se retrajeron para mostrar

una dentadura brillante.

—¡No les digas nada, *syndrigasti!* —gritó Bekhir, y, acto seguido, uno de los soldados le arreó un puntapié en el estómago. Bekhir gruñó y se quedó callado.

White cogió a Horace por la barbilla para obligarlo a que mirase a sus horribles ojos vacíos.

—Me lo dirás, ¿verdad? Si me lo dices no te haré daño.

—Sí —asintió Horace, con los ojos aún cerrados, deseando alejarse... pero todavía aquí.

—Sí, ¿qué?

Horace exhaló un tembloroso suspiro.

—Sí, se lo diré.

—¡No lo hagas! —gritó Emma.

«Oh, Dios mío —pensé—. Está a punto de revelar su paradero. Es demasiado débil. Tendríamos que haberlo dejado en la casa de fieras...»

—¡Silencio! —gritó White, y luego se le acercó para hablarle al oído—: No los escuches. Adelante, hijo. Cuéntame dónde está el pájaro.

—Está en el cajón —dijo Horace.

White frunció su casi única ceja.

—El cajón. ¿Qué cajón?

—El mismo en el que siempre ha estado —afirmó Horace.

White sacudió a Horace cogiéndolo por la barbilla y gritó:

—¡¿Qué cajón?!

Horace iba a responder algo, pero cerró la boca. Tragó saliva. Enderezó la espalda. Abrió entonces los ojos, miró fijamente a White y dijo:

—En el cajón de las bragas de su madre. —Y le escupió en la cara.

White lo golpeó en la cabeza con el mango del cuchillo. Olive chilló y varios de nosotros nos encogimos de dolor al ver que Horace caía al suelo como un saco de patatas, la calderilla y los billetes de tren derramándose fuera de sus bolsillos.

—¿Y esto qué es? —preguntó White, agachándose para mirarlo.

—Los atrapé cuando intentaban subir al tren —le explicó el soldado que nos había capturado.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

El soldado tartamudeó.

—Yo-yo pensaba que...

—Da igual —lo interrumpió White—. Corre a interceptarlo. ¡Ahora mismo!

—¿Señor?

White miró uno de los billetes, luego el reloj.

—El tren de las ocho y media destino Londres efectúa una parada larga en Porthmadog. Si te das prisa, lo encontrarás esperándote. Regístralo de arriba abajo, empezando por primera clase.

El soldado hizo un saludo y salió corriendo.

White se volvió entonces hacia los demás soldados.

—Registradlos a todos —ordenó—. Veamos si llevan más cosas interesantes. Si se resisten, disparadles.

Mientras dos soldados armados con rifles nos vigilaban, otro fue pasando de peculiar en peculiar vaciándonos los bolsillos. La mayoría no tenía más que migajas y pelusilla, pero el soldado le descubrió a Bronwyn un peine de marfil.

—¡Por favor, era de mi madre! —le suplicó, pero el hombre se limitó a reír y a decir:

—¡Pues tendría que haberte enseñado a utilizarlo, marimacho!

Enoch llevaba una bolsita de tierra de sepultura llena de gusanos, que el soldado abrió, olisqueó y dejó caer con un gesto de asco. En mi bolsillo encontré mi pobre teléfono móvil. Emma vio caer el objeto al suelo y me miró extrañada, preguntándose por qué seguiría conservándolo. Horace permaneció todo el rato inmóvil en el suelo, inconsciente o haciéndose el muerto. Luego le llegó el turno a Emma, que no estaba dispuesta a someterse. Cuando el soldado se le acercó, le espetó:

—¡Si me pone la mano encima, se la quemo!

—¡Contén tu ardor, por favor! —se burló, y rompió a reír—. Lo siento, no he podido resistirme.

—No bromeo —le advirtió Emma, y mostró las manos que hasta entonces había mantenido enlazadas detrás de la espalda. Estaban al rojo vivo y el calor que desprendían se percibía incluso a un metro de distancia.

El soldado saltó para alejarse de su alcance.

—¡Manos calientes y carácter en consonancia! —dijo—. Es lo que me gusta en una mujer. Pero si te atreves a quemarme, Clark te hará saltar la tapa de los sesos y enmasillará la pared con ellos.

El soldado en cuestión acercó el cañón del rifle a la cabeza de Emma, que cerró los ojos con fuerza; su pecho ascendía y descendía con el veloz ritmo de su respiración. Bajó las manos y las unió de nuevo a su espalda. Temblaba de rabia.

Y yo también.

—Y ahora con cuidado —dijo el soldado amenazante—. Nada de movimientos bruscos.

Cerré las manos en sendos puños al ver cómo el soldado deslizaba las suyas por las piernas de Emma y recorría con los dedos el escote de su vestido con una lentitud innecesaria y una sonrisa lasciva. Jamás en mi vida me había sentido tan impotente, ni siquiera encerrado en el interior de aquella jaula.

—¡No tiene nada! —grité—. ¡Déjela en paz!

Me ignoró por completo.

—Esta me gusta —le dijo el soldado al señor White—. Me parece que deberíamos conservarla con nosotros un tiempo. Para... la ciencia.

El señor White hizo una mueca.

—Eres un ejemplar repugnante, cabo. Pero estoy de acuerdo contigo, la chica es

fascinante. Había oído hablar de ti, ¿sabes? —le dijo a Emma—. Daría cualquier cosa por tener tus poderes. Si guardáramos esas manos en un frasco...

El señor White esbozó una sonrisa siniestra antes de dirigirse al soldado.

—Termina de una vez —le espetó—, no tenemos todo el día.

—Encantado —replicó el soldado, y se incorporó, recorriendo con las manos el cuerpo de Emma.

Lo que sucedió a continuación se desplegó como a cámara lenta. Me di cuenta de que aquel lujurioso repugnante estaba a punto de inclinarse sobre Emma para besarla. Me di cuenta asimismo de que las manos de Emma, entrelazadas detrás de su cuerpo, estaban en llamas. Sabía cómo acabaría aquello: en el instante en que aquel tipo la rozara con los labios, ella le fundiría la cara, aunque ello significara recibir una bala. Había llegado al límite.

Y yo también.

Me tensé, dispuesto a luchar. Estaba convencido de que estábamos viviendo nuestros últimos momentos. Y los viviríamos según nuestras reglas, y si teníamos que morir, juré por Dios que acabaríamos también con algunos wights.

El soldado enlazó a Emma por la cintura. La apuntó en la frente con el cañón de otro rifle. Me dio casi la impresión de que ella empujaba la cabeza contra el arma, desafiando el disparo. Vi que empezaba a abrir las manos a su espalda, una llama blanca recorría sus dedos.

«Ahí vamos...»

Y entonces, ¡CRAC!, el disparo de un arma, imponente y seco.

Desconecté, me quedé sin ver nada durante un segundo.

Cuando recuperé la visión, Emma seguía en pie. Su cabeza intacta. El rifle que la apuntaba miraba hacia abajo y el soldado que había estado a punto de besarla se había apartado y observaba a través de la ventana.

El disparo había sido fuera.

Notaba los nervios anestesiados, el cosquilleo de la adrenalina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el señor White, corriendo hacia la ventana.

Desde el lugar donde me encontraba, podía ver a través del cristal si miraba por encima del hombro del wight. Vi que el soldado que había marchado con la misión de interceptar el tren estaba fuera, las malas hierbas cubriéndolo hasta la altura de la cintura. Estaba de espaldas a la casa, el rifle apuntando hacia el campo.

White metió la mano entre los barrotes que protegían la ventana para abrirla.

—¿Contra qué demonios disparas?! —gritó—. ¿Qué haces todavía aquí?

El soldado ni se movió ni habló. El campo ardía con el zumbido de los insectos, y durante un breve momento fue lo único que se oyó.

—¡Cabo Brown! —vociferó White.

El hombre se volvió lentamente en equilibrio inestable. El rifle le resbaló de las manos y cayó entre los hierbajos. Avanzó unos tambaleantes pasos.

White desenfundó su revólver y apuntó hacia el exterior, hacia Brown.

—¡Di algo, maldita sea!

Brown abrió la boca e intentó hablar, pero en lugar de voz, surgió de sus entrañas el eco de un zumbido siniestro que imitaba el sonido que en aquel momento inundaba los campos.

Era el sonido de las abejas. Centenares, miles de abejas. Y entonces aparecieron, primero solo unas pocas, que asomaron entre sus labios. Luego fue como si una fuerza incontrolable se apoderara de él: echó los hombros hacia atrás, proyectó el pecho hacia adelante, separó las mandíbulas del todo y de su boca abierta manó un denso chorro de abejas, un único objeto sólido, una interminable manguera de insectos, larga y gruesa, desplegándose desde su garganta.

White se apartó de la ventana, horrorizado y perplejo.

Fuera, Brown se derrumbó bajo una nube de ardientes insectos. Y cuando el cuerpo cayó al suelo, apareció otro detrás.

Era un niño.

Hugh.

Había adoptado una postura desafiante y nos observaba desde el otro lado de la ventana. Los insectos lo envolvían formando una esfera gigantesca, un auténtico torbellino. Los campos estaban repletos de insectos de todo tipo —abejas y avispones, avispas y abejorros, bichos punzantes a los que era incapaz de identificar o de poner nombre— y absolutamente todos ellos estaban bajo sus órdenes.

White levantó el arma y disparó. Vacío el cargador.

Hugh se agachó y desapareció entre la hierba. No sabía muy bien si había recibido un disparo o lo había hecho para evitarlos. Tres soldados corrieron entonces hacia la ventana y Bronwyn gritó:

—¡No lo matéis, por favor!

Barrieron el campo a disparos, el estruendo de las armas atormentándonos los oídos.

Las abejas entraron en la cabaña. Una docena, quizá, que se abalanzó furiosa contra los soldados.

—¡Cerrad la ventana! —vociferó White, dando manotazos en el aire.

Uno de los soldados la cerró con todas sus fuerzas. Los wights se concentraron entonces en matar las abejas que habían conseguido entrar. Y mientras estaban ocupados con eso, vi que las que se congregaban en el exterior eran cada vez más numerosas —una sábana gigantesca e hirviente que palpitaba al otro lado del cristal—, tantas que cuando White y sus hombres acabaron con las abejas del interior de la cabaña, las de fuera impedían prácticamente el paso de la luz del sol.

Los soldados se apiñaron en el centro de la estancia, espalda contra espalda, los rifles erizados como púas de puerco espín. La cabaña había quedado en penumbra, el calor era sofocante y el extraño zumbido de un millón de abejas maníacas reverberaba como una pesadilla en el interior.

—¡Haced que nos dejen en paz! —gritó White con voz rota, desesperada.

Como si alguno de nosotros, excepto Hugh, pudiera conseguirlo... si es que seguía con vida.

—Te haré otra oferta —dijo entonces Bekhir, agarrándose a los barrotes de la ventana para incorporarse, su renqueante silueta perfilada en el oscuro cristal—. Soltad las armas o abro la ventana.

White se volvió repentinamente hacia él.

—Ni siquiera un gitano sería tan estúpido como para hacer eso.

—Nos tienes en excesivo buen concepto —replicó Bekhir, deslizado la mano hacia el pomo.

Los soldados prepararon los rifles.

—Adelante —los desafió Bekhir—. Disparad.

—¡No lo hagáis, se rompería el cristal! —gritó White—. ¡Cogedlo!

Dos soldados arrojaron sus rifles al suelo para abalanzarse sobre Bekhir, pero no antes de que a este le diera tiempo de atravesar el cristal de un puñetazo.

La ventana se hizo añicos. Las abejas entraron en la cabaña. Y lo que siguió fue el caos —gritos, disparos, empujones—, aunque apenas era capaz de oír nada que superara el estruendoso zumbido de los insectos, que me llenaba no solo los oídos, sino hasta el último poro de mi cuerpo.

Todo el mundo se amontonaba para salir. A mi derecha vi que Bronwyn empujaba a Olive al suelo y la protegía con su propio cuerpo. Emma gritó «¡Agachaos!», y así lo hice para protegerme mientras las abejas empezaban a cubrirnos la piel, el cabello. Estaba plenamente convencido de que iba a morir, de que las abejas taladrarían con sus agujones hasta el último centímetro de mi cuerpo y acabarían paralizando por completo mi sistema nervioso.

Alguien abrió la puerta de un puntapié. Entró un rayo de luz. Oí el retumbar de una docena de botas sobre las tablas de madera del suelo.

Silencio. Levanté poco a poco la cabeza.

Las abejas habían desaparecido. También los soldados.

Resonó entonces un coro de gritos de pánico. Me levanté de un brinco y corrí hacia la ventana que tenía el cristal roto, donde se había congregado ya un grupo de gitanos y peculiares que observaban el exterior.

De entrada no vi a los soldados, sino únicamente una masa gigantesca de insectos arremolinados, tan densa que resultaba opaca, en medio del camino, a unos quince metros de distancia de la cabaña.

Los gritos provenían de su interior.

Y entonces, uno a uno, los gritos fueron apagándose. Cuando todo hubo acabado, la nube de abejas empezó a dispersarse, revelando los cuerpos de White y sus hombres. Yacían apiñados entre las malas hierbas, muertos o casi muertos.

Veinte segundos más tarde, sus asesinas habían desaparecido en dirección a los campos de cultivo, llevándose con ellas su monstruoso zumbido. La sensación de calma que dejaron a su paso resultaba extraña y bucólica, como si aquel fuera un día

de verano más y no hubiera sucedido nada fuera de lo normal.

Emma contó con los dedos los cuerpos de los soldados.

—Seis. Han muerto todos —dijo—. Se ha acabado.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Bronwyn, mirando con frenesí a su alrededor. Los últimos momentos habían sido de locura: infinidad de abejas, disparos en la oscuridad... Comprobamos nuestro estado. Horace estaba aturdido pero consciente, un hilillo de sangre le resbalaba por la sien. La herida que había sufrido Bekhir en el muslo era profunda, aunque no parecía grave. Los demás estábamos conmocionados pero ilesos y, milagrosamente, nadie había sufrido picaduras de abejas.



—¿Cómo sabía que las abejas no lo atacarían cuando rompió el cristal de la ventana? —le pregunté a Bekhir.

—No lo sabía —respondió—. Por suerte, los poderes de vuestro amigo son muy potentes.

«Nuestro amigo...»

Emma se alejó de repente de mí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó jadeando—. ¡Hugh!

Con todo el caos nos habíamos olvidado de él. Lo más probable era que a aquellas alturas estuviera desangrándose entre las malas hierbas. Pero justo en el momento en que nos disponíamos a salir para ir en su busca, Hugh apareció en el umbral de la puerta, despeinado y manchado de hierba, pero sonriente.

—¡Hugh! —exclamó la pequeña Olive, corriendo hacia él—. ¡Estás vivo!

—¡Lo estoy! —dijo efusivamente—. ¿Y todos vosotros?

—¡Lo estamos, gracias a ti! —exclamó Bronwyn—. ¡Tres vivas para Hugh!

—¡Has sido nuestro hombre en un momento de enormes dificultades! —exclamó Horace.

—No hay lugar donde pueda ser más mortal que en un campo lleno de malas hierbas —afirmó Hugh, disfrutando de ser el centro de atención.

—Pido disculpas por todas las veces que me he reído de tu peculiaridad —dijo Enoch—. Supongo que al final no resulta tan inútil.

—Además —manifestó Millard—, me gustaría felicitar a Hugh por su impecable elección del momento oportuno. De haber llegado unos segundos más tarde...

Hugh explicó que en la estación había conseguido eludir la captura escondiéndose entre el tren y el andén —justo lo que yo había pensado—, que había ordenado a una de sus abejas que nos siguiera y que de este modo había podido seguirnos también él a una distancia prudencial.

—Entonces solo fue cuestión de averiguar el momento ideal para el ataque —explicó con orgullo, como si la victoria hubiese estado asegurada desde el instante en que había decidido acudir a nuestro rescate.

—¿Y si no te hubieras encontrado casualmente con un campo repleto de abejas? —preguntó Enoch.

Hugh hundió la mano en el bolsillo y extrajo un objeto: un huevo de gallina peculiar.

—Plan B —dijo.

Bekhir se acercó cojeando hacia Hugh para estrecharle la mano.

—Joven —declaró con solemnidad—, te debemos la vida.

—¿Y dónde está su hijo peculiar? —le preguntó Millard.

—Logró escapar con dos de mis hombres, gracias a Dios. Hoy hemos perdido tres animales excelentes, pero ninguna persona. —Bekhir hizo una reverencia ante Hugh y por un momento pensé que incluso iba a besarle la mano—. ¡Tendrás que permitirnos recompensarte de alguna manera!

Hugh se ruborizó.

—No es necesario, se lo aseguro...

—Y tampoco tenemos tiempo —observó Emma, empujando a Hugh hacia la puerta—. ¡Tenemos que alcanzar ese tren!

Los que aún no habían caído en la cuenta de que Miss Peregrine no estaba con nosotros se quedaron blancos.

—Cogeremos el jeep —propuso Millard—. Con un poco de suerte, y si ese wight tenía razón en lo que ha dicho, podremos alcanzarlo en la parada de Porthmadog.

—Conozco un atajo —señaló Bekhir y, con la ayuda de la punta del zapato, dibujó un sencillo mapa en la tierra.

Dimos las gracias a los gitanos. Le expresé a Bekhir lo mucho que sentía haberles causado tantos problemas y el hombre respondió con una estruendosa carcajada. Salieron a despedirnos al camino.

—Volveremos a vernos, *syndrigasti* —dijo—. ¡Estoy seguro!

Nos apretujamos en el jeep de los wights, ocho niños remetidos como sardinas en un vehículo concebido para tres. Tomé asiento al volante, puesto que era el único que había conducido alguna vez un coche. Pasé un montón de tiempo intentando comprender cómo poner en marcha aquel condenado trasto —resultó que no iba con llave de contacto, sino pulsando un botón que había en el suelo—, y luego se me planteó la cuestión del cambio de marchas; había conducido con cambio manual muy pocas veces, y siempre con mi padre en el asiento del acompañante para darme instrucciones. Pero a pesar de todo esto, en cuestión de un par de minutos estábamos ya en marcha, aunque fuera a trompicones y con ciertas dudas.

Pisé el acelerador y conduje todo lo rápido que pude el sobrecargado jeep, mientras Millard iba indicándome qué dirección tomar y el resto se aferraban al vehículo con todas sus fuerzas. Llegamos a Porthmadog en veinte minutos y oímos el silbato del tren en cuanto aminoramos la marcha para adentrarnos en la calle principal y llegar a la estación. Derrapé hasta detener el jeep delante de la terminal y bajamos rápidamente. Ni siquiera me tomé la molestia de apagar el motor. Corrimos como guepardos detrás de una gacela y logramos saltar al último vagón justo cuando el tren abandonaba la estación.

Después de la carrera nos quedamos un buen rato en el pasillo, jadeando, mientras los asombrados pasajeros fingían no estar mirándonos. Sudorosos, sucios y desgredados, debíamos de ser un auténtico espectáculo.

—Lo hemos conseguido —afirmó Emma—. No puedo creer que lo hayamos conseguido.

—No puedo creer que haya conseguido conducir un coche con cambio manual —dije yo.

Apareció entonces el revisor.

—Veo que estáis de vuelta —dijo, disimulando un suspiro—. Confío en que hayáis conservado los billetes.

Horace extrajo del bolsillo el fajo de billetes.

—Vuestro vagón es por allí —nos indicó el revisor.

—¡El baúl! —exclamó Bronwyn, colgándose del brazo del hombre—. ¿Sigue ahí?

El conductor se la quitó de encima.

—Intenté llevarlo a objetos perdidos, pero no conseguí moverlo ni un centímetro de donde estaba.

Corrimos de vagón en vagón hasta llegar al de primera clase, donde encontramos el baúl de Bronwyn justo donde lo había dejado. Se acercó a él, abrió los pestillos y levantó la tapa.

Miss Peregrine no estaba.

Creo que sufrí un pequeño infarto.

—¡Mi pájaro! —empezó a gritar Bronwyn—. ¿Dónde está mi pájaro?

—Cálmate, está aquí mismo —dijo el revisor señalando algún lugar por encima

de nuestras cabezas. Miss Peregrine estaba posada en una de las rejillas para colocar el equipaje, profundamente dormida.

Bronwyn se apoyó en la pared. La sensación de alivio que experimentó fue tan grande que casi se desmaya.

—¿Cómo ha subido allá arriba?

El revisor enarcó una ceja.

—Es un juguete muy fiel a la realidad. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta del vagón—. Por cierto —preguntó—, ¿dónde podría conseguir uno igual? A mi hija le encantaría.

—Me temo que es un ejemplar único —lo desanimó Bronwyn. Y bajó a Miss Peregrine de la rejilla y la estrujó contra su pecho.

Después de todo lo que habíamos vivido aquellos últimos días —por no hablar de las últimas horas—, el lujo de un vagón de primera clase fue realmente impactante. Disponía de mullidos asientos de cuero, una mesa para comer y grandes ventanas panorámicas. Parecía el salón de la casa de un hombre adinerado y estaba por completo a nuestra disposición.

Nos turnamos para asearnos en el cuarto de baño, una pequeña estancia revestida con paneles de madera, y luego pedimos la cena.

—Pedid lo que os apetezca —dijo Enoch, descolgando el teléfono que estaba adosado al brazo de un asiento reclinable—. ¿Hola, tienen paté de pato? Sí, que nos lo traigan todo. Todo el que tengan. Y triangulitos de pan tostado.

Nadie mencionó para nada lo que acabábamos de pasar. Era demasiado, demasiado horroroso, y lo único que deseábamos era recuperarnos y olvidar. Quedaba aún mucho por hacer, muchos peligros que afrontar.

Nos instalamos para iniciar el viaje. En el exterior, las casas de escasa altura de Porthmadog se encogieron en la distancia y empezamos a vislumbrar la montaña de Miss Wren, una masa gris que se perfilaba por encima de las colinas. Mientras los demás charlaban entre ellos, yo permanecí con la nariz pegada a la ventana, contemplando la interminable realidad de 1940 que se desplegaba al otro lado del cristal: 1940, un lugar que hasta hacía muy poco había sido una experiencia que cabía casi en un bolsillo, no más grande que una diminuta isla, un lugar que podía abandonar cuando me viniera en gana con solo atravesar el oscuro y angosto cairn de Cairnholm. Pero desde que había dejado atrás la isla, 1940 se había convertido en un mundo, un mundo con bosques cenagosos, ciudades envueltas en humo y valles entrecruzados por brillantes ríos; y con personas y cosas que tenían un aspecto antiguo pero no lo eran todavía, que parecían accesorios y extras de una película de época detalladamente elaborada pero sin argumento alguno, y todo ello desfilando a gran velocidad al otro lado de la ventana, como un sueño sin fin.

Me dormía y volvía a despertarme, me dormía y volvía a despertarme; el ritmo

del tren fue hipnotizándome hasta sumirme en un estado nebuloso en el que era fácil olvidar que yo era algo más que un simple espectador pasivo, que la ventana era algo más que una pantalla cinematográfica, que allí fuera todo era tan real como aquí dentro. Entonces, poco a poco, recordé cómo había llegado a formar parte de todo aquello: mi abuelo, la isla, los niños. La preciosa chica con ojos de sílex sentada a mi lado, su cabeza descansando sobre la mía.

—¿Estoy de verdad aquí? —le pregunté.

—Sigue durmiendo —dijo.

—¿Crees que todo saldrá bien?

Me dio un besito en la punta de la nariz.

—Sigue durmiendo.

SIETE

Más sueños atroces, entremezclados, fusionándose unos con otros. Fragmentos de los horrores vividos los últimos días: el ojo acerado del cañón de una pistola mirándome muy de cerca, una carretera repleta de caballos muertos, las lenguas de un espíritu hueco proyectándose hacia mí desde el fondo de un precipicio, aquel espantoso y sonriente wight con sus ojos vacíos.

Y luego esto: vuelvo a estar en casa, pero soy un fantasma. Recorro mi calle, llego a casa, me acerco a la puerta. Veo a mi padre dormido junto a la mesa de la cocina, tiene en la mano, pegado a su pecho, un teléfono inalámbrico.

«No estoy muerto», digo, pero mis palabras no emiten sonido alguno.

Mi madre está sentada a los pies de la cama, en camión, la mirada extraviada en la tarde despejada que se desarrolla al otro lado de la ventana. Está demacrada, agotada de tanto llorar. Estiro el brazo para acariciarle el hombro, pero mi mano lo atraviesa.

Entonces asisto a mi propio funeral, veo desde mi tumba un rectángulo de cielo gris.

Mis tres tíos miran hacia abajo, sus gruesos cuellos abultando por encima de las camisas blancas almidonadas.

Tío Les: «Qué lástima, ¿no os parece?».

Tío Jack: «Los que de verdad me dan lástima son Frank y Maryann».

Tío Les: «Sí. ¿Qué pensará la gente?».

Tío Bobby: «Pensarán que al niño le faltaba algún tornillo. Y es la verdad».

Tío Jack: «Yo ya me lo imaginaba. Que un día haría algo así. Tenía esa mirada... no sé si me explico. Un poco...».

Tío Bobby: «De chalado».

Tío Les: «Eso le venía por parte de padre, no de nuestro lado de la familia».

Tío Jack: «Pero aun así... terrible».

Tío Bobby: «Sí».

Tío Jack: «...».

Tío Les: «...».

Tío Bobby: «¿Os apetece comer algo?».

Mis tíos se marchan.

Aparece Ricky, con el pelo verde y las puntas más erizadas que de costumbre para la ocasión.

«Hermano, ahora que has muerto, ¿me dejas tu bicicleta?»

Intentó gritar:

«¡No estoy muerto!

»Pero estoy muy lejos.

»Lo siento».

Pero mis palabras regresan a mí como un eco, atrapadas en el interior de mi cabeza.

El pastor mira hacia abajo. Es Golan, tiene una Biblia en la mano y lleva la vestimenta ritual. Sonríe.

«Estamos esperándote, Jacob.»

Cae sobre mí un puñado de tierra.

«Estamos esperándote.»

Me enderecé en el asiento, repentinamente despierto, la boca seca como el papel. Emma estaba a mi lado y me sujetaba posando las manos sobre mis hombros.

—¡Jacob! Gracias a Dios, vaya susto nos has dado.

—¿De verdad?

—Tenías una pesadilla —me explicó Millard. Estaba sentado delante de nosotros, un conjunto de prendas almidonadas en actitud sedente—. Y además hablabas en sueños.

—¿Sí?

Emma me secó a golpecitos el sudor de la frente con una servilleta de primera clase. (¡De tela de verdad!)

—Sí —asintió—. Pero era una jerigonza. No he logrado entender ni una palabra de lo que decías.

Miré a mi alrededor con timidez, pero me dio la impresión de que nadie más se había dado cuenta de lo sucedido. Los demás niños estaban repartidos por el vagón, echando una cabezada, perdidos en sus sueños mirando por la ventana o jugando a las cartas.

Confiaba sinceramente en no estar empezando a perder los papeles.

—¿Tienes pesadillas con frecuencia? —preguntó Millard—. Deberías contárselas a Horace. Es muy bueno detectando el significado oculto de los sueños.

Emma me acarició el brazo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, por supuesto —afirmé, y como no me gusta ser objeto de tantas atenciones, intenté cambiar de tema. Al ver que Millard tenía el ejemplar de *Cuentos de lo peculiar* abierto en el regazo, pregunté—: ¿Leyendo un poco?

—Estudiando —respondió—. Y pensar que no hacíamos caso a esto por considerarlo un simple libro de cuentos infantiles. Pero son extraordinariamente complejos, astutos incluso, puesto que esconden mucha información secreta sobre la peculiaridad. Creo que necesitaría años para decodificarlos por completo.

—Pero ¿para qué pueden servirnos ahora? —quiso saber Emma—. ¿Para qué sirven ahora los bucles si los espíritus huecos pueden entrar en ellos? Acabarán localizando incluso los bucles secretos que aparecen mencionados en el libro.

—Tal vez solo hayan conseguido irrumpir precisamente en ese —dije

esperanzado—. Tal vez el hueco que encontramos en el bucle de Miss Wren fuera un bicho raro.

—¡Un hueco peculiar! —bromeó Millard—. Es gracioso, pero no. Aquel hueco no era un bicho raro. Estoy seguro de que estos huecos «mejorados» formaron parte integral del asalto que han llevado a cabo contra todos los bucles.

—Pero ¿cómo? —inquirió Emma—. ¿Qué es lo que ha cambiado en los huecos que les permite ahora acceder a los bucles?

—Es un asunto al que he estado dándole muchas vueltas —dijo Millard—. No sabemos muchas cosas sobre los huecos, nunca hemos tenido la oportunidad de examinar alguno de ellos dentro de un entorno controlado. Pero es como si, igual que sucede con las personas normales, los huecos carecieran de algo que tú, yo y todos los que viajamos en este vagón, poseemos, una peculiaridad esencial, y que es lo que nos permite interactuar con los bucles; enlazar con ellos y ser absorbidos por ellos.

—Como una llave —apunté.

—Más o menos —asintió Millard—. Hay quien cree que, igual que sucede con la sangre o el líquido cefalorraquídeo, nuestra peculiaridad tiene un sustrato físico. Otros creen que es algo que poseemos en nuestro interior pero que es insustancial. Como una segunda alma.

—Vaya —dije. Me gustaba la idea: que la peculiaridad no fuera una deficiencia sino un exceso; que no fuera que nos faltaba algo que los normales poseían sino que eran ellos los que carecían de peculiaridad. Que nosotros fuésemos más, no menos.

—Odio todas estas chifladuras —replicó Emma—. ¿Acaso piensas que podrías capturar esa segunda alma y conservarla en un frasco? Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Pues a lo largo de los años ha habido diversos intentos de llevar a cabo precisamente eso que dices —explicó Millard—. ¿Qué te dijo ese soldado wight, Emma? Que le gustaría conservar en un frasco tus poderes, o algo por el estilo, ¿verdad?

Emma se estremeció.

—No me lo recuerdes.

—La teoría sostiene que si nuestra esencia peculiar pudiera ser destilada y conservada en un frasco, como dijo él, o más probablemente en una placa de Petri, dicha esencia podría ser transferida de un ser a otro. De ser esto posible, imagínate el mercado negro de almas peculiares que se crearía entre la gente rica y sin escrúpulos. Peculiaridades como tu fuego o como la fuerza de Bronwyn se venderían al mejor postor.

—Es asqueroso —dije.

—La mayoría de los peculiares están de acuerdo contigo —recalcó Millard—, razón por la cual este tipo de investigación fue declarado ilegal hace muchos años.

—Será que los wights les hacen mucho caso a las leyes.

—Todo esto me parece una locura —declaré—. Nunca funcionaría, ¿verdad?

—No creo —dijo Millard—. O al menos no lo creía hasta ayer. Hoy ya no estoy tan seguro.

—¿Lo dices por lo del hueco que encontramos en el bucle de la casa de fieras?

—Efectivamente. Antes de eso ni siquiera tenía muy claro si creer o no en el concepto de la «segunda alma». Bajo mi punto de vista, solo había un argumento convincente capaz de probar su existencia: que un espíritu hueco que consuma una cantidad adecuada de peculiares pueda transformarse en una criatura distinta, capaz de viajar a través de los bucles de tiempo.

—Y se convierta en un wight —concluí.

—Sí —confirmó él—. Pero solo si consume peculiares. Por muchos normales que devore, nunca conseguirá transformarse en un wight. En consecuencia, nosotros poseemos alguna cosa que los normales no tienen.

—Pero ese hueco que encontramos en la casa de fieras no se había transformado en wight —dijo Emma—. Simplemente se había convertido en un hueco capaz de entrar en los bucles.

—Lo que me lleva a preguntarme si los wights habrán estado jugueteando con la naturaleza —apuntó Millard— en todo lo referente a la transferencia de almas peculiares.

—No quiero ni pensarlo —señaló Emma horrorizada—. ¿Podríamos, por favor, por favor de verdad, hablar de cualquier otra cosa?

—¿Y de dónde obtendrían las almas? —pregunté—. ¿Y cómo lo harían?

—Mirad, ya vale, me largo a otra parte —dijo Emma enfadada, y se levantó, dejándonos solos.

Millard y yo permanecemos un rato en silencio. No podía dejar de imaginarme atado con correas a una mesa de operaciones mientras un grupo conspirador de malévolos médicos me extirpaban el alma. ¿Cómo lo harían? ¿Con una aguja? ¿Con un cuchillo?

Para desviarme de una vez de tan perversa línea de pensamientos, intenté cambiar de nuevo de tema.

—¿Cómo dicen que fue el origen de los peculiares? —pregunté.

—Nadie lo sabe con certeza —respondió Millard—. Pero existen leyendas al respecto.

—¿Como cuáles?

—Hay quien cree que descendemos de unos pocos peculiares que vivieron hace mucho, muchísimo tiempo —dijo—. Eran muy fuertes, y enormes, como el gigante de piedra del lago.

—¿Por qué somos entonces tan pequeños si antes éramos gigantes?

—Cuenta esa leyenda que con los años, a medida que fuimos multiplicándonos, nuestra fuerza se fue diluyendo. Y cuanto más fuerza perdíamos, más pequeños fuimos haciéndonos.

—Me resulta un poco difícil de creer —declaré—. La verdad es que me siento

tan fuerte como una hormiga.

—Las hormigas son fuertes, en relación con su tamaño.

—Ya sabes a qué me refiero —dije—. Pero lo que realmente no entiendo es, ¿por qué yo? Nunca pedí ser así. ¿Quién lo decidió?

Era una pregunta retórica; la verdad es que no esperaba obtener respuesta, pero Millard me ofreció una.

—Para citar a un peculiar famoso: «En el corazón del misterio de la naturaleza yace otro misterio».

—¿Y eso quién lo dijo?

—Lo conocemos como Perplexus Anomalus. El nombre inventado, lo más probable, de un gran pensador y filósofo. Perplexus fue también cartógrafo. Fue el autor de la primera edición del *Mapa de los Días*, hace ya más de mil años.

Reí entre dientes.

—A veces hablas como un maestro. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Me lo dicen siempre —reconoció Millard—. Me habría gustado probar suerte enseñando. Lo habría hecho de no haber nacido así.

—Habrías sido muy bueno.

—Gracias —dijo. Se quedó callado, y en su silencio lo vi soñándolo, imaginando escenas de una vida que podría haber sido. Después de un buen rato, volvió a lo que estábamos hablando—: No quiero que pienses que no me gusta ser invisible. Me gusta. Me encanta ser peculiar, Jacob, es la esencia de mi persona. Pero hay días en que preferiría no serlo.

—Entiendo lo que quieres decir —asentí. Aunque no lo comprendía, por supuesto. Mi peculiaridad presentaba sus propios retos, pero al menos me permitía seguir formando parte de la sociedad.

En aquel instante se abrió la puerta del vagón. Millard se cubrió rápidamente la cabeza con la capucha para esconder la cara o, más bien, su aparente falta de cara.

Apareció una mujer joven. Iba uniformada y llevaba una caja de productos para vender.

—¿Cigarrillos? —preguntó—. ¿Bombones?

—No, gracias —respondí.

Se quedó mirándome.

—¿Es usted americano?

—Me temo que sí.

Me regaló una sonrisa de lástima.

—Le deseo un buen viaje. Ha elegido un mal momento para visitar Gran Bretaña.

Me eché a reír.

—Eso me han dicho.

Se marchó. Millard se movió en el asiento para seguirla con la mirada.

—Guapa —murmuró distraídamente.

Se me pasó entonces por la cabeza que tal vez hacía años que no veía una chica que no fuese las que vivían en Cairnholm. Aunque, de hecho, ¿qué opciones tenía alguien como él de estar con una chica normal?

—No me mires de esa manera —dijo.

No creía estar mirándolo de ninguna forma especial.

—¿De qué manera?

—Como si te diera lástima.

—No me la das —le aseguré.

Pero me la daba.

Entonces Millard se levantó del asiento, se despojó de su abrigo y desapareció. No volví a verlo hasta transcurrido un buen rato.

Pasaron las horas y los niños las llenaron contando historias. Hablaron sobre peculiares famosos y sobre Miss Peregrine durante los extraños y excitantes primeros tiempos del bucle, y al final acabaron relatando sus historias personales. Algunas ya las conocía, como la de Enoch, que había resucitado al muerto durante el funeral de su padre, o la de Bronwyn, que con solo diez años, y sin querer, le había partido el pescuezo a su padrastro, que abusaba de ella, pero había algunas que eran del todo nuevas para mí. Porque aun siendo tan mayores, aquellos niños no solían padecer ataques de nostalgia.

Los sueños de Horace habían empezado cuando tenía tan solo seis años, pero no se dio cuenta de que eran predictivos hasta dos años más tarde, cuando una noche soñó con el naufragio del *Lusitania* y al día siguiente oyó la noticia en la radio. A Hugh, desde muy pequeño, le gustaba la miel por encima de todas las cosas, y con cinco años empezó a comer también los panales con tanto afán que la primera vez que se tragó por casualidad una abeja no se dio cuenta de ello hasta que la sintió zumbar en el interior de su estómago.

—A la abeja le importó un comino —explicó Hugh—, de modo que le resté importancia y seguí comiendo. Pronto acabé teniendo una colmena entera ahí dentro. —Cuando las abejas tenían necesidad de polinizar, buscaba un campo lleno de flores, y fue precisamente en uno de ellos donde conoció a Fiona, que dormía entre las plantas en flor.

Hugh relató también la historia de Fiona. Era una refugiada procedente de Irlanda, explicó, y durante la hambruna que asoló el país en la década de 1840, hizo florecer los campos de cultivo para alimentar a la gente de su pueblo hasta que fue acusada de brujería y sometida a una cruel persecución. Eran detalles que Hugh solo había logrado averiguar después de años de sutil comunicación no verbal con Fiona, que no hablaba, no porque no pudiese, sino porque, según explicó Hugh, «había presenciado cosas tan horribles durante la hambruna que le había desaparecido la voz».

Luego llegó el turno de Emma, pero noté que no estaba interesada en relatar su historia.

—¿Por qué no? —gimoteó Olive—. ¡Vamos, explícanos cómo fue que descubriste que eras peculiar!

—Es una historia muy antigua —murmuró Emma—, no tiene interés. ¿Y no haríamos mejor si pensáramos en el futuro en lugar del pasado?

—Os comportáis como chupacabras —dijo Olive.

Emma se levantó y se marchó al fondo del vagón para que nadie la molestara. Dejé pasar un par de minutos para que no se sintiese acosada y fui a sentarme a su lado. En cuanto vio que me acercaba, se escondió detrás de un periódico y fingió estar leyéndolo.

—Porque no me apetece hablar del tema —dijo desde detrás del periódico—. Por eso.

—No he dicho nada.

—Sí, pero ibas a preguntármelo, de este modo te he ahorrado la molestia.

—Con el fin de ser equitativo —dije—, te contaré primero una cosa sobre mí.

Asomó la nariz por encima del periódico, algo intrigada.

—¿Acaso no lo sé ya todo sobre ti?

—Ja. —La miré a los ojos—. Ni mucho menos.

—De acuerdo, entonces dime tres cosas sobre ti que yo no sepa. Solo secretos oscuros, por favor. ¡Rápido, ya!

Me estrujé el cerebro en busca de hechos no comprobados sobre mi persona que pudieran resultar interesantes, pero solo se me ocurrían cosas vergonzosas.

—Muy bien, ahí va una. Cuando era pequeño, me impactaba mucho ver escenas de violencia en la tele, no entendía que aquello no era real. Aunque no fuera más que un ratón de dibujos animados dándole puñetazos a un gato de dibujos animados. Me asustaba y rompía a llorar.

Emma bajó levemente el periódico.

—¡Qué tierno, pobrecillo! —exclamó—. Y ahora mírate, empalando criaturas monstruosas por sus legañosos globos oculares.

—Dos —continué—. Nací el día de Halloween, y hasta los ocho años de edad mis padres me habían convencido de que los caramelos que me daba la gente cuando llamaba a la puerta de sus casas eran regalos de cumpleaños.

—Mmm... —replicó Emma, bajando un poco más el periódico—. Esa no es más que mediocrementemente oscura. Pero puedes continuar, por favor.

—Tres. Cuando nos conocimos, estaba convencido de que ibas a rebanarme el pescuezo. Y aunque estaba asustadísimo, la vocecita del interior de mi cabeza me dijo: «Ten en cuenta que si esta es la última cara que vas a ver en tu vida, al menos es bonita».

Dejó caer el periódico en el regazo.

—Jacob, eso es... —Bajó la vista, miró entonces por la ventana y finalmente me

miró a mí—. Lo que acabas de decir es muy dulce.

—Pero es la verdad —afirmé, y alargué el brazo para cogerle la mano—. Muy bien, ahora te toca a ti.

—Yo no intento esconder nada, ya lo sabes. Lo que ocurre es que estas historias tan mohosas me hacen sentir de nuevo como si tuviera diez años y poco querida. Eso no desaparece nunca, por muchos días mágicos de verano que hayan pasado.

El dolor seguía presente, en carne viva aun después de tantos años.

—Deseo conocerte —insistí—. Saber quién eres, de dónde vienes. Eso es todo.

Cambió de postura en el asiento, incómoda.

—¿No te he contado nunca nada sobre mis padres?

—Todo lo que sé es lo que contó Golan aquella noche en la casa del hielo. ¿No mencionó que te entregaron a un circo?

—No, no fue exactamente así. —Se encogió en el asiento y su voz se transformó en un murmullo—. Supongo que es mejor que conozcas la verdad antes que vivir de rumores y especulaciones. Así, que ahí va:

»Empecé a manifestarme con solo diez años. Prendía fuego a la cama mientras estaba dormida, hasta que mis padres decidieron quitarme las sábanas y me obligaron a dormir en una cama con barrotes de metal, sin nada más, en un cuarto vacío, sin ninguna cosa inflamable. Me tenían por una pirómana y una mentirosa, y el hecho de que yo saliera siempre ilesa lo consideraban buena prueba de ello. Lo que sucedía era que yo no podía sufrir quemaduras, aunque eso no lo sabía por aquel entonces. Tenía diez años. ¡No tenía ni idea de nada! La verdad es que resulta espantoso manifestarse sin comprender qué te está pasando. Y ese es un miedo que experimentamos casi todos los niños peculiares, puesto que muy pocos nacen de padres también peculiares.

—Me lo imagino —asentí.

—Un día me sentía tan normal como un pudín de arroz y al día siguiente empecé a percibir una curiosa picazón en la palma de las manos. Se me pusieron rojas, luego se hincharon, después se pusieron calientes... tan calientes que me fui corriendo al colmado para meterlas en un cajón refrigerado lleno de bacalao congelado. Cuando el pescado empezó a descongelarse y a apestar, el tendero me mandó a casa y le exigió a mi madre que pagara la mercancía que yo había echado a perder. Las manos me ardían y el hielo no había hecho más que empeorar la situación. Al final, se incendiaron y pensé que me había vuelto loca de remate.

—¿Y qué dijeron tus padres? —pregunté.

—Mi madre, que era una persona muy supersticiosa, se largó de casa y no volvió a aparecer nunca más. Creía que yo era un demonio, llegado directamente del infierno a través de su vientre. Mi padre se lo tomó de otra manera. Me pegó y me encerró en mi habitación, y cuando intenté quemar la puerta para salir, me ató con tiras de amianto. Me tuvo allí encerrada muchísimos días, dándome de comer de vez en cuando, poniéndome él mismo la comida en la boca, ya que no se fiaba de mí lo bastante como para desatarme. E hizo bien, puesto que de haberme soltado, lo habría

dejado carbonizado.

—Ojalá lo hubieras hecho —dije.

—Eres un encanto. Pero no habría servido de nada. Mis padres eran gente horrible, aunque si no lo hubiesen sido y si hubiera permanecido más tiempo con ellos, seguro que los huecos me habrían encontrado. Debo la vida a dos personas: a mi hermana menor, Julia, que me desató un día a altas horas de la noche para que pudiera escapar; y a Miss Peregrine, que me encontró un mes más tarde, cuando trabajaba en un circo como tragafuegos. —Emma sonrió con melancolía—. Considero mi cumpleaños el día que la conocí. Aquel día conocí a mi verdadera madre.

El corazón se me derritió.

—Gracias por habérmelo contado —susurré. Saber la historia de Emma me hacía sentirme más unido a ella y menos solo en mi estado de confusión. Cualquier peculiar había tenido que superar un periodo de dolorosa incertidumbre. Cualquier peculiar se había visto sometido a duras pruebas. La diferencia evidente entre ellos y yo era que mis padres seguían queriéndome, y a pesar de los problemas que había tenido con ellos, yo también los quería, a mi silenciosa manera. Pensar en todo el daño que les estaba haciendo me provocaba un dolor constante.

¿Cuánto les debía? ¿Cómo calcularlo en comparación con la deuda que tenía contraída con Miss Peregrine, con la obligación que tenía con mi abuelo o con ese sentimiento tan dulce y tan fuerte que me inspiraba Emma y que se hacía más grande cada vez que la miraba?

La balanza siempre se inclinaba hacia ella. Pero al final, si sobrevivía a todo esto, tendría que enfrentarme a la decisión que había tomado y a todo el dolor que había causado.

Si...

El «si» siempre acababa impulsando mis pensamientos hacia el presente, porque del «si» dependía en gran parte seguir manteniéndome en estado de alerta. Si estaba distraído no podía intuir nada. El «si» exigía mi plena presencia y mi participación en el *ahora*.

El «si», por aterrador que fuera, me ayudaba también a mantener la cordura.

Estábamos llegando a Londres, las aldeas habían dado paso a pueblos que a su vez habían dado paso a extensiones de suburbios. Me pregunté qué nos esperaba allí, qué nuevos horrores se avecinaban.

Miré de reojo el titular del periódico que seguía abierto sobre la falda de Emma: ATAQUES AÉREOS SACUDEN LA CAPITAL. MILES DE MUERTOS.

Cerré los ojos e intenté no pensar en nada.

SEGUNDA PARTE

Cualquiera que presenciara la entrada del tren de las ocho y media en la estación, oyerá el silbido que anunciaba su llegada y lo hubiera visto detenerse envuelto en vapor, no se habría percatado de nada fuera de lo normal: no habría visto nada extraño ni en los conductores ni en los mozos encargados de abrir los pestillos que accionaban las puertas; ni en las masas de mujeres y hombres, algunos con uniforme militar, que salieron del tren y se fundieron con la multitud; ni siquiera en los ocho niños exhaustos que bajaron en fila india de los vagones de primera clase y parpadeaban en aquel momento bajo la nebulosa luz del andén, sus espaldas unidas formando un círculo protector, aturdidos por la catedral de ruido y humo que los envolvía.

En un día normal, un grupo de niños con un aspecto tan perdido y desamparado como el que mostraban aquellos, habría sido abordado por un adulto amable que les habría preguntado qué les pasaba, si necesitaban ayuda o dónde estaban sus padres. Pero aquel día, el andén estaba repleto de niños, todos ellos con aspecto de estar perdidos y desamparados. De modo que nadie prestó mucha atención a la pequeña de melena castaña y zapatos victorianos, o al hecho de que dichos zapatos ni siquiera rozaran el suelo. Nadie se fijó tampoco en el chico con cara en forma de luna y gorra, ni en la abeja que salía de su boca, examinaba un instante el ambiente cargado de hollín y desaparecía de nuevo por donde había salido.

Ninguna mirada se fijó tampoco en aquel niño tan ojeroso, ni en el hombre de arcilla que asomaba del bolsillo de su camisa y que el niño empujó al instante hacia abajo con un dedo. Tampoco en el chico que iba vestido de punta en blanco con un traje embarrado pero de corte perfecto y un maltrecho sombrero de copa, con el rostro serio y demacrado por falta de sueño, puesto que no se había permitido conciliarlo en muchos días por miedo a los sueños que pudiera tener.

Ni siquiera nadie había mirado a aquella chica grandullona con abrigo y un sencillo vestido, que parecía un bloque de hormigón y cargaba a la espalda con un baúl casi tan grande como ella. Nadie que la viera habría llegado a imaginarse lo increíblemente pesado que era el baúl, ni lo que contenía, ni se habría preguntado por qué uno de los paneles laterales estaba repleto de orificios diminutos. Y también pasaba completamente desapercibido el joven que estaba a su lado, envuelto en bufandas y cubierto de tal manera con un abrigo con capucha que no se le veía ni un centímetro de piel, aun estando a primeros de septiembre y con el calor que hacía.

Y estaba luego el chico americano, con un aspecto tan vulgar que nadie se fijaba en él, tan aparentemente normal que las miradas de la gente lo pasaban por alto aun cuando él estudiaba con detenimiento a todo el mundo, alzándose de puntillas, estirando el cuello, recorriendo con la mirada el andén como el centinela que monta guardia. La chica que estaba a su lado permanecía con las manos entrelazadas para esconder la pequeña llama que se erizaba con terquedad

alrededor de la uña de su dedo meñique, un hecho que le sucedía a menudo cuando estaba inquieta. Intentó apagarla sacudiendo el dedo, como si fuese una cerilla, soplándolo después. Viendo que no funcionaba, se lo metió en la boca y soltó el humo por la nariz. Tampoco nadie se fijó en eso.

De hecho, nadie se fijó lo suficiente en los niños que bajaron del vagón de primera clase del tren de las ocho treinta como para percatarse de la presencia de alguna peculiaridad. Lo cual estuvo muy bien.

OCHO

Emma me dio un codazo.

—Bueno, ¿qué?

—Necesito un minuto más —dije.

Bronwyn había depositado el baúl en el suelo y yo me había encaramado a él. Con la cabeza asomando por encima de la multitud, intenté escudriñar la marea de caras. El andén estaba abarrotado de niños. Se retorcían como amebas bajo el microscopio, hileras e hileras alejándose hasta perderse entre la neblina de humo. Silbantes trenes negros los acechaban a lado y lado, ansiosos por devorarlos.

Notaba los ojos de mis amigos clavados en la espalda, observándome mientras yo inspeccionaba el gentío. Supuestamente tenía que saber si en algún rincón de aquella enorme muchedumbre en movimiento había monstruos dispuestos a matarnos y, supuestamente también, tenía que saberlo con solo echar un vistazo, captando una vaga sensación en mis entrañas. Por lo general, cuando había un hueco en las cercanías, la Sensación era dolorosa y evidente, pero en un espacio tan gigantesco como aquel —entre centenares de personas—, la alarma podía ser un simple susurro, una débil punzada, algo susceptible de ser pasado por alto con enorme facilidad.

—¿Sabrán los wights que hemos venido? —preguntó Bronwyn en voz baja por miedo a que algún normal pudiera oírla o, peor aún, algún wight. Tenían espías repartidos por toda la ciudad, o eso al menos nos habían hecho creer.

—Matamos a todos los que podían conocer nuestros planes —dijo con orgullo Hugh—. O mejor dicho, los maté yo.

—Lo que significa que aún nos buscarán con más ahínco —observó Millard—. Y que ahora querrán algo más que el pájaro, querrán venganza.

—Razón por la cual no podemos quedarnos mucho más aquí —me apremió Emma, dándome unos golpecitos en la pierna—. ¿Has terminado?

Me desenfocué. Perdí el punto en la multitud que estaba examinando. Vuelta a empezar.

—Dadme un minuto más —dije.

Personalmente, no eran los wights lo que más me preocupaba, sino los huecos. Ya había matado a dos y los encuentros que había mantenido con ellos habían significado casi mi fin. Era posible que mi suerte, en el caso de que fuera eso lo que me había mantenido con vida hasta el momento, empezara a agotarse. Por eso estaba decidido a no dejarme sorprender nunca más por otro hueco. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que estuviera en mi poder con tal de intuir su presencia desde muy lejos y evitar cualquier contacto con ellos. Huir de un posible encuentro no acarrearía ningún tipo de gloria, lo sabía, pero la gloria me traía sin cuidado. A lo único que aspiraba era a sobrevivir.

El verdadero peligro, pues, no eran los cuerpos que pudiera haber pululando por

el andén, sino las sombras escondidas entre ellos y más lejos, en la oscuridad de los aledaños. Tenía que concentrar mi atención hacia allí. La posibilidad de proyectar mis sentidos de esta manera, más allá de la multitud, hurgando en rincones alejados en busca de indicios que indicaran peligro, me proporcionaba una sensación casi extracorpórea. Unos días atrás no habría podido hacerlo. La habilidad de poder dirigir mi peculiaridad como si de un foco se tratara era algo completamente nuevo.

Me pregunté qué más me quedaba aún por descubrir sobre mí mismo.

—Todo bien —dije, bajando del baúl—. No detecto huecos.

—Eso también podría haberlo dicho yo —refunfuñó Enoch—. ¡De haberlos habido, ya nos habrían devorado a estas alturas!

Emma me tomó por su cuenta.

—De haber habido posibilidades de encontrárnoslos aquí, habrías tenido que ser más rápido.

Era como pedirle a alguien que acababa de aprender a nadar que participase en las Olimpiadas.

—Hago todo lo que puedo —repliqué.

Emma asintió.

—Ya lo sé. —Se volvió hacia los demás y chasqueó los dedos para reclamar su atención—. Vayamos a esa cabina —dijo, señalando una cabina telefónica de color rojo situada al otro lado del andén cuya parte superior asomaba por encima de la muchedumbre.

—¿Y a quién quieres llamar? —preguntó Hugh.

—El perro peculiar nos dijo que habían asaltado todos los bucles de Londres y secuestrado a sus ymbrynes —respondió Emma—, pero no podemos dar esta información por cierta sin antes comprobarlo, ¿no os parece?

—¿Y se puede llamar a un bucle de tiempo? —pregunté pasmado—. ¿Por teléfono?

Millard me explicó que el Consejo de Ymbrynes tenía una centralita telefónica, aunque solo funcionaba dentro de los límites de la ciudad.

—Su funcionamiento es de lo más ingenioso, teniendo en cuenta las diferencias temporales —afirmó—. ¡Que vivamos en bucles de tiempo no significa que nos hayamos quedado en la Edad de Piedra!

Emma me dio la mano y pidió a los demás que se dieran también la mano.

—Es imprescindible que no nos dispersemos —dijo—. Londres es inmenso y aquí no existe ninguna oficina de niños peculiares perdidos.

Avanzamos con dificultad entre la muchedumbre, cogidos de la mano, una serpenteante hilera con forma parabólica en la parte central, donde Olive flotaba como un astronauta caminando por la luna.

—¿Estás adelgazando? —le preguntó Bronwyn—. Me parece que necesitas un calzado más pesado, pequeña urraca.

—Cuando no como bien me vuelvo como una pluma —dijo Olive.

—¿Que no comes bien? ¡Si acabamos de comer como reyes!

—Yo no —replicó Olive—. No he probado ni el pastel de carne.

—Eres una refugiada muy melindrosa —la recriminó Enoch—. Aunque, de todas maneras, y teniendo en cuenta que Horace se ha gastado todo nuestro dinero, a partir de ahora la única manera de conseguir más comida será robándola o encontrando a una ymbryne que no haya sido secuestrada y quiera prepararnos alguna cosa.

—Seguimos teniendo dinero —replicó Horace, poniéndose a la defensiva y agitando las monedas que guardaba en el bolsillo—. Aunque no para comprar pasteles de carne. Tal vez podamos permitirnos una patata rellena.

—Si me como otra patata rellena, acabaré convertida en patata rellena —se quejó Olive.

—Eso es imposible, querida mía —la tranquilizó Bronwyn.

—¿Por qué? ¡Pues bien que Miss Peregrine puede convertirse en pájaro!

Un niño que pasaba por nuestro lado se volvió y se quedó mirándonos. Bronwyn, enfadada, le indicó a Olive que bajara la voz. Exponer nuestros secretos en público delante de los normales estaba estrictamente prohibido, aunque eran tan fantásticos que nadie los creería.

Nos abrimos paso a codazos entre un último grupo de niños y llegamos por fin a la cabina. Era tan pequeña que solo cabían tres personas, de modo que Emma, Millard y Horace se apretujaron en su interior mientras el resto nos apiñábamos junto a la puerta. Emma descolgó el teléfono, Horace hurgó en el bolsillo para extraer nuestras últimas monedas y Millard hojeó un listín de teléfonos muy grueso que colgaba de un cordel.

—¿Estás de broma? —dije, asomando la cabeza en el interior de la cabina—. ¿No irás a decirme que el teléfono de las ymbrynes aparece en el listín?

—Las direcciones que aparecen son falsas —me explicó Millard—, y la llamada no se ejecuta a menos que silbes la contraseña correcta. —Arrancó una hoja y se la pasó a Emma—. Prueba este. Millicent Thrush.

Horace echó una moneda por la ranura y Emma marcó el número. Millard cogió entonces el teléfono, silbó al auricular imitando el trino de un pájaro y se lo devolvió a Emma, que se quedó un momento a la escucha y puso mala cara.

—No lo coge nadie.

—No pasa nada —dijo Millard—. No es más que uno entre muchos. Deja que busque otro...

En el exterior de la cabina, la multitud que hasta entonces no había dejado de moverse fue disminuyendo el paso hasta detenerse. Había un atasco en algún punto que no alcanzábamos a ver. El andén estaba llegando al máximo de su capacidad. Estábamos rodeados de niños normales que charlaban entre ellos, gritaban y daban empujones. Una pequeña, que estaba justo al lado de Olive, lloraba amargamente. Llevaba coletas y tenía los ojos hinchados y enrojecidos, cargaba con una manta en una mano y una maltrecha maleta de cartón en la otra. Sujeta a la blusa, una chapa

con letras y números impresos en tamaño grande:

115-201 Londres → Sheffield

Olive se quedó mirando a la niña hasta que sus propios ojos se empañaron con lágrimas. Sin poder soportarlo más, le preguntó qué le pasaba. La niña se volvió, fingiendo no haberla oído.

Olive no captó la indirecta.

—¿Qué te pasa? —volvió a preguntarle—. ¿Lloras porque te han vendido? — Señaló la chapita que la pequeña llevaba sujeta a la blusa—. ¿Era ese tu precio?

La niña intentó escabullirse, pero un muro de gente le impidió hacerlo.

—De poder hacerlo, compraría tu libertad —prosiguió Olive—, pero me temo que hemos gastado todo el dinero que teníamos en los billetes de tren, y si no tenemos siquiera para comprar un pastel de carne, mucho menos lo tenemos para adquirir una esclava. Lo siento muchísimo.

La niña se volvió hacia Olive.

—¡No estoy en venta! —dijo pataleando.

—¿Seguro?

—¡Sí! —gritó la pequeña, y en un arranque de frustración se arrancó la chapa y la tiró al suelo—. Pero no quiero irme a vivir a esa estúpida campiña, eso es todo.

—Yo tampoco quería abandonar nuestra casa, pero tuvimos que hacerlo — replicó Olive—. Quedó destrozada por una bomba.

La expresión de la niña se dulcificó.

—La mía también. —Dejó la maleta en el suelo y extendió la mano hacia Olive—. Siento estar tan enfadada. Me llamo Jessica.

—Yo Olive.

Las dos niñas se estrecharon la mano como un par de caballeros.

—Me gusta tu blusa —dijo Olive.

—Gracias —respondió Jessica—. Y a mí me gusta... esa cosa que llevas en la cabeza.

—¡Mi tiara! —Olive levantó la mano para tocarla—. Pero no es de plata.

—No pasa nada. Es muy bonita.

Olivia esbozó la sonrisa más radiante que le había visto en mi vida. En aquel momento sonó un potente silbato y una voz retumbó por los altavoces.

—¡Todos los niños al tren! ¡En fila y en orden!

El gentío empezó a moverse de nuevo. Aquí y allá, vi que los adultos guiaban a los niños como si de un rebaño se tratase. Oí a uno de ellos decir:

—No os preocupéis, muy pronto volveréis a ver a vuestros papás y a vuestras mamás.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de por qué había tantos niños. Estaban siendo evacuados. De los centenares de niños que se habían congregado en la estación

de tren aquella mañana, mis amigos y yo éramos los únicos que habíamos llegado de otro lugar. El resto se marchaba, se alejaba de la ciudad por cuestiones de seguridad, y viendo los abrigos de invierno que la mayoría llevaba y lo abultado de sus maletas, tal vez fuera para mucho tiempo.

—Tengo que irme —dijo Jessica. Olive empezó a despedirse de su nueva amiga, pero la muchedumbre la arrastró irremediamente hacia uno de los trenes estacionados junto al andén. En un abrir y cerrar de ojos, Olive hizo y perdió la única amiga normal que había tenido en su vida.

Jessica volvió la cabeza hacia nosotros en el momento de embarcar. Su expresión compungida parecía decir: «¿Qué será de mí?».

Y viéndola desaparecer, nosotros nos formulamos también esa pregunta.

Emma, que seguía dentro de la cabina, miró el auricular con mala cara.

—No contesta nadie —dijo—. Llamas a cualquier número y suena y suena, pero nada.

—Probemos el último —insistió Millard, pasándole una nueva página que acababa de arrancar—. Cruza los dedos.

Estaba mirando a Emma marcar un nuevo número cuando a mi espalda estalló un jaleo, y al volverme vi a un hombre con las mejillas enrojecidas que agitaba un paraguas hacia nosotros.



—¿Qué hacéis aquí perdiendo el tiempo? —nos increpó—. ¡Salid de esa cabina y subid a vuestro tren de inmediato!

—Acabamos de bajar de un tren —le explicó Hugh—. ¡No vamos a subir ahora a otro!

—¡¿Y qué habéis hecho con vuestras chapas?! —vociferó el hombre, expulsando motitas de saliva—. ¡Ponéoslas enseguida o por Dios que os mandaremos a un lugar mucho menos agradable que Gales!

—¡Lárguese ahora mismo —le gritó Enoch—, o seremos nosotros los que lo mandemos a usted directo al infierno!

El hombre se puso tan colorado que pensé que acabaría estallándole una vena del cuello. Era evidente que no estaba acostumbrado a que un niño le hablara en ese tono.

—¡He dicho que salgáis de esa cabina! —rugió, y después de levantar el paraguas por encima de la cabeza como si fuese el hacha de un verdugo, lo dejó caer sobre el cable que se extendía desde el techo de la cabina hasta la pared, partiéndolo por la mitad con un estrepitoso ¡crac!

El teléfono se quedó muerto. Emma levantó la vista, hirviendo de rabia.

—Si tantas ganas tiene de utilizar el teléfono —dijo—, será mejor que se lo demos.

Mientras Emma, Millard y Hugh salían de la cabina, Bronwyn agarró al hombre por las manos y lo forzó a llevárselas a la espalda.

—¡Para! —gritó el hombre—. ¡Suéltame!

—¡Oh, sí, claro que lo soltaré! —replicó Bronwyn, y lo cogió, lo metió de cabeza en la cabina y bloqueó la puerta cruzando por delante el paraguas. El hombre empezó a gritar y a aporrear el cristal, y a pegar saltos como un moscardón atrapado en una botella. A pesar de que habría sido divertido quedarnos allí para reírnos de él, el escándalo había llamado la atención de los adultos, que empezaban a acercarse hacia nosotros procedentes de todos los rincones de la estación. Había llegado el momento de irse.

Nos dimos la mano y echamos a correr hacia los torniquetes de la entrada, dejando a nuestro paso una estela de normales víctimas de zancadillas y empujones. En aquel momento se oyó el silbido de un tren, que fue replicado como un eco en el interior del baúl de Bronwyn, donde Miss Peregrine estaba siendo zarandeada como la colada dentro de la lavadora. Demasiado ligera para correr, Olive se aferró al cuello de Bronwyn y se dejó arrastrar como un globo medio desinflado sujeto a un cordel.

Cerca de la salida había numerosos adultos, y en vez de sortearlos, intentamos abalanzarnos contra ellos.

No funcionó.

La primera que nos interceptó fue una mujer grandota que arreó un golpe con el bolso a la cabeza de Enoch y luego le hizo un placaje. Cuando Emma intentó quitársela de encima, dos hombres la agarraron por los brazos y la derribaron. Estaba a punto de saltar sobre ella para ayudarla cuando un tercer hombre me agarró entonces a mí por los brazos.

—¡Que alguien haga algo! —gritó Bronwyn. Todos sabíamos a qué se refería, pero no era evidente quién disponía aún de libertad de actuación. Entonces vi pasar una abeja justo por debajo de la nariz de Enoch. Acto seguido, el insecto clavó el agujón en el trasero de la mujer que tenía prácticamente sentada a horcajadas encima; la mujer gritó y se levantó de un brinco.

—¡Sí! —exclamó Enoch—. ¡Más abejas!

—¡Están cansadas! —replicó Hugh—. ¡Ni siquiera han podido dormir después de salvaros la última vez! —Pero comprendió enseguida que no había más remedio: Emma tenía las manos inmovilizadas, Bronwyn estaba ocupada protegiendo tanto el baúl como a Olive de un trío de rabiosos conductores de tren, y se acercaban aún más adultos. De manera que Hugh empezó a aporrearse el pecho como si intentara desatascar un pedazo de comida que se le hubiera atragantado. Soltó un estruendoso eructo y al instante emergió de su boca una decena de abejas. Los insectos trazaron unos cuantos círculos en el aire, se orientaron debidamente y empezaron a picar a todo adulto que se pusiera a su alcance.

Los hombres que sujetaban a Bronwyn la soltaron enseguida y huyeron corriendo. El que me sujetaba a mí, recibió un picotazo en la punta de la nariz, chilló y

empezó a agitar las manos como si estuviese poseído por los demonios. Los adultos corrían de un lado a otro intentando defenderse de sus minúsculos atacantes con espásticos movimientos de baile, para delicia de los niños que seguían todavía en el andén, que reían, aplaudían y agitaban los brazos imitando los gestos ridículos de los mayores.

Mientras todo el mundo estaba distraído, nos reagrupamos, echamos a correr hacia los torniquetes y salimos a la bulliciosa tarde londinense.

Acabamos perdiéndonos en aquel caos de calles. Era como si nos hubiésemos sumergido en un frasco lleno de líquido cargado de partículas: caballeros, señoras, trabajadores, soldados, niños de las calles y mendigos corrían decididos en todas direcciones, esquivando minúsculos y chisporroteantes coches, carritos de vendedores que anunciaban a gritos su mercancía, músicos callejeros tocando trompetas y autobuses haciendo sonar el claxon para detenerse con una sacudida y derramar todavía más gente en las abarrotadas aceras. Enmarcando todo esto, un cañón formado por edificios con fachadas adornadas con columnas, tan altos que dejaban la calle sumida en la sombra, el sol de la tarde amortiguado y reducido, por culpa de los humos malsanos de Londres, a un lóbrego resplandor, una linterna titilando al otro lado de la niebla.

Mareado, entrecerré los ojos y dejé que Emma tirara de mí, mientras con la mano que tenía libre hurgaba en el interior del bolsillo para acariciar el frío cristal del teléfono móvil. El gesto me proporcionó una curiosa sensación de calma. El teléfono era una reliquia inútil del futuro, aunque un objeto que conservaba todavía parte de su poder, puesto que un largo y fino filamento conectaba aquel desconcertante mundo con el universo cuerdo y reconocible que en su día fuera mi casa; un objeto que cuando lo tocaba era como si me dijese: «Estás aquí y esto es real, no estás soñando y sigues siendo tú». Por alguna razón, conseguía con ello que todo a mi alrededor vibrase a menos velocidad.

Enoch había pasado sus años de formación en Londres y decía recordar bien sus calles, de modo que asumió el liderazgo. Nos movimos básicamente por callejuelas y calles secundarias, lo que hizo que la ciudad nos pareciera de entrada un laberinto de paredes grises y canalones de desagüe, su grandeza revelada de manera fugaz cuando corríamos por amplios bulevares antes de refugiarnos de nuevo en la seguridad de las sombras. El recorrido por los callejones acabó convirtiéndose casi en un juego de persecución entre nosotros. Horace fingió tropezar con un bordillo, para levantarse acto seguido con agilidad, hacer una reverencia como si fuese un bailarín y tocarse el ala del sombrero. Reímos como tontos, extrañamente aturdidos, sin poder creer que hubiéramos llegado tan lejos después de la travesía por mar, la excursión por el bosque, los encuentros con furibundos huecos y con mortales escuadrones de wights, y ahora, por fin, Londres.

Nos alejamos de la estación de tren y nos detuvimos en un callejón repleto de cubos de basura para recuperar el aliento. Bronwyn depositó el baúl en el suelo y extrajo del mismo a Miss Peregrine, que empezó a tambalearse sobre los adoquines como si estuviera borracha. Horace y Millard estallaron en carcajadas.

—No sé dónde le veis la gracia —dijo Bronwyn—. Miss P no tiene la culpa de estar tan mareada.

Horace extendió los brazos.

—¡Bienvenidos a la bella ciudad de Londres! —proclamó—. Es mucho más grandiosa de lo que nos describiste, Enoch. ¡Y eso que nos la has descrito durante setenta y cinco años!: Londres, Londres y más Londres. ¡La ciudad más grande del mundo!

Millard cogió la tapa de un cubo de basura.

—¡Londres! ¡La basura más espléndida que podáis encontrar!

Horace se quitó el sombrero.

—¡Londres! ¡Donde incluso las ratas llevan sombrero de copa!

—Oh, no llegué nunca a esos extremos —protestó Enoch.

—¡Y tanto que sí! —terció Olive—. «En Londres esto no lo hacen así», nos decías. O «En Londres la comida es mucho más buena».

—Es evidente que esto no es una visita turística a la ciudad —replicó Enoch, poniéndose a la defensiva—. ¿Qué preferís, ir por los callejones o que los wights detecten nuestra presencia?

Horace ignoró el comentario.

—¡Londres, donde todos los días es fiesta! Será para el basurero.

Se echó a reír y su risa fue contagiosa. En un instante, estábamos todos riéndonos a carcajadas, incluido Enoch.

—Imagino que lo adorné todo un poquito —reconoció.

—Pues yo no le encuentro la gracia a Londres —dijo Olive con mala cara—. Es una ciudad sucia, apestosa y llena de gente cruel y desagradable que hace llorar a los niños. ¡La odio! —Frunció con fuerza el entrecejo y añadió—: ¡Empiezan a rugirme las tripas del hambre que tengo! —Y todos volvimos a reír a carcajadas.

—Esa gente de la estación era desagradable —admitió Millard—. Y recibió su merecido. Nunca olvidaré la cara de ese hombre cuando Bronwyn lo encerró en la cabina.

—¡Ni la de esa mujer horrorosa cuando la abeja le picó en el culo! —exclamó Enoch—. Pagaría incluso dinero por volver a verlo.

Miré de reojo a Hugh, esperando que interviniese, pero estaba de espaldas a nosotros, sus hombros se estremecían a causa del temblor...

—¿Hugh? —lo llamé—. ¿Te encuentras bien?

Casi se asustó.

—A nadie le importa un pimiento —protestó—. Nadie se molesta por saber cómo está el viejo Hugh, que siempre está aquí para salvarle el pellejo a todo el mundo sin

que nadie luego le dedique una simple palabra de agradecimiento.

Avergonzados, le dimos las gracias y nos disculpamos.

—Lo siento, Hugh.

—Gracias de nuevo, Hugh.

—Siempre nos ayudas cuando estamos en un apuro, Hugh.

Finalmente se volvió.

—Eran mis amigos, ¿sabéis?

—¡Y todos seguimos siéndolo! —exclamó Olive.

—No me refiero a vosotros, sino a mis abejas. Solo pueden picar una vez y luego se apagan, se van a la gran colmena celestial. Ahora solo me queda Henry, que además no puede volar porque le falta un ala. —Extendió la mano y la abrió poco a poco. Allí, en la palma, estaba Henry, saludándonos con su única ala.

»Vamos, compañero —le susurró Hugh—. Es hora de volver a casa. —Sacó la lengua, depositó en ella la abeja y cerró la boca.

Enoch le dio unos golpecitos cariñosos en la espalda.

—Las devolveré a la vida, aunque no sé si funcionará con criaturas tan pequeñas como esas.

—Gracias, de todas formas —dijo Hugh. Entonces tosió para aclararse la garganta y se frotó las mejillas con la intención de secarlas, como si le molestara que las lágrimas pudieran revelar sus sentimientos.

—Te encontraremos más en cuanto hayamos solucionado el asunto de Miss P —le aseguró Bronwyn.

—Por cierto, ahora que la mencionas —Enoch se volvió hacia Emma—, ¿conseguiste contactar por teléfono con alguna ymbryne?

—Con ninguna —respondió Emma, y tomó asiento sobre un cubo de basura volcado, con aspecto deprimentemente alicaído—. Confiaba en que la buena suerte estuviera de mi lado por una vez. Pero no.

—Es posible, pues, que el perro tuviera razón —apuntó Horace—. Y que los grandes bucles de Londres hayan caído en manos de nuestros enemigos.

Movió la cabeza a derecha e izquierda con solemnidad en gesto negativo.

—Lo peor está aún por llegar. Todas las ymbrynes han sido secuestradas.

Agachamos la cabeza; nuestro buen humor había desaparecido por completo.

—En este caso, Millard —dijo Enoch—, mejor será que nos cuentes todo lo que sepas sobre los bucles de castigo. Si es allí donde tienen prisioneras a las ymbrynes, tendremos que planificar el rescate.

—No —replicó Millard—. No, no, no.

—¿A qué te refieres con tanto «no»? —inquirió Emma.

Millard emitió un sonido ahogado y empezó a respirar con dificultad.

—Me refiero a que... no podemos...

Era como si no le salieran las palabras.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Bronwyn—. ¿Qué te sucede, Mill?

—Será mejor que empieces a explicar ahora mismo a qué te refieres con tanto «no» —dijo Emma, empleando un tono amenazador.

—Lo que quiero decir es que todos moriremos, esto es lo que pasa —replicó Millard con voz quebrada.

—Cuando estábamos en la casa de fieras lo explicaste como si fuera facilísimo —le recordé—. Casi como si fuera posible entrar en un bucle de castigo bailando el vals...

Millard estaba hiperventilando, estaba realmente histérico, y me asusté de verdad. Bronwyn encontró una bolsa de papel y le dijo que respirara en su interior. Cuando se hubo recuperado un poco empezó a explicarse:

—Entrar en esos bucles es fácil —dijo, hablando muy despacio, esforzándose por controlar el ritmo de la respiración—. Lo complicado es salir. Salir vivo, diría más bien. Los bucles de castigo son todo lo que explicó el perro y más. Ríos de fuego... vikingos sedientos de sangre... una pestilencia tan horrorosa que incluso se hace difícil respirar... y, mezclado con todo eso, como si de una bullabesa diabólica se tratara, vete tú a saber cuántos wights y espíritus huecos habrá además allí dentro.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Horace, levantando los brazos—. Tendrías que habérmelo dicho antes, que nos aguardaba todo esto, cuando estábamos en la casa de fieras.

—¿Habría cambiado alguna cosa, Horace? —Respiró un poco más en el interior de la bolsa—. De haber contado lo realmente aterrador que puede ser, ¿habrías elegido dejar que la humanidad de Miss Peregrine acabase muriendo?

—Por supuesto que no —respondió Horace—. Pero tendrías que habernos contado la verdad.

Millard soltó la bolsa. Estaba recuperando las fuerzas, y con ellas su convicción.

—Reconozco que minimicé los peligros de los bucles de castigo. Pero jamás pensé que pudiéramos llegar hasta aquí. A pesar del discurso fatídico del perro sobre el estado actual de Londres, estaba seguro de que encontraríamos al menos un bucle que no hubiera sido saqueado, en el que su ymbryne siguiera presente para poder contar con ella. Y por lo que sabemos, todavía es posible que sea así. ¿Cómo saber con seguridad que todas las ymbrynes han sido secuestradas? ¿Acaso hemos visto los bucles saqueados con nuestros propios ojos? ¿Y si los teléfonos de las ymbrynes estuvieran simplemente desconectados?

—¿Todos? —inquirió con sorna Enoch.

Incluso Olive, la siempre optimista Olive, negó con la cabeza al oír aquello.

—¿Y qué sugieres entonces, Millard? —preguntó Emma—. ¿Que visitemos todos los bucles de Londres con la esperanza de encontrar todavía alguno en buen estado? ¿Y qué probabilidades dirías que tenemos de que los corruptos, que precisamente andan buscándonos, dejen sin vigilancia esos bucles?

—Creo que tendríamos más probabilidades de sobrevivir si pasáramos una noche entera jugando a la ruleta rusa —ironizó Enoch.

—Lo que quiero decir —apuntó Millard— es que no tenemos pruebas de...

—¿Qué más pruebas quieres? —lo interrumpió Emma—. ¿Charcos de sangre? ¿Una montaña de plumas arrancadas de las ymbrynes? Miss Avocet nos dijo que los asaltos se iniciaron hace semanas. Es evidente que Miss Wren creía que todas las ymbrynes de Londres habían sido secuestradas. ¿Lo sabes acaso tú mejor que Miss Wren, que es una ymbryne? Y estamos aquí y ninguno de los bucles responde al teléfono. De modo que explícame, por favor, por qué ir de bucle en bucle no es más que una suicida y peligrosa pérdida de tiempo.

—Espera un momento... ¡Eso es! —exclamó Millard—. ¿Y Miss Wren?

—¿Qué pasa ahora con ella? —dijo Emma.

—¿No recuerdas lo que nos dijo el perro? Miss Wren viajó a Londres hace pocos días, cuando se enteró de que sus hermanas ymbrynes habían sido secuestradas.

—¿Y?

—¿Y si sigue por aquí?

—Lo más probable es que a estas alturas ya la hayan capturado también —apuntó Enoch.

—¿Y si no fuera así? —La voz de Millard rebotaba esperanza—. Podría ayudar a Miss Peregrine... y no tendríamos por qué acercarnos a los bucles de castigo.

—¿Y cómo sugieres que demos con ella? —preguntó Enoch, casi chillando—. ¿Gritando su nombre por los tejados? Esto no es Cairnholm, es una ciudad con millones de habitantes.

—Las palomas —dijo Millard.

—¿Puedes repetir eso?

—¿No fueron las palomas peculiares de Miss Wren las que la informaron de la captura de las ymbrynes? Si sabían adónde habían ido a parar las demás ymbrynes, deberían conocer también el paradero de Miss Wren. Son tuyas, al fin y al cabo.

—¡Ja! —exclamó Enoch—. La única cosa más común aquí que las señoras de mediana edad de aspecto vulgar son las bandadas de palomas. ¿Y pretendes registrar todo Londres en busca de una bandada en particular?

—Me parece una locura —intervino Emma—. Lo siento, Mill, pero no veo cómo podría funcionar tu propuesta.

—Entonces es una suerte que dedicara el viaje en tren a estudiar en vez de a chismorrear. ¡Que alguien me pase los *Cuentos*!

Bronwyn extrajo el libro del baúl y se lo entregó. Millard se abalanzó sobre él y empezó a hojearlo.

—Este libro contiene muchas respuestas —dijo—, pero hay que saber qué buscar. —Se detuvo al alcanzar una determinada página y señaló el principio con el dedo—. ¡Ajá! —exclamó, girando el libro hacia nosotros para mostrarnos lo que había encontrado.

El cuento llevaba por título «Las palomas de St. Paul».

—Que me aspen —masculló Bronwyn—. ¿Podría tratarse de las mismas

palomas?

—Si se habla sobre ellas en los *Cuentos*, es seguro que son palomas peculiares — afirmó Millard—. ¿Y cuántas bandadas de palomas peculiares podría haber?

Olivia empezó a aplaudir y a gritar:

—¡Eres brillante, Millard!

—Gracias, sí, ya lo sabía.

—Espera un momento —dije—. Estoy completamente perdido. ¿Qué es St. Paul?

—Eso lo sé incluso yo —respondió Olive—. Es la catedral. —Y corrió hacia el fondo del callejón para señalar una cúpula gigantesca que se divisaba a lo lejos.

—Es la catedral más grande y majestuosa de Londres —explicó Millard—, y si mi corazonada es correcta, es también el lugar donde anidan las palomas de Miss Wren.

—Confiemos en que estén en casa —dijo Emma—. Y que tengan buenas noticias que darnos. Últimamente andamos escasos de ellas.

Mientras recorríamos el laberinto de callejuelas que nos llevaba a la catedral, se cernió sobre nosotros un reflexivo silencio. Hubo largos ratos en los que no habló nadie, en los que solo se oía el sonido de nuestras pisadas sobre el pavimento y los ruidos característicos de la ciudad: aviones, el omnipresente zumbido del tráfico, sirenas que pitaban y ululaban a nuestro alrededor.

Cuanto más nos alejábamos de la estación de tren, más evidencias veíamos de las bombas que habían caído sobre Londres. Fachadas de edificios taladradas por la metralla, ventanas destrozadas, calles cuyo suelo brillaba cubierto con la escarcha del polvo de cristal... El cielo estaba salpicado con rechonchos dirigibles plateados sujetos al suelo mediante intrincadas redes de cable.

—Globos de barrera —me explicó Emma cuando vio que estiraba el cuello para observarlos mejor—. Los bombarderos alemanes que vuelan por la noche quedan atrapados entre sus cables y se estrellan.

Nos tropezamos entonces con una escena de destrucción tan abracadabrante que me dejó paralizado y boquiabierto, no por voyerismo morboso, sino porque a mi cerebro se le hacía imposible procesarla sin examinarla con más detalle.

Una bomba había provocado un gran cráter que se expandía hasta abarcar todo el ancho de la calle, una boca monstruosa con fragmentos de adoquines a modo de dientes. En uno de sus extremos, la explosión había arrancado la fachada de un edificio, aunque había dejado prácticamente intacto el interior de la vivienda. Parecía una casa de muñecas exhibiendo sus habitaciones en plena calle: el comedor, con la mesa lista para comer; en la pared de un pasillo, cuadros con fotografías familiares, torcidos pero aún ahí; un rollo de papel higiénico intacto y a merced de la brisa, ondeando como una larga bandera blanca.

—¿Lo dejaron construido a medias? —preguntó Olive.

—No, boba —dijo Enoch—. Le cayó una bomba.

Por un momento me dio la impresión de que Olive iba a romper a llorar, pero se puso entonces muy seria, levantó un puño hacia el cielo y gritó:

—¡Asqueroso Hitler! ¡Detén ya esta horrorosa guerra y lárgate de una vez por todas!

Bronwyn le dio unos golpecitos en el brazo.

—Tranquila. No puede oírte, cariño.

—No es justo —gimoteó Olive—. Estoy harta de aviones, de bombas y de guerra.

—Todos lo estamos —asintió Enoch—. Incluso yo.

Entonces oí el grito de Horace y me volví rápidamente. Señalaba alguna cosa en la calzada. Corrí para ver qué era, y en cuanto lo tuve ante mis ojos me detuve en seco, paralizado, el cerebro gritándome: «¡Vete de aquí!», y las piernas negándose a escucharlo.

Era una pirámide de cabezas. Ennegrecidas y huecas, la boca abierta, los ojos cerrados, derretidas y pegadas entre sí en la cuneta, como una horrorosa hidra de múltiples cabezas. Emma se acercó a mirar, sofocó un grito y dio media vuelta; llegó Bronwyn, que se echó a llorar; a Hugh le entraron náuseas y se tapó los ojos con las manos; y por último se acercó Enoch, que no se mostró en absoluto angustiado. Sin perder la calma, empujó con la punta del zapato una de las cabezas y anunció que no eran más que maniquíes hechos de cera que habrían ido a parar allí procedentes de alguna tienda de pelucas destrozada por el bombardeo. Nos sentimos un poco ridículos, pero no por ello menos horrorizados, porque a pesar de que las cabezas no eran de verdad, representaban una realidad escondida bajo los escombros que nos rodeaban por todas partes.

—Vámonos —dijo Emma—. Esto no es más que un cementerio.

Seguimos andando. Intenté hacerlo con la mirada fija en el suelo, pero resultaba imposible obviar nuestro fantasmagórico entorno. Un edificio incendiado vomitando humo, el único bombero enviado para apagarlo, apabullado y derrotado, con el cuerpo lleno de quemaduras y exhausto, la manguera seca. Pero seguía allí de todos modos, como si, a falta de agua, su trabajo consistiera ahora en ser testigo de aquella desgracia.

Un bebé en un cochecito, abandonado en la calle, llorando a lágrima viva.

Bronwyn ralentizó el paso, superada.

—¿Creéis que podríamos ayudar a alguien?

—No serviría de nada —dijo Millard—. Esta gente pertenece al pasado, y el pasado no puede alterarse.

Bronwyn asintió con tristeza. Sabía que era así, pero necesitaba oírlo. Era como si no estuviéramos aquí; éramos tan inútiles como fantasmas.

Entonces se levantó una nube de ceniza que ocultó casi por completo al bombero

y al bebé. Seguimos andando mientras respirábamos con dificultad debido a la polvareda que el viento estaba levantando y el polvo de hormigón nos blanqueaba la ropa, nuestras caras pálidas como el hueso.

Seguimos recorriendo lo más deprisa posible manzanas con edificios en ruinas y nos quedamos maravillados cuando, de repente, las calles volvieron a cobrar vida. A escasa distancia del infierno, la gente iba y venía, llenando las aceras, habitando edificios que disponían aún de electricidad, ventanas y paredes. Doblamos una esquina y apareció la cúpula de la catedral, orgullosa e imponente a pesar de que había zonas donde la piedra había quedado ennegrecida por el fuego y algunos arcos estaban desmoronándose. Pero, igual que sucedía con el espíritu de la ciudad, para derribar St. Paul hacía falta algo más que bombas.

Iniciamos la cacería en una plaza cercana a la catedral, donde los ancianos sentados en los bancos daban de comer a las palomas. Al principio fue un caos: nos lanzamos como salvajes a por ellas y las palomas se marcharon volando. Los ancianos refunfuñaron y decidimos retirarnos para esperar que volvieran. Y acabaron haciéndolo, puesto que las palomas no son precisamente los animales más inteligentes del planeta, momento en el cual decidimos turnarnos para infiltrarnos entre ellas e intentar cogerlas desprevenidas, agachándonos para capturarlas. Imaginé que Olive, que era menuda y rápida, o Hugh, con su conexión peculiar con todo tipo de criaturas aladas, tendrían algo de suerte, pero ambos fueron humillados. Millard tampoco obtuvo mejores resultados, y eso que las palomas ni siquiera lo veían. Cuando llegó mi turno, las palomas debían de estar ya hartas de que las molestásemos, puesto que, en el momento en que pisé la plaza, levantaron todas el vuelo y me lanzaron una bomba en forma de una enorme cagada conjunta que me envió corriendo a una fuente para lavarme la cabeza.







Al final, fue Horace quien consiguió capturar una. La táctica que utilizó fue sentarse en un banco junto a los ancianos y lanzarles comida hasta que los pájaros se le acercaron. Entonces, se inclinó muy lentamente hacia adelante, extendió el brazo y, con toda la cautela posible, agarró a una paloma por la pata.

—¡Ya te tengo! —exclamó.

La paloma aleteó e intentó escapar, pero Horace la sujetó con fuerza.

Vino con ella hasta donde nos habíamos quedado nosotros.

—¿Cómo saber si es peculiar? —dijo, dándole la vuelta para examinarle el vientre, casi como si esperase encontrar allí una etiqueta que lo indicara.

—Enséñasela a Miss Peregrine —sugirió Emma—. Ella seguro que lo sabrá.

De modo que abrimos el baúl, echamos la paloma dentro y cerramos enseguida la tapa. La paloma empezó a chillar como si estuvieran despedazándola.



Poniendo mala cara, dije:

—¡Tranquila, Miss P!

Cuando Bronwyn volvió a abrir el baúl, vimos flotar una nubecilla de plumas, pero la paloma en sí no estaba por ningún lado.

—¡Oh, no, se la ha comido! —exclamó Bronwyn.

—No, no puede ser —dijo Emma—. Miremos debajo.

Miss Peregrine dio un saltito para hacerse a un lado y debajo apareció la paloma, viva pero aturdida.

—¿Y bien? —preguntó Enoch—. ¿Es o no es una de las palomas de Miss Wren?

Miss Peregrine empujó a la paloma con el pico y el ave echó a volar. A continuación, salió del baúl de un salto, se dirigió renqueante hacia la plaza y con un potente graznido asustó a todas las palomas. El mensaje era claro: la paloma que había cazado Horace no era peculiar y tampoco lo era ninguna de las que había en la plaza. Tendríamos que seguir buscando.

Miss Peregrine se encaminó a saltitos hacia la catedral y agitó con impaciencia el

ala buena. Conseguimos atraparla justo a los pies de la escalinata. El edificio se cernía sobre nosotros, los elevados campanarios enmarcando su gigantesca cúpula. Un ejército de ángeles manchados de hollín nos observaba desde los relieves de mármol.

—¿Cómo vamos a poder inspeccionar un lugar tan gigantesco como este? —me pregunté en voz alta.

—Lo haremos examinando estancia tras estancia —dijo Emma.

Un sonido extraño nos detuvo al llegar a la puerta. Parecía la alarma de un coche muy lejana, su nota elevándose y descendiendo como si siguiera el perfil de un arco. Aunque en 1940 las alarmas de coche no existían, claro está. Era la sirena que anunciaba un ataque aéreo.

Horace se encogió de miedo.

—¡Se acercan los alemanes! —gritó—. ¡La muerte que llega del cielo!

—No sabemos exactamente qué significa esto —dijo Emma—. Podría tratarse de una falsa alarma, o de una prueba.

Pero las calles y la plaza se vaciaron rápidamente, los ancianos doblaron sus periódicos y abandonaron los bancos.

—Creo que a ellos no les parece que esto sea una prueba —replicó Horace.

—¿Desde cuándo nos dan miedo cuatro bombas? —exclamó Enoch—. ¡Dejad ya de hablar como niños normales!

—Creo que habrá que recordarte —replicó Millard— que esto no es precisamente el tipo de bombas al que estamos acostumbrados. A diferencia de las de Cairnholm, aquí no sabemos dónde van a caer.

—Razón de más para encontrar lo que hemos venido a buscar, y enseguida —terció Emma, tirando de nosotros para entrar en el edificio.

El interior de la catedral era enorme —parecía infinitamente más grande que el exterior—, y a pesar de que había sufrido daños, seguía albergando fervorosos creyentes, arrodillados aquí y allá, concentrados en silenciosa oración. El altar estaba enterrado bajo un montón de escombros. Una bomba había traspasado el techo y abierto un orificio por donde se filtraban brillantes rayos de sol. Un único soldado permanecía sentado sobre un pilar caído y contemplaba el cielo que se extendía al otro lado de la abertura del techo.

Seguimos caminando, estirando el cuello para mirarlo todo, pedazos de hormigón y ladrillos rotos crujendo bajo el peso de nuestros pies.

—No veo nada —se lamentó Horace—. Aquí pueden cobijarse más de diez mil palomas.

—No miréis —dijo Hugh—. Escuchad.

Nos paramos y aguzamos el oído para intentar captar el revelador arrullo de las palomas. Pero lo único que se oía era el incesante gemido de las sirenas que alertaban de la llegada del bombardeo y, por debajo de él, una serie de restallidos sordos que

parecían el retumbar de los truenos. Me obligué a mantener la calma, pero mi corazón tamborileaba como una caja de ritmos.

Estaban bombardeando la ciudad.

—Tenemos que irnos —los apremié, atenazado por el pánico—. Tiene que haber un refugio cerca de aquí. Un lugar seguro donde escondernos.

—¡Estamos muy cerca de conseguirlo! —proclamó Bronwyn—. ¡No podemos marcharnos ahora!

Un nuevo estallido, más próximo esta vez. Los demás también empezaban a ponerse nerviosos.

—Tal vez Jacob tenga razón —apuntó Horace—. Busquemos un lugar seguro donde escondernos hasta que termine el bombardeo. Seguiremos buscando cuando todo haya pasado.

—No existe ningún lugar completamente seguro —replicó Enoch—. Las bombas pueden alcanzar incluso un refugio subterráneo.



—Pero no un bucle —apuntó Emma—. Y si había un cuento que hablaba sobre esta catedral, quizá existe también la entrada a algún bucle.

—Quizá —admitió Millard—, quizá, quizá. Pásame el libro, que lo investigo.

Bronwyn abrió el baúl y le pasó el libro a Millard.

—Veamos —dijo, hojeándolo hasta localizar «Las palomas de St. Paul».

«Estamos en pleno bombardeo y nosotros leyendo cuentos —pensé—. Tengo la impresión de estar viviendo en el reino de los locos.»

—¡Escuchad con atención! —exclamó Millard—. Si hay por aquí la entrada a algún bucle, este cuento podría decirnos cómo encontrarla. Por suerte, es corto.

En aquel momento cayó una bomba muy cerca, en el exterior. El suelo tembló y se desprendió la escayola del techo. Apreté con fuerza los dientes e intenté concentrarme en el ritmo de mi respiración.

Impertérrito, Millard tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—«Las palomas de St. Paul» —empezó a leer con voz de trueno.

—El título ya lo sabemos —protestó Enoch.

—¡Lee rápido, por favor! —lo apremió Bronwyn.

—Si no dejáis de interrumpirme, nos pasaremos la noche entera aquí —replicó Millard, y continuó:

»“Érase una vez, en un tiempo peculiar, mucho antes de que hubiera torres, campanarios y edificios altos en la ciudad de Londres, una bandada de palomas se metieron en la cabeza que querían un lugar bello y elevado donde poder posarse y anidar, por encima del bullicio y el alboroto de la sociedad humana. Sabían cómo construirlo, puesto que las palomas son constructoras por naturaleza y mucho más inteligentes de lo que todo el mundo supone. Pero los ciudadanos del antiguo Londres nunca habían demostrado el más mínimo interés por la construcción de edificaciones altas, razón por la cual, una noche, las palomas decidieron entrar a hurtadillas en la habitación del humano más trabajador que pudieron encontrar y susurrarle al oído sus planes para la construcción de una espléndida torre.

»”A la mañana siguiente, el hombre se despertó tremendamente excitado. Había soñado (o eso creía) con una magnífica iglesia con un campanario rematado con un chapitel que se elevaría por encima de la colina más alta de la ciudad. Unos años más tarde, y con un coste enorme para los humanos, estaba por fin construida. La iglesia tenía un campanario muy alto, con todo tipo de recovecos y ranuras donde podían posarse las palomas, que se sintieron muy satisfechas consigo mismas.

»”Entonces, un día, los vikingos saquearon la ciudad e incendiaron la torre, que quedó totalmente destruida, de modo que las palomas tuvieron que buscar otro arquitecto, susurrarle al oído y esperar con paciencia que se construyera una nueva torre para la iglesia, esta vez más grandiosa y más alta incluso que la original. Y así se construyó, grandiosa y altísima. Pero también acabó reducida a cenizas como consecuencia de un incendio.

»”La historia se repitió durante cientos de años: el incendio de la torre y las palomas susurrando planes para la construcción de torres más grandiosas y más altas a generaciones y generaciones de arquitectos que siempre recibían su inspiración mientras dormían. A pesar de que los arquitectos jamás fueron conscientes de lo

mucho que les debían a las palomas, en todo momento las trataron con ternura y les permitieron deambular a sus anchas por las naves y los campanarios, convirtiéndolas en guardianas y mascotas del lugar, cosa que eran en realidad”.

—Esto no sirve para nada —protestó Enoch—. Avanza hasta donde habla de la entrada al bucle.

—¡Llegará cuando tenga que llegar! —le espetó Millard, y continuó:

»“Al final, después de la construcción y desaparición de muchas torres de la iglesia, los planes de las palomas se volvieron tan ambiciosos que les llevó muchísimo tiempo encontrar un humano con la inteligencia necesaria para llevarlos a cabo. Cuando por fin dieron con él, el hombre se resistió, puesto que después de tantas torres incendiadas, creía que el proyecto estaba maldito. Intentó quitarse la idea de la cabeza, pero las palomas regresaban noche tras noche para susurrarle al oído. El hombre, sin embargo, seguía sin hacer nada. De manera que las palomas empezaron a presentarse también durante el día, cosa que jamás habían hecho antes, para decirle con su extraño y risueño idioma que él era el único ser humano capaz de construir la torre que ellas querían y que tenía que hacerlo. Pero el hombre continuó negándose y las echó de su casa, diciéndoles:

»”‘¡Fuera, largaos de aquí, criaturas asquerosas!’.

»”Las palomas, insultadas y vengativas, siguieron acosando al hombre hasta casi volverlo loco (persiguiéndolo a dondequiera que fuese, pegándose a su ropa, tirándole del pelo, apestandole la comida con las plumas de la cola, picoteando en su ventana por la noche para impedirle dormir), hasta que un día, el hombre cayó de rodillas y dijo:

»”‘¡Palomas! Construiré todo lo que queráis, siempre y cuando lo vigiléis y lo protegáis del fuego’.

»”Las palomas reflexionaron acerca de la oferta. Después de hablar entre ellas, llegaron a la conclusión de que en el pasado deberían haber vigilado mejor las torres y no limitarse solo a disfrutar de ellas, y juraron hacer todo lo posible para proteger la torre en el futuro. De modo que el hombre construyó una catedral gigantesca con dos torres y coronada por una cúpula. Era majestuosa, y tanto el hombre como las palomas quedaron tan satisfechos con el resultado que acabaron haciéndose grandes amigos. El hombre nunca más hizo nada sin tener cerca una paloma que lo aconsejara. Cuando murió, a muy avanzada edad y después de disfrutar de una vida feliz, las palomas siguieron visitándolo de vez en cuando, bajo tierra. Y hasta la fecha, la catedral que construyeron conjuntamente sigue alzándose en lo alto de la colina más elevada de Londres, vigilada siempre por las palomas”.

Millard cerró el libro.

—Fin.

Emma emitió un bufido de exasperación.

—Sí, muy bien, pero ¿desde dónde la vigilan?

—En nuestra situación —dijo Enoch—, esto resulta tan útil como un cuento que

habla sobre gatos en la luna.

—Yo no le encuentro ni pies ni cabeza —manifestó Bronwyn—. ¿Y vosotros?

Yo creía casi encontrárselo: algo había en aquello de «bajo tierra», pero no sabía qué podía ser. ¿Estarían las palomas en el infierno?

En aquel momento cayó otra bomba que sacudió el edificio por entero y oímos de pronto un fuerte aleteo por encima de nuestras cabezas. Levantamos la vista y descubrimos tres palomas asustadas que abandonaban su escondite entre las vigas. Miss Peregrine graznó excitada —como queriendo decir: «¡Son ellas!»—, y Bronwyn la cogió y echamos a correr tras las palomas. Recorrieron la nave en toda su longitud, viraron bruscamente y desaparecieron al otro lado de una puerta.

Llegamos a la puerta unos segundos después que ellas. Respiré aliviado al ver que no conducía al exterior, donde habríamos perdido cualquier esperanza de capturarlas, sino a una escalera de caracol que descendía más allá del suelo.

—Vaya —dijo Enoch, aplaudiendo con sus manos rechonchas—. Ahora se largan... ¡y se dejan atrapar en un sótano!

Bajamos corriendo la escalera. Al final descubrimos una estancia grande y en penumbra, con paredes y techo de piedra. Estaba fría, húmeda y prácticamente a oscuras. La electricidad había saltado y Emma encendió una llama con la mano e iluminó el entorno hasta que el carácter del espacio quedó patente. Bajo nuestros pies, de pared a pared, había lápidas de mármol con inscripciones. La que tenía yo debajo rezaba:

OBISPO ELDRIDGE THORNBRUSH,
FALLECIDO ANNO 1721

—Esto no es un sótano, sino una cripta.

Sentí un escalofrío y me acerqué a la luz y el calor de la llama de Emma.

—¿Te refieres a que aquí debajo hay gente enterrada? —preguntó Olive con voz trémula.

—¿Y qué pasa? —dijo Enoch—. Atrapemos de una vez una de esas condenadas palomas antes de que alguna bomba nos entierre también a nosotros.

Emma giró en círculo sobre sí misma, iluminando las paredes.

—Tienen que estar por algún lado. No hay otra salida que no sea la escalera.

Entonces oímos un aleteo. Me puse tenso. Emma intensificó la llama y la enfocó hacia el lugar de donde provenía el sonido. La luz parpadeante se posó sobre una tumba de cubierta plana levantada sobre el suelo. Entre la tumba y la pared quedaba un espacio cuyo posible contenido no podíamos ver desde donde estábamos: el escondite ideal para una paloma.

Emma se llevó un dedo a los labios y nos indicó con un gesto que la siguiéramos. Cruzamos la sala con cautela. Cuando nos acercamos a la tumba, nos separamos para poder rodearla por los tres lados.

—¿Listos? —susurró Emma.

Asentimos todos. Yo levanté el pulgar dándole con ello mi conformidad. Emma avanzó de puntillas para mirar detrás de la tumba... y su expresión se demudó del chasco que se llevó.

—No hay nada —dijo, pataleando con frustración.

—No lo entiendo —comentó Enoch—. Pero si estaba aquí.

Nos acercamos todos para mirar. Y entonces Millard dijo:

—¡Emma! ¡Ilumina la parte superior de la tumba, por favor!

Así lo hizo y Millard pudo leer la inscripción en voz alta:

AQUÍ YACE SIR CHRISTOPHER WREN
CONSTRUCTOR DE ESTA CATEDRAL

—¡Wren! —exclamó Emma—. ¡Qué extraña coincidencia!

—No creo que sea una coincidencia —dijo Millard—. Debía de ser pariente de Miss Wren. ¡Tal vez su padre!

—Todo eso es muy interesante —declaró Enoch—, pero ¿cómo va ayudarnos eso a encontrarla a ella o a sus palomas?

—Es el acertijo que intento descifrar —murmuró Millard con voz casi inaudible. Deambuló por la estancia, pensativo, y repitió una frase del cuento—: «... las palomas siguieron visitándolo de vez en cuando, bajo tierra».

Entonces me pareció oír el arrullo de una paloma.

—Silencio —dije, e hice un gesto para que todo el mundo escuchara. El sonido se repitió pasados unos segundos; procedía de la parte posterior de la tumba. La rodeé, me arrodillé en el suelo y detecté un pequeño orificio en la base de la sepultura, aproximadamente del tamaño de un puño, suficiente para dar cabida a una paloma.

—¡Por aquí! —grité.

—¡Que me zurzan! —exclamó Emma, acercando la llama al orificio—. A lo mejor lo de «bajo tierra» se refiere a esto.

—Pero si es un agujero muy pequeño —dijo Olive—. ¿Cómo vamos a poder sacar las palomas de aquí?

—Podemos esperar a que salgan —sugirió Horace.

Y entonces cayó una bomba tan cerca que la vista se me nubló y me repiquetearon los dientes.

—No será necesario —dijo Millard—. Bronwyn, ¿podrías abrir la tumba de sir Wren, por favor?

—¡No! —gritó Olive aterrorizada—. ¡No me apetece ver huesos podridos!

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó Bronwyn—. Millard sabe lo que se hace.

—Acercó las manos a la tapa de la tumba y empujó. La tapa se deslizó y empezó a abrirse con un rechinar sordo.

El olor que emergió del interior no era el que me esperaba: no era olor a muerto, sino a moho y tierra muy antigua. Nos congregamos alrededor de la tumba para observar.

—¡Que me zurzan! —exclamó de nuevo Emma.

NUEVE

Allí donde debería haber habido un ataúd había una escalera que se sumergía en la oscuridad. Forzamos la vista para observar el interior de la tumba.

—¡Yo no bajo por ahí ni que me maten! —declaró Horace. Justo en aquel momento, un trío de bombas sacudieron el edificio y derramaron sobre nuestras cabezas una lluvia de fragmentos de hormigón. Horace me dio un empujón y se agarró a la escalera—. ¡Disculpa, pero mejor harás apartándote de mi camino. Los bien vestidos primero!

Emma lo sujetó por la manga.

—La que tiene la luz soy yo, de modo que bajaré la primera. Y después lo hará Jacob, por si acaso resulta que hay cosas por ahí abajo.

Esbocé una débil sonrisa y me flaquearon las piernas solo de pensarlo.

Entonces Enoch dijo:

—¿Te refieres a cosas distintas a las ratas, las bacterias y los trolls asquerosos que puedan vivir debajo de una cripta?

—Lo que pueda haber ahí abajo debería traernos sin cuidado —dijo muy serio Millard—. Nos enfrentaremos a ello, y no se hable más.

—De acuerdo —asintió Enoch—. Y espero que esté también Miss Wren, puesto que las mordeduras de rata no se curan precisamente con rapidez.

—Y las de los espíritus huecos menos, si cabe —recalcó Emma, poniendo un pie en el primer peldaño de la escalera.

—Ve con cuidado —dije—. Te sigo.

Me saludó con la mano encendida.

—Bajemos a las profundidades una vez más —anunció, e inició el descenso.

Luego me tocó a mí.

—¿Os habéis encontrado alguna vez metiéndoos en una tumba durante un bombardeo aéreo y deseando haberos quedado en la cama? —pregunté.

Enoch me arreó un puntapié.

—Deja ya de andarte con rodeos y baja —me apremió.

Me así a la tapa de la sepultura y puse el pie en el primer peldaño. Pensé brevemente en todas las cosas agradables y aburridas que habría estado haciendo aquel verano de haber transcurrido mi vida por otros derroteros: campamento de tenis, clases de vela, reposición de productos en estanterías... Y acto seguido, en un hercúleo ejercicio de fuerza de voluntad, me obligué a iniciar el descenso.

La escalera se adentraba en un túnel. El túnel era un callejón sin salida por un lado, y en la otra dirección su recorrido desaparecía en la oscuridad. El ambiente era frío y estaba cargado con un olor extraño, como el que desprende la ropa que se pudre en un sótano inundado. Las ásperas paredes de piedra rezumaban una humedad de origen misterioso.

El frío fue calando en mi cuerpo, grado a grado, mientras Emma y yo esperábamos a que todos bajasen. Y los demás lo percibieron también. Cuando Bronwyn llegó abajo, abrió el baúl y distribuyó los jerséis de lana de oveja peculiar que nos habían regalado en la casa de fieras. Me pasé el mío por la cabeza. Me quedaba como un saco, las mangas me cubrían incluso los dedos y el bajo rozaba casi las rodillas, pero como mínimo era caliente.

El baúl había quedado vacío y Bronwyn decidió abandonarlo allí. Llevaba a Miss Peregrine protegida en el interior del abrigo, donde prácticamente se había hecho ya un nido. Millard insistió en cargar con los *Cuentos*, por pesados y voluminosos que fueran, argumentando que en cualquier momento podía surgir la necesidad de consultarlos. Me daba la impresión de que se habían convertido para él en ese objeto favorito que nos da seguridad y que los consideraba un libro de hechizos que solo él era capaz de leer e interpretar.

Éramos una pandilla extravagante.

Me puse en cabeza con la intención de detectar la posible presencia de huecos. Percibí en las entrañas una punzada novedosa, aunque muy débil, como si un hueco hubiese estado allí y se hubiera ido y yo estuviera intuyendo ahora el residuo que había dejado a su paso. Pero no dije nada; no había motivos para alarmar de forma innecesaria a todo el mundo.

Seguimos avanzando. El sonido de las pisadas sobre el ladrillo húmedo del suelo resonaba sin cesar por el túnel. Lo que quiera que estuviera esperándonos no salió de su escondite para asustarnos.

De vez en cuando oíamos por encima de nuestras cabezas el aleteo o el arrullo de las palomas. Aceleramos un poco. Tenía la inquietante sensación de que nos esperaba una sorpresa desagradable. En los muros del pasadizo había lápidas de piedra similares a las que habíamos visto en la cripta, pero más antiguas, sus inscripciones prácticamente borradas por la erosión del paso del tiempo. Vimos entonces un ataúd, sin sepultura, y luego tropezamos con una montaña de féretros apoyados contra la pared como cajas desechadas después de una mudanza.

—Pero ¿qué demonios es este lugar? —preguntó Hugh en un susurro.

—Imagino que el resultado de una sobresaturación en el cementerio —respondió Enoch—. Cuando necesitan espacio para nuevos clientes, desentierran los más antiguos y los apilan aquí abajo.

—Esta entrada de bucle es espantosa —dije—. ¿Os imagináis tener que pasar por aquí cada vez que queréis entrar o salir?

—La verdad es que no lo encuentro tan distinto al túnel de nuestro cairn —replicó Millard—. Que el acceso a un bucle sea desagradable tiene su sentido: los normales los evitan y así los peculiares podemos disfrutar en exclusiva de ellos.

Muy racional. Muy sabio. Pero en mi cabeza solo se repetía la misma canción: «Hay muertos por todas partes, gente en estado de putrefacción, huesos, gente muerta y, oh, Dios mío...».

—¡Oh! —exclamó Emma, deteniéndose en seco. Tropecé con ella y todos los demás conmigo.

Levantó la llama de la mano hacia un lado y el resplandor reveló la presencia de una puerta rematada con un arco curvo excavada en una pared. Estaba entreabierta, pero por la rendija no se filtraba más que oscuridad.

Nos quedamos a la escucha. Durante un prolongado momento no percibimos nada excepto nuestra respiración y el remoto goteo del agua. Pero entonces oímos un sonido, y no precisamente del tipo que esperábamos oír, no precisamente un aleteo o las garras de alguna ave rascando el suelo, sino un sonido humano.

Alguien lloraba de modo muy tenue.

—¿Hola? —llamó Emma—. ¿Quién hay ahí?

—No me hagáis daño, por favor —respondió una voz, sonando como un eco.

¿O eran dos voces?

Emma intensificó la potencia de la llama. Bronwyn avanzó con cuidado y empujó la puerta con el pie. Cuando se abrió, nos encontramos ante una pequeña cámara llena a rebosar de huesos: fémures, tibias, calaveras. Fósiles de centenares de personas amontonados sin orden aparente.

Me tambaleé hacia atrás, mareado.

—¿Hola? —llamó otra vez Emma—. ¿Quién ha hablado? ¡Sal de tu escondite!

De entrada no veía otra cosa que no fueran huesos, pero entonces oí que alguien sorbía por la nariz y seguí el sonido hasta lo alto del montón de huesos, donde un par de ojos nos observaban desde las tenebrosas sombras del fondo de la estancia.

—Aquí no hay nadie —dijo una vocecita.

—Idos —ordenó una segunda voz—. Estamos muertos.

—No, no lo estáis —replicó Enoch—. Lo sabría si lo estuvierais.

—Salid de ahí —pidió con amabilidad Emma—. No os haremos ningún daño.

Ambas voces preguntaron a la vez:

—¿Nos lo prometéis?

—Os lo prometemos —respondió Emma.

Los huesos empezaron a moverse. Una calavera se desprendió del montón y cayó al suelo con estrépito. Rodó hasta detenerse a mis pies y quedarse mirándome fijamente.

«Hola, futuro», pensé.

Entonces aparecieron dos niños que treparon a cuatro patas hasta lo alto de la montaña de huesos. Estaban blancos como muertos y nos miraban ojerosos con unos ojos que giraban de forma vertiginosa en el interior de sus cuencas.

—Me llamo Emma, este es Jacob, y esos son nuestros amigos —nos presentó Emma—. Somos peculiares y no vamos a haceros ningún daño.

Los niños se agazaparon como animalitos asustados, sin decir nada, con los ojos girando, mirando a la vez a todas partes y a ninguna.

—¿Qué les pasa? —musitó Olive.

Bronwyn la hizo callar.

—No seas maleducada.

—¿Podéis decirnos cómo os llamáis? —preguntó Emma con su voz más dulce y seductora.

—Yo soy Joel y Peter —respondió el niño más alto.

—Pero ¿cuál de los dos eres? —preguntó Emma—. ¿Joel o Peter?

—Yo soy Peter y Joel —respondió entonces el niño más bajito.

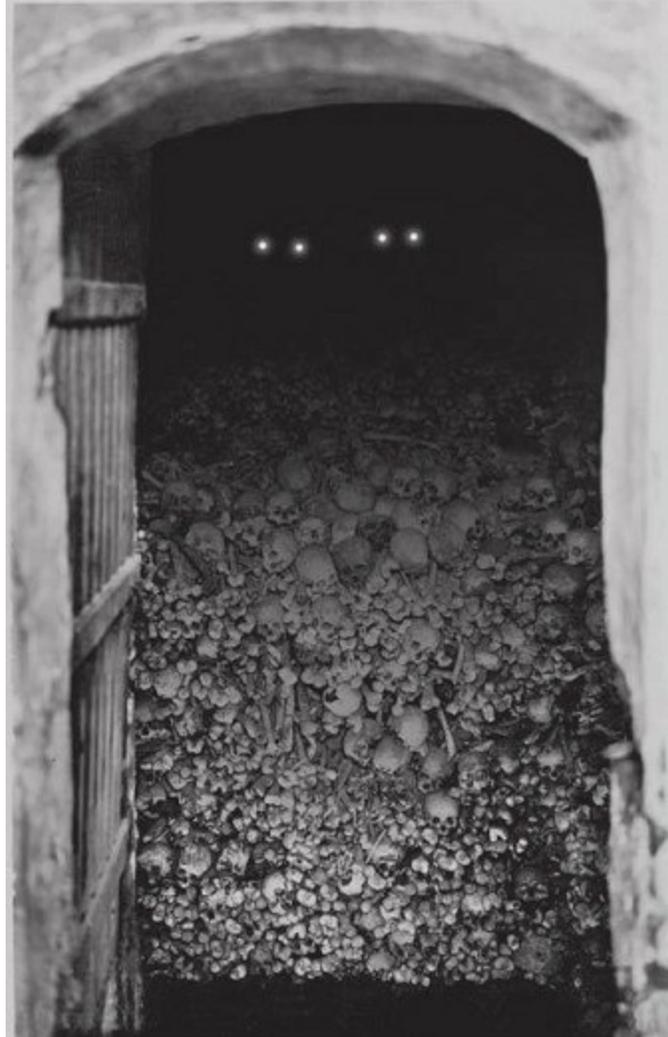
—No tenemos tiempo para juegucitos —refunfuño Enoch—. ¿Están con vosotros las palomas? ¿Las habéis visto pasar volando?

—A las palomas les gusta esconderse —dijo el más alto.

—En la buhardilla —anunció el más bajito.

—¿Qué buhardilla? —preguntó Emma—. ¿Dónde está esa buhardilla?

—En nuestra casa —respondieron al unísono, y levantaron las manos para señalar en dirección al pasadizo oscuro. Era como si hablaran en cooperación, como si para pronunciar una frase con varias palabras, uno tuviera que empezarla y el otro terminarla sin que se percibiera el cambio. Me di cuenta además de que cuando uno hablaba y el otro no, el que permanecía callado articulaba en silencio las palabras del otro en perfecta sincronía, como si compartiesen un solo cerebro.



—¿Podrías mostrarnos el camino a vuestra casa? —les preguntó Emma—. ¿Acompañarnos a esa buhardilla?

Joel y Peter negaron con la cabeza y se replegaron de nuevo hacia la oscuridad.

—¿Qué pasa? —dijo Bronwyn—. ¿Por qué no queréis ir?

—¡Muerte y sangre! —gritó uno de los niños.

—¡Sangre y gritos! —chilló el otro.

—¡Gritos, sangre y sombras que mueren! —exclamaron juntos.

—Hasta luego —dijo Horace, dando media vuelta—. Nos vemos en la cripta. ¡Confío en no morir aplastado por ninguna bomba!

Emma agarró a Horace por la manga.

—¡Oh, no, de ninguna manera, tú no te vas! ¡Eres el único que ha conseguido capturar una de esas condenadas palomas!

—¿Acaso no has oído lo que han dicho? Ese bucle está lleno de sombras que muerden... Lo que solo puede significar una cosa: ¡huecos!

—Estaba lleno de huecos —dijo—. Seguramente hace días.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis en vuestra casa? —les preguntó Emma.

Con su curiosa y entrecortada manera de hablar, nos explicaron que su bucle había sido saqueado y que habían conseguido huir a las catacumbas y esconderse entre los huesos. No tenían ni idea de cuánto tiempo hacía de eso. ¿Dos días? ¿Tres? Ahí abajo, en la oscuridad, habían perdido la noción del tiempo.

—¡Oh, pobrecitos! —se compadeció Bronwyn—. ¡Cuántos terrores habréis tenido que soportar!

—Pero no podéis quedaros aquí por toda la eternidad —dijo Emma—. Si no encontráis pronto otro bucle, envejeceréis rápidamente. Podemos ayudaros, pero antes tenemos que conseguir capturar una paloma.

Los niños se miraron a los ojos, que no cesaban de girar, y me dio la impresión de que hablaban entre ellos sin pronunciar palabra. Entonces dijeron al unísono:

—Seguidnos.

Bajaron de la montaña de huesos deslizándose por ella y echaron a andar por el pasadizo.

Los seguimos. No podía quitarles los ojos de encima; eran fascinantemente extraños. Caminaban cogidos del brazo, sin soltarse en ningún momento, y cada pocos pasos chasqueaban con fuerza la lengua.

—Pero ¿qué hacen? —musité.

—Creo que es su forma de ver —dijo Millard—. Los murciélagos ven en la oscuridad gracias a este método. Los sonidos que emiten se reflejan en los objetos y regresan a ellos con información que les sirve para obtener una imagen mental del entorno.

—Somos ecolocácteros —dijeron Joel y Peter.

El pasadizo se bifurcaba continuamente. En un determinado momento, experimenté una repentina presión en los oídos y tuve que agitar la cabeza para liberarme de ella. Al final, nos topamos con una pared provista de peldaños excavados en la piedra. Joel y Peter se detuvieron allí y señalaron un puntito de luz diurna que se vislumbraba en lo alto.

—Nuestra casa... —empezó el mayor.

—... está allá arriba —concluyó el más pequeño.

Y con eso, desaparecieron de nuevo en la oscuridad.

Los peldaños estaban cubiertos de musgo resbaladizo que dificultaba el ascenso. Me vi obligado a avanzar poco a poco para no caer. Al final de la escalada nos topamos con una puerta circular abierta en el techo, del ancho de una sola persona, a través de la cual se filtraba un único rayo de luz. Introduje los dedos en aquella rendija y empujé hacia un lado. La puerta se abrió como el obturador de una cámara, dejando al descubierto un conducto tubular construido en ladrillo de unos ocho o nueve metros

de altura que terminaba en un círculo de cielo. Me encontraba en el falso fondo de un pozo falso.

Me impulsé para entrar en el pozo y empecé a trepar. A medio camino, tuve que detenerme para descansar un poco apoyándome en la pared opuesta del tubo. Cuando la quemazón que notaba en los bíceps amainó, inicié de nuevo el ascenso, me encaramé al brocal del pozo y me dejé caer en la hierba.

Me encontraba en el jardín de una desvencijada casa. El cielo tenía un tono amarillento enfermizo, pero no había humo ni se oía el sonido de los motores. Estábamos en algún momento anterior a la guerra, anterior incluso a los automóviles. Hacía frío y los copos de nieve caían para fundirse al rozar el suelo.

Emma fue la siguiente en salir del pozo, después Horace. Emma había decidido que solo tres de nosotros subiéramos a explorar la casa. No sabíamos qué podíamos encontrar allí, y si nos veíamos en la necesidad de salir por piernas, era mejor hacerlo en un grupo pequeño, que siempre podía moverse con más rapidez. Ninguno de los que se quedaron abajo discutió la decisión; la advertencia de Joel y Peter, con su mención de sombras y sangre, los había asustado. Solo Horace se mostraba insatisfecho y murmuraba sin cesar para sus adentros que ojalá no hubiera capturado aquella paloma en la plaza.



Bronwyn nos había dicho adiós desde abajo y había tirado de la puerta circular del fondo del pozo para cerrarla. La parte superior de la puerta estaba pintada para que pareciese la superficie del agua: un agua tan oscura y sucia que a nadie le apetecería echar el cubo para bebérsela. Un recurso muy inteligente.

Nos apiñamos los tres y miramos a nuestro alrededor. El patio y la casa estaban en un terrible estado de abandono. La hierba más cercana al pozo estaba pisoteada, pero por lo demás, crecía desmesuradamente, formando una maleza que llegaba incluso a la altura de las ventanas de la planta baja. En un rincón había una caseta de perro tumbada en el suelo, la madera podrida; a su lado, un tendedero engullido casi por las malas hierbas.

Permanecemos a la espera, prestando atención a los sonidos que pudieran emitir las palomas. Al otro lado de los muros de la casa oímos el repicar de cascos de caballos en la calzada. No, definitivamente no estábamos en el Londres de los años cuarenta.

Y entonces, detrás de las ventanas de la planta superior, vi que se movía una

cortina.

—¡Mirad allá arriba! —dije entre dientes, señalando en aquella dirección.



No sabía si el movimiento lo había originado una paloma o una persona, pero había que averiguarlo. Me encaminé hacia la puerta de la casa, indicando con señas a mis compañeros que me siguieran, y entonces tropecé con alguna cosa: un cuerpo tendido en el suelo, cubierto de la cabeza a los pies con una lona negra alquitranada. Por un extremo asomaba un par de zapatos gastados, señalando al cielo. Remetida en la suela de uno de ellos había una tarjeta blanca, donde podía leerse una nota escrita con primorosa caligrafía:

Señor A. F. Crumbley
Residente últimamente en las provincias exteriores
Envejecido antes que ser apresado con vida
Solicita amablemente que sus restos sean depositados en el Támesis.

—Pobre desgraciado —susurró Horace—. Vino aquí procedente de la campiña, imagino que después de que su bucle fuese saqueado... y todo para ir a parar a otro que también acabó siendo saqueado.

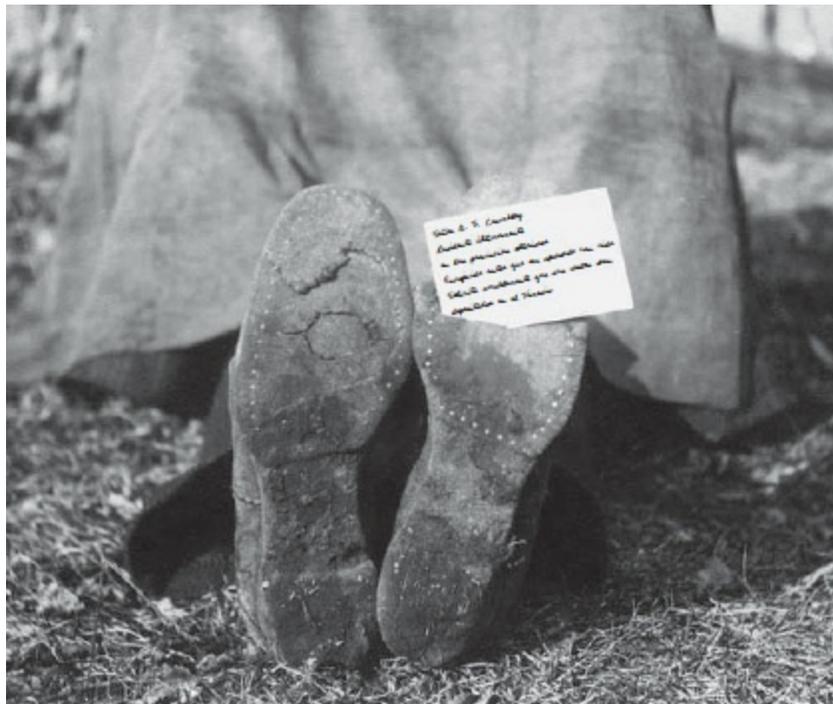
—Pero ¿por qué dejarían al desafortunado señor Crumbley al aire libre, de esta manera? —preguntó en voz baja Emma.

—Porque se verían obligados a huir con prisas —respondí.

Emma se agachó y cogió un extremo de la lona que cubría al señor Crumbley. No me apetecía mirar, pero no pude evitarlo. Me puse de lado, me tapé la cara con las

manos y observé entre los dedos. Esperaba encontrarme un cadáver marchito, pero el señor Crumbley estaba intacto y con un aspecto sorprendentemente joven. Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años de edad y el pelo negro con incipientes canas solo en las sienes. Tenía los ojos cerrados y su expresión era de paz, como si estuviera durmiendo. ¿Sería cierto que había envejecido a increíble velocidad, como aquella correosa manzana que recogí en el bucle de Miss Peregrine?

—¿Hola? ¿Está usted vivo o muerto? —preguntó Emma. Le dio un golpecito en la oreja con la punta de la bota y la parte lateral de la cabeza se desplomó y se deshizo hasta convertirse en polvo.



En la fotografía puede leerse el texto de la tarjeta antes mencionada:

Señor A. F. Crumbley
Residente últimamente
en las provincias exteriores
Envejecido antes que ser apresado con vida
Solicita amablemente que sus restos sean
depositados en el Támesis.

Emma sofocó un grito y soltó la lona. Crumbley se había convertido en un molde deshidratado de su persona, tan frágil que una simple ráfaga de viento se lo habría llevado.

Dejamos al pobre y desintegrado señor Crumbley y nos acercamos a la puerta. Puse la mano en el pomo y lo giré. La puerta se abrió al instante y accedimos al lavadero. Había una canasta llena de ropa que parecía limpia y una tabla de lavar

colgada justo encima de la pila. No daba la impresión de ser un lugar abandonado.

La Sensación se volvió más fuerte, aunque seguía siendo solo un residuo. Abrimos otra puerta y accedimos a una sala de estar. Percibí una tensión en el pecho. Había signos evidentes de lucha: muebles fuera de lugar y volcados, fotografías que debían de adornar la repisa de la chimenea caídas por el suelo, tiras de papel pintado arrancado.

—Oh, no —murmuró Horace.

Seguí su mirada hacia arriba y descubrí una mancha oscura de forma circular que ensuciaba el techo. Arriba debía de haber sucedido algo horroroso.

Emma cerró los ojos con fuerza.

—Limitémonos a escuchar —dijo—. A escuchar cualquier sonido que nos indique la presencia de las palomas y no pensemos en nada más.

Cerramos los ojos y escuchamos. Transcurrió un minuto. Y entonces, por fin, oímos el vibrante arrullo de una paloma. Abrí los ojos para dilucidar su procedencia.

La escalera.

Subimos con cuidado intentando que los peldaños no crujieran bajo nuestros pies. Notaba el latido del corazón en la garganta, en las sienes. Había conseguido gestionar con éxito la visión de un cadáver viejo y quebradizo. Pero no estaba tan seguro de poder superar la imagen de la escena de un crimen.

El pasillo del primer piso estaba cubierto de escombros. En el suelo había una puerta astillada y arrancada de sus bisagras. Al otro lado del umbral, una torre construida con baúles y aparadores derrumbada: una barricada fallida.

En la siguiente habitación descubrimos que la moqueta blanca estaba empapada de sangre, la mancha que se había filtrado hasta el techo de la estancia de la planta baja. Pero la víctima de la que había manado esa sangre había desaparecido.

La última puerta del pasillo no mostraba signos de haber sido forzada. La abrí con cautela. Inspeccioné de forma somera la habitación: había un armario, un tocador con estatuillas perfectamente ordenadas y cortinas de encaje cubriendo tremulosamente una ventana. La moqueta estaba limpia. Todo estaba intacto.

Mi mirada se desplazó entonces hacia la cama y hacia lo que había en ella, y me tambaleé hasta tal punto que me vi obligado a apoyarme en la jamba de la puerta. Acostados bajo immaculadas sábanas blancas había dos hombres, en apariencia dormidos, y entre ellos, dos esqueletos.

—Envejecidos —dijo Horace, llevándose sus temblorosas manos a la garganta—. Dos de ellos muchísimo más que el otro par.

Los hombres que parecían dormidos estaban tan muertos como el señor Crumbley, declaró Horace, y de tocarlos, se desintegrarían de la misma manera.

—Se dieron por vencidos —musitó Emma—. Se cansaron de huir y se dieron por vencidos. —Se había quedado mirándolos con una extraña combinación de lástima y repugnancia.

Los consideraba débiles y cobardes, creía que se habían decantado por la salida

fácil. Pero no pude evitar preguntarme si aquellos peculiares sabían más que nosotros acerca de lo que los wights hacían con sus prisioneros. Tal vez, de saberlo, también nosotros preferiríamos morir.



Salimos de nuevo al pasillo. Tenía náuseas y me encontraba fatal. Mi único deseo era salir de aquella casa, pero no podíamos hacerlo aún. Quedaba un último tramo de escalera que subir.

En lo alto encontramos un descansillo ennegrecido por el humo. Me imaginé a los peculiares que habían sufrido el ataque en aquella casa reunidos allá arriba en busca de una última oportunidad. Tal vez trataron de combatir a los corruptos con fuego, o tal vez fueron los corruptos los que intentaron asfixiarlos con humo. Fuera como fuese, daba la impresión de que la casa había estado a punto de incendiarse.

Nos agachamos para cruzar una puerta de escasa altura y entramos en una buhardilla estrecha y de paredes inclinadas. Todo estaba chamuscado. Las llamas habían abierto incluso brechas en el tejado.

Emma le dio un empujoncito a Horace.

—Está aquí, en alguna parte —dijo en voz baja—. Activa tu magia, cazador de pájaros.

Horace avanzó de puntillas hacia el centro de la estancia y canturreó:

—Veen, paloma, palomita...

Oímos a nuestras espaldas un aleteo y un leve gorjeo. Y al volvernos descubrimos que no se trataba de una paloma, sino de una chica vestida de negro que permanecía escondida entre las sombras.

—¿Es esto lo que buscáis? —dijo la chica, levantando un brazo hacia un rayo de luz de sol. La paloma se retorció en su mano, tratando de liberarse.

—¡Sí! —exclamó Emma—. Gracias a Dios que la has capturado. —Avanzó hacia la chica con las manos extendidas, dispuesta a coger la paloma, pero la chica gritó:

—¡Detente ahora mismo! —Y chasqueó los dedos. La alfombrilla chamuscada que tenía bajo los pies se desplazó y Emma cayó de bruces al suelo.

Corrí hacia ella.

—¿Estás bien?

—¡De rodillas! —rugió la chica—. ¡Las manos en la cabeza!

—Estoy bien —asintió Emma—. Haz lo que te dice. Tiene el poder de la telequinesia y es evidente que está desequilibrada.

Me arrodillé junto a Emma y enlacé los dedos por detrás de la cabeza. Emma me imitó. Horace, tembloroso y mudo, se sentó y apoyó las manos en el suelo.

—No queremos hacerte ningún daño —le aseguró Emma—. Solo queremos la paloma.

—Sé perfectamente bien qué queréis —dijo la chica con una sonrisa socarrona—. Los de vuestra especie nunca os dais por vencidos, ¿verdad?

—¿Nuestra especie? —repetí.

—¡Dejad vuestras armas en el suelo y empujadlas hacia mí! —gruñó la chica.

—No tenemos armas —replicó Emma, manteniendo la calma, esforzándose por no enojar más a la niña.

—¡Todo iría mejor si no me tomaseis por imbécil! —gritó la chica—. Sois débiles y carecéis de poderes, por eso necesitáis armas y cosas de ese estilo. ¡Dejadlas en el suelo!

Emma volvió la cabeza y susurró:

—Nos ha tomado por wights.

Casi me echo a reír.

—No somos wights. ¡Somos peculiares!

—No sois los primeros ojos vacíos que vienen por aquí tratando de dar caza a las palomas —dijo—, ni tampoco los primeros que se hacen pasar por niños peculiares. ¡Y tampoco seríais los primeros que acabase matando! Dejad las armas en el suelo antes de que le parta el cuello a esta paloma... para luego partíroslo a vosotros.

—No somos wights —insistí—. Miranos las pupilas, si no nos crees.

—Los ojos no indican nada —replicó la chica—. Las lentes de contacto son el truco más viejo del mundo, y tened bien presente que me los conozco todos.

Dio un paso hacia nosotros y quedó iluminada por el rayo de sol. El odio abrasaba su mirada. Su aspecto era masculino, con la excepción del vestido; lucía el pelo corto y tenía la mandíbula muy marcada. Su mirada era vidriosa, la mirada de quien lleva días sin dormir. Se notaba que estaba actuando meramente por instinto e impulsada por la adrenalina. Cualquiera en su estado jamás se mostraría amable con nosotros, ni paciente.

—Somos peculiares, te lo juro —le aseguró Emma—. Mira, te lo demostraré. —

Separó una mano de la cabeza, dispuesta a crear una llama, cuando una intuición repentina me llevó a sujetarla por la muñeca.

—Si hay huecos rondando por las cercanías, lo intuirán —dije—. Me parece que pueden percibirnos igual que yo los percibo a ellos, y que les resulta mucho más fácil si utilizamos nuestros poderes. Es como si se disparara una alarma.

—Pero tú estás utilizando tus poderes —replicó Emma enojada—. Del mismo modo que ella está utilizando los suyos.



—Mis poderes son pasivos —expliqué—. No puedo desconectarlos y por eso no dejan pistas. Y en cuanto a ella... tal vez ya saben que está aquí. Tal vez no es a ella a quien quieren.

—¡Qué oportuno! —exclamó la chica, dirigiéndose a mí—. ¿Y se supone que estos son tus poderes? ¿Intuir las criaturas de las sombras?

—También las ve —afirmó Emma—. Y las mata.

—Creo que tendréis que inventaros mentiras mejores —repuso la chica—. Nadie con medio cerebro os compraría eso.

Justo cuando empezamos a hablar del tema, percibí dolorosamente la Sensación. Lo que percibía ahora ya no era el residuo dejado por un hueco a su paso, sino una presencia activa.

—Hay uno cerca —le comuniqué a Emma—. Tenemos que salir de aquí.

—No sin el pájaro —murmuró ella.

La chica nos miró con fijeza.

—Acabemos con esto —dijo—. Os he concedido oportunidades suficientes para demostrar lo que decís ser. Y, de todos modos, empieza a gustarme lo de matar cosas como vosotros. Después de lo que les habéis hecho a mis amigos, la verdad es que no me canso de ello.

Se detuvo a escasos metros de nosotros y levantó la mano que tenía libre, tal vez dispuesta a derribar sobre nuestras cabezas lo que quedaba de tejado. Si había que hacer alguna cosa, tenía que ser ahora.

Me levanté de un brinco con los brazos extendidos y me abalancé sobre la chica, tirándola al suelo. La chica gritó sorprendida. Le embutí el puño en la palma de la mano que tenía libre para que no pudiera atacarme. Soltó entonces la paloma y Emma la capturó.

Emma y yo nos incorporamos y echamos a correr hacia la puerta. Horace seguía en el suelo, aturdido.

—¡Vamos, levántate y echa a correr! —le gritó Emma.

Estaba tirando de Horace para que se levantara cuando recibí un portazo en la cara y un tocador chamuscado abandonó repentinamente su rincón para salir volando por los aires. El viejo mueble me dio en la cabeza y me tiró nuevamente al suelo, arrastrando a Emma conmigo.

La chica estaba rabiosa y no dejaba de chillar. Pensé que nos quedaban escasos segundos de vida. Entonces, Horace se incorporó y gritó a pleno pulmón:

—¡Melina Manon!

La chica se quedó paralizada.

—¿Qué has dicho?

—Te llamas Melina Manon —respondió Horace—. Naciste en Luxemburgo en 1899. Viniste a vivir con Miss Thrush cuando tenías dieciséis años y no te has movido de aquí desde entonces.

Horace la había pillado desprevenida. La chica frunció el entrecejo y, acto seguido, trazó un arco con la mano. El tocador que había estado a punto de dejarme inconsciente salió volando de nuevo por los aires y se detuvo justo encima de Horace. Si lo dejaba caer, lo aplastaría.

—Has hecho bien tus deberes —dijo—, pero cualquier wight podría saber cómo me llamo y dónde nací. Por desgracia para ti, tus engaños no me resultan interesantes.

Pero con todo y con eso, no parecía dispuesta a matar todavía a Horace.

—Tu padre era empleado de banco —prosiguió Horace, hablando con rapidez—. Tu madre era muy guapa pero olía mucho a cebolla, una afección que padeció toda su vida y que era imposible subsanar.

El tocador se tambaleó por encima de la cabeza de Horace. La chica lo miraba fijamente, las cejas unidas, la mano levantada.

—Cuando tenías siete años, deseabas con todas tus fuerzas tener un caballo árabe —continuó Horace—. Tus padres no podían permitirse un animal tan extravagante y te compraron un asno. Le pusiste de nombre *Habib*, que significa «querido». Y lo quisiste mucho.

La chica se quedó boquiabierta.

Horace siguió hablando.

—Con trece años te diste cuenta de que podías manipular objetos con la mente. Empezaste con cosas pequeñas, clips para sujetar papeles y monedas, y luego fuiste probando con objetos cada vez más grandes. Pero nunca conseguiste mover mentalmente a *Habib*, porque tu habilidad no servía para los seres vivos. Cuando tu familia se cambiaba de casa, pensabas que tu don había desaparecido por completo porque no podías mover nada. Pero era solo porque todavía no conocías la nueva casa. En cuanto te familiarizabas con ella, en cuanto te hacías tu mapa mental, podías mover todos los objetos que hubiera en el interior de sus cuatro paredes.

—¿Cómo es posible que sepas todo esto? —preguntó Melina, mirándolo boquiabierta.

—Porque he soñado contigo —respondió Horace—. Es mi habilidad.

—Dios mío —dijo la chica—, sois peculiares.

Y el tocador cayó con suavidad al suelo.

Me levanté tambaleándome. Me dolía la cabeza del golpe de tocador que había recibido.

—¡Estás sangrando! —gritó Emma, corriendo a inspeccionar el corte.

—Estoy bien, estoy bien —dije esquivándola. La Sensación estaba cambiando en mi interior y el contacto con otra persona me dificultaba su interpretación, interrumpía su desarrollo.

—Siento lo del golpe en la cabeza —se disculpó Melina Manon—. Creía ser la única peculiar que quedaba con vida.

—Debajo de tu pozo hay un buen grupo, en el túnel de la catacumba —dijo Emma.

—¿De verdad? —El rostro de Melina se iluminó—. ¡Entonces aún hay esperanzas!

—Las había —replicó Horace—. Pero acaban de marcharse volando por ese agujero del tejado.

—¿Qué? ¿Te refieres a *Winnifred*? —Melina se llevó dos dedos a la boca y silbó.

La paloma reapareció al instante por el agujero y se posó en el hombro de la chica.

—¡Maravilloso! —exclamó Horace aplaudiendo—. Domesticada como un gato.

Me limpié la sangre de la frente con el dorso de la mano y decidí ignorar el dolor. No era momento para ello.

—Has mencionado que los wights estuvieron aquí, intentando capturar palomas —le dije a la chica.

Melina asintió.

—Ellos y esas bestias de las sombras estuvieron aquí hace tres noches. Rodearon la casa, capturaron a Miss Thrush y a la mitad de los que se refugiaban aquí y prendieron fuego a la casa. Me escondí en el tejado. Desde entonces, los wights han vuelto por aquí a diario, en pequeños grupos, para capturar a *Winnifred* y sus amigas.

—¿Y los mataste? —preguntó Emma.

Melina bajó la vista.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

Era demasiado orgullosa para reconocer que había mentido. Pero daba igual.

—Todo eso significa que no somos los únicos que andamos buscando a Miss Wren —dijo Emma.

—Lo que quiere decir que sigue en libertad —añadí.

—Tal vez —asintió Emma—. Tal vez.

—Creemos que la paloma podría ayudarnos —le expliqué a Melina—. Tenemos que encontrar a Miss Wren y pensamos que la paloma sabe cómo podríamos conseguirlo.

—Nunca oí hablar de ninguna Miss Wren —dijo Melina—. Yo me limito a darle de comer a *Winnie* cuando la veo por el jardín. Somos amigas, ¿verdad *Winnie*?

La paloma arrulló feliz en su hombro.

Emma se acercó a Melina y se dirigió a la paloma.

—¿Conoces a Miss Wren? —le preguntó, hablando en voz alta—. ¿Podrías ayudarnos a encontrarla? ¿A encontrar a Miss Wren?

La paloma saltó del hombro de Melina y cruzó la buhardilla volando en dirección a la puerta. Gorjeó, agitó las alas y regresó.

«Por aquí», parecía decir.

Para mí, aquella prueba bastaba.

—Tenemos que llevarnos a la paloma —declaré.

—No sin mí —replicó Melina—. Si *Winnie* sabe cómo localizar a esta ymbryne, vengo también con vosotros.

—No creo que sea muy buena idea —repuso Horace—. Nuestra misión es muy peligrosa...

Emma lo interrumpió.

—Danos la paloma. Te la devolveremos, te lo prometo.

Sentí una punzada repentina de dolor que me llevó a sofocar un grito y a doblegarme.

Emma corrió a mi lado.

—¡Jacob! ¿Te encuentras bien?

No podía ni hablar. Me acerqué con dificultad a la ventana, me obligué a enderezarme y proyecté la Sensación hacia la cúpula de la catedral, visible por encima de los tejados, a escasas manzanas de distancia de nosotros; luego hacia la calle, donde se oían pasar los carros tirados por caballos.

«Sí, allí.» Notaba que estaban acercándose por una calle secundaria, que no estaban muy lejos.

«Ellos.» No era un único hueco, sino dos.

—Tenemos que irnos —dije—. Ahora mismo.

—Por favor —le rogó Horace a la chica en un tono suplicante—. ¡Necesitamos la paloma!

Melina chasqueó los dedos y el tocador que había estado a punto de matarme volvió a levantarse del suelo.

—No puedo permitirlo —dijo, entrecerrando los ojos y dirigiéndolos hacia el tocador para asegurarse de que nos entendíamos—. Pero si me lleváis con vosotros, tendréis a *Winnie*. De lo contrario...

El tocador hizo una pirueta sobre una de sus patas, se ladeó y cayó al suelo.

—De acuerdo, pues —aceptó Emma entre dientes—. Pero si por tu culpa vamos más lentos, cogeremos la paloma y te dejaremos dondequiera que estemos.

Melina sonrió y abrió la puerta moviendo ligeramente la mano.

—Lo que digáis.

Bajamos la escalera a tal velocidad que nuestros pies ni siquiera rozaban el suelo. En veinte segundos estábamos de nuevo en el jardín, saltábamos por encima de los restos del señor Crumbley y nos sumergíamos en el pozo seco. Fui el primero en bajar y decidí abrir de una patada la puerta de espejo del fondo y no perder tiempo deslizándola correctamente. Con el golpe, se desenchajó de las bisagras y se rompió en mil pedazos.

—¡Cuidado los de abajo! —grité. Resbalé entonces en los húmedos peldaños de piedra y caí rodando en la oscuridad.

Me cogieron al vuelo un par de brazos robustos, los brazos de Bronwyn, que me depositó con delicadeza en el suelo. Le di las gracias; el corazón me retumbaba con fuerza en el pecho.

—¿Qué ha pasado allá arriba? —preguntó Bronwyn—. ¿Habéis conseguido capturar la paloma?

—La tenemos —dije, mientras aparecían Emma y Horace. Nuestros amigos lanzaron vítores de alegría—. Y esta es Melina —la presenté, señalándola, y no hubo tiempo para más explicaciones. Melina seguía en la escalera, entreteniéndose con algo—. ¡Vamos! —grité—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Ganando tiempo! —gritó también ella. Tiró entonces de la tapa de madera que cubría el pozo, eliminando de este modo los últimos rayos de luz. Mientras Melina descendía en completa oscuridad, intenté explicar a los demás que había dos huecos persiguiéndonos. Presa del pánico como estaba, la explicación quedó resumida en: «VÁMONOS AHORA CORRED HUECOS AHORA», que, a pesar de estar horriblemente expresado, resultó efectivo y provocó el histerismo de todo el mundo.

—¿Cómo quieres que corramos si no vemos nada? —protestó Enoch—. ¡Prende una llama, Emma!

Emma había estado conteniéndose debido a la advertencia que le había hecho arriba en la buhardilla. Me pareció un buen momento para enfatizar la idea, de modo que le cogí la mano y le dije:

—¡No! Nos detectarían enseguida. —Nuestras esperanzas residían en perderlos en el laberinto de túneles.

—Pero ¿cómo quieres que huyamos a ciegas? —dijo Emma.

—Por supuesto... —dijo el ecolocáctero menor.

—... que podemos —continuó el menor.

Melina avanzó a tientas hacia el lugar de donde provenían las voces.

—¡Chicos! ¡Estáis vivos! ¡Soy yo... Melina!

Joel y Peter replicaron:

—Creíamos que estabais...

—... muertos...

—... todos.

—¡Qué todo el mundo se dé la mano! —ordenó Melina—. Nos guiarán los chicos.

Busqué a tientas la mano de Melina y Emma me cogió la otra mano, enlazó con la de Bronwyn y así sucesivamente hasta que formamos una cadena humana con los hermanos ciegos en cabeza. Emma dio la orden de ponerse en marcha y los chicos echaron a correr, sumergiéndonos en la oscuridad.

Nos desviamos hacia la izquierda. El suelo estaba lleno de charcos de agua estancada. A nuestras espaldas, resonó un estrépito que solo podía significar una cosa: los huecos habían superado la puerta del pozo.

—¡Están dentro! —grité.

Casi podía percibir sus cuerpos estrujándose, descendiendo por la estrecha boca del pozo. En cuanto llegaran abajo y empezaran a correr, nos atraparían en un abrir y cerrar de ojos. Habíamos avanzado muy poco por aquel laberinto de túneles, no lo suficiente como para dejarlos atrás. Ni mucho menos.

Razón por la cual lo que dijo Millard a continuación me pareció una completa locura.

—¡Deteneos! ¡Que todo el mundo se detenga!

Los chicos ciegos le hicieron caso. Nos apiñamos detrás de ellos, tropezando y derrapando hasta parar.

—Pero ¿qué demonios te pasa?! —le grité a Millard—. ¡Corred!

—Lo siento mucho —replicó Millard—, pero se me acaba de ocurrir que uno de nosotros tendrá que superar la salida del bucle antes de que lo hagan los ecolocácteros o la chica, puesto que de no hacerlo, pasarían al presente con nosotros, a 1940, y nos separaríamos. Para que viajen con nosotros a 1940 es imprescindible que uno de nosotros ocupe la primera posición para abrir el camino.

—¿No venís del presente? —preguntó Melina confusa.

—Venimos de 1940, como acaba de decir Millard —respondió Emma—. Y en estos momentos estamos en pleno bombardeo. Tal vez preferirais los tres quedaros en vuestro tiempo.

—Buen intento —replicó Melina—, pero no os libraréis de mí tan fácilmente. El presente es mucho peor, hay wights por todos lados. Por eso nunca salí del bucle de Miss Thrush.

Emma dio un paso al frente, arrastrándome con ella.

—De acuerdo. Nosotros iremos delante.

Extendí la mano que me había quedado libre.

—¡Pero si no veo nada!

El ecolocáctero de más edad dijo entonces.

—Estamos solo a unos veinte pasos...

—... no podéis equivocaros —acabó la frase el menor.

De manera que seguimos adelante, palpando la oscuridad con las manos extendidas.

Le di un puntapié a alguna cosa y tropecé. Rocé la pared con el hombro izquierdo.

—Sigue recto —dijo Emma, tirando de mí hacia la derecha.

Tenía una fuerte sensación de náusea en el estómago. Lo sabía: los huecos habían conseguido llegar al fondo del pozo. Aunque ellos no pudieran percibirnos, había un cincuenta por ciento de probabilidades de que eligieran la bifurcación derecha del túnel y dieran con nosotros.

Se había acabado la hora de avanzar con cautela. Teníamos que correr.

—¡A la mierda! —dije—. ¡Emma, prende la llama!

—¡Encantada! —Me soltó la mano y creó una llama tan grande que me chamuscó incluso el pelo de la parte derecha de la cabeza.

Enseguida vislumbré el punto de transición. Lo teníamos justo enfrente, marcado por una línea vertical pintada en la pared del túnel. Corrimos en tropel hacia allí.

En el momento de cruzarlo noté una fuerte presión en los oídos. Estábamos de nuevo en 1940.

Avanzamos desbocados por las catacumbas, el fuego de Emma proyectando sombras maniacas en las paredes, los chicos ciegos chasqueando la lengua y gritando: «¡Derecha!» o «¡Izquierda!», cada vez que el túnel se bifurcaba.

Pasamos junto a la montaña de féretros, la avalancha de huesos. Llegamos

finalmente al callejón sin salida y a la escalera que subía a la cripta. Empujé a Horace para que ascendiera él primero, después a Enoch, y Olive se descalzó para flotar hacia arriba.

—¡Estamos tardando mucho! —grité.

Percibía a los huecos corriendo por el pasadizo. Oía sus lenguas golpeando las piedras del suelo, impulsándolos hacia adelante. Imaginé sus mandíbulas goteando aquella sustancia negra y viscosa anticipando la matanza.

Y entonces los vi. Una mancha oscura en movimiento a lo lejos.

—¡Arriba! —grité.

Y salté a la escalera; fui el último en ascender por ella. Cuando estaba a punto de llegar arriba, Bronwyn extendió el brazo y tiró de mí, evitándome los peldaños superiores, y de pronto me encontré en la cripta junto con todos los demás.

Refunfuñando para sus adentros, Bronwyn cogió la lápida de piedra que cerraba la tumba de Christopher Wren y la devolvió a su lugar.

Menos de dos segundos más tarde, algo empezó a golpear con violencia la parte inferior de la pesada piedra, haciéndola saltar. La lápida no serviría para contener a los huecos durante mucho tiempo, teniendo en cuenta que esta vez eran dos.

Estaban muy cerca. Mis alarmas empezaron a dispararse, me dolía el estómago como si hubiera ingerido ácido. Subimos corriendo la escalera de caracol y accedimos a la nave. La catedral estaba a oscuras, su única iluminación era un siniestro resplandor anaranjado que se filtraba con dificultad a través de los cristales tintados de las ventanas. Por un momento pensé que eran los últimos rayos del sol del atardecer, pero mientras corríamos hacia la salida, vi de refilón el cielo a través de un orificio abierto en el techo.

Era ya de noche. Las bombas seguían cayendo y su sordo estruendo recordaba el latido irregular de un corazón.

Salimos al exterior.

DIEZ

Desde la escalinata de la catedral donde nos habíamos detenido, sobrecogidos, parecía que la ciudad entera estaba en llamas. El cielo era un panorama de fuego anaranjado, su resplandor era tan intenso que proyectaba luz suficiente para leer. La plaza donde habíamos estado intentando capturar alguna paloma se había transformado en un agujero de humeantes adoquines. Las sirenas sonaban sin cesar, el contrapunto de una soprano al bajo incesante de las bombas, su tono tan turbadoramente humano que daba la impresión de que todos los habitantes de Londres hubieran subido al tejado de sus casas para lanzar un grito de desesperación colectivo. Nuestro sobrecogimiento dio paso al miedo y a la urgencia de sobrevivir a aquello. Bajamos corriendo los peldaños cubiertos de escombros para cruzar a toda velocidad la destruida plaza, pasar junto a un autobús de dos pisos que parecía haber sido aplastado por el puño de un gigante rabioso y correr hacia no sé dónde, hacia donde fuese mientras fuera lejos de la Sensación, que a cada momento que pasaba crecía más fuerte y más mareante en mi interior.

Miré a la chica con poderes de telequinesia, que tiraba de los hermanos ciegos. Los niños seguían avanzando y chasqueando las lenguas. Pensé en decirle que soltara la paloma para poder seguirla... pero ¿de qué nos serviría encontrar ahora a Miss Wren si teníamos a los huecos pisándonos los talones? Si la encontrábamos, nos aniquilarían allí mismo y pondríamos, además, su vida en peligro. No, primero teníamos que despistar a los huecos. O, mejor aún, matarlos.

Un hombre tocado con un casco metálico asomó la cabeza por una puerta y nos gritó:

—¡Han recomendado ponerse a cubierto!

Y desapareció al instante.

«Por supuesto —pensé—, pero ¿dónde?»

Tal vez podríamos escondernos entre el caos de escombros que nos rodeaba, y con tanto ruido y tantas distracciones, era muy posible que los huecos nos pasaran por alto. Pero los teníamos aún muy cerca, nuestro rastro era demasiado fresco. Aconsejé a mis amigos no hacer uso de sus habilidades, pasara lo que pasase, y Emma y yo continuamos guiándolos por las calles, zigzagueando, confiando en que eso les dificultara seguirnos la pista.

Los percibía cerca. Estaban en el exterior, habían salido de la catedral y continuaban acechándonos, invisibles para todos menos para mí. Me pregunté si sería capaz de verlos en medio de tanta oscuridad: criaturas de sombras en una ciudad de sombras.

Corrimos hasta que los pulmones empezaron a arderme. Hasta que Olive no pudo seguir más nuestro ritmo y Bronwyn se vio obligada a cogerla en brazos. Pasamos junto a edificios altos con ventanas ennegrecidas que nos miraban fijamente

como ojos desprovistos de párpados. Pasamos junto a una biblioteca que había sido bombardeada y proyectaba una nevada de cenizas y papel quemado. Pasamos junto a un cementerio bombardeado, londinenses olvidados en el tiempo ahora desenterrados y colgados de los árboles, sonriendo en el interior de su putrefacto vestido de gala. El recargado asiento de un columpio en medio del cráter de un parque infantil. Los horrores se amontonaban, incomprensibles, los bombarderos soltando de vez en cuando bengalas para iluminarlo todo con el reluciente blanco puro de los flashes de mil cámaras. Como queriendo decir: «Mirad, mirad lo que hemos hecho».

Pesadillas hechas realidad. Como los espíritus huecos.

«No mires, no mires, no mires...»

Envidiaba a los hermanos ciegos, que navegaban con la ayuda de una topografía libre de todo detalle; el mundo en algoritmos de diseño visual. Me pregunté por un momento cómo serían sus sueños, o si soñarían.

Emma trotaba a mi lado, su melena ondulada y empolvada flotando a su espalda.

—Estamos reventados —dijo—. No podemos seguir así.

Tenía razón. Incluso los que estaban más en forma empezaban a flaquear. Los huecos nos darían caza enseguida y tendríamos que enfrentarnos a ellos en plena calle. Sería un baño de sangre. Teníamos que encontrar un lugar donde refugiarnos.

Me encaminé hacia una hilera de casas. Sabiendo que los pilotos de los bombarderos apuntarían antes a una casa alegremente iluminada que a un borrón difuminado por la oscuridad, las viviendas tenían las luces apagadas, los porches oscuros, las ventanas opacas. Encontrar una casa vacía era la alternativa más segura, pero sin luz como estaban, era imposible saber cuáles estaban ocupadas y cuáles no. Tendríamos que elegir una al azar.

Me detuve en seco.

—¿Qué haces? —exclamó Emma, jadeando para coger aire—. ¿Estás loco?

—Tal vez —respondí. Cogí a Horace, apunté con la mano en dirección a la hilera de casas y le dije—: Elige.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué yo?

—Porque confío en tus elecciones al azar más que en las mías.

—¡Nunca he soñado con esto! —replicó en tono de protesta.

—Tal vez sí y no lo recuerdas —aventuré—. Elige.

Comprendiendo que no tenía otra alternativa, Horace tragó saliva, cerró un segundo los ojos, se volvió y señaló una de las casas.

—Esa.

—¿Por qué esa? —pregunté.

—Pues porque me has obligado a elegir —respondió Horace enfadado.

Y con eso tendría que conformarme.

La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Ningún problema: Bronwyn

arrancó el pomo y lo tiró a la calle. La puerta se abrió sola. Entramos en un oscuro pasillo con paredes decoradas con fotografías familiares, los rostros que aparecían en ellas imposibles de discernir. Bronwyn cerró la puerta y la bloqueó con una mesa que encontró en el vestíbulo.

—¿Quién hay ahí? —dijo una voz.

«Maldita sea.»

No estábamos solos.

—Se suponía que tenías que elegir una casa vacía —le susurré a Horace.

No había tiempo para cambiar de casa. Tendríamos que presentarnos a quienquiera que hubiese allí y confiar en que fuese gente amable.

—¿Quién anda ahí?! —gritó esta vez la voz.

—No somos ladrones, ni alemanes, ni nada de eso —respondió Emma—. Solo buscamos cobijo.

No hubo respuesta.

—Quedaos aquí —dijo Emma, y tiró de mí para recorrer el pasillo—. ¡Venimos a presentarnos! —gritó empleando un tono amistoso—. ¡No disparen, por favor!

Llegamos al final del pasillo, doblamos la esquina, y allí, ocupando el umbral de una puerta, descubrimos a una niña. Sujetaba una desvencijada linterna en una mano y un abridor de cartas en la otra, y sus agudos ojos negros oscilaban con nerviosismo entre Emma y yo.

—¡Aquí no hay nada de valor! —dijo la niña—. La casa ya ha sido saqueada.

—Ya te he dicho que no somos ladrones —le respondió Emma ofendida.

—¡Y yo te he dicho que os marchéis! ¡Si no os vais enseguida, gritaré y... y mi padre vendrá corriendo con sus... con sus pistolas y todas sus cosas!

La niña parecía a la vez infantil y prematuramente adulta. Llevaba el pelo peinado con una melenita corta y lucía un vestido de niña pequeña abrochado con grandes botones blancos en la parte delantera, pero su expresión dura la hacía parecer mayor, cansada del mundo con solo doce o trece años de edad.

—No grites, por favor —dije, no pensando tanto en su más que probablemente imaginario padre sino en lo que podía aparecer de un momento a otro.

Entonces se oyó una vocecita detrás de la niña, al otro lado de la puerta que de forma tan notoria había estado bloqueando.

—¿Quién es, Sam?

La expresión de la niña se tornó de frustración.

—No son más que unos niños —respondió—. Te he dicho que permanecieras callada, Esmé.

—¿Son buenos? Quiero conocerlos.

—Ya se iban.

—Nosotros somos muchos y vosotras solo sois dos —dijo Emma sin alterarse—. Nos quedaremos un rato aquí y ya está. Vosotras no gritaréis y nosotros no os robaremos nada.

Los ojos de la niña brillaron de rabia, un resplandor que se apagó enseguida. Sabía que había perdido.

—De acuerdo —asintió—, pero si intentáis cualquier cosa, gritaré y te clavaré esto en la barriga. —Blandió débilmente el abridor de cartas y lo bajó acto seguido hasta dejarlo a la altura de su cintura.

—Me parece bien —dije.

—¿Sam? —llamó la vocecita—. ¿Y ahora qué pasa?

La niña —Sam— se apartó a regañadientes y pudimos ver un cuarto de baño iluminado con la parpadeante luz de las velas. Había un lavabo, un inodoro y una bañera, y dentro de la bañera una niña de aproximadamente unos cinco años de edad. Nos miraba con curiosidad por encima del borde.

—Esta es mi hermana, Esmé —la presentó Sam.

—¡Hola! —dijo Esmé, saludándonos con un patito de goma—. Las bombas no te alcanzan si estás metido en la bañera, ¿lo sabíais?

—No, no lo sabíamos —respondió Emma.

—Es su refugio —nos reveló en voz baja Sam—. Cuando hay un bombardeo nos encerramos aquí.

—¿No estaríais más seguras en un refugio? —sugerí.

—Los refugios son horriblos —replicó Sam.

Los demás estaban cansados de esperar y empezaron a acercarse por el pasillo. Bronwyn asomó la cabeza por la puerta y saludó.

—¡Pasa! —la invitó Esmé encantada.

—Eres demasiado confiada —la regañó Sam—. Un día te encontrarás con una persona mala y lo sentirás.

—Ellos no son malos —dijo Esmé.

—Eso nunca puede saberse si nos basamos tan solo en las apariencias.

Entonces asomaron la cabeza Hugh y Horace, curiosos por saber con quién hablábamos, y Olive pasó entre las piernas de ambos para sentarse en el suelo. Acabamos todos apretujados en el cuarto de baño, incluso Melina y los hermanos ciegos, que se instalaron perturbadoramente de cara a la pared. Viendo a tantísima gente, a Sam empezaron a temblarle las piernas y se dejó caer sobre el inodoro, abrumada, pero su hermana estaba emocionada y fue preguntando el nombre a todo el mundo a medida que iban entrando.

—¿Dónde están vuestros padres? —preguntó Bronwyn.

—Papá está matando malos en la guerra —respondió con orgullo Esmé. Fingió coger un fusil y empezó a disparar en broma—. ¡Bang!

Emma miró a Sam.

—Has dicho que tu padre estaba arriba —dijo sin que se le alterase la voz.

—Habéis irrumpido de mala manera en nuestra casa —replicó Sam.

—Cierto.

—¿Y vuestra madre? —preguntó Bronwyn—. ¿Dónde está?

—Murió hace mucho tiempo —respondió Sam sin mostrar demasiado pesar—. Por eso, cuando nuestro padre se fue a la guerra quisieron enviarnos a casa de unos familiares. Y como que la hermana de nuestro padre que vive en Devon es terriblemente malvada, solo estaba dispuesta a quedarse con una de nosotras e intentaron separarnos a Esme y a mí. Pero saltamos del tren en marcha y volvimos a casa.

—Nunca nos separaremos —declaró Esme—. Somos hermanas.

—¿Y teméis que os descubran si acudís a un refugio? —preguntó Emma—. ¿Que intenten enviaros lejos de la ciudad?

Sam asintió.

—No permitiré que eso suceda.

—En la bañera estamos seguras —dijo Esme—. Tal vez quepáis también. Así todos estaremos sanos y salvos.

Bronwyn se llevó una mano al corazón.

—Gracias, cariño, pero no cabríamos todos.

Mientras los demás hablaban, me concentré en mis sensaciones interiores para intentar percibir la posible presencia de huecos. Ya no estaban corriendo. La Sensación se había estabilizado, lo que significaba que no se estaban ni acercando ni alejando de nosotros, sino que casi con seguridad olisqueaban el terreno por las cercanías. Lo consideré buena señal; de haber sabido dónde estábamos, habrían venido directamente a por nosotros. Nuestro rastro se había enfriado. Ahora teníamos que limitarnos a mantenernos quietos un rato y luego seguir la ruta que nos marcara la paloma y localizar a Miss Wren.

Nos acurrucamos en el suelo del cuarto de baño mientras seguían cayendo bombas en otras partes de la ciudad. Emma encontró un frasco con alcohol en el botiquín e insistió en desinfectarme el corte y vendarme la cabeza. Sam empezó a canturrear una melodía que me sonaba, aunque no conseguía identificar, y Esme se puso a jugar con el patito en la bañera. Muy despacio, la Sensación fue disminuyendo. Durante unos minutos, aquel cuarto de baño en penumbra se convirtió en un universo en sí mismo, una crisálida alejada de los problemas y de la guerra.



Pero la guerra se negaba a ser ignorada. Los cañones antiaéreos traqueteaban sin cesar. La metralla se clavaba como garras en el tejado. Las bombas fueron aproximándose hasta que su estampido vino seguido por sonidos más graves y siniestros: el golpe sordo de los muros al desplomarse. Olive se hizo una bolita. Horace se tapó los oídos con las manos. Los hermanos ciegos gimotearon y empezaron a balancearse sobre sí mismos. Miss Peregrine se escondió en las profundidades del abrigo de Bronwyn y la paloma permaneció temblorosa en el regazo de Melina.

—¿En qué tipo de locura nos habéis metido? —dijo Melina.

—Ya te lo he advertido —replicó Emma.

El agua de la bañera de Esme se ondulaba con cada nuevo estallido. La pequeña cogió el patito de goma y rompió a llorar. El llanto inundó la reducida estancia. Sam subió el volumen de su melodía, deteniéndose entre estrofa y estrofa para susurrar: «Estás a salvo, Esme, aquí estás a salvo», pero Esme lloraba con más fuerza si cabe. Horace se destapó los oídos e intentó distraer a Esme proyectando sombras de

animales en la pared —un cocodrilo abriendo las mandíbulas, un pájaro volando...—, pero la niña apenas si le hizo caso. Entonces, la última persona que esperaba que hiciese algo para que la pequeña se sintiese mejor, se deslizó hacia la bañera.

—Mira esto —dijo Enoch—; tengo un hombrecillo al que le gustaría mucho montarse encima de tu patito y está también a punto de tener un arrebato. —Extrajo del bolsillo una figurita humanoide de arcilla, de unos diez centímetros de alto, el último que le quedaba de todos los que había construido en Cairnholm. Los sollozos de Esme se apaciguaron en cuanto vio que Enoch doblaba las piernas de la figurita para sentarla en el borde de la bañera. Entonces, en el momento en que Enoch presionó con el pulgar el minúsculo pecho del hombrecillo, la figura cobró vida. El rostro de Esme se iluminó cuando el hombrecillo de arcilla se incorporó y empezó a pasear por el borde de la bañera.

»Adelante —dijo Enoch—. Enséñale lo que sabes hacer.

El hombrecillo de arcilla saltó, taconeó y terminó la actuación con un exagerado saludo. Esme se echó a reír y aplaudió, y cuando una bomba caída muy cerca le hizo perder el equilibrio y resbalar hacia la bañera, rio aún con más fuerza.

De pronto, sentí un escalofrío que me recorrió la nuca y me erizó el vello. La Sensación se apoderó de mí de un modo tan rápido y brusco que emití un grito y me doblegué de dolor. En cuanto los demás vieron mi gesto, supieron al instante qué significaba.

Se acercaban. Y se acercaban a toda velocidad.

Era natural que lo hicieran: Enoch había utilizado sus poderes y ni siquiera se me había pasado por la cabeza impedirselo. Era como si hubiésemos lanzado una bengala para señalar nuestra posición.

Me incorporé tambaleándome, el dolor me atacaba en oleadas que me debilitaban cada vez más. Intenté gritar: «¡Vamos, corred! ¡Huid hacia la parte de atrás!», pero no pude pronunciar ni una palabra. Emma me rodeó con el brazo.

—Serénate, cariño, te necesitamos.

Entonces, alguna cosa empezó a asestar fuertes golpes en la puerta principal; los impactos resonaban por toda la casa.

—¡Están aquí! —conseguí decir por fin, aunque el sonido de la puerta desencajándose de las bisagras había hablado por mí.

Todo el mundo se levantó y salió al pasillo, un grupillo presa del pánico. Solo Sam y Esme se quedaron donde estaban, desconcertadas y muertas de miedo. Emma y yo tuvimos que arrancar a Bronwyn de la bañera.

—¡No podemos dejarlas aquí! —gritó cuando la arrastramos hacia la puerta.

—¡Sí podemos! —replicó Emma—. ¡No les pasará nada, los huecos no van a por ellas!

Sabía que era cierto, pero también sabía que los huecos eran capaces de acabar con cualquier cosa que se interpusiera en su camino, incluso con un par de niñas normales.

Bronwyn dio un puñetazo a la pared, rabiosa, y abrió sin querer un boquete.

—Lo siento —les dijo a las niñas, y se dejó arrastrar por Emma hacia el pasillo.

Caminé con paso inseguro detrás de ellas, el estómago completamente removido.

—¡Cerrad bien la puerta y no abráis a nadie! —grité. Al mirar atrás vi por última vez el rostro de Sam enmarcado por la puerta que empezaba a cerrarse, sus ojos enormes y asustados.

Oí que el cristal de una ventana se hacía añicos en el salón principal. Un instinto de curiosidad suicida me llevó a asomar la cabeza por la esquina del pasillo y vislumbré un amasijo de tentáculos retorciéndose por debajo de la persiana.

Emma me cogió por el brazo y me arrancó de allí. Me condujo por otro pasillo hacia la cocina, cruzamos la puerta de atrás, salimos a un jardín cubierto de cenizas y nos adentramos en el callejón donde nos reencontramos con los demás. Alguien exclamó:

—¡Mirad, mirad!

Y sin dejar de correr, me volví y vi un enorme pájaro de color blanco aleteando por encima de nosotros.

—¡Una mina! ¡Es una mina! —gritó Enoch.

Y lo que parecían unas livianas alas se convirtieron de repente y con total claridad en un paracaídas, del que colgaba un grueso cuerpo plateado cargado de explosivos; un ángel de la muerte flotando con completa serenidad en dirección al suelo.

Los huecos salieron al exterior. Los vi a lo lejos, recorriendo el jardín con grandes zancadas, agitando las lenguas en el aire.

La mina aterrizó junto a la casa con un suave clic.

—¡Agachaos! —grité.

Ni siquiera tuvimos tiempo de correr para ponernos a cubierto. Justo acababa de tirarme al suelo cuando se produjo un destello cegador, se oyó un sonido que me llevó a pensar que la tierra se partía y se generó una onda expansiva de viento abrasador que me dejó los pulmones sin aire. Una granizada negra de escombros me aporreó la espalda. Apreté las rodillas contra el pecho, intentando convertirme en una forma lo más compacta posible.

Después de aquello, solo hubo viento, sirenas y un potente zumbido en los oídos. Me esforcé por respirar y me atraganté con el remolino de polvo. Tiré del cuello del jersey para cubrirme la nariz y la boca con la intención de filtrar la polvareda y lentamente recuperé el ritmo normal de la respiración.

Conté las extremidades: dos brazos, dos piernas.

Bien.

Me senté poco a poco y miré a mi alrededor. El polvo me impedía ver correctamente, pero oí a mis amigos llamándose entre ellos. Oí la voz de Horace, y la de Bronwyn. También la de Hugh. La de Millard.

¿Dónde estaba Emma?

La llamé. Intenté incorporarme y caí al suelo. Tenía las piernas intactas aunque

temblorosas; no soportaban el peso de mi cuerpo.

—¡Emma! —volví a gritar.

—¡Estoy aquí!

Volví la cabeza hacia la voz. Y Emma se materializó entre la polvareda.

—¡Jacob! Oh, Dios mío. Doy gracias a Dios.

Estábamos los dos temblando. La abracé, la acaricié entera para asegurarme de que estaba allí.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. ¿Y tú?

Me dolían los oídos, los pulmones me ardían y me picaba la espalda como consecuencia del chaparrón de escombros que había recibido, pero el malestar en el estómago había desaparecido. En el momento en que se produjo la deflagración fue como si alguien hubiera desconectado un interruptor en mi interior y se hubiese desvanecido la Sensación.

Los huecos se habían evaporado.

—Estoy bien —dije—. Estoy bien.

Arañazos y cortes aparte, todos estábamos bien. Nos agrupamos para comparar lesiones. Nada grave.

—Parece un milagro —dijo Emma, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad.

Y nos lo pareció más si cabe cuando comprobamos que a nuestro alrededor todo eran clavos, fragmentos de cemento, astillas de madera que parecían cuchillos, muchos de ellos desplazados a gran distancia por la explosión.

Enoch se acercó tambaleándose a un coche estacionado, sus cristales estaban hechos añicos y la carrocería tan agujereada por la metralla que parecía haber sido víctima de los disparos de una ametralladora.

—Tendríamos que estar muertos —dijo maravillado, introduciendo el dedo en uno de los orificios—. ¿Por qué no estamos llenos de agujeros?

Entonces Hugh dijo:

—Tu jersey, compañero. —Y se acercó a Enoch y clavó una uña en la espalda del jersey, que estaba rebozado de gravilla.

—Y el tuyo —declaró Enoch, retirando una punta de metal del jersey de Hugh.

Examinamos los jerséis que llevábamos puestos. Estaban plagados de fragmentos enormes de cristal y trozos de metal que deberían habernos alcanzado el cuerpo... pero que no lo habían hecho. Los jerséis de lana peculiar, que picaban y nos iban grandes, no eran resistentes al fuego o el agua, como había apuntado la emú-rafa, sino que eran a prueba de balas. Y nos habían salvado la vida.

—Jamás soñé con que iba a deberle la vida a una prenda tan horrorosa como esta —dijo Horace, acariciando la lana del jersey—. Me pregunto si podría hacerme una chaqueta de esmoquin con esta lana.

Entonces apareció Melina, con la paloma posada en su hombro y los hermanos

ciegos acompañándola. Gracias a aquel sentido que se comportaba como un sonar, los chicos habían descubierto un murete de hormigón armado —«sonaba» duro— y habían llegado a tiempo de refugiarse detrás del mismo junto con Melina antes de que estallara la bomba. Quedaba solo por conocer el estado de las dos niñas normales. Pero cuando la polvareda se disipó y pudimos por fin vislumbrar la casa —o lo que quedaba de ella—, cualquier esperanza de encontrarlas con vida se esfumó por completo. El piso superior se había derrumbado, aplastando con su peso la planta baja. Lo único que quedaba en pie era un esqueleto de vigas y un montón de humeantes escombros.

Bronwyn corrió de todos modos hacia allí, gritando los nombres de ambas hermanas. Aturdido, la vi desaparecer.

—Podríamos haberlas ayudado y no lo hemos hecho —dijo apesadumbrada Emma—. Hemos dejado que mueran.

—No habríamos podido hacer nada —replicó Millard—. Su muerte estaba escrita en la historia. Aun en el caso de que hoy hubiéramos conseguido salvarles la vida, cualquier cosa se las habría llevado mañana. Otra bomba, un accidente de autobús... Vivían en el pasado, y el pasado siempre acaba corrigiéndose a sí mismo, por mucho que interfiramos nosotros.

—Razón por la cual es imposible volver atrás y matar a Hitler cuando era un bebé para impedir el estallido de esta guerra —concluyó Enoch—. La historia se cura a sí misma. ¿No os parece interesante?

—No —le espetó Emma—, y eres un desgraciado sin corazón por hablar sobre matar bebés en momentos como este. O en cualquier momento.

—Hablabas de Hitler cuando era un bebé —replicó Enoch—. Y hablar sobre teoría de bucles es mejor que ponerse histérico sin motivo. —Volvió la cabeza hacia Bronwyn, que se había encaramado a la montaña de escombros y estaba excavando entre los restos, proyectando fragmentos hacia todos lados.

Se volvió hacia nosotros y agitó los brazos.

—¡Aquí! —gritó.

Enoch negó con la cabeza.

—Por favor, que alguien vaya a buscarla. Aún tenemos que localizar a esa ymbryne.

—¡Aquí! —gritó de nuevo Bronwyn, más fuerte esta vez—. ¡Oigo a una de ellas! Emma se quedó mirándome.

—Espera un momento. ¿Qué ha dicho?

Y echamos todos a correr hacia donde estaba Bronwyn.

Encontramos a la pequeña debajo de un fragmento de techo que se había desprendido. Había caído sobre la bañera, que estaba resquebrajada pero no rota del todo. Encogida de miedo en su interior estaba Esme: mojada, sucia y traumatizada,

pero viva. La bañera la había protegido, tal y como su hermana le había prometido.

Bronwyn levantó los escombros para que Emma pudiera introducir la mano y sacar a Esme de allí. La pequeña, temblorosa y llorando, se abrazó a Emma.

—¿Dónde está Sam?

—Tranquila, pequeña, tranquila —dijo Emma, acunándola—. Vamos a llevarte al hospital. Sam vendrá más tarde. —Era mentira, por supuesto, y vi que a Emma se le partía el corazón al pronunciar aquellas palabras. Haber sobrevivido, y que la pequeña hubiera sobrevivido también, eran dos milagros en una sola noche. Esperar un tercero parecía excesivamente ambicioso.

Pero entonces sucedió el tercer milagro, o algo parecido: la hermana respondió.

—¡Estoy aquí, Esme! —dijo una voz desde arriba.

—¡Sam! —chilló la pequeña, y todos levantamos la vista.

Sam colgaba de lo alto de una viga. La viga se había roto y se había quedado formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Sam estaba casi en la punta, pero aún se hallaba demasiado alta para poder alcanzarla.

—¡Suéltate! —gritó Emma—. ¡Te cogemos al vuelo!

—¡No puedo!

Me fijé más, entonces, y cuando vi por qué no podía, casi me desmayo.

Ví que piernas y brazos se movían como si estuviesen sueltos. No colgaba de la viga, sino que estaba atravesada por ella. Había quedado empalada por el centro de su cuerpo. Pero tenía los ojos abiertos y nos miraba con atención.

—Creo que me he quedado enganchada —dijo con mucha calma.

Sam moriría en cualquier momento. Estaba en estado de *shock* y por eso no sentía dolor, pero la adrenalina que circulaba por su organismo se esfumaría pronto y entonces se acabaría.

—¡Que alguien baje a mi hermana de ahí! —gritó Esme.

Bronwyn se decidió a ir a por ella. Subió al tejado por lo que quedaba de la escalera y extendió el brazo para coger la viga. Tiró y tiró con todas sus fuerzas hasta que consiguió inclinar la viga hacia abajo lo suficiente como para que el extremo rozara casi los escombros del suelo. Esto permitió que Enoch y Hugh alcanzaran las piernas de Sam y, con sumo cuidado, pudieran tirar de ella hasta liberarla con un leve ¡plop! y depositarla en el suelo.

Sam observó sin interés el orificio abierto en su pecho. Tendría un diámetro de unos quince centímetros y una forma perfectamente circular, como la viga que la había empalado, aunque no parecía muy preocupada por ello.

Esme se soltó del abrazo de Emma y echó a correr hacia su hermana.

—¡Sam! —gritó, rodeando la maltrecha cintura de la niña—. ¡Gracias a Dios que estás bien!

—No me parece que lo esté mucho —dijo Olive—. Vamos, que no lo está nada de nada.

Pero Sam solo estaba preocupada por Esme, no por ella. En cuanto se soltó de su

abrazo, Sam se arrodilló, apartó a la pequeña y la examinó en busca de cortes y magulladuras.

—Dime dónde te duele —le dijo.

—Me silban los oídos. Tengo arañazos en las rodillas. Y me ha entrado tierra en el ojo...

Entonces Esme empezó a temblar y a llorar, la conmoción de lo sucedido superándola de nuevo. Sam la abrazó con fuerza diciéndole:

—Tranquila, tranquila...

No tenía sentido que el cuerpo de Sam siguiera funcionando con normalidad. Pero por extraño que fuese, su herida ni siquiera sangraba y no colgaban de ella coágulos ni fragmentos de vísceras, como había visto que sucedía en las películas de terror. Sam parecía una muñequita de papel atacada por un puño gigante que le había abierto un agujero.

Aunque todo el mundo se moría de ganas de obtener una explicación, habíamos decidido dejar que las niñas disfrutaran de unos momentos de intimidad y permanecimos observándolas con asombro desde una respetuosa distancia.

Enoch, sin embargo, no se mostró tan cortés.

—Perdona —dijo, invadiendo su espacio personal—, pero ¿podrías explicarnos cómo es que sigues viva?

—No es nada grave —afirmó Sam—. Aunque es posible que el vestido no sobreviva.

—¿Que no es nada grave? —cuestionó Enoch—. ¡Si puedo ver a través de ti!

—Asusta un poco —reconoció Sam—, pero se rellenará en un par de días. Siempre es así.

Enoch rompió a reír como un loco.

—¿Siempre es así?

—¡En nombre de todo lo peculiar! —exclamó Millard sin levantar la voz—. Sabéis qué es eso, ¿verdad?

—Que es una de los nuestros —dije.

Teníamos preguntas. Muchas preguntas. Cuando el llanto de Esme empezó a amainar, reunimos el coraje necesario para formularlas.

¿Era consciente Sam de que era peculiar?

Sabía que era distinta, nos dijo, pero nunca había oído mencionar el término «peculiar».

¿Había vivido alguna vez en un bucle?

No («¿Un qué?»), lo que significaba que tenía la edad que aparentaba. Doce, nos dijo.

¿No había venido a buscarla ninguna ymbryne?

—Vino alguien una vez —respondió—. Había más niños como yo, pero irme con ellos habría significado abandonar a Esme.

—¿Esme no puede... hacer nada? —pregunté.

—Puedo contar desde cien al revés con voz de patito —afirmó la pequeña, sorbiendo por la nariz, y a continuación inició su demostración graznando como un pato—: Cien, noventa y nueve, noventa y ocho...

Pero antes de que pudiera seguir, Esme se vio interrumpida por una sirena tremendamente aguda que se acercaba en nuestra dirección. Instantes después, una ambulancia entró a toda velocidad en el callejón y avanzó hacia nosotros. Llevaba los faros delanteros apagados y el vehículo apenas emitía luz. Derrapó hasta detenerse, apagó la sirena y salió el conductor.



—¿Hay algún herido? —preguntó el hombre, corriendo hacia nosotros. Llevaba un arrugado uniforme gris y un casco metálico abollado, y aunque rebosaba energía, estaba demacrado, como si llevara días sin dormir.

Su mirada recayó en el agujero en el pecho de Sam y se detuvo en seco.

—¡Recórcholis!

Sam se incorporó.

—En realidad no es nada —dijo—. Estoy bien. —Y para demostrar que estaba perfectamente, metió y sacó la mano una y otra vez del agujero y empezó a saltar abriendo las piernas y juntando las manos por encima de la cabeza.

El enfermero se desmayó.

—Vaya —dijo Hugh, empujando un poco con la punta del pie al hombre caído en el suelo—. Cabría pensar que estos tipos están hechos de material más resistente.

—Teniendo en cuenta que no está preparado para realizar estos servicios, sugeriría coger prestada la ambulancia —apuntó Enoch—. No tenemos ni idea de adónde quiere llevarnos esta paloma. Si es muy lejos, podríamos tardar toda la noche en llegar a pie hasta dondequiera que esté Miss Wren.

Horace, que había permanecido sentado sobre los restos de un muro, se puso de inmediato en pie.

—¡Muy buena idea! —declaró.

—Una idea reprobable —replicó Bronwyn—. No podemos robar la ambulancia, los heridos la necesitan.

—Nosotros también somos heridos —gimoteó Horace—. La necesitamos.

—Me parece que no estamos hablando exactamente de la misma cosa.

—¡Santa Bronwyn! —exclamó con sarcasmo Enoch—. ¿Tanto te preocupa el bienestar de los normales que arriesgarías la vida de Miss Peregrine a cambio de proteger la de alguno de ellos? ¡Ni siquiera las vidas de miles de ellos valen lo que vale la de ella! ¡O la de cualquiera de nosotros, de hecho!

Bronwyn sofocó un grito.

—No me parece correcto decir eso delante de...

Sam se acercó a Enoch con cara de pocos amigos.

—Mira, chico —le espetó—, si vuelves a insinuar que la vida de mi hermana no vale nada, te doy una paliza.

—Tranquila, no me refería a tu hermana. Solo quería decir que...

—Sé exactamente qué querías decir. Y te daré una paliza si vuelves a repetirlo.

—Siento haber ofendido tu delicada sensibilidad —replicó Enoch, alzando la voz de pura exasperación—, pero tú nunca has tenido una ymbryne y no has vivido jamás en un bucle, de manera que es imposible que comprendas que todo esto, que este momento, no es «real», en el sentido más estricto de la palabra. Es el «pasado». La vida de cualquier normal que habita en esta ciudad ya se ha vivido. Su destino está predeterminado, por muchas ambulancias que robemos. Por lo tanto, no importa un comino, ¿entiendes?

Desconcertada, Sam no dijo nada, pero siguió mirando con malos ojos a Enoch.

—Aun así —insistió Bronwyn—, no está bien hacer sufrir de forma innecesaria a la gente. No podemos llevarnos la ambulancia.

—Todo el mundo tiene razón, pero pensad en Miss Peregrine —intervino Millard—. No debe de quedarle más que un día de vida.

El grupo estaba dividido a partes iguales entre la idea de robar la ambulancia o seguir a pie, de modo que decidimos llevar a cabo una votación. Yo estaba en contra de llevarnos la ambulancia, pero básicamente porque las bombas habían dejado las calles en tal mal estado que no tenía ni idea de cómo conseguiría conducir el vehículo.

Emma se encargó de organizarlo.

—¿Quién está por que nos llevemos la ambulancia? —preguntó.

Se alzaron unas cuantas manos.

—¿Y en contra?

De pronto oímos un estallido procedente del vehículo. Cuando nos volvimos, descubrimos a Miss Peregrine junto a la ambulancia y uno de los neumáticos traseros desinflándose. Miss Peregrine había votado sirviéndose del pico, hundiéndolo en el neumático en cuestión. Ahora nadie podía utilizarla —ni nosotros, ni los heridos— y no tenía sentido continuar discutiendo o retrasando nuestra marcha.

—Bien, esto simplifica las cosas —dijo Millard—. Seguiremos a pie.

—¡Miss Peregrine! —exclamó Bronwyn—. ¿Cómo ha podido?

Haciendo caso omiso del estallido de indignación de Bronwyn, Miss Peregrine saltó sobre Melina, miró a la paloma posada en su hombro y chirrió. El mensaje estaba muy claro: «¡Vámonos! ¡Ya!».

¿Qué hacer? Estábamos perdiendo el tiempo.

—Ven con nosotros —le dijo Emma a Sam—. Si existe la justicia en el mundo, antes de que acabe la noche estaremos en un lugar seguro.

—Ya os he dicho que no pienso abandonar a mi hermana —repuso Sam—. Vais a uno de esos lugares donde ella no puede entrar, ¿verdad?

—No... no lo sé —respondió Emma tartamudeando—. Es posible...

—Me da igual, de todos modos —dijo Sam con frialdad—. Después de lo que acabo de presenciar, jamás daría ese paso para acompañaros.

Emma retrocedió. Se había quedado blanca. Y con un hilo de voz, preguntó:

—¿Por qué?

—El hecho de que ni siquiera proscritos y marginados como vosotros sean capaces de demostrar un poco de compasión hacia los demás —dijo—, significa que ya no queda esperanza en este mundo. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la ambulancia con Esme.

Emma reaccionó como si acabaran de darle un bofetón. Sus mejillas de repente enrojecieron. Echó a correr hacia Sam.

—¡No todos pensamos como piensa Enoch! Y en cuanto a nuestra ymbryne, estoy segura de que no tenía intención de hacer lo que ha hecho.

Sam giró sobre sus talones.

—¡No lo hizo por accidente! Me alegro de que mi hermana no sea como vosotros. Y pido a Dios no serlo tampoco yo.

Dio media vuelta de nuevo y esta vez Emma no la siguió. Con una expresión herida, se quedó mirando cómo Sam se marchaba y luego regresó con los demás,

apesadumbrada. La rama de olivo que había tendido se había convertido en una serpiente y la había mordido.

Bronwyn se quitó el jersey y lo dejó caer sobre los escombros.

—¡La próxima vez que empiecen a caer bombas, ponle esto a tu hermana! —le gritó a Sam—. Estará más segura que dentro de cualquier bañera.

Sam no dijo nada, ni siquiera se volvió para mirarnos. Estaba inclinada junto al conductor de la ambulancia, que ya se había sentado y murmuraba:

—He tenido un sueño de lo más extraño...

—Lo que acabas de hacer ha sido una estupidez —le reprochó Enoch a Bronwyn—. Te has quedado sin jersey.

—Cierra tu boca —replicó esta—. Si alguna vez hubieras hecho una buena obra, lo entenderías.

—He hecho una buena obra —dijo Enoch—, y casi nos devoran los huecos por ello.

Dijimos adiós, sin obtener respuesta, y nos adentramos en silencio en las sombras. Melina cogió la paloma y la lanzó hacia el cielo. Recorrió volando una breve distancia antes de que la cuerda que Melina le había atado a la pata se tensara y se quedara inmóvil en el aire, como si la paloma fuese un perro tirando de la correa.

—Miss Wren está por allí —anunció Melina, señalando la dirección que marcaba la cuerda. Y seguimos a la chica y a la paloma por el callejón.

Estaba a punto de ponerme en modo de vigilancia de presencia de espíritus huecos, mi acostumbrado puesto en cabeza del grupo, cuando algo me llevó a volver la vista atrás para mirar de nuevo a las hermanas. Me di la vuelta a tiempo de ver cómo Sam ayudaba a Esmé a subir a la ambulancia y se inclinaba para estampar un beso en los rasguños que había sufrido la pequeña en las rodillas. Me pregunté qué sería de ellas. Posteriormente, Millard me contaría que el hecho de que nadie hubiera oído hablar de Sam —y una niña con una peculiaridad como la suya tenía que ser muy conocida a la fuerza— significaba que con toda probabilidad no llegó a sobrevivir a la guerra.

El episodio había dejado a Emma apesadumbrada. Yo no alcanzaba a comprender por qué Emma consideraba tan importante demostrar a un desconocido que teníamos buen corazón —cuando sabíamos con seguridad que lo teníamos—, pero aquella insinuación de que no éramos precisamente ángeles vagando por la tierra, que nuestra naturaleza poseía sombras mucho más complejas, parecía preocuparla.

—No lo entienden —iba repitiendo una y otra vez.

«Aunque es posible —pensé— que sí lo entiendan.»

ONCE

De modo que así estábamos: todo dependía de una paloma. Si acabaríamos la noche en la seguridad de los cuidados de una maternal ymbryne o medio masticados en las negras y revueltas entrañas de un hueco, si conseguiríamos salvar a Miss Peregrine o continuaríamos vagando por aquel paisaje infernal hasta que el tiempo de su reloj se agotara, si yo permanecería con vida para poder ver de nuevo mi casa y a mis padres... todo dependía de una única y escuálida paloma peculiar.

Me adelanté hasta situarme en la cabecera del grupo con la intención de percibir la posible presencia de huecos, pero quien nos guiaba en realidad era la paloma, que tiraba de su correa como un sabueso siguiendo el rastro. Virábamos a la izquierda cuando la paloma volaba hacia la izquierda, y hacia la derecha cuando ella tiraba hacia la derecha, obedientes como ovejitas, aunque ello significara avanzar a tientas por calles repletas de cráteres abiertos por las bombas y capaces de partirle el tobillo a cualquiera o inquietarnos sobremanera viendo los esqueletos de edificios desmembrados, sus dentados extremos metálicos acechando como oscuras puntas de lanza entre el ondulante resplandor del fuego, amenazando con clavarse en nuestro cuello.

Después de los aterradores acontecimientos de aquella noche, había alcanzado un nuevo máximo de agotamiento. Sentía un extraño hormigueo en la cabeza. Caminaba arrastrando los pies. El rugido de las bombas se había tranquilizado y las sirenas se habían callado por fin. Me pregunté si lo que me había mantenido despierto hasta entonces habrían sido aquellos sonidos apocalípticos. Ahora percibía en el humeante ambiente sonos de otro tipo: el agua manando a borbotones de las cañerías rotas, el gemido de un perro atrapado, voces roncadas suplicando ayuda. De vez en cuando, surgían de repente en la oscuridad otros compañeros de viaje, figuras fantasmagóricas huidas del inframundo, con los ojos brillantes por el miedo y el recelo, cargando con objetos de todo tipo: radios, cuberterías robadas, una caja dorada, una urna funeraria. Muertos portando muertos.

Llegamos a una bifurcación en forma de T y nos detuvimos, la paloma dudando entre seguir hacia la derecha o hacia la izquierda. La chica la animó desde abajo:

—Vamos, *Winnie*. Estás siendo una paloma estupenda. Muéstranos el camino.

Enoch intervino entonces:

—Si no encuentras a Miss Wren, te ensartaré personalmente en un espetón para asarte.

La paloma dio un brinco en el aire, indicándonos que debíamos continuar hacia la izquierda.

Melina miró furiosa a Enoch.

—Eres un burro —le dijo.

—Pero obtengo resultados —replicó él.

Llegamos por fin a una estación de metro. La paloma nos hizo cruzar el arco de la entrada y nos condujo hacia el vestíbulo donde estaban las taquillas, y a punto estuve de decir: «Vamos a coger el metro, qué pájaro tan inteligente», cuando me di cuenta de que el vestíbulo estaba vacío y las taquillas cerradas a cal y canto. A pesar de que no daba la impresión de que fueran a pasar trenes, seguimos igualmente adelante, cruzando la puerta desprovista de cadenas y recorriendo un pasillo recubierto con baldosas blancas descascarilladas y con carteles medio despegados. Llegamos a una escalera que descendía bruscamente y accedimos al vientre de la ciudad, iluminado con luz eléctrica y donde reinaba un zumbido constante.

Los descansillos estaban repletos de gente que dormía allí envuelta en mantas: primero encontramos durmientes solitarios, después grupos cuyos integrantes permanecían acostados como si fueran cerillas desperdigadas y por último, cuando llegamos abajo, descubrimos una marea humana que ocupaba la totalidad del andén, centenares de personas apretujadas entre la pared y las vías, encogidas en el suelo, despatarradas en los bancos, hundidas en sillas plegables. Los que no acunaban bebés en sus brazos, leían algún libro de bolsillo, jugaban a las cartas o rezaban. No esperaban la llegada de ningún tren; no iba a llegar ningún tren. Se protegían de las bombas y aquel era su refugio.

Intenté percibir la posible presencia de huecos, pero había demasiadas caras, demasiadas sombras. La suerte, si es que seguía estando de nuestro lado, tendría que mantenernos con vida durante un rato.

¿Y ahora qué?

Necesitábamos que la paloma continuara indicándonos hacia dónde ir, pero parecía algo confusa —igual que me sucedía a mí, debía de sentirse superada por la muchedumbre—, de manera que permanecemos a la espera, la respiración, los ronquidos y los murmullos de los durmientes envolviéndonos de forma siniestra.

Transcurrido un minuto, la paloma se puso rígida y echó a volar hacia las vías, extendió al máximo su improvisada correa y regresó, casi rebotando, a manos de Melina, como un yoyó.

Pasamos de puntillas junto a los cuerpos hasta alcanzar el borde del andén y saltar al foso de las vías. Desaparecían en oscuros túneles a ambos extremos de la estación. Me embargó entonces la perturbadora sensación de que nuestro futuro estaba en el interior de una de aquellas negras y enormes bocas.

—Oh, confío en que ahora no tengamos que ir a ensuciarnos ahí dentro —dijo Olive.

—Por supuesto que sí —le respondió Enoch—. La fiesta no será completa hasta que hayamos limpiado todas las cloacas que encontremos.

La paloma hizo una pirueta hacia adelante. Empezamos a seguir las vías.

Salté un aceitoso charco como si jugara a la rayuela y al instante correteó entre mis pies una legión de ratas. Con un chillido, Olive saltó a los brazos de Bronwyn. El túnel bostezaba ante nosotros, negro y amenazador. Pensé que era un lugar malísimo

para tropezarse con un espíritu hueco. No había paredes a las que poder trepar, ni casas en las que cobijarse, ni tapas de sepulturas que poder cerrar a nuestras espaldas. El túnel era larguísimo, recto y estaba iluminado por escasas bombillas rojas que brillaban débilmente y estaban dispuestas en amplios intervalos.

Aceleré el paso.

La oscuridad nos engulló.

De pequeño jugaba al escondite con mi padre. Yo era siempre el que se escondía y él el que buscaba. Y era buenísimo, porque, a diferencia de la mayoría de los niños de cuatro o cinco años, poseía la entonces peculiar habilidad de saber mantenerme en absoluto silencio durante mucho rato y, también, porque no tenía ni el menor indicio de cualquier cosa que se asemejara a la claustrofobia: era capaz de apretujarme en el espacio más estrecho del armario más pequeño imaginable y permanecer allí veinte minutos o media hora sin emitir ningún sonido, pasándomelo en grande.

Razón por la cual cualquiera pensaría que no tendría ni el más mínimo problema con los espacios cerrados y a oscuras por completo. O por la que cabría pensar, al menos, que un túnel, donde supuestamente no puede haber más que trenes y vías, sería para mí un espacio más confortable que un lugar que fuera un cementerio al aire libre, con todo tipo de espíritus huecos arrastrándose por él. Sin embargo, cuanto más nos adentrábamos en el túnel, más abrumado me sentía por un miedo pegajoso que poco a poco se apoderaba de mí, una sensación del todo distinta a la que percibía cuando había huecos cerca; aquello era simplemente una mala sensación. Y por ese motivo intenté ir lo más rápido que el más lento de nosotros era capaz de ir, empujando a Melina hasta que me gritó que dejara de achucharla. Un goteo continuo de adrenalina mantenía a raya mi tremendo agotamiento.

Después de un largo recorrido y de pasar por diversas bifurcaciones de túneles, la paloma nos condujo hacia unas vías en desuso, con las traviesas alabeadas y el suelo repleto de charcos de agua estancada. La presión de los trenes que circulaban por túneles remotos insuflaba aire; parecía la respiración que pasaba por el gajnate de una criatura gigantesca.

Entonces, por delante de nosotros, a lo lejos, un puntito de luz cobró vida; era pequeño, pero aumentaba de tamaño con rapidez.

—¡Un tren! —gritó Emma.

Nos dividimos y nos pegamos a las paredes del túnel. Me tapé los oídos, esperando percibir el ensordecedor rugido del motor de un tren, pero no llegó nunca. Lo único que podía oír era un leve zumbido agudo que, a buen seguro, se originaba en el interior de mi propia cabeza. Cuando la luz llenó el túnel y su resplandor blanco nos envolvió por completo, experimenté una repentina presión en los oídos y la luz desapareció.

Nos apartamos de la pared completamente aturdidos. Las vías y las traviesas del

suelo eran nuevas, como si acabaran de ponerlas. El túnel no apestaba tanto a orines. Las bombillas brillaban ahora con mayor intensidad y parpadeaban en lugar de proyectar una luz constante... porque no eran bombillas eléctricas, sino lámparas de gas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Hemos entrado en un bucle —respondió Emma—. Pero ¿qué era esa luz? Nunca había visto nada igual.

—Cada entrada de bucle tiene sus extravagancias —explicó Millard.

—¿Alguien sabe dónde estamos? —pregunté.

—Supongo que a finales de la segunda mitad del siglo XIX —dijo Millard—. El metro de Londres no existió hasta 1869.

Entonces apareció otra luz a nuestras espaldas, esta vez acompañada por una ráfaga de viento caliente y un estruendo increíble.

—¡Un tren! —volvió a gritar Emma, y esta vez era real.

Volvimos a aplastarnos contra el muro mientras el tren pasaba, un ciclón de ruido y luz eructando humo. Parecía menos un metro moderno que una locomotora en miniatura. Tenía incluso un furgón de cola para almacenar el carbón; el hombre con barba negra y una inestable linterna que iba a bordo del mismo se quedó mirándonos boquiabierto hasta que el tren dobló la curva.

A Hugh le había volado la gorra, que quedó aplastada en el suelo. Corrió a recogerla, descubrió que estaba hecha pedazos y volvió a tirarla, rabioso.

—No me gusta este bucle —dijo—. Llevamos en él apenas diez segundos y ya está intentando matarnos. Hagamos lo que tengamos que hacer y larguémonos.

—No podría estar más de acuerdo contigo —declaró Enoch.

La paloma siguió guiándonos por las vías. Transcurridos unos diez minutos, se detuvo y tiró hacia lo que parecía una pared lisa. No entendíamos por qué, hasta que vimos que en el muro, a unos seis metros de altura, en el punto donde se unía la pared con el techo, había una puerta camuflada. Como no veíamos otra manera de llegar a ella, Olive se descalzó y ascendió para inspeccionarla.

—Tiene una cerradura —dijo—. Y va con combinación.

En la esquina inferior de la puerta había también un orificio oxidado del tamaño de una paloma, pero no nos servía de nada: necesitábamos conocer la combinación.

—¿Alguien tiene idea de cuál podría ser? —planteó Emma a todos los presentes.

La respuesta fueron gestos de encogimiento de hombros y miradas inexpresivas.

—No —dijo Millard.

—Tendremos que adivinarlo —declaró Emma.

—Tal vez sea la fecha de mi cumpleaños —sugirió Enoch—. Prueba tres-doce-noventa y dos.

—¿Y por qué tendría que saber la fecha de tu cumpleaños quienquiera que haya puesto la combinación? —preguntó Hugh.

Enoch frunció el entrecejo.

—Pruébala por si acaso.

Olive movió los números en la cerradura e intentó abrir.

—Lo siento, Enoch.

—¿Y la fecha de nuestro bucle? —sugirió Horace—. Nueve-tres-cuarenta.

Tampoco funcionó.

—Estoy seguro de que no es fácil de adivinar, de que no es una fecha —afirmó Millard—. Eso iría en contra del objetivo de tener una cerradura con combinación.

Olive intentó diversas combinaciones al azar. Seguimos observándola, más ansiosos cada vez que se producía un nuevo intento fallido. Entretanto, Miss Peregrine abandonó sin hacer ruido su cobijo en el interior del abrigo de Bronwyn y se acercó dando saltitos hasta donde estaba la paloma, que picoteaba el suelo una vez cumplida su misión. Cuando vio llegar a Miss Peregrine, intentó alejarse de un salto, pero la directora la siguió, emitiendo un grave gorjeo gutural que tal vez resultara amenazador.

La paloma agitó las alas y voló hasta encaramarse en el hombro de Melina, lejos del alcance de Miss Peregrine. Esta se quedó a los pies de Melina, graznándole. La paloma se puso tremendamente nerviosa.

—¿Qué le pasa, Miss P? —le preguntó Emma.

—Creo que quiere alguna cosa de tu paloma —le dije a Melina.

—Si la paloma conocía el camino —apuntó Millard—, es posible que conozca también la combinación.

Miss Peregrine se volvió hacia él y graznó; acto seguido, volvió a mirar a la paloma y graznó con más fuerza. La paloma intentó esconderse detrás del cuello de Melina.

—Tal vez la paloma conoce la combinación pero no quiere decírnosla —aventuró Bronwyn—, aunque sí podría decírsela a Miss Peregrine, puesto que ambas hablan el lenguaje de las aves. Luego, Miss Peregrine podría pasárnosla a nosotros.

—Ordénale a tu paloma que hable con nuestro pájaro —dijo Enoch.

—Vuestro pájaro duplica en tamaño a mi *Winnie* y tiene las garras mucho más afiladas —dijo Melina, retrocediendo unos pasos—. Está asustada, y no me extraña.

—No tiene de qué asustarse —le aseguró Emma—. Miss P jamás le haría daño a otro pájaro. Va contra el código de las ymbrynes.

Melina abrió los ojos como platos y a continuación los entrecerró.

—¿Ese pájaro es una ymbryne?

—Es nuestra directora —asintió Bronwyn—. Alma LeFay Peregrine.

—Estáis llenos de sorpresas —dijo Melina, y se echó a reír de un modo que no podía calificarse precisamente de amigable—. Entonces, ¿me podéis explicar por qué, si ya tenéis una ymbryne, necesitáis encontrar otra?

—Es una historia muy larga —respondió Millard—. Basta con decir que nuestra ymbryne precisa un tipo de ayuda que solo otra ymbryne puede proporcionarle.

—Tú límitate a dejar en el suelo esta maldita paloma para que Miss P pueda hablar con ella —dijo Enoch.

Melina acabó cediendo, aunque a regañadientes.

—Vamos, *Winnie*, sé buena chica. —Cogió la paloma, que seguía posada en su hombro, y la depositó con delicadeza a sus pies, y a continuación pisó la correa con el zapato para que no saliera volando.

Formamos un círculo alrededor de Miss Peregrine, que empezó a avanzar hacia la paloma. Esta intentó huir, pero la correa se lo impidió. Miss Peregrine se colocó justo delante de ella y empezó a gorjear y a cloquear. Era como observar un interrogatorio. La paloma escondió la cabeza bajo el ala y se puso a temblar.

Miss Peregrine intentó darle entonces un picotazo en la cabeza.

—¡Oye! —gritó Melina—. ¡Eso no!

La paloma seguía con la cabeza escondida y sin responder, de modo que Miss Peregrine le arreó un nuevo picotazo, esta vez con más fuerza.

—¡Ya basta! —chilló Melina. Levantó el pie de la correa y se agachó dispuesta a recoger la paloma. Pero antes de que le diera tiempo, Miss Peregrine cortó la correa con un rápido golpe de garra, capturó con el pico una de las enclenques patitas de la paloma y tiró de ella mientras el pájaro empezaba a chillar y a debatirse para liberarse.

Melina se asustó.

—¡Vuelve aquí! —gritó furiosa, y a punto estaba de salir corriendo detrás de los pájaros, cuando Bronwyn la sujetó por los brazos.

—¡Espera! —dijo—. Estoy segura de que Miss P sabe lo que se hace...

Miss Peregrine se detuvo en las vías, lejos del alcance de cualquiera de nosotros. La paloma seguía luchando por liberarse y Melina por liberarse de Bronwyn, ambas en vano. Miss Peregrine parecía estar esperando que la paloma se cansara y claudicase, pero de repente pareció impacientarse y empezó a voltear a la paloma sujetándola por la pata.

—¡Por favor, Miss P! —gritó Olive—. ¡La matará!

Estaba a punto de echar a correr y separarlas, pero los pájaros se habían convertido en un amasijo de garras y picos y nadie podía aproximarse para terminar con aquello. Gritamos y le rogamos a Miss Peregrine que parase.

Y lo hizo por fin. La paloma cayó al suelo y se incorporó, tambaleante, tan aturdida que no podía ni siquiera volar. Miss Peregrine se dirigió a la paloma gorjeando, como había hecho antes, y esta vez la paloma le respondió. A continuación, Miss Peregrine golpeó el suelo con el pico tres veces, luego diez, luego cinco más.

Tres-diez-cinco. Olive probó la combinación. La cerradura se abrió, la puerta también, y con rapidez se desplegó una escalera de cuerda hasta el suelo.

El interrogatorio de Miss Peregrine había dado sus frutos. Había hecho lo que tenía que hacer para ayudarnos, y, teniendo eso presente, no habríamos tenido en cuenta su conducta previa de no haber sido por lo que sucedió a continuación: volvió a agarrar por la pata a la aturdida paloma y, aparentemente por despecho, la arrojó con fuerza contra la pared.

Reaccionamos con un grito colectivo de horror. De tan conmovido que estaba, me quedé sin habla.

Melina consiguió deshacerse de Bronwyn y corrió a coger la paloma. Estaba inmóvil, con el cuello partido.

—¡Oh, mi paloma, la ha matado! —chilló Melina.

—Todo lo que hemos pasado para capturar esa cosa... —dijo Hugh—, y ahora, mira.

—¡Voy a partirle la cabeza a vuestra ymbryne! —vociferó Melina, enloquecida de rabia.

Bronwyn volvió a agarrarla.

—¡No, no lo harás! ¡Para!

—¡Vuestra ymbryne es una salvaje! ¡Si se comporta de esta manera, estaremos mucho mejor con los wights!

—¡Retira eso! —gritó Hugh.

—¡No pienso hacerlo! —replicó Melina.

El escabroso intercambio continuó y evitamos por los pelos que llegaran a las manos. Bronwyn sujetó a Melina, y Emma y yo sujetamos a Hugh hasta que la discusión terminó, aunque no la amargura subyacente.

Nadie podía creerse lo que Miss Peregrine acababa de hacer.

—¿A qué viene tanto alboroto? —dijo Enoch—. No era más que una paloma estúpida.

—No, no lo era —replicó Emma, regañando directamente a Miss Peregrine—. Esa paloma era amiga personal de Miss Wren. Tenía cientos de años. Se hablaba de ella en los *Cuentos*. Y ahora está muerta.

—Asesinada —corrigió Melina, y escupió en el suelo—. O, al menos, así lo llamo yo cuando se mata sin motivo alguno.

Miss Peregrine estaba ocupada picoteando algún ácaro que debía de tener bajo el ala, como si no estuviera oyendo lo que decíamos.

—Algo malvado se ha apoderado de ella —dijo Olive—. Miss Peregrine no es así.

—Está cambiando —afirmó Hugh—. Se está volviendo más animal.

—Espero que aún podamos recuperar algo de su humanidad —observó apesadumbrado Millard.

Y lo esperábamos todos.

Abandonamos el túnel perdidos en nuestros ansiosos pensamientos.

Cruzada la puerta encontramos un pasadizo que conducía hasta un tramo de escaleras que llevaba a otro pasadizo y otra puerta que, a su vez, daba acceso a una estancia iluminada con luz natural y llena hasta los topes de ropa: perchas, armarios y roperos repletos de ropa. Había asimismo dos biombos detrás de los cuales poder

cambiarse, algunos espejos de pie y una mesa de trabajo con máquinas de coser y rollos de tela. Era una mezcla de *boutique* y taller... y un paraíso para Horace, que prácticamente empezó a hacer acrobacias mientras gritaba:

—¡Estoy en el cielo!

Melina seguía enfurruñada detrás de todos nosotros y había dejado de hablar.

—¿Qué debe de ser este lugar? —pregunté.

—Una sala de disfraces —respondió Millard—, concebida para facilitar que los peculiares que visitan el bucle puedan confundirse con los normales que habitan en él. —Señaló una imagen enmarcada que mostraba las prendas de la época.

—¡Estamos en Roma! —dijo Horace, corriendo hacia una de las perchas.

Emma nos pidió que nos cambiásemos de ropa. Además de ayudarnos a confundirnos con la gente, la ropa nueva serviría para que los wights que pudieran habernos seguido nos perdieran la pista.

—Pero conservad los jerséis debajo, por si volvemos a tener problemas.

Bronwyn y Olive eligieron varios vestidos sencillos y corrieron a probárselos detrás de uno de los biombos. Yo decidí cambiar los pantalones y la chaqueta, cubiertos de cenizas y con manchas de sudor, por un traje que no me sentaba muy bien pero que estaba relativamente limpio. Me pregunté por qué la gente se habría vestido durante tantísimos siglos con ropa tan incómoda y formal.

Millard eligió un conjunto distinguido y se sentó delante de un espejo.

—¿Qué pinta tengo? —preguntó.

—La de un chico invisible vestido —respondió Horace.

Millard suspiró, se quedó un poco más delante del espejo, se desnudó y volvió a desaparecer.

La excitación inicial de Horace se había esfumado.

—Esta ropa es atroz —dijo lamentándose—. La ropa que no está comida por la polilla está apedazada con tejidos que no pegan ni con cola. Estoy harto de parecer un golfillo callejero.

—Los golfillos callejeros pasan desapercibidos —dijo Emma desde detrás de su biombo—. Los caballeretes con sombrero de copa, no. —Apareció vestida con unos relucientes zapatos planos de color rojo y un vestido azul de manga corta que le llegaba justo por debajo de la rodilla—. ¿Qué tal? —dijo, girando sobre sí misma para que el vestido se ondulara.

Parecía Dorothy de *El mago de Oz*, solo que más guapa. Pero no sabía cómo decírselo delante de todo el mundo, de modo que me limité a sonreírle con torpeza y a levantar el pulgar en un gesto de aprobación.

Se echó a reír.

—¿Te gusta? Creo que no está mal —dijo con una sonrisa tímida—. Pero destacaría como gallina en corral ajeno. —Su expresión se volvió triste de repente, como si se sintiera culpable por haberse reído, por haber disfrutado de un instante de diversión teniendo en cuenta todo lo que nos había pasado y todo lo que estaba aún

pendiente de solucionar. Desapareció de nuevo detrás del biombo.

Yo también lo sentía: el miedo, el peso de los horrores que habíamos presenciado, que se representaban de nuevo en mi cabeza en un interminable y espeluznante bucle. Pero no podemos sentirnos mal a cada segundo. Deseaba decírselo. Reír no empeora las malas circunstancias del mismo modo que llorar tampoco las mejora. No significa que te hayas olvidado de ellas, o que no te importen. Significa simplemente que somos humanos. Aunque tampoco sabía cómo decirle eso.

Cuando volvió a aparecer, lo hizo vestida con una blusa que parecía un saco, con las mangas con desgarrones y una falda de estilo zíngaro que le llegaba a los pies; su atuendo en consonancia con el de una golfilla callejera. Había conservado los zapatos rojos. Emma era incapaz de resistirse a un toque de brillo, por pequeño que fuese.

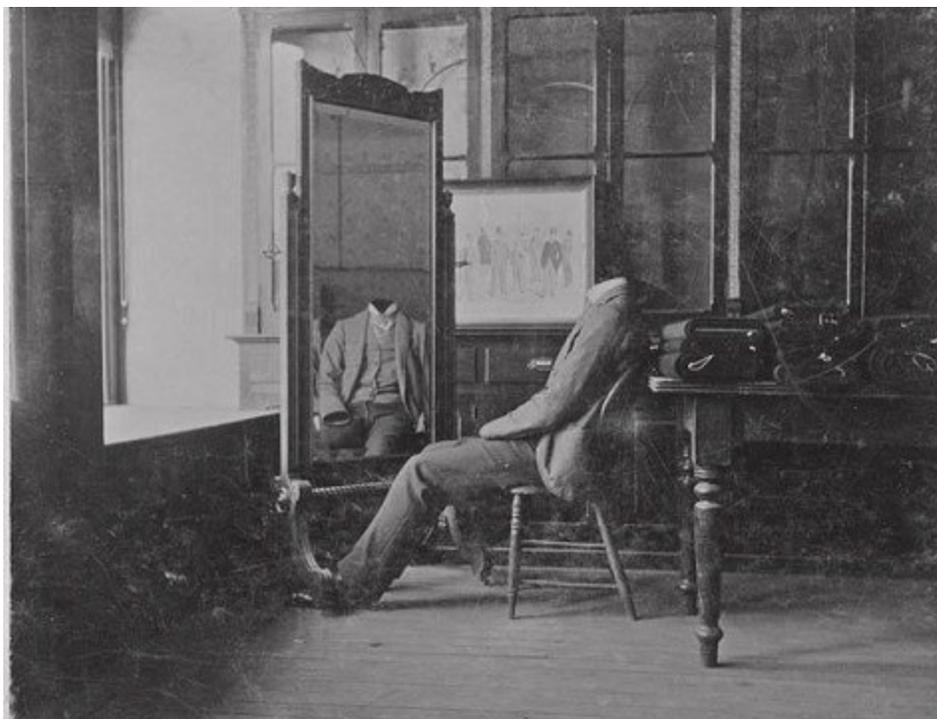
—¿Y esto? —dijo Horace, sacudiendo una afeminada peluca de color naranja que había encontrado—. ¿Creéis que nos ayudará a «confundirnos con los normales»?

—Parece que estemos en carnaval —señaló Hugh mirando un cartel colgado en la pared que anunciaba un evento de ese tipo.

—¡Un momento! —exclamó Horace, acercándose a él—. ¡Ya lo recuerdo! He oído hablar de este lugar. Es un viejo bucle turístico.

—¿Qué es un bucle turístico? —pregunté.

—Solía haberlos en toda la peculiaridad —me explicó Millard— y estaban situados de forma estratégica en épocas y lugares de importancia histórica. En conjunto, formaban una especie de gira que en su día estaba considerada como parte esencial de la educación de cualquier peculiar con pedigrí. Pero de eso hace muchos años, claro está, cuando todavía era relativamente seguro viajar al extranjero. No sabía que aún quedara alguno.



Se quedó en silencio, perdido en los recuerdos de tiempos mejores.

Cuando estuvimos todos cambiados, dejamos nuestras prendas del siglo XX en un montón y seguimos a Emma hacia otra puerta, que daba a un pasaje lleno de basura y cajas vacías. Reconocí a lo lejos los sonidos del carnaval: el resuello arrítmico de un órgano, el griterío sordo de la multitud. A pesar de lo nervioso y agotado que estaba, experimenté una punzada de excitación. En su día, aquello había sido un lugar visitado por peculiares de todos los rincones del mundo. Mis padres ni siquiera me habían llevado a Disney World.

Como era habitual, Emma se encargó de darnos las instrucciones.

—Permaneced juntos. Esperad a que Jacob y yo os demos indicaciones. No habléis con nadie y no miréis a nadie a los ojos.

—¿Cómo sabremos adónde tenemos que ir? —preguntó Olive.

—Tendremos que pensar como ymbrynes —respondió Emma—. Si fueseis Miss Wren, ¿dónde os esconderíais?

—En cualquier lugar que no fuera Londres —dijo Enoch.

—Ojalá a «alguien» no se le hubiera ocurrido asesinar a la paloma —dijo Bronwyn, mirando con amargura a Miss Peregrine.

La directora pululaba por los adoquines, mirándonos, aunque nadie quería tocarla. Pero teníamos que esconderla, de modo que Horace regresó a la sala de disfraces y salió de nuevo con un saco confeccionado con tela vaquera. Miss Peregrine no se mostró muy entusiasmada con la solución, pero cuando quedó claro que nadie estaba dispuesto a cogerla —sobre todo Bronwyn, que estaba tremendamente disgustada con ella—, se metió dentro y permitió que Horace anudara

el saco con una correa de cuero.

Seguimos los sonidos embriagadores del carnaval a través de una maraña de callejuelas, donde vendedores con carritos pregonaban verduras, polvorientos sacos de cereales y conejos recién sacrificados; donde merodeaban y se movían con ojos hambrientos niños y minúsculos gatos; y donde mujeres con cara sucia y expresión orgullosa permanecían acucilladas junto al canal de desagüe pelando patatas, construyendo montañitas con las pieles. Por mucho que intentáramos pasar desapercibidos, daba la sensación de que todo el mundo se volvía a nuestro paso para mirarnos: los vendedores, los niños, las mujeres, los gatos, los conejos muertos con ojos lechosos colgados por las patas.

Incluso con mis prendas nuevas y en consonancia con la época, me sentía claramente fuera de lugar. Fusionarse con el escenario era tanto una cuestión de actuación como de disfraz, comprendí, y mis amigos y yo no estábamos adoptando la actitud de hombros caídos y mirada esquiva de aquella gente. En el futuro, si pretendía disfrazarme con la efectividad con que lo hacían los wights, tendría que mejorar mis dotes como actor.

El carnaval se hizo más festivo a medida que avanzábamos, los olores más fuertes: carne requemada, frutos secos tostados, excrementos de caballo, excrementos humanos y el humo del carbón mezclándose hasta formar un conjunto tan mareantemente dulce que espesaba incluso el aire que respirábamos. Llegamos por último a una plaza grande donde el carnaval estaba en pleno y jovial apogeo. Masas de gente, tiendas de vivos colores y más actividad de la que mis ojos podían abarcar con una sola mirada. La escena era un asalto a los sentidos. Había acróbatas, equilibristas, lanzadores de cuchillos, tragafuegos y artistas callejeros de todo tipo. Un charlatán pregonaba medicamentos de su propia patente desde lo alto de un carromato:

—¡Un excepcional licor para fortalecer las tripas contra parásitos infecciosos, humedades insalubres y efluvios malignos!

Competiendo por la atención del público en un escenario adyacente, un hombre vociferante vestido de frac estaba acompañado por una enorme criatura de aspecto prehistórico cuya piel grisácea colgaba de su esqueleto formando una cascada de arrugas. Necesité diez segundos, el tiempo que nos llevó dejar atrás el escenario, para reconocerlo como un oso. Lo habían afeitado, atado a una silla y vestido como una mujer, y a pesar de que casi se le salían los ojos de las órbitas, el hombre sonreía y fingía estar sirviéndole el té, mientras gritaba:

—¡Damas y caballeros! ¡Les presento a la dama más bella de Gales!

Lo que incitó las carcajadas del público. Casi esperaba que el oso rompiera las cadenas y lo devorara allí mismo, delante de todo el mundo.

Para combatir el mareante efecto de aquella locura de pesadilla, hundí la mano en el bolsillo para palpar el suave cristal de mi teléfono móvil, cerré los ojos un instante y

susurré para mis adentros:

«Soy un viajero del tiempo. Esto es real. Yo, Jacob Portman, estoy viajando en el tiempo».

Todo aquello era asombroso. Pero más asombroso si cabe era el hecho de que el viaje en el tiempo no me hubiera destrozado el cerebro; que por algún tipo de milagro no me hubiera convertido todavía en un loco que no hacía más que farfullar por las esquinas. La psique humana era mucho más flexible de lo que me imaginaba, capaz de expandirse para abarcar todo tipo de contradicciones y hechos aparentemente imposibles. Era una suerte para mí.

—¡Olive! —gritó Bronwyn—. ¡Apártate de ahí! —Cuando levanté la cabeza, vi que arrancaba a Olive de los brazos de un payaso que se había agachado para hablar con ella—. Te he dicho una y otra vez que no debemos hablar con normales.

Nuestro grupo era lo bastante grande como para que mantenerlo unido en cualquier circunstancia fuera un verdadero reto, y sobre todo en un lugar como aquel, lleno a rebosar de distracciones concebidas para fascinar a los niños. Bronwyn se comportaba como la mamá de todos y nos regañaba cada vez que alguno se descarriaba para observar mejor algún puesto donde vendiesen molinetes de colores chillones o humeante caramelo. Olive era la que se distraía con mayor facilidad y la que se olvidaba más a menudo de que corríamos grave peligro. Aunque si tantos niños seguían avanzando en ordenada fila era porque, en realidad, no eran niños, porque en su interior albergaban una persona de más edad que peleaba contra sus impulsos infantiles, equilibrándolos. Con niños auténticos, estoy seguro de que la situación habría sido completamente distinta.

Pasamos un buen rato caminando sin rumbo fijo, buscando a alguien que se pareciera a Miss Wren o algún lugar donde creyéramos que podían esconderse peculiares. Pero todo en aquel lugar parecía peculiar: el bucle entero, con su caótica extravagancia, era el lugar perfecto para camuflar peculiares. Pero incluso así, la gente se fijaba en nosotros, volvía de modo sutil la cabeza a nuestro paso. Empezaba a estar paranoico. ¿Cuántos serían espías de los wights... o incluso wights? Me inspiraba especial recelo el payaso de cuyos brazos había arrancado Bronwyn a Olive. No parábamos de toparnos con él. Debíamos de haber pasado por su lado cinco veces en cinco minutos: nos lo habíamos encontrado merodeando por la entrada de un callejón, mirando desde una ventana, observándonos desde una tienda donde hacían fotografías, su pelo alborotado y su horrendo maquillaje contrastando tenebrosamente con un fondo donde se representaba una bucólica campiña. Parecía estar en todas partes a la vez.

—No es bueno dejarnos ver tanto —le dije a Emma—. Podríamos estar dando vueltas en círculo eternamente. La gente se empieza a fijar en nosotros. Sobre todo los payasos.

—¿Payasos? —se sorprendió Emma—. Pero estoy de acuerdo contigo, aunque con esta locura se hace difícil saber por dónde empezar.

—Deberíamos empezar por lo que siempre es la parte más peculiar de cualquier carnaval —sugirió Enoch, interponiéndose entre nosotros—. Las casetas de feria. — Señaló una llamativa fachada en un extremo de la plaza—. Las casetas de feria y los peculiares siempre han ido de la mano, como el chocolate y las galletas. O los huecos y los wights.

—En efecto —asintió Emma—, aunque eso también lo saben los wights. Estoy segura de que si Miss Wren ha conseguido seguir en libertad todo este tiempo no lo habrá hecho escondiéndose en lugares tan evidentes.

—¿Tenéis alguna idea mejor? —preguntó Enoch.

No la teníamos, de manera que decidimos acercarnos a las casetas de feria. Volví la cabeza en busca del payaso, pero se había perdido entre la muchedumbre.

Cuando llegamos a las casetas de feria, un zarrapastroso pregonero gritaba a través de un megáfono ofreciendo la posibilidad de ver «los errores más sorprendentes de la naturaleza en un espectáculo completamente legal» a cambio de una entrada de precio insignificante. Llevaba por título «Cónclave de rarezas humanas».

—Suenan como alguna cena de gala a la que asistí en su día —comentó Horace.

—Es posible que alguna de esas «rarezas» sean peculiares —aventuró Millard—, en cuyo caso también es posible que sepan alguna cosa sobre Miss Wren. Creo que merece la pena pagar la entrada.

—Pero no tenemos dinero para pagarla —replicó Horace, extrayendo del bolsillo una única moneda cubierta de pelusilla.

—¿Desde cuándo pagamos para entrar en una caseta de feria? —dijo Enoch con aire suficiente.

Seguimos a Enoch hacia la parte posterior de la caseta, donde la fachada de cartón piedra daba paso a una tienda de gran tamaño pero poco sólida. Estábamos buscando aberturas por las cuales poder colarnos cuando de pronto se levantó un faldón de la tienda y aparecieron un hombre y una mujer muy bien vestidos, el hombre sujetando a la dama, y ella abanicándose.

—¡Apartaos! —rugió el hombre—. ¡Esta mujer necesita que le dé el aire!

Un cartel situado justo encima del faldón rezaba: «SOLO ACTORES».

En cuanto entramos, nos detuvieron. Un chico de aspecto vulgar estaba sentado en un taburete junto a la entrada y parecía el encargado de controlar el aforo.

—¿Sois actores? —nos preguntó—. No podéis entrar por aquí a menos que seáis actores.

—Por supuesto que somos actores. —respondió Emma haciéndose la ofendida, y para demostrarlo creó una llamita en la punta del dedo y la apagó acercándosela al ojo.



El chico se encogió de hombros, impertérrito.

—Pasad, anda.

Pasamos por su lado, pestañeando, nuestros ojos adaptándose poco a poco a la penumbra. La caseta era un laberinto de lona de techos bajos, un único pasillo dramáticamente iluminado con antorchas, con bruscos giros cada cinco o seis metros, de modo que a cada recodo el espectador se tropezaba con una nueva «abominación de la naturaleza». Un goteo de público, gente riendo, algunos blancos como el papel y temblorosos, avanzaba hacia nosotros en dirección contraria.

Los primeros bichos raros eran lo habitual en una caseta de feria y no especialmente peculiares: un hombre «ilustrado» repleto de tatuajes; una mujer barbuda que no cesaba de acariciarse unas patillas que le llegaban a la barbilla y de soltar risotadas; un acerico humano que se taladraba la cara con agujas y se clavaba clavos en la nariz con un martillo. Pero mientras a mí me parecía impresionante, mis amigos, alguno de los cuales había recorrido Europa con Miss Peregrine en una caseta

de feria, apenas podían contener los bostezos.

Debajo de un cartel que anunciaba «LOS ASOMBROSOS HOMBRES CERILLA», un caballero con centenares de cajas de fósforos pegadas a su traje se abalanzaba con todas sus fuerzas sobre otro hombre con un traje cubierto de cerillas, de manera que las cerillas prendían y el hombre se debatía en falsos gestos de terror.

—Aficionados —murmuró Emma, tirando de nosotros hacia la siguiente atracción.

Las rarezas eran cada vez más extraños. Había una niña africana con un vestido largo con flecos acompañada por una pitón gigante que se enroscaba en su cuerpo y se contorsionaba y bailaba siguiendo sus órdenes. Emma reconoció que podía ser peculiar, puesto que encantar serpientes solo podían hacerlo los *syndrigasti*. Pero cuando Emma le mencionó a la niña el nombre de Miss Wren, nos miró fijamente y la serpiente silbó y nos enseñó los colmillos. Salimos corriendo.

—Esto no es más que una pérdida de tiempo —declaró Enoch—. A Miss Peregrine se le está agotando el tiempo, y nosotros, de carnaval. ¿Por qué no compramos unos caramelos para rematar la fiesta?

Quedaba solo un personaje raro por ver, de modo que seguimos avanzando. El último escenario estaba vacío con la excepción de un fondo liso, una mesita con un jarrón con flores y un cartel en un caballete que rezaba: «EL CONTORSIONISTA DE FAMA MUNDIAL».

Apareció entonces un tramoyista arrastrando una maleta. Dejó la maleta en el escenario y se marchó.

Pronto se congregó una multitud. La maleta seguía allí, ocupando el centro del escenario. La gente empezó a gritar: «¡Que empiece el espectáculo!» y «¡Traed ya al monstruo!».

La maleta se movió. Luego comenzó a sacudirse, a tambalearse de un lado a otro hasta caer de costado. La muchedumbre se acercó al escenario, todas las miradas clavadas en la maleta.

Saltaron los seguros que cerraban la tapa, que empezó a abrirse muy despacio. Un par de ojos blancos observaron de repente al público y la maleta se abrió un poco más hasta revelar una cara, la cara de un hombre adulto con un bigote recortado de modo pulcro y gafitas redondas que, de un modo u otro, había conseguido doblarse para meterse en una maleta que no sería más grande que mi tronco.

La multitud estalló en aplausos, que aumentaron más si cabe cuando aquel bicho raro comenzó a desplegarse, miembro a miembro, hasta incorporarse y abandonar la increíblemente pequeña maleta. Era un hombre altísimo, fino como un espárrago, tan extremadamente delgado, de hecho, que parecía que los huesos fueran a traspasarle la piel. Era un punto de exclamación humano, pero se comportaba con tanta dignidad que me resultaba imposible reírme de él. El hombre examinó con mirada hosca al alborozado público e hizo una exagerada reverencia.



Dedicó a continuación un minuto a demostrar cómo podía doblar el cuerpo de las formas más exóticas que pudieran concebirse —doblegó la rodilla de tal modo que la punta del pie le tocaba la cadera, luego se dobló por las caderas hasta que la rodilla le tocó el pecho—, y después de más aplausos y más reverencias, el espectáculo tocó a su fin.

Nos quedamos allí hasta que la muchedumbre se dispersó. El contorsionista estaba a punto de abandonar el escenario cuando Emma le dijo:

—Es usted peculiar, ¿verdad?

El hombre se paró. Se volvió despacio para mirarla con una expresión de autoritario fastidio.

—¿Perdón? —dijo, con un marcado acento ruso.

—Sentimos abordarlo de esta manera, pero necesitamos encontrar a Miss Wren —dijo Emma—. Sabemos que está escondida por aquí.

—Bobadas —refunfuñó el hombre, ignorándola a continuación para emitir un sonido que estaba a medio camino entre una carcajada y un gargajo.

—¡Es una cuestión de máxima urgencia! —dijo Bronwyn con voz suplicante.





El contorsionista se cruzó de brazos, sus extremidades formando una huesuda X, y dijo:

—No sé nada de eso. —Y abandonó el escenario.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bronwyn.

—Seguiremos buscando —replicó Emma.

—¿Y si no encontramos a Miss Wren? —quiso saber Enoch.

—Seguiremos buscando —replicó de nuevo Emma entre dientes—. ¿Lo tiene claro todo el mundo?

Todos la habíamos entendido perfectamente bien. No nos quedaban más alternativas. Si esto no funcionaba —si Miss Wren no estaba aquí o si no conseguíamos dar pronto con ella—, todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano y Miss Peregrine estaría tan perdida como si no hubiéramos llegado nunca a Londres.

Salimos de la caseta de feria por el mismo lugar por donde habíamos entrado, abatidos, pasamos junto a los escenarios ya vacíos, por delante del chico de aspecto

vulgar, salimos de la tienda y emergimos a la luz. Nos quedamos junto a la entrada, sin saber muy bien qué hacer a continuación, cuando el chico de aspecto vulgar asomó la cabeza por el faldón.

—¿Qué problema hay? —preguntó—. ¿No os ha gustado el espectáculo?

—Ha... ha estado bien —respondí, tratando de sacármelo de encima.

—¿No eran suficientemente peculiares? —preguntó ahora el chico.

El comentario nos llamó la atención.

—¿Qué has dicho? —exclamó Emma.

—Wakeling y Rookery —dijo el chico, señalando en dirección al fondo de la plaza—. Allí es donde está el espectáculo de verdad. —Y después de guiñarnos el ojo, se metió de nuevo en la tienda.



—Muy misterioso —comentó Hugh.

—¿Ha hablado de peculiares? —quiso saber Bronwyn.

—¿Qué es Wakeling y Rookery? —pregunté.

—Un lugar —respondió Horace—. Un lugar en este bucle, tal vez.

—Podría tratarse de un cruce entre dos calles —apuntó Emma, y levantó de nuevo el faldón de la tienda para preguntarle al chico si se refería a eso, pero ya no estaba.

Echamos a andar de nuevo, avanzando entre la muchedumbre en dirección al lugar de la plaza que el chico había señalado, nuestra última y única esperanza unida a un par de calles de nombre extraño de cuya existencia ni siquiera estábamos seguros.

Llegó un momento, a unas cuantas manzanas de la plaza, en que el bullicio del gentío empezó a menguar y quedó sustituido por el clamor y los sonidos metálicos de las fábricas, y el olor intenso a carne asada y excrementos de animales se vio reemplazado por un hedor mucho peor e innombrable. Después de cruzar un canal de apestosas aguas residuales, entramos en un barrio de fábricas y talleres, repleto de chimeneas que escupían al cielo un material casi negro, y allí fue donde encontramos la calle Wakeling. Recorrimos la calle por entero en busca del cruce con Rookery, hasta descubrir que no tenía salida y acababa en una enorme cloaca al aire libre, que según Enoch era el río Fleet. Dimos media vuelta y recorrimos la calle en sentido contrario. Cuando superamos el lugar de Wakeling por donde habíamos empezado, la calle empezó a trazar curvas y recovecos, las fábricas y los talleres se encogieron hasta convertirse en achaparradas oficinas y edificios sin pretensiones con fachadas insulsas y sin carteles de ningún tipo, un barrio concebido expresamente para el anonimato.

La mala sensación que albergaba hacía rato empeoró. ¿Y si nos hubieran engañado? ¿Y si nos hubieran mandado a la zona más desierta de la ciudad para ser víctimas de una emboscada?

La calle viraba para luego continuar en línea recta. Entonces tropecé con Emma, que caminaba delante de mí y se había detenido de pronto.

—¿Qué pasa? —dije.

En lugar de responder, Emma se limitó a señalar. En el cruce que teníamos por delante había un montón de gente. A pesar del calor sofocante que reinaba en el carnaval, muchos de ellos llevaban abrigo y bufanda. Estaban reunidos en torno a un edificio y miraban hacia arriba, atónitos y sorprendidos... igual que nosotros. El edificio no era especial en ningún sentido: cuatro plantas, las tres superiores con hileras de ventanas estrechas y con el techo redondeado; un viejo edificio de oficinas. Era, de hecho, casi idéntico al resto de los edificios de la zona, con una única excepción: estaba completamente revestido de hielo. Puertas y ventanas estaban cubiertas de hielo. De las cornisas y los alféizares colgaban carámbanos que parecían colmillos. La nieve se acumulaba en las puertas, caía al suelo y formaba montañas en la acera. Era como si una tempestad de nieve hubiera azotado el edificio, aunque desde el interior.

Ví entonces el cartel que anunciaba el nombre de la calle, medio cubierto por la

nieve: «R--KERY STRE--»

—Conozco este lugar —dijo Melina—. Son los archivos peculiares, donde se conservan todos nuestros documentos oficiales.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emma.

—Miss Thrush estaba preparándose para ser auxiliar de la defensora del pueblo. El examen es muy difícil. Llevo veintiún años estudiando.

—¿Y el edificio está siempre cubierto de hielo como ahora? —preguntó Bronwyn.

—No que yo sepa —respondió Melina.

—Es asimismo el lugar donde se reúne cada año el Consejo de Ymbrynes para elaborar lo que ellas mismas califican de «quisquillosa redacción de estatutos» —explicó Millard.

—¿Que el Consejo de Ymbrynes se reúne aquí? —exclamó Horace—. Es un lugar increíblemente humilde. Me esperaba un castillo o algo por el estilo.

—Se trata de que no destaque, precisamente —dijo Melina—, de que la gente lo pase por alto.

—En este caso, me parece que no han conseguido su objetivo de camuflar el edificio —comentó Enoch con sarcasmo.

—Ya os he dicho que por lo general no está cubierto de hielo.

—¿Qué creéis que habrá pasado? —pregunté.

—Nada bueno —respondió Millard—. Nada bueno, eso seguro.

Era evidente que teníamos que acercarnos al edificio y explorar, aunque eso no quería decir que tuviéramos que precipitarnos como tontos. Nos quedamos observando desde una distancia prudencial. La gente iba y venía. Algunos intentaron forzar la puerta, pero estaba cerrada. La multitud se dispersó poco a poco.

—Tictac, tictac, tictac —dijo Enoch—. Estamos perdiendo el tiempo.

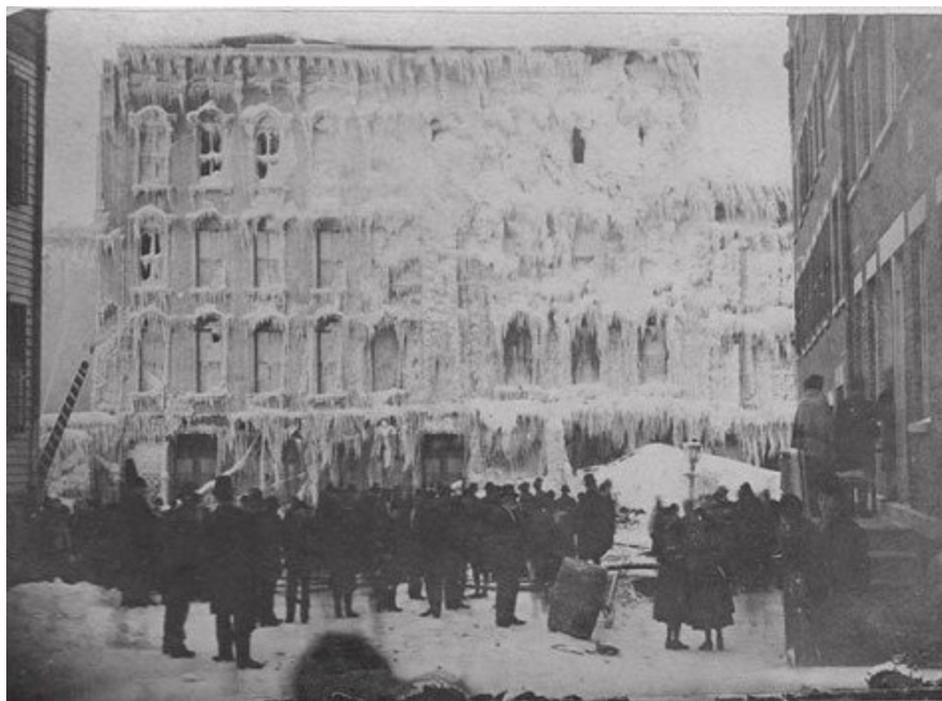
Nos abrimos paso entre lo que quedaba de muchedumbre y llegamos a la acera, que estaba helada. Del edificio se desprendía un frío atroz. Estábamos temblando y hundimos las manos en los bolsillos para resguardarnos. Bronwyn hizo uso de su fuerza para tirar de la puerta y abrirla. Las bisagras salieron volando en cuanto consiguió desprenderla, pero el vestíbulo al que daba acceso estaba obstruido por el hielo. El gélido bloque se extendía de pared a pared, desde el suelo hasta el techo, y se adentraba en el edificio convirtiéndolo en una mancha difusa y nebulosa de azul. Lo mismo sucedía con las ventanas: froté con la manga una de ellas para quitar la escarcha, luego otra, pero lo único que podía verse a través de los cristales era hielo. Era como si en el corazón de aquel lugar hubiera nacido un glaciar que estuviera extendiendo sus heladas lenguas para invadir cualquier espacio libre.

Intentamos todo lo que se nos pasó por la cabeza para poder entrar. Rodeamos el edificio en busca de una puerta o una ventana que no estuviera bloqueada, pero cualquier posible acceso estaba cubierto de hielo. Cogimos piedras y ladrillos sueltos e intentamos romperlo, pero tenía una dureza casi sobrenatural; Bronwyn ni siquiera

logró partir más que unos centímetros. Millard estudió los *Cuentos* en busca de alguna mención del edificio, pero no había nada, no había secretos que encontrar.

Al final decidimos correr un riesgo calculado. Formamos un semicírculo alrededor de Emma para que nadie pudiera verla. Ella calentó entonces las manos y las acercó a la pared de hielo que bloqueaba el vestíbulo. Transcurrido un minuto, el calor empezó a derretir el hielo, el agua iba formando poco a poco un charco a nuestros pies. Pero el proceso resultaba dolorosamente lento, y en cinco minutos solo había conseguido hundir los brazos hasta la altura del codo.

—A este ritmo, en una semana no habremos logrado más que despejar el vestíbulo —dijo Emma, retirando los brazos del interior del hielo.



—¿De verdad creéis que Miss Wren está aquí dentro?

—Tiene que estarlo —declaró con firmeza Emma.

—Este contagio de optimismo me resulta de lo más asombroso —dijo Enoch—. Si Miss Wren está ahí dentro, estará congelada como un cubito.

Emma explotó.

—¡Fatalidad y perdición! ¡Ruina y devastación! Me parece que tú serías feliz si el mundo terminara mañana, aunque fuera solo para poder decir: «¡Yo ya os lo dije!».

Enoch la miró pestañeando, sorprendido, y replicó entonces con mucha calma:

—Si te apetece, continúa viviendo en tu mundo de fantasía, querida mía, pero yo soy realista.

—Si alguna vez ofrecieras algo más que simples críticas... —le reprochó Emma—, si alguna vez en un momento de crisis propusieras aunque fuera una sola

sugerencia útil en vez de limitarte a encogerte de hombros ante la perspectiva del fracaso y la muerte, tal vez sería capaz de tolerar tu inexorable malhumor. Pero resulta que...

—Lo hemos intentado todo —la interrumpió Enoch—. ¿Qué quieres que sugiera?

—Hay todavía una cosa que no hemos intentado —dijo Olive, asomando la cabeza entre los demás miembros del grupo.

—¿Y qué es? —preguntó Emma.

Olive decidió hacer una demostración antes que explicarlo. Se alejó de la acera, se acercó a la multitud, se volvió de cara al edificio y gritó a todo pulmón:

—¡Hola, Miss Wren! ¡Si está ahí dentro, salga, por favor! ¡Necesitamos su...!

Pero antes de que pudiera continuar, Bronwyn se abalanzó sobre ella y Olive remató la frase bajo la axila de la chica.

—¿Estás loca? —le dijo Bronwyn, cargando con ella como un paquete—. ¡Conseguirás que nos descubran!

Depositó a Olive en la acera, y a punto estaba de continuar regañándola cuando la pequeña se echó a llorar.

—¿Y qué pasa si nos descubren? —dijo Olive—. Si no podemos encontrar a Miss Wren y si no podemos salvar a Miss Peregrine, ¿qué importancia tiene que el ejército entero de los wights caiga ahora sobre nosotros?

Una señora se separó de la multitud para acercarse a nosotros. Era una anciana, con la espalda encorvada por la edad y el rostro parcialmente oculto por la capucha de una capa.

—¿Está bien la niña? —preguntó la señora.

—Sí, gracias —respondió Emma, restándole importancia al asunto.

—¡No es verdad! —protestó Olive—. ¡No estoy bien, nada está bien! Lo único que deseábamos era vivir en paz en nuestra isla y llegaron esas cosas malas e hicieron daño a nuestra directora. Solo queremos ayudarla... y ni siquiera eso podemos hacer.

Olive bajó la cabeza y rompió a llorar de manera desconsolada.

—Muy bien, pues —dijo la mujer—, es estupendo que hayáis venido a verme.

Olive levantó la vista, sorbió los mocos por la nariz y dijo:

—¿Por qué?

Y la mujer desapareció.

Sin más.

Desapareció del interior de sus prendas y la capa, repentinamente vacía, se desplomó en la calzada con un liviano susurro. Nos quedamos sin habla, pasmados, hasta que apareció un pajarito entre los pliegues de la capa.

Me quedé paralizado, sin saber si debía intentar capturarlo.

—¿Alguien sabe de qué tipo de pájaro se trata? —preguntó Horace.

—Creo que es un chochín* —respondió Millard.

El pájaro aleteó, dio un saltito y echó a volar, desapareciendo por la esquina del edificio.

—¡No la perdáis! —gritó Emma, y echamos todos a correr tras ella, resbalando y derrapando sobre el suelo helado, hasta doblar la esquina y adentrarnos en el callejón lleno a rebosar de nieve que separaba el edificio helado de su vecino.

El pájaro había desaparecido.

—¡Mecachis! —exclamó Emma—. ¿Dónde se habrá metido?

Oímos entonces una serie de ruidos extraños en el suelo: sonidos metálicos, voces y algo parecido a la cisterna de un inodoro. Apartamos la nieve a puntapiés y descubrimos un par de puertas de madera incrustadas entre los adoquines, la posible entrada a una carbonera.

No había ningún tipo de cerradura. Tiramos con fuerza y abrimos las puertas. En el interior descubrimos unos peldaños que se sumergían en la oscuridad, cubiertos de hielo que empezaba a fundirse. El agua goteaba ruidosamente al caer en una cloaca que no alcanzábamos a ver.

Emma se agachó y gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

—¡Si venís —respondió una voz en la lejanía—, que sea rápido!

Emma se incorporó sorprendida.

—¿Quién eres? —gritó entonces.

Esperamos la respuesta, que nunca llegó.

—¿A qué estamos esperando? —dijo Olive—. ¡Es Miss Wren!

—No lo sabemos —replicó Millard—. No sabemos qué ha pasado.

—Pues voy a averiguarlo —decidió Olive, y antes de que cualquiera de nosotros pudiera detenerla, había traspasado ya las puertas de la carbonera de un salto y estaba descendiendo flotando hasta abajo—. ¡Sigo viva! —gritó, provocándonos desde la oscuridad.

Nos sentimos avergonzados y tuvimos que seguirla. Después de descender la escalera, descubrimos un túnel excavado en el hielo. El agua que goteaba del techo estaba helada y caía en abundancia por las paredes. No estaba completamente a oscuras: el pasillo formaba un recodo del que provenía una luz diáfana.

Oímos pasos aproximándose. Una sombra descendió por la pared que teníamos justo enfrente. Y entonces apareció una figura cubierta con capa, silueteada por la luz.

—Hola, niños —dijo la figura—. Soy Balenciaga Wren y estoy encantada de teneros aquí.

DOCE

«Soy Balenciaga Wren.» Oír aquellas palabras fue como descorchar una botella de champán previamente agitada. Primero fue la sensación inicial de liberación —gritos sofocado, vertiginosas risas— y después un estallido de alegría: Emma y yo empezamos a brincar y a abrazarnos; Horace cayó de rodillas al suelo y levantó los brazos entonando un mudo «¡Aleluya!»; Olive estaba tan excitada que se izó en el aire incluso con zapatos y dijo, tartamudeando:

—Creíamos... creíamos... que nunca, jamás, volveríamos a ver una ymbryne.

Era Miss Wren, por fin. Días atrás no era para nosotros más que una oscura ymbryne de un bucle poco conocido, pero desde entonces había ido alcanzando poco a poco la categoría de un mito. Era, por lo que sabíamos, la única ymbryne que quedaba en libertad y que conservaba su naturaleza corpórea, un símbolo vivo de esperanza, algo que todos anhelábamos encontrar. La reconocí de la fotografía de cuando estuvimos con Addison, solo que ahora su cabello plateado no mostraba ni rastro de negro. Tenía la frente recorrida por profundas arrugas, que flanqueaban también su boca como un permanente paréntesis, y andaba encorvada, no solo como una anciana, sino también como si soportara el peso de una carga gigantesca: el peso de nuestras desesperadas esperanzas.



La ymbryne se quitó la capucha y dijo:

—Yo también me alegro mucho de conoceros, queridos, pero debéis entrar enseguida; aquí fuera no es seguro.

Dio media vuelta y echó a andar renqueante por el pasadizo. La seguimos en fila india por el túnel de hielo como una hilera de patitos detrás de su madre, arrastrando los pies y extendiendo los brazos en precario equilibrio para no resbalar. Las ymbrynes ejercían un poder enorme sobre los niños peculiares: su simple presencia, aunque acabáramos de conocerla como en este caso, tenía como efecto inmediato tranquilizarnos.

El suelo se elevaba en pendiente, y el pasadizo nos llevó a pasar por delante de unos silenciosos hornos con barba de escarcha y nos condujo a una sala amplia obstruida con hielo, desde el suelo hasta el techo y de pared a pared, con la excepción del túnel en el que nos encontrábamos, excavado justo en el centro. El hielo era grueso pero transparente, y en algunos lugares se podía ver hasta seis o siete metros en su interior sin apenas distorsión. La sala parecía una recepción, con hileras de sillas con

respaldo frente a un mostrador y varios archivadores, todo ello atrapado en el interior de toneladas de hielo. La luz azulada del día brillaba al otro lado de varias ventanas inalcanzables, más allá de las cuales estaba la calle, una mancha de gris indefinido.

Por mucho que un centenar de huecos se pasara una semana entera rompiendo hielo, jamás nos encontrarían. De no ser por la entrada del túnel, aquel lugar era una fortaleza perfecta. O eso, o una cárcel perfecta.

De las paredes colgaban docenas de relojes, con sus manecillas inmóviles señalando en todas direcciones. (¿Para conocer la hora de distintos bucles, quizá?) Por encima de ellos, carteles con flechas señalaban la dirección hacia distintas oficinas:

← SUBSECRETARIADO DE ASUNTOS TEMPORALES
CUSTODIA DE ARCHIVOS GRÁFICOS →
← ASUNTOS DE URGENCIA NO ESPECÍFICOS
DEPARTAMENTO DE OFUSCACIÓN Y DEMORA →

Al otro lado de la puerta de la oficina de Asuntos Temporales vi a un hombre atrapado en el hielo. Estaba completamente congelado, en una postura encorvada, como si hubiera estado intentando liberar los pies y el hielo hubiera atrapado el resto de su cuerpo. Llevaba mucho tiempo allí. Me estremecí y aparté la vista.

El túnel acababa en una elegante escalera con barandilla, que no estaba cubierta de hielo sino de papeles. En uno de los peldaños inferiores había una niña, que observaba nuestro resbaladizo avance sin rastro de entusiasmo. Llevaba una melena peinada con severa raya al medio que le llegaba hasta las caderas, unas gafitas redondas que no paraba de toquetearse y tenía unos labios muy finos que parecían no haber esbozado jamás una sonrisa.

—¡Althea! —dijo con energía Miss Wren—. No puedes andar paseando si el pasillo está abierto... ¡y mucho menos salir hasta aquí!

—Sí, directora —asintió la niña. Y a continuación ladeó un poco la cabeza—. ¿Quiénes son, directora?

—Son los pupilos de Miss Peregrine. Los que te conté.

—¿Traen comida? ¿O medicamentos? ¿O cualquier cosa que pueda resultar útil? —La niña hablaba con una lentitud mortificante, su voz tan carente de tonalidad como su expresión.

—No más preguntas hasta que hayas cerrado —dijo Miss Wren—. ¡Rápido!

—Sí, directora —repitió la niña y, sin prisa aparente, echó a andar tan tranquila por el túnel arrastrando las manos por las paredes a su paso.

—Lo siento —se disculpó Miss Wren—. Althea no pretende ser obstinada; es testaruda por naturaleza. Pero mantiene los lobos a raya y la necesitamos desesperadamente. Esperaremos aquí a que vuelva.

Miss Wren se sentó en el último peldaño, y cuando lo hizo casi oí el crujido de sus huesos. No entendí a qué se refería con aquello de «mantener los lobos a raya»,

pero había tantas preguntas que formular que esa tendría que esperar.

—Miss Wren, ¿cómo sabía quiénes somos? —preguntó Emma—. No se lo habíamos dicho.

—El trabajo de una ymbryne es saberlo todo —respondió—. Poseo observadores en todos los árboles desde aquí hasta el mar de Irlanda. Y además, ¡sois famosos! Hubo solo una ymbryne cuyos pupilos fueron capaces de escapar airosos y enteros del alcance de los corruptos: Miss Peregrine. Pero no tengo ni idea de cómo habéis llegado hasta aquí sin ser capturados, ni de cómo habéis logrado encontrarme dentro del mundo de la peculiaridad.

—En el carnaval vimos a un chico que nos indicó que viniéramos aquí —le explicó Enoch. Levantó la mano hasta la barbilla—. Más o menos de esta altura. Tocado con un sombrero ridículo.

—Uno de nuestros vigías —dijo Miss Wren, asintiendo—. Pero ¿cómo disteis con él?

—Capturamos una de sus palomas espía —relató con orgullo Emma—, y fue ella la que nos guio hasta este bucle.

(Omitió contar que Miss Peregrine la había matado.)

—¡Mis palomas! —exclamó Miss Wren—. Pero ¿cómo supisteis de ellas? ¿Y lograsteis capturar una?



Millard dio entonces un paso al frente. Había cogido prestado el sobretodo de la sala de disfraces de Horace para no congelarse, y a pesar de que Miss Wren no se mostró sorprendida al ver un abrigo flotando, se quedó pasmada cuando el chico invisible que había debajo dijo:

—Deduje dónde estaban las palomas gracias a los *Cuentos de lo peculiar*, pero la primera vez que oímos hablar de ellas fue en la casa de fieras de lo alto de la montaña. Nos las mencionó un perro pretencioso.

—¡Pero si nadie sabe dónde está mi casa de fieras!

Miss Wren estaba tan asombrada que apenas podía hablar, y puesto que cada respuesta que le dábamos suscitaba más preguntas, le contamos la historia completa, empezando por nuestra huida de la isla a bordo de minúsculos botes.

—¡Estuvimos a punto de ahogarnos! —dijo Olive.

—Y nos dispararon, y nos bombardearon, y casi nos devoran los huecos — afirmó Bronwyn.

—Y casi nos atropella el metro —manifestó Enoch.

—Y nos aplasta un tocador —relató Horace, mirando con mala cara a la chica con poderes de telequinesia.

—Hemos hecho un largo viaje por un país peligroso —concluyó Emma— para encontrar a alguien que pueda ayudar a Miss Peregrine. Confiábamos en que esa persona pudiera ser usted, Miss Wren.

—Contábamos con ello, en realidad —añadió Millard.

Miss Wren necesitó unos instantes para recuperar la voz, y cuando lo consiguió, le salió casajosa por la emoción.

—Sois unos niños valientes y maravillosos. Sois un milagro, absolutamente todos, y cualquier ymbryne sería muy afortunada de poder teneros como pupilos. —Se secó una lágrima con la manga del abrigo—. Lo sentí muchísimo cuando me enteré de lo que le había pasado a Miss Peregrine. No la conocía muy bien, puesto que soy una persona introvertida, pero una cosa sí os prometo: conseguiremos que regrese. ¡Ella y todas nuestras hermanas!

«¿Que regrese?»

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Miss Peregrine seguía escondida en el saco que transportaba Horace. Miss Wren no la había visto todavía.

—¡Pero si la tenemos aquí! —dijo entonces Horace. Dejó el saco en el suelo y lo abrió.

Al momento apareció Miss Peregrine, tambaleándose, mareada después de pasar tanto rato a oscuras.

—¡Por la ancianidad! —exclamó Miss Wren—. Pero... si había oído decir que la habían capturado los wights.

—La capturaron —confirmó Emma—, y nosotros la recuperamos.

Miss Wren estaba tan emocionada que empezó a saltar sin la ayuda de su bastón y tuve que agarrarla por el codo para evitar que cayera al suelo.

—Alma, ¿eres de verdad tú? —preguntó Miss Wren sin aliento, y cuando hubo recuperado el equilibrio, corrió a coger a Miss Peregrine—. Hola, Alma, ¿estás ahí?

—¡Es ella! —le aseguró Emma—. ¡Es Miss Peregrine!

Miss Wren cogió al pájaro y lo miró del derecho y del revés mientras Miss Peregrine se retorció incómoda.

—Hum, hum, hum —murmuró Miss Wren para sus adentros, entrecerrando los ojos y frunciendo los labios—. Me parece que vuestra directora no está muy bien.

—Resultó herida —la informó Olive—. Está herida por dentro.

—Ya no puede recuperar su forma humana —explicó Emma.

Miss Wren asintió, apesadumbrada, como si ya se hubiera dado cuenta de eso.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Tres días —dijo Emma—. Desde que la recuperamos de manos de los wights.

—Su perro nos contó que si Miss Peregrine no cambiaba pronto, no podría volver a hacerlo nunca más —intervine yo entonces.

—Sí —confirmó Miss Wren—. Addison tenía razón al respecto.

—Dijo asimismo que el tipo de ayuda que necesitaba solo puede proporcionársela otra ymbryne —añadió Emma.

—Y en eso también tenía razón.

—Ha cambiado —declaró Bronwyn—. Ya no es ella. Tenemos que recuperar a nuestra Miss P.

—¡No podemos permitir que le pase esto! —exclamó Horace.

—¿Y bien? —la apremió Olive—. ¿Puede convertirla en humana de nuevo, por favor?

Habíamos rodeado a Miss Wren y estábamos presionándola; nuestra desesperación era palpable.

Miss Wren unió las manos suplicándonos que nos tranquilizáramos.

—Ojalá fuese tan sencillo —dijo—, o tan inmediato. Cuando una ymbryne pasa mucho tiempo como pájaro, se queda rígida, como un músculo enfriado en exceso. Si intentáramos restituirlé su forma con excesiva rapidez, se rompería. Hay que devolverla a su verdadera forma como si le hiciéramos un masaje, con delicadeza; hay que trabajarla con constancia, como la arcilla. Si me ocupo de ella durante toda la noche, es posible que por la mañana haya terminado.

—Si es que le queda aún ese tiempo —apuntó Emma.

—Recemos para que sea así —dijo Miss Wren.

Reapareció entonces la niña del pelo largo, caminando muy lentamente, recorriendo con las manos las paredes del túnel. Por dondequiera que tocara se iba formando de nuevo hielo, capa sobre capa. El túnel que quedaba a su espalda se había cerrado hasta dejar una apertura de un par de palmos; pronto quedaría cerrado por completo con nosotros dentro.

Miss Wren le hizo una señal con la mano.

—¡Althea! Sube enseguida y dile a la enfermera que prepare una sala de observación. Necesitaré todos mis remedios medicinales.

—Cuando dice remedios, ¿se refiere a sus soluciones, sus infusiones o sus suspensiones?

—¡A todo! —gritó Miss Wren—. Y rápido, ¡esto es una urgencia!

La chica se percató entonces de la presencia de Miss Peregrine, abrió un poco los ojos —la primera reacción que le veía— y empezó a subir la escalera.

Esta vez lo hizo corriendo.

Sujeté a Miss Wren por el brazo para ayudarla a subir la escalera. El edificio tenía cuatro plantas y nos dirigiáramos a la más alta. Aparte de la escalera, aquel piso era la única zona del edificio que seguía siendo accesible; las demás plantas estaban cerradas por congelación, muros de hielo obstruyendo el acceso a habitaciones y pasillos. Estábamos ascendiendo, literalmente, a través de un hueco abierto en el centro de un

gigantesco cubito de hielo.

Al pasar, eché un vistazo a las congeladas estancias. Gruesas lenguas de hielo habían separado las puertas de sus bisagras y al otro lado de las astilladas jambas se veían las evidencias del asalto: muebles volcados, cajones abiertos, una nevada de papeles en el suelo. Una ametralladora reposando contra un escritorio, su propietario congelado en plena huida. Un peculiar desplomado en un rincón bajo un reguero de agujeros de bala. Como las víctimas de Pompeya, paralizadas por el hielo en vez de por la ceniza.

Se hacía difícil creer que una sola niña fuera responsable de todo aquello. Dejando aparte las ymbrynes, Althea tenía que ser una de las peculiares más poderosas que había conocido. Levanté la cabeza a tiempo de verla desaparecer por el descansillo que teníamos delante, su interminable mata de pelo siguiéndola como un borroso reflejo.

Arranqué un carámbano de la pared.

—¿De verdad que lo ha hecho ella? —pregunté, observando la pieza.

—Así es —respondió Miss Wren, resoplando a mi espalda—. Es, o era, mejor dicho, aprendiz de la ministra de Ofuscación y Demora, y estaba aquí trabajando el día que los corruptos asaltaron el edificio. En aquel momento, lo único que sabía de sus poderes era que sus manos irradiaban un frío sobrenatural. Según lo explicaba Althea, su don resultaba útil los días más bochornosos de verano, pero nunca se lo había planteado como arma de defensa hasta que dos huecos empezaron a devorar a la ministra ante sus propios ojos. Víctima de un miedo letal, recurrió a una táctica de su poder que desconocía por completo: congeló la estancia y a los huecos y luego el edificio entero, todo ello en el transcurso de escasos minutos.

—¡Minutos! —exclamó Emma—. Es increíble.

—Me gustaría haber estado aquí para presenciarlo —dijo Miss Wren—, aunque de haber estado, probablemente me habrían secuestrado junto con las demás ymbrynes presentes en aquel momento: Miss Nightjar, Miss Finch y Miss Crow.

—¿Y el hielo no sirvió para detener a los wights? —pregunté.

—Logró detener a muchos —respondió Miss Wren—. Varios de ellos siguen aquí con nosotros, imagino, congelados en algún rincón del edificio. Pero a pesar de sus pérdidas, los wights acabaron consiguiendo lo que habían venido a buscar. Antes de que se congelara la totalidad del edificio, lograron sacar a las ymbrynes por el tejado. —Miss Wren movió la cabeza de un lado a otro para expresar su pesar—. Juro por mi vida que escoltaré personalmente hasta el infierno a todos los que han hecho daño a mis hermanas.

—Entonces, el poder de Althea no ha servido para nada —dijo Enoch.

—Althea no pudo salvar a las ymbrynes —afirmó Miss Wren—, pero consiguió crear este lugar, y yo lo considero bendición suficiente. Sin esto no tendríamos dónde refugiarnos. He estado utilizándolo estos últimos días como base de operaciones, trayendo hasta aquí a los supervivientes que he encontrado en los bucles asaltados. Es

nuestra fortaleza, el único lugar seguro para los peculiares que existe en todo Londres.

—¿Y qué resultado están dando sus iniciativas, señora? —preguntó Millard—. El perro nos explicó que había venido aquí con el propósito de salvar a sus hermanas. ¿Ha tenido suerte?

—No —replicó en voz baja—. Mis esfuerzos han sido inútiles.

—Tal vez Jacob pueda ayudarla, Miss Wren —dijo Olive—. Es muy especial. Miss Wren me miró de reojo.

—¿Sí? ¿Y cuál es tu talento, jovencito?

—Puedo ver a los huecos —dije algo incómodo—. E intuir su presencia.

—Y matarlos, a veces —añadió Bronwyn—. De no haber dado con usted, Miss Wren, el plan era que Jacob nos ayudara a eludir a los huecos que vigilan los bucles de castigo para poder rescatar a alguna de las ymbrynes encerradas allí. De hecho, Jacob tal vez podría ayudarla a...

—Sois muy amables —la interrumpió Miss Wren—, pero mis hermanas no están ni en bucles de castigo ni retenidas en las cercanías de Londres, estoy segura.

—¿No? —cuestioné.

—No, y nunca lo han estado. Todo eso de los bucles de castigo fue un rumor propagado con el fin de atrapar a las ymbrynes que los corruptos no lograron capturar mediante sus redadas. Es decir, a mí. Y casi les funciona. Caí como una tonta en su trampa; al fin y al cabo, los bucles de castigo son cárceles. Tengo suerte de haber escapado con solo unos cuantos rasguños.

—¿Y adónde han llevado entonces a las ymbrynes que han secuestrado? —preguntó Emma.

—No os lo diría ni aun sabiéndolo, porque no es asunto de vuestra incumbencia —respondió Miss Wren—. Los niños peculiares no tienen el deber de preocuparse por el bienestar de las ymbrynes, sino que nuestro deber es preocuparnos por el vuestro.

—Pero eso no es justo, Miss Wren —empezó a decir Millard.

Pero la ymbryne lo interrumpió con un seco:

—¡No quiero oír hablar más del tema!

Y eso fue todo.

Aquel brusco rechazo me dejó sorprendido, sobre todo teniendo en cuenta que de no habernos preocupado por el bienestar de Miss Peregrine —y arriesgado nuestra vida para llegar hasta allí—, nuestra directora se habría visto condenada a pasar el resto de sus días atrapada en el cuerpo de un ave. Por lo tanto, me parecía que nuestro deber era preocuparnos por ellas, puesto que era evidente que las ymbrynes no habían hecho un buen trabajo en cuanto a preocuparse por evitar el asalto a sus bucles. No me gustaba nada que me hiciesen callar de aquella manera, y a juzgar por la frente fruncida de Emma, tampoco a ella. Haberlo manifestado, sin embargo, habría resultado extremadamente grosero, de modo que acabamos de subir la escalera sumidos en un incómodo silencio.

Llegamos arriba. En aquella planta solo había algunas puertas congeladas. Miss

Wren cogió a Miss Peregrine y dijo:

—Vamos, Alma, veamos qué podemos hacer por ti.

Althea apareció en el umbral de una puerta. Tenía el rostro sonrosado y respiraba de modo trabajoso.

—La habitación está preparada, directora. Todo lo que me ha pedido.

—Bien, bien —asintió Miss Wren.

—Si podemos ayudarla en alguna cosa —dijo Bronwyn—, lo que sea...

—Lo único que necesito es tiempo y tranquilidad —respondió Miss Wren—. Salvaré a vuestra ymbryne, jovencitos. Por mi vida que lo haré. —Y dio media vuelta y entró en la habitación con Miss Peregrine y Althea.

Sin saber qué hacer, la seguimos y nos apiñamos junto a la puerta, que se había quedado una rendija abierta. Nos turnamos para observar qué pasaba dentro. En una acogedora habitación, tenuemente iluminada con lámparas de aceite, Miss Wren había tomado asiento en una mecedora y tenía a Miss Peregrine en la falda. Althea estaba junto a una mesa de laboratorio mezclando el contenido líquido de diversos tubos de ensayo. De vez en cuando, cogía uno de los tubos y lo agitaba, se acercaba a Miss Peregrine y lo colocaba bajo su pico, como cuando se le dan a oler sales a alguien que acaba de desmayarse. Miss Wren, entretanto, seguía balanceándose en la mecedora, acariciándole las plumas a Miss Peregrine y cantándole una melodiosa y alegre canción de cuna:

—*Eft kaa vangan soorken, eft ka vangan soorken, malaaya...*

—Es el idioma que hablaban antiguamente los peculiares —susurró Millard—. «Vuelve a casa, vuelve a casa... recuerda tu verdadero yo...», o algo por el estilo.

Miss Wren lo oyó, levantó la vista y nos indicó con un gesto que nos marcháramos. Althea cruzó la habitación y cerró la puerta.

—De acuerdo, pues —dijo Enoch—. Está claro que no se nos quiere aquí.

Después de tres días con nuestra directora dependiendo absolutamente de nosotros para todo, nos habíamos convertido de repente en extraños. A pesar de que estábamos agradecidos a Miss Wren, nos hacía sentir un poco como niños a los que había mandado a la cama.

—Miss Wren sabe lo que se hace —dijo una voz con acento ruso a nuestras espaldas—. Mejor dejarlo en sus manos.

Nos dimos la vuelta y descubrimos al contorsionista delgado del carnaval, detrás de nosotros con los brazos cruzados.

—¡Usted! —exclamó Emma.

—Volvemos a encontrarnos —dijo el contorsionista. Su voz sonaba profunda como una fosa oceánica—. Me llamo Sergei Andropov y soy capitán del ejército de resistencia peculiar. Venid, os enseñaré esto.

—¡Sabía que era peculiar! —exclamó Olive.

—No, no lo sabías —la rebatió Enoch—. Solo lo pensé yo.

—Supe que erais peculiares en cuanto os vi —declaró el contorsionista—. ¿Cómo es que no os han capturado?

—Porque somos astutos —respondió Hugh.

—Quiere decir que somos afortunados —maticé yo.

—Pero lo que sucede en realidad es que estamos hambrientos —apuntó Enoch—. ¿Hay algo de comida por aquí? Podría comerme hasta una emú-rafa.

En cuanto oí hablar de comida, mi estómago rugió como un animal salvaje. No habíamos comido desde el viaje en tren a Londres, y eso parecía haber ocurrido millones de años atrás.

—Por supuesto —dijo el contorsionista—. Por aquí.

Lo seguimos por el pasillo.

—Cuéntenos cosas sobre ese ejército peculiar —le pidió Emma.

—Aplastaremos a los wights y recuperaremos lo que es nuestro. Los castigaremos por haber secuestrado a nuestras ymbrynes. —Abrió una de las puertas del pasillo, que daba acceso a una oficina en pésimo estado llena de gente durmiendo en el suelo y debajo de las mesas. Reconocí a alguno de ellos del carnaval: el chico de aspecto vulgar, la encantadora de serpientes de pelo rizado.

—¿Son todos peculiares? —pregunté.

El contorsionista asintió.

—Rescatados de otros bucles —respondió, abriendo otra puerta.

—¿Y usted? —inquirió Millard—. ¿De dónde procede?

El contorsionista nos hizo pasar a un vestíbulo donde poder conversar sin molestar a la gente que estaba durmiendo, un espacio dominado por dos grandes puertas de madera ornamentadas con docenas de escudos con pájaros.

—Vengo de una tierra de desiertos helados, más allá de la gélida estepa —dijo—. Hace cientos de años, cuando nacieron los huecos, atacaron mi tierra en primer lugar. Todo quedó destruido. Todos los habitantes del pueblo fueron asesinados. Ancianas. Bebés. Todos. —Hizo un movimiento con la mano como si cortara alguna cosa—. Me escondí en una mantequera y estuve respirando a través de una pajita mientras mi propio hermano era asesinado en aquella misma casa. Después vine a Londres con la intención de escapar de los huecos. Pero también han llegado hasta aquí.

—Esto es terrible —dijo Bronwyn—. Lo siento mucho por usted.

—Un día nos vengaremos —afirmó. Su rostro pareció oscurecerse.

—Sí, ya lo ha dicho —observó Enoch—. ¿Cuánta gente integra su ejército, pues?

—Seis personas hasta el momento —dijo, indicando la habitación que acabábamos de dejar atrás.

—¿Seis? —repitió Emma—. ¿Se refiere a... ellos?

No sabía si echarme a reír o llorar.

—Con vosotros, ya somos diecisiete. Estamos creciendo a buen ritmo.

—Tranquilo, tranquilo —repliqué—. No hemos venido aquí para incorporarnos a

ningún ejército.

Me lanzó una mirada capaz de congelar el infierno, se volvió y abrió unas puertas dobles.

Entramos en una estancia grande dominada por una impresionante mesa de forma oval. La madera había sido pulida hasta alcanzar el brillo de un espejo.

—Aquí es donde se reúne el Consejo de Ymbrynes —nos explicó el contorsionista.

Todo a nuestro alrededor eran retratos de peculiares antiguos famosos, no enmarcados sino dibujados directamente en las paredes al óleo, con carboncillo o con ceras. El que tenía más cerca era una cara con ojos enormes, mirada fija y la boca abierta, dentro de la cual había una fuente de agua en funcionamiento. Alrededor de la boca, un lema escrito en holandés que Millard, que estaba a mi lado, tradujo:

—«De las bocas de nuestros ancianos brota una fuente de sabiduría».

A su lado había otro, esta vez en latín.

—«*Ardet nec consumitur*» —leyó Melina—. «Quemado pero no destruido.»

—De lo más adecuado —dijo Enoch.

—No puedo creer que esté de verdad aquí —comentó Melina—. He pasado años estudiando este lugar y soñando con él.

—No es más que una sala —replicó Enoch.

—Tal vez lo sea para ti. Pero para mí es el corazón de todo el mundo peculiar.

—Un corazón que ha sido arrancado —manifestó una voz nueva, y al volverme vi que se acercaba un payaso, el mismo que había estado acosándonos en el carnaval—. Miss Jackdaw estaba justo aquí donde estáis vosotros cuando fue secuestrada. Encontramos un montón de plumas en el suelo. —Tenía acento americano. Se detuvo a escasa distancia de nosotros, mascando alguna cosa, una mano en la cadera—. ¿Son ellos? —preguntó, dirigiéndose al contorsionista y señalándonos con una pata de pavo—. Necesitamos soldados, no niños.

—¡Tengo ciento doce años! —exclamó Melina.

—Sí, sí, eso ya lo he oído en otras ocasiones —replicó el payaso—. Adiviné que erais peculiares cuando os vi por la feria, por cierto. Sois el grupo más peculiar de peculiares que hayan visto jamás mis ojos.

—Yo les he dicho lo mismo —corroboró el contorsionista.

—No alcanzo a comprender cómo han llegado hasta aquí desde Gales sin ser capturados —se extrañó el payaso—. De hecho, me parece sospechoso. ¿Seguro que ninguno de vosotros es un wight?

—¡Cómo se atreve! —exclamó Emma.

—Fuimos capturados —dijo Hugh con orgullo—, pero los wights que lo hicieron no sobrevivieron para contarlos.

—Claro, y yo soy el rey de Bolivia —se mofó el payaso.

—¡Es verdad! —espetó Hugh, poniéndose colorado.

El payaso levantó las manos.

—Está bien, está bien, cálmate, pequeño. Estoy seguro de que Miss Wren no os habría dejado entrar de no ser legítimos. Venga, seamos amigos, comamos una pata de pavo.

No tuvo que ofrecérsela dos veces. Estábamos demasiado hambrientos como para permanecer ofendidos por más tiempo.

El payaso nos acompañó hasta una mesa repleta de comida, los frutos secos tostados y las carnes asadas que tanto nos habían tentado en el carnaval. Nos apiñamos alrededor de la mesa y nos pusimos las botas sin vergüenza alguna. El contorsionista comió cinco cerezas y un currusco de pan y a continuación anunció que nunca en su vida se había sentido tan lleno. Bronwyn no paró de deambular de un lado a otro, mordiéndose las uñas, tan consumida por la preocupación que ni siquiera podía comer.



Cuando hubimos terminado, y con la mesa convertida en un campo de batalla de

huesos roídos y manchas de grasa, el payaso se recostó en su asiento y dijo:

—Y bien, niños peculiares, contadnos vuestra historia. ¿Por qué habéis viajado hasta aquí desde Gales?

Emma se limpió la boca y respondió:

—Para ayudar a nuestra ymbryne.

—¿Y cuando ya la hayáis ayudado? —preguntó el payaso—. Entonces ¿qué?

Hasta entonces había estado atareado mojando pan en la salsa del pavo, pero al final levanté la vista. La pregunta era tan directa, estaba expresada de un modo tan sencillo, era tan evidente, que no entendía cómo ninguno de nosotros se la había formulado hasta aquel momento.

—No hable así —dijo Horace—. Nos echará el gafe.

—Miss Wren obra milagros —aseguró el payaso—. No hay de qué preocuparse.

—Confío en que tenga razón —dijo Emma.

—Por supuesto que la tengo. ¿Qué plan tenéis? Quedaros y ayudarnos a luchar, evidentemente; pero ¿dónde dormiréis? Conmigo no, mi habitación es individual. Y rara vez hago excepciones. —Miró a Emma y enarcó una ceja—. Fíjate que he dicho «rara vez».

De repente, todo el mundo estaba mirando las pinturas de las paredes o poniéndose bien el cuello de la camisa, excepto Emma, cuya cara empezaba a adoptar un tono verdoso. Tal vez fuéramos pesimistas por naturaleza y por ello nuestras probabilidades de éxito nos habían parecido tan minúsculas que ni siquiera nos habíamos tomado la molestia de preguntarnos qué haríamos en el caso de conseguir solventar la situación de Miss Peregrine, o tal vez las crisis de los últimos días habían sido tan constantes y apremiantes que no habíamos tenido ni tiempo para cuestionárnoslo. Fuera como fuese, la pregunta del payaso nos había pillado desprevenidos.

¿Y si lo lográbamos? ¿Qué haríamos si Miss Peregrine hacía su aparición en aquel momento habiendo recuperado su auténtica personalidad?

Fue Millard el que finalmente aportó una respuesta.

—Supongo que emprenderíamos viaje de vuelta hacia el oeste, que volveríamos por donde hemos venido. Miss Peregrine podría crearnos un nuevo bucle. Un bucle donde nunca pudieran encontrarnos.

—¿Y eso es todo? —preguntó el payaso—. ¿Os esconderíais? ¿Y qué pasa con las demás ymbrynes, con las que no han tenido tanta suerte? ¿Qué pasa con la mía?

—Nuestro trabajo no consiste en salvar el mundo —replicó Horace.

—No estamos intentando salvar el mundo entero. Solo la peculiaridad.

—Pues tampoco es nuestro trabajo. —Horace replicó con voz débil y a la defensiva, avergonzado por verse en aquel aprieto y haber tenido que dar una respuesta como aquella.

El payaso se inclinó hacia adelante y nos miró con fijeza.

—Y entonces ¿quién tiene que hacer ese trabajo?

—Otras personas —respondió Enoch—. Gente mejor equipada, preparada para este tipo de cosas...

—Lo primero que hicieron los corruptos hace tres semanas fue atacar al ejército nacional de los peculiares. En menos de un día, los dispersaron a los cuatro vientos. Sin ellos, y sin nuestras ymbrynes, ¿quién defiende ahora a la peculiaridad? Gente como vosotros y como yo, esa es la respuesta. —El payaso dejó caer su pata de pavo—. Los cobardes me asquean. Acabo de perder incluso el apetito.

—Están cansados, han hecho un largo viaje —intervino el contorsionista—. Dale un respiro.

El payaso meneó el dedo índice como un maestro marimandón.

—Aquí nadie va de gorra. Me da igual que estéis aquí una hora o un mes: mientras permanezcáis en este lugar, tenéis que estar dispuestos a luchar. Sí, sois un grupillo de canijos, pero sois peculiares, razón por la cual sé que poseéis talentos ocultos. Mostradme qué podéis hacer.

Se levantó y se aproximó a Enoch con la mano extendida, como si tuviera intención de hurgar en los bolsillos del niño en busca de su habilidad peculiar.

—Necesito un muerto para demostrarlo —dijo Enoch—. Y podría ser incluso usted, si se atreve a ponerme ni que sea un solo dedo encima.

El payaso cambió de dirección para acercarse a Emma.

—¿Y tú qué sabes hacer, cosa linda? —preguntó, y Emma levantó un dedo y creó una llama que empezó a bailar como la de la vela de un pastel de cumpleaños. El payaso se echó a reír y exclamó: ¡Sentido del humor! Me gusta. —Se acercó entonces a los hermanos ciegos.

—Están mentalmente conectados —explicó Melina, interponiéndose entre el payaso y los hermanos—. Ven con el oído y saben en todo momento lo que el otro está pensando.

El payaso aplaudió.

—¡Alguna cosa útil, por fin! Serán nuestros oteadores, apostaremos uno en el carnaval y el otro aquí. Si algo va mal fuera, lo sabremos enseguida.

Empujó a Melina. Los hermanos se espantaron y retrocedieron.

—¡No puede separarlos! —gritó Melina—. A Joel y a Peter no les gusta estar separados.

—Y a mí no me gusta que me persigan monstruosos cadáveres invisibles —replicó el payaso, y se dispuso a separar al hermano mayor del más pequeño. Los niños se mantuvieron firmes entrelazando los brazos y gimotearon; empezaron luego a chasquear la lengua y sus ojos se pusieron a girar como un torbellino. Estaba a punto de intervenir cuando los hermanos se separaron y emitieron un grito doble tan potente y penetrante que temí que la cabeza fuera a estallarme. Los platos que había sobre la mesa se hicieron añicos, todo el mundo se agachó y se tapó los oídos, y me pareció oír incluso grietas abriéndose en el hielo que cubría los pisos inferiores.

Cuando el eco menguó, Joel y Peter cayeron al suelo abrazados y temblando.

—¿¿Ha visto lo que ha hecho?! —le gritó Melina al payaso.

—¡Caramba, es impresionante! —exclamó el payaso.

Bronwyn agarró al payaso por el cuello con una sola mano.

—Si continúa acosándonos de esta manera —le dijo con mucha calma—, le incrustaré la cabeza en la pared.

—Lo... siento... mucho —resolló el payaso, con la tráquea estrujada—. ¿Me... me sueltas?

—Vamos, Wyn —dijo Olive—. Ha dicho que lo siente.

Bronwyn lo soltó a regañadientes. El payaso empezó a toser y se alisó el disfraz.

—Creo que no os he juzgado como os merecéis —admitió—. Seréis una incorporación estupenda para nuestro ejército.

—Ya le hemos dicho que no pensamos formar parte de ese estúpido ejército —recalqué.

—¿Y para qué luchar, de todos modos? —terció Emma—. Ni siquiera sabemos dónde están las ymbrynes.

El contorsionista se desplegó para levantarse de la silla que ocupaba y se cernió sobre nosotros.

—La cuestión es —dijo— que si los corruptos consiguen hacerse con las demás ymbrynes, serán imparables.

—Me parece que ya lo son ahora —respondí.

—Si ahora los calificáis de imparables, es que no habéis visto nada todavía —afirmó el payaso—. Y si pensáis que cuando vuestra ymbryne quede libre dejarán de perseguiros, es que sois más tontos de lo que parecéis.

Horace se levantó y tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—Lo que acabáis de exponer es el peor escenario —declaró—. Últimamente solo oigo hablar del peor escenario. Pero no he oído ni una simple exposición en la que se considere el mejor escenario.

—Oh, eso sería estupendo —se burló el payaso—. Adelante, chico elegante, oigamos tus argumentos.

Horace respiró hondo y se armó de coraje.

—Los wights querían a las ymbrynes, y ya las tienen... o las tienen a casi todas. Supongamos, poniendo el caso de que fuera así, que los wights solo necesitan eso y que gracias a ello ya pueden seguir adelante con sus diabólicos planes. Y lo hacen: se convierten en superwights, o en semidioses, o en lo que quiera que anden buscando. Y después de eso, las ymbrynes ya no les sirven de nada, y los niños peculiares tampoco, ni siquiera necesitan ya para nada los bucles de tiempo. Se largan de aquí para ser semidioses donde les venga en gana y nos dejan en paz. Y entonces la situación no solo vuelve a la normalidad, sino que además es mejor que antes, puesto que ya nadie intenta devorarnos ni secuestrar a nuestras ymbrynes. Y entonces, quizá, muy de vez en cuando, podríamos irnos de vacaciones al extranjero, como solíamos hacer, y ver un poco el mundo, y hundir los pies en la arena en algún lugar donde no

haga frío y el cielo esté gris trescientos días al año. En cuyo caso, ¿de qué nos sirve quedarnos aquí a pelear? Estaríamos arrojándonos contra sus espadas cuando todo podría volver a ser de color de rosa sin nuestra intervención.

Por un momento nadie dijo nada. Pero al poco rato el payaso rompió a reír. Rio y rio, y sus carcajadas resonaron contra las paredes, hasta acabar cayéndose de la silla.

—No tengo palabras —dijo entonces Enoch—. ¡No! Sí que las tengo, Horace, creo que es el pensamiento ilusorio más increíblemente ingenuo y cobarde que he oído en mi vida.

—Pero es posible —insistió Horace.

—Sí. Y también es posible que la luna esté hecha de queso, aunque no es ni remotamente probable.

—Puedo acabar enseguida con esta discusión —intervino el contorsionista—. ¿Queréis saber lo que nos harán los wights en cuanto tengan libertad para hacer cualquier cosa? Venid, os lo enseñaré.

—Esto es solo para estómagos fuertes —dijo el payaso, mirando de reojo a Olive.

—Si ellos pueden aguantarlo, yo también —replicó la niña.

—Que conste que yo ya he avisado —los advirtió el payaso, encogiéndose de hombros—. Seguidnos.

—Yo a usted no lo seguiría ni para saltar de un barco en pleno naufragio —le espetó Melina, que acababa de conseguir poner de nuevo en pie a los temblorosos hermanos ciegos.

—Quédate, pues —dijo el payaso—. Los que quieran saltar del barco, que nos sigan.

Los heridos estaban acostados en camas desiguales en una improvisada sala de hospital, vigilados por una enfermera con un protuberante ojo de cristal. Había tres pacientes, si es que podían calificarse de eso: un hombre y dos mujeres. El hombre estaba tendido de costado, medio catatónico, balbuceando y babeando. Una de las mujeres miraba fijamente al techo, mientras que la otra se retorció bajo las sábanas, gimoteando, acosada por alguna pesadilla. Parte de los niños se quedaron observando la escena desde el umbral de la puerta, decidiendo guardar distancias por si acaso lo que padecía aquella gente fuera contagioso.

—¿Qué tal están hoy? —preguntó el contorsionista a la enfermera.

—Peor —respondió ella, yendo de cama en cama—. Ahora los tengo todo el rato sedados. De lo contrario, no harían más que chillar.

No tenían heridas evidentes. No había vendajes ensangrentados, ni brazos o piernas enyesados, ni recipientes llenos a rebosar de líquido rojizo. La estancia parecía más bien una sala de psiquiatría desbordada que un hospital.

—¿Qué les pasa? —pregunté—. ¿Resultaron heridos durante el asalto?

—No, Miss Wren los trajo aquí —respondió la enfermera—. Los encontré abandonados en un hospital que los wights habían convertido en una especie de laboratorio médico. Estas pobres criaturas fueron utilizadas como conejillos de Indias en sus inexplicables experimentos. Lo que veis son los resultados.

—Encontramos los historiales —dijo el payaso—. Fueron secuestrados hace años por los wights. Dados por muertos desde hace mucho tiempo.

La enfermera cogió la tablilla que colgaba de la pared más próxima al hombre que no paraba de farfullar.

—Este hombre, Benteret, se supone que domina un centenar de idiomas, pero ahora solo pronuncia una palabra, que repite además una y otra vez.

Me acerqué y le leí los labios.

«Llama, llama, llama —murmuraba—. Llama, llama, llama.»

Pura jerigonza. Le habían borrado la mente.

—Esa de ahí —dijo la enfermera, señalando la tablilla correspondiente a la chica que gimoteaba todo el rato—, según su historial es capaz de volar, pero no la he visto levantarse ni un centímetro de esa cama. Y en cuanto a la otra, tendría que ser invisible. Pero se la ve perfectamente.

—¿Fueron torturados? —preguntó Emma.

—Por supuesto. ¡Fueron torturados mentalmente! —respondió el payaso—. Torturados hasta olvidar que eran peculiares.

—Aunque me torturaran todo el día —apuntó Millard—, jamás olvidaría cómo ser invisible.

—Muéstrales las cicatrices —le dijo el payaso a la enfermera.

Esta se acercó a la cama de la mujer inmóvil y retiró un poco las sábanas. Tenía el vientre repleto de finas cicatrices rojas, también las había en el cuello y debajo de la barbilla, de la longitud aproximada de un cigarrillo.

—No calificaría eso de prueba de tortura —dijo Millard.

—¿Y qué dirías entonces que es? —replicó enfadada la enfermera.

Ignorando la pregunta, Millard continuó:

—¿Hay más cicatrices o eso es todo?

—Ni mucho menos —respondió la enfermera, y retiró por completo las sábanas para dejar al descubierto las piernas de la mujer. Señaló las cicatrices en la parte posterior de la rodilla, en la zona interior del muslo y la planta del pie.

Millard se inclinó para examinar el pie.

—Es un lugar extraño, ¿no os parece?

—¿Adónde quieres ir a parar, Mill? —preguntó Emma.

—Calla —dijo Enoch—. Déjalo jugar a ser Sherlock si eso es lo que desea. Empiezo a pasármelo bien.

—¿Por qué no le hacemos cortes por diez partes distintas? —sugirió el payaso—. ¡Entonces ya veremos si eso le parece una tortura!

Millard atravesó la habitación para acercarse a la cama del hombre que seguía susurrando.

—¿Puedo examinarlo?

—Estoy segura de que él no pondría ningún reparo —respondió la enfermera.

Millard levantó la sábana. En la planta de uno de los pies había una cicatriz idéntica a la de la mujer inmóvil.

La enfermera señaló con un gesto a la mujer que no cesaba de contorsionarse.

—Ella también la tiene, si es eso lo que quieres saber.

—Ya basta de esto —intervino el contorsionista—. Si eso no son torturas, ¿qué es entonces?

—Una exploración —declaró Millard—. Son incisiones muy precisas, de carácter quirúrgico. No parecen pensadas para provocar dolor, es probable incluso que se practicasen bajo anestesia. Los wights estaban buscando alguna cosa.





—¿Qué cosa? —preguntó Emma, aun temiendo la respuesta.

—Existe un viejo dicho relacionado con los pies de los peculiares —respondió Millard—. ¿Alguien de los presentes lo recuerda?

—«La suela del peculiar es la puerta de acceso a su alma» —recitó Horace—. Pero no es más que lo que se dice a los niños para que no salgan a jugar descalzos.

—Tal vez sí... pero tal vez no —replicó Millard.

—¡No seas ridículo! ¿Crees que estaban buscando...?

—Sus almas. Y las encontraron.

El payaso estalló en carcajadas.

—Eso no son más que paparruchadas. ¿Por el mero hecho de que hayan perdido sus habilidades crees tú que les extirparon su segunda alma?

—En parte. Sabemos que los wights llevan años interesados en la segunda alma.

Entonces recordé la conversación que Millard y yo habíamos mantenido en el tren y dije:

—Me comentaste que el alma peculiar es lo que nos permite entrar en los bucles. Por lo tanto, si esta gente ha perdido el alma, ¿cómo es que están aquí?

—Me parece que en realidad no están aquí, ¿no te parece? —replicó Millard—. Y con ello me refiero a que su mente está en otra parte.

—Creo que estás agarrándote a un clavo ardiendo —dijo Emma—. Me parece que ya has llevado este asunto demasiado lejos, Millard.

—Seguid el hilo de mi argumentación solo un poco más, por favor —insistió Millard. Había empezado a deambular de un lado a otro, excitado—. ¿Verdad que nunca habéis oído hablar de la ocasión en que un normal entró en un bucle?

—No, puesto que todo el mundo sabe que eso es imposible —respondió Enoch.

—Es casi imposible —lo corrigió Millard—. No es fácil ni es agradable, pero se ha conseguido... en una sola ocasión. Fue como consecuencia de un experimento llevado a cabo por el hermano de Miss Peregrine, creo, años antes de que se volviera loco y fundara esa facción disidente que acabó dando lugar a los wights.

—¿Y por qué no he oído hablar nunca de eso? —preguntó Enoch.

—Porque fue extremadamente controvertido y los resultados se ocultaron de inmediato, para que nadie intentara replicarlos. En cualquier caso, resulta que es posible conseguir que un normal entre en un bucle, lo que pasa es que es una entrada muy forzada y solo alguien con el poder de una ymbryne puede hacerlo. Como los normales carecen de una segunda alma, son incapaces de gestionar las paradojas inherentes de un bucle de tiempo y su cerebro se hace papilla. En el instante en que entran, se convierten en vegetales catatónicos y babeantes, en algo muy similar a esa pobre gente que tenemos ante nosotros.

Se produjo un instante de silencio mientras asimilábamos las palabras de Millard. Entonces, Emma se llevó las manos a la boca y dijo:

—Oh, demonios, tiene razón.

—Bien, entonces —admitió el payaso—. En ese caso, la situación es aún peor de lo que imaginábamos.

Fue como si la habitación se hubiese quedado sin oxígeno.

—Me parece que no he seguido muy bien tu argumentación —dijo Horace.

—¡Ha dicho que los monstruos les han robado el alma! —gritó Olive y, llorando, echó a correr hacia Bronwyn para esconder la cara entre los pliegues de su abrigo.

—Estos peculiares no han perdido sus habilidades —continuó Millard—. Se las han robado, se las han extraído junto con el alma, con la que han alimentado luego a los espíritus huecos. Eso ha permitido a los huecos evolucionar lo suficiente como para poder entrar en los bucles, un avance que ha hecho posible su reciente ataque contra el mundo de la peculiaridad... y ha reportado a los wights el beneficio de poder secuestrar más peculiares para extraerles el alma, gracias a lo cual evolucionarán más huecos y así sucesivamente, en un círculo vicioso.

—En este caso, no quieren solo a las ymbrynes —dedujo Emma—, sino también a nosotros... y nuestras almas.

Hugh estaba a los pies de la cama del hombre que susurraba; su última abeja zumbaba enojada a su alrededor.

—¿Es esto lo que han hecho con todos los niños peculiares que han sido secuestrados a lo largo de los años? Me imaginaba que simplemente se convertían en alimento para los espíritus huecos. Pero esto... esto es muchísimo más malvado.

—¿Y quién dice que no pretenden también extraerles el alma a las ymbrynes? —sugirió Enoch.

Nos entró un extraño escalofrío colectivo. El payaso se volvió hacia Horace y dijo:

—¿Qué me dices ahora de tu mejor escenario, colega?

—No se burle —replicó Horace—, que muerdo.

—¡Ahora todo el mundo fuera! —ordenó la enfermera—. Con alma o sin ella, esta gente está enferma. No es lugar para discutir.

Salimos apesadumbrados al pasillo.

—De acuerdo, ya hemos visto el espectáculo del horror —les dijo Emma al payaso y al contorsionista— y estamos debidamente horrorizados. Ahora, díganos qué quieren de nosotros.

—Es muy simple —replicó el contorsionista—. Queremos que os quedéis y luchéis a nuestro lado.

—Creíamos que con esto os demostraríamos hasta qué punto os interesa hacerlo —añadió el payaso. Le dio unas palmaditas en la espalda a Millard—. Pero vuestro amigo ha hecho el trabajo mucho mejor que nosotros.

—¿Quedarnos aquí y luchar, para qué? —cuestionó Enoch—. Las ymbrynes ni siquiera están en Londres; lo ha dicho incluso Miss Wren.

—¡Olvidaos de Londres! ¡Londres está acabado! —exclamó el payaso—. Aquí la batalla ha terminado. Hemos perdido. En cuanto Miss Wren haya salvado a todos los peculiares que consiga encontrar en los bucles arrasados, emprendemos viaje hacia otras tierras, hacia otros bucles. Tiene que haber más supervivientes por ahí, peculiares como nosotros, todavía con ansias de luchar.

—Crearemos un ejército —declaró el contorsionista—. Un ejército de verdad.

—Y por lo que se refiere a averiguar dónde están las ymbrynes —continuó el payaso—, no hay ningún problema. Capturaremos un wight y lo torturaremos para sonsacarle la información. Lo obligaremos a que nos lo indique en el Mapa de los Días.

—¿Tienen un Mapa de los Días? —preguntó Millard.

—Tenemos dos. Como sabéis, los archivos peculiares están abajo.

—Buena noticia —dijo Millard con voz cargada de emoción.

—Aunque eso de capturar un wight... creo que es más fácil decirlo que hacerlo —observó Emma—. Y mienten, por supuesto. Mentir es lo que mejor se les da.

—En este caso, capturaremos dos y compararemos sus mentiras —decidió el payaso—. Vienen a menudo a husmear por aquí, de modo que la próxima vez que encontremos uno... ¡bam! Lo capturamos.

—No es necesario esperar —apuntó Enoch—. ¿No comentó Miss Wren que en el edificio hay wights?

—Claro —replicó el payaso—, pero están congelados. Muertos y bien muertos.

—Eso no significa que no podamos interrogarlos —dijo Enoch, esbozando una amplia sonrisa.

El payaso se volvió hacia el contorsionista.

—Estos tipos raros empiezan a gustarme.

—Entonces ¿estáis con nosotros? —quiso saber el contorsionista—. ¿Os quedáis a luchar?

—Yo no he dicho eso —replicó Emma—. Concédannos un minuto para acabar de hablar de todo esto.

—¿Y qué es lo que hay que hablar? —preguntó el payaso.

—Por supuesto, tomaos todo el tiempo que necesitéis —accedió el contorsionista, y tiró del payaso para marcharse con él por el pasillo—. Vamos, prepararé café.

—De acuerdo —asintió el payaso a regañadientes.

Formamos una piña, como solíamos hacer tan a menudo desde que se iniciaron nuestros problemas, solo que esta vez, en lugar de gritarnos los unos a los otros, hablamos en respetuosos turnos. La gravedad de la situación nos había puesto en un estado mental muy solemne.

—Creo que deberíamos luchar —empezó Hugh—. Ahora que sabemos lo que nos están haciendo los wights, no podría vivir tranquilo con mi conciencia si regresara a nuestro antiguo mundo y fingiera que nada de esto está sucediendo. Luchar me parece lo más honorable.

—La supervivencia también es honorable —replicó Millard—. Nuestra especie sobrevivió al siglo XX escondiéndose, no luchando..., de modo que tal vez lo único que necesitemos sea una forma mejor de escondernos.

Entonces Bronwyn se volvió hacia Emma y dijo:

—Me gustaría saber qué opinas tú.

—Sí, yo también quiero saber qué piensa Emma —la secundó Olive.

—Y yo —se les sumó Enoch, y eso me pilló por sorpresa.

Emma respiró hondo y dijo:

—Me sabe terriblemente mal por las demás ymbrynes. Lo que les ha pasado es un crimen y tal vez es posible que el futuro de nuestra especie dependa de su rescate. Pero, a fin de cuentas, no debo mi lealtad ni a las demás ymbrynes ni a los otros niños peculiares. Mi lealtad es para la mujer a la que le debo la vida: Miss Peregrine, y solo Miss Peregrine. —Hizo una pausa y asintió con la cabeza, como si con el gesto pretendiera poner a prueba y confirmar la sensatez de sus palabras. Entonces prosiguió —: Y cuando, pájaro mediante, Miss Peregrine vuelva a ser ella, haré lo que me pida que haga. Si dice que luche, lucharé. Si quiere que nos escondamos en algún bucle, también lo haré. Sea como sea, mi credo se mantiene inalterable: Miss Peregrine es quien sabe lo que debemos hacer.

Los demás reflexionaron sobre lo que acababan de oír. Finalmente, Millard dijo:

—Muy bien expuesto, Emma.

—¡Miss Peregrine es quien sabe lo que debemos hacer! —gritó Olive.

—¡Miss Peregrine es quien sabe lo que debemos hacer! —repitió como un eco Hugh.

—A mí me da igual lo que diga Miss Peregrine —anunció Horace—. Lucharé.

Enoch se atragantó con una carcajada.

—¿Tú?

—Todo el mundo me tiene por un cobarde. Es mi oportunidad para demostrar que están equivocados.

—No echas a perder tu vida por unos pocos chistes que se hayan hecho a tu costa —le aconsejó Hugh—. ¿A quién le importa lo que piensen los demás?

—No es solo eso —continuó Horace—. ¿Recordáis la visión que tuve en Cairnholm? Vislumbré dónde mantenían prisioneras a las ymbrynes. Sería incapaz de mostrároslo en un mapa, pero estoy seguro de que lo sabré en cuanto lo vea. —Se dio unos golpecitos en la frente con el dedo índice—. Lo que tengo aquí dentro podría ahorrar un montón de problemas a esos tipos. Y salvar también a las ymbrynes.

—Si unos deciden luchar y otros quedarse —dijo Bronwyn—, protegeré a los que se queden. Proteger a los demás siempre ha sido mi vocación.

Hugh se volvió entonces hacia mí y me preguntó:

—¿Y tú qué dices, Jacob?

Se me quedó la boca seca al instante.

—Sí —dijo Enoch—. ¿Tú qué?

—Bien —empecé a decir—, yo...

—Vayamos a dar un paseo —intervino Emma, enlazándome por el brazo—. Tú y yo tenemos pendiente una charla.

Bajamos poco a poco la escalera, sin cruzar palabra hasta que llegamos abajo, al muro curvado de hielo con el que Althea había precintado el túnel de salida. Nos sentamos y nos quedamos mirando el hielo un buen rato, las formas atrapadas en su interior, borrosas y distorsionadas por la penumbra, suspendidas como huevos antiguos en un ámbar azul. Continuamos sentados, y adiviné por el silencio que se asentaba entre nosotros que la conversación sería dura, una conversación que ninguno de los dos quería iniciar.

—¿Y bien? —dijo Emma al final.

—Soy como los demás —respondí—. Quiero saber qué piensas.

Emma se echó a reír, de la manera que suele hacerse cuando algo no es divertido, sino incómodo, y dijo:

—No estoy del todo segura de que quieras saberlo.

Tenía razón, pero insistí para que hablara igualmente.

—Venga.

Emma posó la mano en mi rodilla y la retiró enseguida. Se agitó con nerviosismo. Noté una fuerte tensión en el pecho.

—Pienso que ha llegado la hora de que vuelvas a casa —dijo por fin.

Pestañeeé. Tardé un instante en convencerme de que de verdad había pronunciado aquellas palabras.

—No te entiendo —murmuré.

—Tú mismo dijiste que habías sido enviado aquí por algún motivo —continuó

ella con rapidez y sin levantar la vista de su regazo—, y ese motivo era ayudar a Miss Peregrine. Por lo que se ve, es muy probable que se salve. Si tenías alguna deuda con ella, está saldada. Nos has ayudado mucho más de lo que te imaginas. Y ahora ha llegado la hora de que vuelvas a casa. —Sus palabras salieron precipitadas, como si fueran algo doloroso que llevaba dentro desde hacía mucho tiempo y le resultara un alivio librarse por fin de ellas.

—Mi casa está aquí —dije.

—No, no es así —insistió ella, mirándome ya a los ojos—. La peculiaridad se está muriendo, Jacob. Es un sueño perdido. E incluso en caso de que, por algún tipo de milagro, pudiéramos llegar a enfrentarnos a los corruptos y vencerlos, no seríamos más que una sombra de lo que en su día fuimos, un revoltijo confuso. Tú tienes un hogar, un hogar que no está en ruinas, y unos padres que siguen con vida y que te quieren, en cierta medida.

—Ya te lo dije. No quiero ninguna de esas cosas. Elegí esto.

—Me hiciste una promesa y tienes que ser fiel a ella. Y ahora esto se ha acabado y ha llegado el momento de que vuelvas a casa.

—¡Deja ya de decir eso! —grité—. ¿Por qué me echas?

—Porque tienes un hogar de verdad y una familia de verdad, y si piensas que cualquiera de nosotros habría elegido este mundo por encima de esas cosas, que no habría renunciado hace ya mucho tiempo a los bucles, la longevidad y los poderes peculiares a cambio de solo saborear mínimamente todo lo que tú tienes, es que en realidad vives en un mundo de fantasía. Me pone enferma pensar que podrías tirar todo eso por la borda... ¿por qué motivo?

—¡Por ti, idiota! ¡Te quiero!

No podía creer que lo hubiera dicho. Y tampoco se lo creía Emma, puesto que se había quedado boquiabierta.

—¡Es la verdad! —afirmé—. ¿Por qué piensas que me quedé en vez de volver a casa? No fue por mi abuelo, ni por un estúpido sentido del deber, en realidad no fue por nada de eso, ni tampoco porque odiara a mis padres o no valorara mi casa y todas las cosas materiales que teníamos. ¡Me quedé aquí por ti!

Emma estuvo un rato sin decir nada, asintiendo, apartando la vista y pasándose la mano por el cabello, mientras revelaba con el gesto un mechón cubierto con polvo de hormigón blanco que no había visto y que de repente la hacía parecer mayor.

—La culpa es mía —dijo por fin—. Nunca debería haberte besado. Tal vez te hice creer algo que no es verdad.

Eso me dolió y me aparté por instinto, como si con ello pudiera protegerme.

—No me digas eso si no lo sientes —le pedí—. Es posible que no tenga mucha experiencia en salir con chicas, pero no me trates como un perdedor patético que se ve impotente delante de una chica bonita. No fuiste tú quien me obligó a quedarme. Me quedé porque quise yo... y porque lo que siento por ti es tan real como cualquier sentimiento que haya podido tener en mi vida. —Dejé mis palabras flotando en el aire

entre nosotros durante un momento, palpando su verdad—. Tú también lo sientes —continué—. Lo sé.

—Perdona —susurró Emma—. Perdona, he sido cruel y no debería haber dicho eso. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se los secó con la mano. Había intentado ser de piedra, pero la fachada se desmoronaba—. Tienes razón —admitió—, te quiero mucho. Por eso me resulta imposible ver cómo tiras por la borda tu vida a cambio de nada.

—¡No es a cambio de nada!

—¡Maldita sea, Jacob, sí, claro que sí! —Estaba tan enardecida que sin querer prendió una llama en la mano que, por suerte, había retirado de mi rodilla. Cerró entonces la mano, apagó la llama y se incorporó. Señalando el hielo, dijo—: ¿Ves esa maceta con una planta allí dentro?

La vi enseguida.

—Ahora está verde, el hielo la conserva. Pero por dentro está muerta. Y en el instante en que se funda el hielo, se volverá marrón y se descompondrá. —Me miró a los ojos—. Yo soy como esa planta.

—No —repliqué—, tú eres... perfecta.

Tensó las facciones en una expresión de paciencia, como si estuviera explicándole algo a un niño duro de mollera. Volvió a sentarse, me cogió la mano y se la llevó al pecho.

—¿Esto? —dijo—. Es una mentira. No soy yo. Si pudieras ver lo que en realidad soy, ya no me querrías.

—Todo eso no me importa...

—¡Soy una vieja! —exclamó—. Crees que somos iguales, pero no lo somos. Esa persona que dices amar es en realidad una fea y vieja bruja escondida en el cuerpo de una niña. Tú eres un joven, un chico, un bebé en comparación. Jamás llegarías a comprender qué se siente estando siempre tan cerca de la muerte. Y tampoco tienes por qué comprenderlo. No quiero que lo comprendas nunca. Tienes toda la vida por delante, Jacob. La mía ya se ha agotado. Y llegará un día, pronto, tal vez, en que muera y me convierta en polvo.

Lo dijo de un modo tan definitivo que supe al instante que creía lo que estaba diciendo. Que le dolía tener que decirlo, del mismo modo que a mí me dolía escucharlo, pero entendí por qué lo hacía. Estaba, a su manera, intentando salvarme.

Pero dolía de todos modos. En parte porque sabía que tenía razón. Si Miss Peregrine se recuperaba, habría concluido lo que me había propuesto hacer: resolver el misterio de mi abuelo, saldar la deuda de mi familia con Miss Peregrine y vivir la vida extraordinaria que siempre había soñado, o parte de ella, al menos. Momento en el cual, mi única obligación pendiente era para con mis padres. En cuanto a Emma, me traía sin cuidado que fuera mayor que yo, o diferente a mí, pero ella había decidido que yo tenía que verlo así y parecía que no había forma de convencerla de lo contrario.

—Tal vez, cuando todo esto haya acabado —dijo—, te enviaré una carta y tú me responderás. Y tal vez un día vengas de nuevo a verme.

Una carta. Pensé en la polvorienta caja llena de cartas que había descubierto en la habitación de Emma, escritas todas por mi abuelo. ¿Quedaría reducido a eso para ella? ¿A un anciano que vivía al otro lado del océano? ¿Un recuerdo? Y entonces me di cuenta de que estaba a punto de seguir los pasos de mi abuelo de un modo que jamás me habría imaginado posible. En muchísimos sentidos, era como si estuviera repitiendo su vida. Y probablemente llegaría un día en que mi guardia se relajaría en exceso, me volvería viejo, me convertiría en un anciano lento y distraído, y moriría igual que había muerto él. Y Emma seguiría adelante sin mí, sin ninguno de nosotros dos, y tal vez un día alguien encontraría mis cartas en su armario, en una caja al lado de la de mi abuelo, y se preguntaría quiénes fuimos nosotros para ella.

—¿Y si me necesitáis? —le pregunté—. ¿Y si vuelven los huecos?

A Emma le brillaban los ojos.

—Conseguiremos superarlo —afirmó—. Mira, no puedo seguir hablando de esto. Sinceramente creo que mi corazón no lo soportaría. ¿Subimos para comunicar a los demás tu decisión?

Apreté la mandíbula, enojado de pronto ante tanta presión.

—No he tomado aún ninguna decisión —dije—. La has tomado tú.

—Jacob, acabo de decirte...

—Sí, acabas de decirme —la interrumpí—, pero yo no he tomado todavía ninguna decisión.

Emma se cruzó de brazos.

—En ese caso, puedo esperar.

—No —dije, y me levanté—. Necesito estar un rato a solas.

Y subí la escalera sin ella.

TRECE

Recorrí sigilosamente los pasillos. Me quedé un rato justo delante de la sala de reuniones de las ymbrynes, escuchando el sonido de las voces amortiguadas que conversaban al otro lado de la puerta, pero no entré. Asomé la cabeza en la sala de la enfermera y la vi dormitando en un taburete entre los peculiares que habían perdido el alma. Abrí una rendija la puerta de la habitación donde estaba Miss Wren y la vi acunando en su regazo a Miss Peregrine, acariciando las plumas del pájaro. No dije nada a nadie.

Deambulé por pasillos vacíos y oficinas saqueadas e intenté imaginarme cómo me sentiría en casa si al final decidía regresar. Qué les contaría a mis padres. No les contaría nada, lo más probable. De todos modos, jamás me creerían. Les diría que me había vuelto loco, que había escrito una carta a mi padre repleta de historias chifladas, que había subido a un barco para volver a tierra firme y había huido. Lo calificarían de reacción al estrés. Lo achacarían a cualquier trastorno inventado y adaptarían mi medicación en consecuencia. Le echarían la culpa al doctor Golan por haber sugerido mi viaje a Gales. El doctor Golan, del que, por supuesto, nunca habían vuelto a tener noticias. Se había marchado corriendo de la ciudad porque, según decían, era un farsante, un curandero en quien nunca deberíamos haber confiado. Y yo volvería a ser Jacob, el pobre niño rico, traumatizado y con trastornos mentales.

Parecía una sentencia carcelaria. Y con todo y con eso, si el principal motivo por el que seguía en el mundo de la peculiaridad ya no me quería, no pensaba degradarme aferrándome a ella. Aún conservaba mi orgullo.

¿Cómo sería capaz de soportar Florida después de haber saboreado, aunque fuera por poco tiempo, la vida peculiar? Ya no era un chico tan normal como antes o, de ser cierto que nunca había sido normal, al menos ahora lo sabía. Había cambiado. Y eso, como mínimo, me daba esperanzas; esperanzas de que incluso bajo circunstancias normales podía encontrar la manera de vivir una vida extraordinaria.

Si, marcharme era lo mejor. Era realmente lo mejor. Si este mundo estaba muriéndose y no podía hacerse nada para salvarlo, ¿qué me esperaba aquí? Correr y esconderme hasta que no quedara un lugar seguro adonde ir, hasta que no quedara ningún bucle capaz de conservar la juventud artificial de mis amigos. Verlos morir. Sujetar con fuerza a Emma mientras se deshacía en mis brazos.

Eso me mataría más rápido que cualquier hueco.

De manera que sí, me marcharía. Rescataría lo que aún quedara de mi antigua vida. Adiós, peculiares. Adiós, peculiaridad.

Era lo mejor.

Seguí deambulando hasta que di con una zona donde las habitaciones estaban congeladas solo de forma parcial y el hielo había llegado únicamente hasta media pared, como el agua en un barco naufragado, para luego detenerse, dejando la parte

superior de las mesas y de las lámparas asomando como titubeantes nadadores. Al otro lado de las ventanas heladas lucía el sol. Las sombras se proyectaban en las paredes y se multiplicaban en la escalera, y cuando la luz se apagaba, el ambiente se tornaba más azul, pintándolo todo de un intenso azul cobalto.

Pensé que aquella sería tal vez mi última noche en el mundo de la peculiaridad. Mi última noche con los mejores amigos que había tenido en mi vida. Mi última noche con Emma.

¿Por qué la pasaba solo? Porque estaba triste, porque Emma había herido mi orgullo y eso me había puesto de mal humor.

Ya basta.

Acababa de dar media vuelta, dispuesto a abandonar aquella habitación, cuando lo sentí: aquella punzada en las entrañas que tan bien conocía.

Un hueco.

Me detuve a la espera de una nueva oleada de dolor. Necesitaba más información. La intensidad del dolor era proporcional a la proximidad del hueco, mientras que la frecuencia de las punzadas era proporcional a su fuerza. Cuando nos estuvieron persiguiendo dos huecos, la Sensación había adquirido la forma de un espasmo prolongado y continuo, pero ahora transcurrió mucho tiempo antes de que volviera a experimentarla, prácticamente un minuto, y cuando se repitió, fue tan débil que ni siquiera estuve seguro de haberla notado.

Salí con sigilo al pasillo. Cuando pasé por delante de la siguiente puerta, experimenté una tercera punzada, un poco más potente esta vez, pero aun así, un mero murmullo.

Intenté abrir la puerta con cuidado y sin hacer ruido, pero el hielo la mantenía cerrada. Tuve que tirar de ella, luego zarandearla, por último arrearle un puntapié, hasta que por fin se abrió y reveló una habitación cubierta de hielo hasta aproximadamente la altura de mi pecho. Me acerqué con cautela al hielo y observé, e incluso con la penumbra reinante, detecté enseguida la presencia del hueco. Estaba agachado en el suelo, incrustado en el hielo hasta los ojos, negros como el carbón. Por encima del hielo solo asomaba media cabeza; el resto, las partes peligrosas, las feroces mandíbulas, los dientes y las lenguas, había quedado atrapado por completo bajo la superficie.

La cosa apenas tenía vida, su corazón estaba prácticamente parado, latiría quizá una vez por minuto. Y a cada pulsación, yo percibía la correspondiente punzada de dolor.

Me quedé en la puerta mirándolo, fascinado y asqueado a la vez. Estaba inconsciente, inmovilizado, vulnerable por completo. Habría sido muy fácil trepar por encima del hielo y clavarle la punta de un carámbano en el cráneo... y estoy seguro de que cualquiera que hubiera sabido que el hueco estaba ahí, lo habría hecho. Pero alguna cosa me lo impidió. Aquella criatura no representaba una amenaza para nadie. Todos los huecos con los que había estado en contacto me habían dejado su huella

perfectamente impresa. Veía sus caras putrefactas en mis peores pesadillas. Pero pronto volvería a casa, donde ya no sería «Jacob, el asesino de huecos». No quería llevarme aquello conmigo. Ya no era mi trabajo.

Salí de la habitación y cerré la puerta.

Cuando regresé a la sala de reuniones, en el exterior había oscurecido y la estancia estaba negra como la noche. Miss Wren no permitía encender las lámparas de gas por temor a que nos vieran desde la calle, y todo el mundo se había congregado alrededor de la gran mesa oval iluminada tan solo por unas pocas velas, algunos sentados en sillas y otros sobre la misma mesa. Hablaban en voz baja y estaban mirando alguna cosa.

Al oír el crujido de la puerta, todos se volvieron.

—¿Miss Wren? —preguntó Bronwyn esperanzada, enderezándose en la silla y entrecerrando los ojos para forzar la vista.

—No es más que Jacob —dijo otra forma entre las sombras.

Después de un coro de suspiros de decepción, Bronwyn me saludó:

—Oh, hola, Jacob. —Y devolvió la atención a la mesa.

Me acerqué y miré a los ojos a Emma. Le sostuve la mirada y capté una sensación en carne viva de indefensión: el miedo, imaginé, a que hubiera decidido hacer lo que ella tanto había insistido que hiciera. Su mirada se nubló entonces y bajó de nuevo la vista.

En el fondo esperaba que Emma se hubiera compadecido de mí y hubiese contado ya a los demás que me marchaba. Pero no lo había hecho, claro está, puesto que yo no se lo había comunicado todavía a ella. Aunque me dio la impresión de que lo supo con solo leerme la expresión al entrar en la sala.

Era evidente que los demás no tenían ni idea de nada. Estaban tan acostumbrados a mi presencia que habían olvidado que estaba aún bajo evaluación. Me armé de valor y reclamé la atención de todos los presentes.

—Espera un momento —dijo una voz con un singular y marcado acento, y a la luz de las velas vi que la que acababa de hablar y me miraba era la niña de la serpiente pitón—. Este chico acaba de vomitar un montón de basura sobre mi lugar de procedencia. —Se volvió hacia la única silla alrededor de la mesa que estaba vacía y dijo—: Mi pueblo lo llama Simhaladvipa, «la morada de los leones».

Millard, que ocupaba la silla, replicó:

—Lo siento, pero lo dice justo aquí y con caligrafía muy clara: «Tierra de Serendip». Los cartógrafos peculiares que crearon esto no estaban por la labor de inventarse cosas.

Al acercarme vi el objeto de la discusión. Era un Mapa de los Días, una edición mucho más grande que la que habíamos perdido en alta mar. Este cubría prácticamente toda la mesa y era grueso como un ladrillo puesto en pie.

—¡Conozco a la perfección mi lugar de origen, y se llama Simhaladvipa! — insistió la niña. La pitón se desenroscó de su cuello y se deslizó por encima de la mesa para golpear con el hocico el Mapa y señalar una isla en forma de lágrima frente a las costas de India. En aquel mapa, sin embargo, India recibía el nombre de Malabar y la isla, que yo sabía de sobra que era Sri Lanka, estaba casi oculta con una palabra escrita en apretados caracteres que rezaba «Tierra de Serendip».

—No tiene sentido seguir discutiendo —dijo Millard—. Hay lugares con tantos nombres como ocupantes han tenido. Y ahora, por favor, pídele a tu serpiente que se aparte y que deje de arrugar las páginas.

La niña de la serpiente carraspeó en señal de desaprobación y murmuró alguna cosa. La pitón se retiró y se volvió a enroscar alrededor de su cuello. Yo, entretanto, no podía apartar los ojos del libro. El que habíamos perdido era impresionante, aunque solo lo había abierto en una ocasión, de noche, bajo la aterradora luz anaranjada del incendio de la casa de los peculiares. Este estaba hecho en una escala completamente distinta. No solo tenía un orden de magnitud muchísimo más grande, sino que estaba tan ornamentado que el otro, a su lado, parecía papel higiénico encuadernado en piel. Sus páginas —que estaban hechas con un material más fuerte que el papel, piel de becerro, tal vez, y rematadas en oro— estaban llenas de mapas de colores y sus márgenes repletos de lujosas ilustraciones, leyendas y textos explicativos.

Millard se percató de mi mirada de admiración y dijo:

—¿No te parece asombroso? Con la excepción, quizá, del *Codex Peculiaris*, esta edición del Mapa lo convierte en el libro más exquisito de toda la peculiaridad. El equipo de cartógrafos, artistas y encuadernadores que trabajó en él tardó una vida entera en elaborarlo, y se dice que el mismísimo Perplejo Anómalo dibujó algunos de los mapas. He deseado verlo en persona desde que era un niño. ¡Oh, me siento tan satisfecho!

—Realmente es impresionante —asentí, y en verdad lo era.

—Millard estaba enseñándonos sus partes favoritas —dijo Olive—. Lo que a mí más me gusta son los dibujos.

—Para pensar en otras cosas —explicó Millard— y hacer la espera más fácil. Ven, Jacob, ayúdame a girar las páginas.

En lugar de arruinarle el momento a Millard con mi triste anuncio, decidí que podía aguardar un poco más. No iba a ir a ninguna parte hasta la mañana siguiente como mínimo, y me apetecía disfrutar de unos minutos más con mis amigos sin tener que soportar la carga de asuntos mucho más pesados. Me situé al lado de Millard y deslicé los dedos por debajo de la página, que era tan grande que fueron precisas mis dos manos y las suyas para girarla.

Seguimos observando el Mapa, que acabó absorbiendo del todo mi atención, sobre todo las representaciones de las zonas más remotas y menos conocidas. Por supuesto, Europa y sus numerosos bucles estaban muy bien definidos, pero más lejos la situación era bastante imprecisa. Había inmensas zonas de África completamente en

blanco. *Terra incognita*. Lo mismo sucedía con Siberia, a pesar de que el Mapa de los Días identificaba con un nombre el extremo oriente ruso: «La gran remota soledad».

—¿Hay bucles en todos esos lugares? —preguntó Olive, señalando un vacío que ocupaba prácticamente toda China—. ¿Hay peculiares ahí, como nosotros?

—Seguro que los hay —respondió Millard—. La peculiaridad está determinada por los genes, no por la geografía. Pero existen aún enormes proporciones del mundo peculiar pendientes de explorar.

—¿Y por qué no se han explorado?

—Supongo que será porque la supervivencia nos ha mantenido siempre muy ocupados.

Me planteé entonces que la supervivencia impedía hacer muchísimas cosas, explorar y enamorarse, por solo nombrar algunas.

Seguimos girando páginas tratando de localizar espacios en blanco. Había muchos, todos ellos con nombres caprichosos: «El lúgubre reino de arena», «La tierra hecha de rabia», «Un lugar elevado repleto de estrellas». Murmuré para mis adentros los nombres, apreciando su riqueza.

En los márgenes acechaban lugares terribles que el Mapa denominaba «basura». La zona norte de Escandinavia era «La basura de hielo». La zona central de Borneo, «La basura sofocante». Gran parte de la península arábiga, «La basura despiadada». El sur de la Patagonia, «La basura deprimida». Había partes del mundo que ni estaban representadas. Nueva Zelanda, Hawái, Florida, que no era más que una pequeña protuberancia en un extremo de América del Norte, apenas estaban allí.

Observando el Mapa de los Días, me di cuenta de que incluso los lugares que parecían más prohibitivos me evocaban una curiosa sensación de añoranza. Todo aquello me recordaba las tardes que mucho tiempo atrás había pasado con mi abuelo examinando mapas históricos en *National Geographic*, mapas dibujados mucho antes de los tiempos de los aviones y los satélites, cuando no existían cámaras de alta resolución capaces de ver hasta el último recoveco y rincón del mundo. Cuando las formas de las costas, que tan familiares me resultaban ahora, no eran más que suposiciones. Cuando las profundidades y las dimensiones de los mares helados y las impenetrables selvas se construían a partir de rumores, de leyendas y de los desvaríos fantasiosos de aventureros que habían perdido la mitad de su grupo explorándolas.

Mientras Millard seguía relatando la historia del Mapa, recorrí con el dedo un inmenso e inhóspito desierto en medio de Asia: «Donde la criatura alada no acaba nunca su vuelo». Quedaba un mundo entero por descubrir y yo no había hecho más que conocer su superficie. La idea me llenó de remordimiento, aunque también de una vergonzosa sensación similar al alivio. Al fin y al cabo, volvería a ver mi casa, volvería a ver a mis padres. Y tal vez aquella antigua necesidad de explorar simplemente por explorar solo fuera algo infantil. Lo desconocido resultaba romántico, pero en cuanto un lugar quedaba descubierto, catalogado y cartografiado, su relevancia disminuía y pasaba a ser un polvoriento dato más en un libro, agotado ya su misterio. De modo

que tal vez fuera mejor dejar algunos puntos en blanco en el mapa. Dejar que el mundo siguiera albergando un poco de magia, antes que obligarlo a divulgar hasta sus más ínfimos secretos.

Tal vez fuera mejor formularse preguntas de vez en cuando.

Y entonces lo anuncié. No tenía sentido seguir esperando. Lo solté, así de repente:

—Me marcho —dije—. Cuando todo esto haya acabado, volveré a mi casa.

Se produjo un momento de conmovido silencio. Emma me miró a los ojos por fin y vi que los tenía encharcados de lágrimas.

Entonces Bronwyn se levantó y me abrazó.

—Hermano —dijo—, te echaremos de menos.

—Yo también os echaré de menos —declaré—. Más de lo que soy capaz de expresar.

—Pero ¿por qué? —preguntó Olive, flotando para situarse a la altura de mis ojos—. ¿He sido demasiado pesada?

Poniéndole la mano en la cabeza, la empujé con cuidado hacia el suelo.

—No, no, no tiene nada que ver contigo —respondí—. Has sido estupenda, Olive.

Emma dio un paso al frente.

—Jacob vino aquí para ayudarnos —dijo—. Pero tiene que regresar a su antigua vida, mientras haya aún quien lo espere.

Los niños parecieron comprender el razonamiento. No hubo enfados. La mayoría parecía alegrarse sinceramente por mí.

En aquel momento, Miss Wren asomó la cabeza por la puerta para ponernos al día de la situación. Todo iba maravillosamente bien, nos informó. Miss Peregrine se estaba recuperando. Estaría en forma por la mañana. Y volvió a marcharse.

—Gracias a los dioses —dijo Horace.

—Gracias a los pájaros —dijo Hugh.

—Gracias a los dioses y a los pájaros —dijo Bronwyn—. A todos los pájaros de todos los árboles de todos los bosques.

—Gracias también a Jacob —dijo Millard—. Jamás habríamos llegado tan lejos sin él.

—Jamás habríamos conseguido salir de la isla —dijo Bronwyn—. Has hecho mucho por nosotros, Jacob.

Corrieron a abrazarme, todos, uno a uno. Cuando se alejaron de mí, solo quedaba Emma, que fue la última; fue un abrazo prolongado, agrídulce, que parecía una despedida en toda regla.

—Pedirte que te marches es lo más duro que he hecho en mi vida —dijo—. Me alegro de que hayas reaccionado. No creo que tuviera fuerzas para volver a pedirte.

—Odio todo esto —respondí—. Ojalá existiese un mundo donde pudiéramos estar juntos en paz.

—Lo sé —asintió ella—. Lo sé, lo sé.

—Ojalá... —empecé a decir.

—Para —me interrumpió Emma.

Lo dije de todos modos.

—Ojalá pudieras venir a casa conmigo.

Emma apartó la vista.

—Sabes muy bien lo que me pasaría de hacerlo.

—Lo sé.

A Emma no le gustaban las despedidas largas. Noté que intentaba hacerse la dura, que intentaba reservar para ella sola el dolor que sentía.

—Y bien —dijo entonces aparentando indiferencia—. Logística. Cuando Miss Peregrine recupere la forma humana, te acompañará al carnaval, hasta el metro, y cuando realices el cambio, estarás de nuevo en el presente. ¿Crees que a partir de ahí te podrás apañar bien?

—Creo que sí —respondí—. Llamaré a mis padres. O iré a cualquier comisaría, o lo que sea. Conociendo a mi padre, estoy seguro de que a estas alturas debe de haber un cartel con mi cara en todos los rincones de Gran Bretaña. —Me reí brevemente, porque de no hacerlo, me habría echado a llorar.

—Muy bien —dijo Emma.

—Muy bien —dije yo.

Nos miramos, sin estar todavía dispuestos a separarnos, sin saber muy bien qué hacer. Mi instinto era besarla, pero me contuve. Eso ya no estaba permitido.

—Vete —dijo Emma—. Si no vuelves a saber de nosotros, llegará el día en que podrás relatar nuestra historia. Podrás hablarles a tus hijos sobre nosotros. O a tus nietos. De este modo no caeremos en el completo olvido.

Supe entonces que, a partir de aquel momento, cada palabra que pronunciaríamos nos haría daño y estaría envuelta y marcada por el dolor, y que necesitaba alejarme ahora o aquello no acabaría nunca. De modo que asentí con tristeza, la abracé una vez más y me retiré a un rincón para dormir, puesto que me sentía tremendamente agotado.

Al cabo de un rato, los demás llegaron con colchones y mantas y se apiñaron a mi alrededor. Juntos intentamos buscar calor en medio de aquel ambiente tan gélido. Pero mientras los demás empezaban a dormirse, a mí me resultó imposible conciliar el sueño, a pesar del cansancio. Me levanté y deambulé un rato por la sala, observando a los niños desde cierta distancia.

Había sentido muchísimas cosas desde que iniciamos el viaje —alegría, miedo, esperanza, horror—, pero hasta aquel momento jamás me había sentido solo. Bronwyn me había llamado «hermano», pero ya no me parecía adecuado. Como mucho, era un simple primo segundo. Emma tenía razón: nunca podría comprenderlos. Ellos eran muy viejos y habían visto muchas cosas. Y yo era de otro mundo. Había llegado la hora de regresar a él.

Al final me quedé dormido escuchando el sonido del hielo gimiendo y crujiendo en los pisos de abajo y en la buhardilla de encima. Era como si el edificio tuviera vida.

Y aquella noche tuve sueños extraños y apremiantes.

Vuelvo a estar en casa, haciendo las cosas que solía hacer antes. Devorando una hamburguesa de un restaurante de comida rápida: grande, parduzca y grasienta. Viajando de copiloto en el Ford Crown Victoria de Ricky, una nefasta emisora de radio sonando a tope. En el supermercado con mis padres, recorriendo relucientes pasillos, y Emma está allí, enfriándose las manos en el hielo de la pescadería, el agua del deshielo inundándolo todo. No me reconoce.

Después estoy en el centro comercial donde celebré la fiesta de mi decimosegundo cumpleaños, disparando con una escopeta de plástico. Cuerpos que estallan, globos rellenos de sangre.

«¿Dónde estás, Jacob?»

Luego la escuela. La maestra escribe en la pizarra pero las palabras no tienen sentido. Entonces todo el mundo se levanta y sale corriendo. Algo va mal. Un sonido muy fuerte asciende y desciende de manera repetitiva. Todo el mundo se queda paralizado, las cabezas mirando el cielo.

Un bombardeo aéreo.

«Jacob, Jacob, ¿dónde estás?»

Una mano se posa en mi hombro. Es un anciano. Un hombre sin ojos. Viene a robarme los míos. No es un hombre, es una cosa, un monstruo.

Ahora corro. Persigo a mi antigua perra. Años atrás se me escapó, salió corriendo con la correa y se le enredó en una rama cuando intentaba atrapar una ardilla. Se estranguló. Pasamos más de quince días recorriendo el vecindario, buscándola. La encontramos después de tres semanas. La vieja *Snuffles*.

La sirena es ensordecedora. Corro y un coche se detiene a mi lado y me recoge. En el interior están mis padres, vestidos de etiqueta. No me miran. Bajan el seguro de las puertas. Circulamos y en el exterior hace un calor sofocante, pero en el coche hay aire acondicionado y las ventanillas están subidas. Suena la radio, aunque está sintonizada en las interferencias entre distintas emisoras.

«¿Adónde vamos, mamá?»

No responde.

«Papá, ¿por qué paramos aquí?»

Entonces estamos fuera, caminando, y puedo volver a respirar. Un hermoso lugar lleno de verdor. Olor a hierba recién cortada. Gente vestida de negro reunida alrededor de un hoyo en el suelo.

Un ataúd abierto sobre una tarima. Miro el interior. Está vacío, con la excepción de una mancha de grasa en el fondo. La mancha ennegrece la seda blanca.

«¡Rápido, cerrad la tapa!»

Burbujas negras de alquitrán asoman por rendijas y surcos, gotean sobre la hierba y se filtran en la tierra.

«Jacob, ¿dónde estás? Di algo.»

En la lápida se lee: «ABRAHAM EZRA PORTMAN». Y caigo en la sepultura abierta, la oscuridad arremolinándose para engullirme, y sigo cayendo, y no tiene fondo, y entonces estoy bajo tierra, solo y recorriendo un millar de túneles interconectados, y camino y hace frío, tanto frío que temo que la piel se me congele y los huesos se hagan añicos, y por todos lados hay ojos amarillos que me observan desde la oscuridad.

Sigo su voz.

«Yakob, ven. No tengas miedo.»

El túnel empieza a subir y hay una luz al final, y en la salida hay un hombre joven leyendo tranquilamente un libro. Y se parece mucho a mí, o es casi como yo, o tal vez soy yo, pienso, pero entonces habla y es la voz de mi abuelo.

«Tengo algo que enseñarte.»

Por un instante, me desperté sobresaltado y me encontré sumido en la oscuridad. Comprendí entonces que estaba soñando pero no sabía dónde estaba, solo que ya no me encontraba ni en la cama ni en la sala de reuniones con los demás niños. Estaba en otra parte y la habitación estaba completamente negra, había hielo debajo, el estómago se me retorció...

«Jacob, ven, ¿dónde estás?»

Una voz en el exterior, en el pasillo... una voz real, no el producto de un sueño.

Y entonces vuelvo a estar soñando, junto a las cuerdas de un ring de boxeo, y sobre el cuadrilátero, iluminado por los focos, mi abuelo enfrentándose a un espíritu hueco.

Giran en círculo. Mi abuelo es joven y ágil de pies, va desnudo de cintura para arriba y tiene un cuchillo en la mano. El hueco está agachado y retorcido, agita las lenguas, sus mandíbulas abiertas gotean una sustancia negra que cae en la lona. Proyecta una lengua y mi abuelo la esquiva.

«No luches contra el dolor, esa es la clave —dice mi abuelo—. Está diciéndote alguna cosa. Dale la bienvenida, deja que te hable. El dolor está diciéndote: “No soy otro que tú mismo; soy el hueco, pero también soy tú”.»

El hueco proyecta otra lengua. Mi abuelo anticipa el movimiento, se mueve anticipando el golpe. El hueco lanza una tercera vez y mi abuelo intercepta el ataque con el cuchillo y la punta de la lengua negra del hueco cae sobre el cuadrilátero, un pedazo viscoso contorsionándose.

«Son criaturas estúpidas. Tremendamente sugestionables. Háblales, Yakob.»

Y mi abuelo empieza a hablar, pero no en inglés, ni en polaco, ni en ningún idioma imposible de oír excepto en sueños. Es un sonido gutural, como si exhalase vapor, un sonido emitido mediante alguna cosa que no es ni la garganta ni la boca.

Y la criatura deja de moverse, se balancea, aparentemente hipnotizada. Sin dejar de hablar con su aterradora jerigonza, mi abuelo baja la mano que sujeta el cuchillo y se le aproxima con sigilo. Cuanto más se acerca, más dócil parece la criatura, hasta

que cae al final de rodillas sobre ring. Me da la impresión de que está a punto de cerrar los ojos y quedarse dormido cuando, de repente, el hueco se libera del hechizo de mi abuelo, se abalanza sobre él con todas sus lenguas y empala a mi abuelo. Tan pronto como mi abuelo cae, salto sobre las cuerdas del ring, corro hacia él y el hueco se escapa. Mi abuelo está tumbado de espaldas en la lona y me arrodillo a su lado, le acerco la mano a la cara y me susurra alguna cosa. La sangre burbujea entre sus labios y me inclino más sobre él para oírlo.

«Tú eres más que yo, Yakob —dice—. Tú eres más de lo que yo nunca fui.»

Noto que su corazón se ralentiza. Lo escucho, hasta que transcurren segundos enteros entre latido y latido. Diez segundos. Y luego...

«¿Dónde estás, Jacob?»

Me desperté de nuevo sobresaltado. Había luz. Era de día, sus azulados inicios. Estaba arrodillado sobre el hielo de la sala cubierta hasta la mitad y no tenía la mano sobre la cara de mi abuelo, sino posada sobre el cráneo del hueco atrapado, palpando su lento cerebro de reptil. El hueco tenía los ojos abiertos y me miraba.



«Te veo.»

—¡Jacob! ¿Qué haces? ¡He estado buscándote por todas partes!

Era Emma, que gritaba frenética desde el pasillo.

—¿Qué haces? —repetió—. Desde donde estaba no podía ver al hueco. No sabía que estaba allí.

Retiré la mano de la cabeza y me aparté.

—No lo sé —respondí—. Creo que he caminado como un sonámbulo.

—No importa —dijo ella—. Ven rápido. ¡Miss Peregrine está a punto de

transformarse!

Todos los niños se habían apiñado en la pequeña habitación junto con la totalidad de los bichos raros de la caseta de feria. Estaban pálidos y nerviosos, pegados a la pared y acuclillados en el suelo, creando un amplio espacio en medio para las dos ymbrynes, como el público que hace sus apuestas en una pelea de gallos clandestina. Emma y yo pasamos entre ellos y nos acurrucamos en una esquina sin despegar los ojos del espectáculo. En la habitación reinaba el caos: la mecedora donde Miss Wren había permanecido sentada toda la noche acunando a Miss Peregrine estaba volcada, la mesa con los tubos de ensayo y los vasos de precipitados empujada contra la pared. Althea estaba de pie sobre la mesa sujetando una red fijada a un palo, lista para utilizarla.

En el suelo, en medio, estaban Miss Wren y Miss Peregrine. Miss Wren estaba arrodillada y tenía a Miss Peregrine inmovilizada contra la tarima de madera del suelo, las manos cubiertas con gruesos guantes de cetrería. Estaba sudando y entonaba un cántico en un antiguo idioma peculiar mientras Miss Peregrine graznaba y se debatía con las garras. Pero por mucho que Miss Peregrine se agitara, Miss Wren no parecía dispuesta a soltarla.

En algún momento de la noche, el masaje delicado de Miss Wren se había convertido en algo similar a un encuentro de lucha libre entre especies combinado con exorcismo. La mitad pájaro de Miss Peregrine había dominado hasta tal punto su naturaleza humana que se negaba a ser expulsada sin antes pelear. Ambas ymbrynes habían sufrido lesiones leves: había plumas de Miss Peregrine por todas partes y Miss Wren tenía un arañazo que sangraba y le recorría media cara. El espectáculo resultaba inquietante y los niños lo observaban boquiabiertos y conmocionados. Con mirada salvaje e indómita, el pájaro que Miss Wren tenía inmovilizado en el suelo resultaba casi irreconocible. Parecía increíble que de aquella violenta exhibición pudiera salir nuestra Miss Peregrine de siempre, pero Althea seguía sonriéndonos y moviendo la cabeza con afirmativos gestos de ánimo, como queriendo decir: «¡Ya estamos casi, solo falta machacar el suelo un poco más!».

Para tratarse de una frágil anciana, Miss Wren estaba dándole una buena paliza a Miss Peregrine. Pero en aquel momento, el pájaro le pegó un picotazo a Miss Wren y esta aflojó la presa, Miss Peregrine aleteó con fuerza y a punto estuvo de escaparse. Los niños reaccionaron con gritos y jadeos. Pero Miss Wren era rápida y de un salto consiguió atrapar a Miss Peregrine por la pata y la tumbó de nuevo contra el suelo, lo que hizo que los niños chillaran aún con más energía. No estábamos acostumbrados a ver a nuestra ymbryne tratada de aquella manera, y Bronwyn tuvo que detener a Hugh, que hizo un intento de entrometerse en la pelea para protegerla.

Ambas ymbrynes estaban increíblemente agotadas, aunque Miss Peregrine más que Miss Wren. Vi que le fallaban las fuerzas. Su naturaleza humana parecía estar

venciendo a su naturaleza animal.

—¡Vamos, Miss Wren! —gritó Bronwyn.

—¡Usted puede hacerlo, Miss Wren! —chilló Horace—. ¡Devuélvanosla!

—¡Por favor! —dijo Althea—. Necesitamos absoluto silencio.

Después de un buen rato, Miss Peregrine dejó por fin de pelear y se quedó tendida en el suelo con las alas extendidas, boqueando por falta de aire, su pecho emplumado agitándose con brusquedad. Miss Wren apartó las manos del pájaro y se sentó en el suelo.

—Estamos a punto —dijo—, pero cuando se produzca el cambio, no quiero que ninguno de vosotros corra a abrazarla. Lo más probable es que vuestra ymbryne se sienta muy confusa y quiero que la primera cara que vea y la primera voz que oiga sean las mías. Tendré que explicarle qué ha pasado. —A continuación, unió las manos sobre su pecho y murmuró—: Vuelve a nosotros, Alma. Vamos, hermana. Vuelve a nosotros.

Althea bajó de la mesa y cogió una sábana que desplegó y sujetó delante de Miss Peregrine para ocultarla de nuestra vista. Cuando las ymbrynes experimentaban la transformación de pájaro a humano, estaban desnudas. El gesto estaba pensado para otorgar cierta privacidad.

Esperamos sumidos en acongojado suspense mientras detrás de la sábana se producía una serie de ruidos extraños: una expulsión de aire, un sonido parecido a un único aplauso, brusco... y entonces, Miss Wren saltó y dio un tembloroso paso hacia atrás.

Parecía asustada. Se había quedado con la boca abierta, igual que Althea.

—No, no puede ser —exclamó Miss Wren

Y Althea dio un traspié, se desmayó y dejó caer la sábana. En el suelo había una forma humana, pero no era una mujer.

Estaba desnudo, acurrucado hecho una bola, de espaldas a nosotros. Empezó a agitarse, a desplegar y, finalmente, se puso en pie.

—¿Es esa Miss Peregrine? —dijo Olive—. Ha salido graciosa.

Era evidente que no lo era. La persona que teníamos frente a nosotros no se asemejaba en nada a Miss Peregrine. Era un hombrecillo raquítico con rodillas nudosas, calvo y una nariz que recordaba una goma de borrar gastada. Estaba completamente desnudo y cubierto de la cabeza a los pies con una sustancia gelatinosa, transparente y pegajosa. Cuando Miss Wren lo miró y consiguió encontrar algo donde agarrarse, todo el mundo, pasmado y rabioso, empezó a gritar:

—¡¿Quién es usted?! ¡¿Quién es usted?! ¡¿Qué le ha hecho a Miss Peregrine?!

Poco a poco, el hombre se llevó las manos a la cara y se restregó los ojos. Y entonces, por vez primera, los abrió.

Sus pupilas estaban vacías y eran blancas.

Alguien gritó.

Y entonces, con total tranquilidad, el hombre dijo:

—Me llamo Caul. Y ahora sois mis prisioneros.

—¡Prisioneros! —repitió el contorsionista con una carcajada—. ¿Qué quiere decir este hombre con eso de que somos sus prisioneros?

Emma le gritó a Miss Wren:

—¿Dónde está Miss Peregrine?! ¡¿Quién es este hombre y qué ha hecho usted con Miss Peregrine?!

Miss Wren parecía haberse quedado sin habla.

A medida que la confusión fue transformándose en conmoción y rabia, atacamos al hombrecillo con un aluvión de preguntas. Las soportó con expresión de leve aburrimiento, plantado en medio de la estancia con las manos cruzadas modosamente sobre sus partes íntimas.

—Si me dejais hablar, os lo explicaré todo —dijo.

—¿Dónde está Miss Peregrine?! —volvió a gritarle Emma, temblando de rabia.

—No te preocupes —respondió Caul—. Está sana y salva bajo nuestra custodia. La secuestramos hace unos días, en vuestra isla.

—Entonces, el pájaro que rescatamos en el submarino —dije—, era...

—Era yo —remató Caul.

—¡Imposible! —exclamó Miss Wren, que por fin había recuperado la voz—. ¡Los wights no pueden transformarse en pájaros!

—Cierto, como norma general. Pero Alma es mi hermana, no sé si lo sabéis, y pese a que no tuve la suerte de heredar su talento para manipular el tiempo, sí que comparto con ella su don más inútil: la habilidad de transformarme en una malévol avecilla de presa. Creo que realicé un trabajo excelente imitándola, ¿no os parece? —Hizo una pequeña reverencia—. Y ahora, ¿os importaría traerme unos pantalones? Me tenéis en desventaja.

Su petición fue ignorada. La cabeza me daba vueltas. Recordé que Miss Peregrine había mencionado en una sola ocasión que tenía dos hermanos. De hecho, los había visto incluso en una fotografía, de cuando estaban al cuidado de Miss Avocet. Rememoré entonces todos los días que habíamos pasado en compañía del pájaro que creíamos que era Miss Peregrine; todo lo que habíamos vivido, todo lo que habíamos visto. La Miss Peregrine enjaulada que Golan había arrojado al mar... aquella era la auténtica, mientras que la que habíamos «rescatado» era su hermano. Las crueldades que había cometido recientemente Miss Peregrine cobraban ahora más sentido —puesto que no era Miss Peregrine—, pero me quedaba aún un millón de preguntas que formular.

—¿Por qué se ha mantenido como pájaro durante todo este tiempo? ¿Solo para observarnos? —pregunté.

—A pesar de que mis prolongadas observaciones de vuestras discusiones infantiles han resultado innegablemente fascinantes, confiaba en que pudierais

ayudarme en un asunto pendiente de terminar. Cuando matasteis a mis hombres en la campiña, me quedé impresionado. Demostrasteis tener muchos recursos. Por supuesto, mis hombres podrían haber acabado con vosotros en cualquier momento después de aquel suceso, pero me pareció mejor dejaros seguir con vuestras vicisitudes por si acaso vuestra ingenuidad nos conducía hasta la única ymbryne que se nos había escapado una y otra vez de las manos. —Se volvió hacia Miss Wren y sonrió de oreja a oreja—. Hola, Balenciaga. Encantado de volver a verte.

Miss Wren gimió y empezó a abanicarse con la mano.

—¡Idiotas! ¡Cretinos! ¡Imbéciles! —vociferó el payaso—. ¡Los habéis guiado directamente hasta nosotros!

—Y como plus —dijo Caul—, visitamos también la casa de fieras. Mis hombres llegaron poco después de que nos marcháramos de allí. Las cabezas disecadas de la emú-rafa y del perro quedarán magníficas encima de la chimenea de casa.

—¡Eres un monstruo! —chilló Miss Wren, y chocó contra la mesa al fallarle las piernas.

—¡Por el pájaro! —exclamó Bronwyn, con los ojos abiertos como platos—. ¡Fiona y Claire!

—Pronto volveréis a verlas —afirmó Caul—. Las tengo en custodia.

Todo empezaba horrorosamente a cobrar sentido. Caul sabía que sería bien recibido en la casa de fieras de Miss Wren si llegaba disfrazado de Miss Peregrine, pero al ver que no estaba en casa y no podía secuestrarla, nos había empujado a buscarla, a viajar a Londres. En muchísimos sentidos, nos había manipulado desde el principio, desde el momento en que habíamos decidido abandonar la isla y yo había resuelto acompañarlos. Incluso el cuento que había elegido para que leyera Bronwyn aquella primera noche en el bosque, el que hablaba sobre el gigante de piedra, había sido una manipulación. Quería que localizáramos el bucle de Miss Wren... ¡Y pensar que habíamos sido nosotros quienes le habíamos desvelado su secreto...!

En nuestro grupo, los que no se tambaleaban horrorizados echaban humo de pura rabia. Varios gritaban que debíamos matar a Caul y estaban buscando objetos afilados para acabar con él, mientras que los pocos que mantenían aún la cabeza encima de los hombros intentaban contenerlos. Entretanto, Caul conservaba la calma, a la espera de que el furor se apaciguara.

—Si me permitís —dijo—. Yo, de vosotros, no me plantearía matarme. Podrías hacerlo, claro está; nadie os lo impedirá. Pero todo será mucho más fácil si mis hombres me encuentran ileso cuando lleguen. —Fingió mirar la hora en un reloj de muñeca inexistente—. Ah, sí —dijo—, tendrían que llegar ahora... sí, más o menos ahora tendrían que estar ya rodeando el edificio, cubriendo cualquier salida concebible, incluso el tejado. Y, si me permitís decirlo, son cincuenta y seis y van armados hasta los dientes. Hasta más allá de los dientes. ¿Habéis visto alguna vez lo que una pequeña pistola es capaz de hacerle a un cuerpo humano del tamaño de un niño? —Miró fijamente a Olive y amenazó—: Te convertiría en carne para el gato, niñita.

—¡Es un farol! —bramó Enoch—. ¡Ahí fuera no hay nadie!

—Os aseguro que sí. Están vigilando muy de cerca todos mis pasos desde que abandonamos vuestra deprimente isleta y les di la señal en el instante en que Balenciaga se nos presentó. De eso debe de hacer unas doce horas... Tiempo más que suficiente para reunir una buena fuerza de combate.

—Dejad que vaya a comprobarlo —dijo Miss Wren, y salió rumbo a la sala de reuniones de las ymbrynes, donde las ventanas estaban cubiertas con hielo por el exterior y algunas tenían excavados pequeños túneles telescópicos con espejos enfocados de tal manera que nos permitían observar lo que sucedía abajo en la calle.

Mientras aguardábamos su regreso, el payaso y la niña de las serpientes se entretuvieron discutiendo el mejor método de tortura para Caul.

—Yo sugiero que primero le arranquemos las uñas —propuso el payaso—. Y que luego le quememos los ojos con atizadores al rojo vivo.

—En mi lugar de origen —explicó la niña de las serpientes—, el castigo por traición consiste en cubrir al culpable con miel, ponerlo en un bote y soltarlo en un lago con agua estancada. Las moscas lo devoran vivo.

Caul se dedicó, mientras, a realizar estiramientos de cuello y de brazos con cara de aburrimiento.

—Pido disculpas —dijo—. Permanecer en estado de pájaro tanto tiempo acaba provocándote rampas de todo tipo.

—¿Crees que bromeamos? —le espetó el payaso.

—Creo que sois unos aficionados —replicó Caul—. Si encontraseis algunas cañas de bambú, podría mostraros algo perverso de verdad. Pero por muy delicioso que eso fuera, os recomiendo que fundáis todo este hielo, puesto que nos ahorrará a todos muchos problemas. Lo digo por vuestro bien, porque me preocupa sinceramente vuestro bienestar.

—Sí, claro —replicó Emma—. ¿Y dónde tenía guardada su preocupación cuando les robó el alma a esos peculiares?

—Ah, sí. Nuestros tres pioneros. Fue necesario el sacrificio por el bien del progreso, queridos míos. Lo que intentamos hacer es mejorar la especie de los peculiares. ¿Me explico?

—Vaya chiste —escupió Emma—. ¡Ustedes no son más que sádicos hambrientos de poder!

—Sé que sois todos unos mimados y unos incultos —continuó Caul—; ¿acaso no os enseñaron vuestras ymbrynes la historia de nuestro pueblo? Los peculiares éramos como dioses vivientes en la tierra. Gigantes, reyes, ¡los soberanos del mundo por derecho propio! Pero con el paso de los siglos y los milenios, sufrimos un declive terrible. Nos mezclamos hasta tal punto con los normales que la pureza de nuestra sangre peculiar se ha diluido hasta quedar prácticamente en nada. No hay más que vernos ahora para comprobar lo degradados que estamos. Nos escondemos en esos remansos del tiempo, temerosos de la gente a la que deberíamos estar gobernando,

congelados en un estado de infancia eterna por esta confederación de entrometidas... ¡Por esas mujeres! ¿Acaso no veis a qué nos han reducido? ¿No os da vergüenza? ¿Tenéis idea del poder que nos pertenece por derecho? ¿No sentís en vuestras venas la sangre de los gigantes? —Empezaba a perder la frialdad, a ponerse colorado—. No tratamos de erradicar la peculiaridad. ¡Estamos intentando salvarla!

—¿Es eso cierto? —preguntó el payaso, y se acercó a Caul para escupirle en la cara—. Me parece una forma muy retorcida de conseguirlo.

Caul se secó el escupitajo con el dorso de la mano.

—Sabía que intentar razonar con vosotros sería inútil. Las ymbrynes llevan más de cien años alimentándoos con mentiras y propaganda. Creo que será mejor extirparos el alma y empezar de cero.

En aquel momento regresó Miss Wren.

—Dice la verdad —anunció—. Ahí fuera debe de haber una cincuentena de soldados. Todos armados.

—Oh, oh, oh —gimoteó Bronwyn—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Rendiros —dijo Caul—. Salir tranquilamente.

—No importa cuántos sean —declaró Althea—. Jamás podrán atravesar mi hielo.

¡El hielo! Casi lo había olvidado. ¡Estábamos en el interior de una fortaleza de hielo!

—¡Tienes razón! —asintió alegremente Caul—. La niña tiene toda la razón, no pueden entrar. Por lo tanto, existe una forma rápida e indolora de hacerlo, que consiste en fundir el hielo de forma voluntaria ahora mismo. También existe una forma larga, terca, lenta, aburrida y triste de hacerlo, lo que se conoce como un asedio, por el cual mis hombres montarán guardia semanas o meses mientras nosotros permanecemos aquí encerrados, muriéndonos de hambre. Tal vez, cuando estéis lo bastante desesperados y hambrientos, acabéis rindiéndoos. O tal vez empecéis a devoraros entre vosotros como caníbales. Sea como sea, si mis hombres se ven obligados a esperar mucho tiempo, os torturarán hasta la muerte en cuanto logren entrar, algo que inevitablemente acabarán haciendo. Y si os decantáis por seguir el camino lento, aburrido y triste, entonces, por favor, por el bien de los niños, traedme unos pantalones.

—¡Althea, ve a buscarle a este hombre sus malditos pantalones! —ordenó Miss Wren—. ¡Pero bajo ninguna circunstancia fundas el hielo!

—Sí, Miss Wren —replicó Althea, y se fue.

—Muy bien —anunció Miss Wren, volviéndose hacia Caul—. Lo que haremos va a ser lo siguiente: O dices a tus hombres que nos dejen salir de aquí con total seguridad, o te mataremos. Si nos vemos obligados a ello, te garantizo que lo haremos y luego arrojaremos tu apestoso cadáver por un agujero excavado en el hielo, y lo haremos además trocito a trocito. A pesar de que estoy segura de que eso no les gustará mucho a tus hombres, nos dará muchísimo tiempo para planificar qué haremos a continuación.

Caul se encogió de hombros y respondió:

—Vale, de acuerdo.

—¿De verdad? —preguntó Miss Wren sorprendida.

—Creí poder asustaros —replicó él—, pero tienes razón, preferiría que no me mataseis. De modo que sacadme por uno de esos agujeros excavados en el hielo y haré lo que me pedís, hablaré con mis hombres.

Althea regresó con unos pantalones y se los arrojó a Caul, que se vistió rápidamente. Miss Wren nombró guardianes de Caul a Bronwyn, al payaso y al contorsionista, y los armó con carámbanos de hielo. Apuntándole en la espalda con las puntas de los carámbanos, empezamos a salir al pasillo. Pero cuando nos atascamos en la pequeña y oscura oficina que precedía a la sala de reuniones de las ymbrynes, todo se fue al traste. Alguien tropezó con un colchón y cayó al suelo, y a continuación se oyeron los sonidos característicos de una refriega. Emma alumbró una llama justo a tiempo de ver que Caul había cogido a Althea y la arrastraba por el pelo. La chica pateó y se debatió cuando Caul acercó un carámbano a su garganta y gritó:

—¡Quedaos atrás o le clavo esto en la yugular!

Seguimos a Caul manteniendo una cautelosa distancia. Continuó arrastrando a Althea hasta la sala de reuniones, y entonces se encaramó con ella a la mesa ovalada, donde la retuvo sujetándola por el cuello, asfixiándola casi, el carámbano a un par de centímetros del ojo de la chica. Entonces gritó de nuevo:

—¡Os informo de mis exigencias!

Pero antes de que pudiera decir nada más, Althea consiguió arrancarle el carámbano de la mano. El pedazo de hielo salió volando y aterrizó de punta en las páginas del Mapa de los Días. Con la boca de Caul formando todavía una O de sorpresa, la mano de Althea se cerró sobre la parte delantera de los pantalones de Caul y la O se ensanchó hasta formar una mueca.

—¡Ahora! —chilló Emma, y entonces ella, Bronwyn y yo, cruzamos las puertas y corrimos hacia ellos.

Pero mientras corríamos, la distancia parecía ampliarse cada vez más, y en cuestión de segundos la pelea entre Althea y Caul dio un nuevo giro: Caul soltó a Althea y se dejó caer sobre la mesa con los brazos extendidos con la clara intención de hacerse de nuevo con el carámbano. Althea cayó con él, pero no lo soltó. Lo tenía enlazado por el muslo con ambas manos y una capa de hielo empezaba a extenderse rápidamente por la mitad inferior del cuerpo de Caul, paralizándolo de cintura para abajo y congelando las manos de Althea adheridas a su pierna. Caul consiguió atrapar el carámbano con un dedo, luego con toda la mano y, gruñendo por el esfuerzo y el dolor, lo despegó del Mapa y giró el torso hasta situar la punta justo encima de la espalda de Althea. Le gritó que parase y lo soltase, advirtiéndola de que, si no obedecía y fundía el hielo de inmediato, le clavaría el carámbano.

Estábamos a escasos metros de ellos, pero Bronwyn nos cogió a Emma y a mí para detenernos.

—¡Para! ¡Detén esto! —oímos gritar a Caul entonces.

Su rostro se contorsionaba de dolor, el hielo empezaba a ascender por su pecho y le alcanzó enseguida los hombros. En cuestión de segundos, los brazos y las manos quedarían cubiertos.

Althea no paró.

Y entonces lo hizo: Caul le clavó el carámbano en la espalda. Althea se quedó tensa y gimió. Miss Wren corrió en su dirección gritando el nombre de Althea mientras el hielo que había llegado a cubrir casi todo el cuerpo de Caul empezaba a retroceder a enorme velocidad. Cuando Miss Wren llegó junto a ellos, Caul había quedado prácticamente libre. El hielo del edificio también estaba fundiéndose, se esfumaba y desaparecía con la misma rapidez que la vida de Althea. El hielo de la buhardilla empezó a gotear y a filtrarse a través del techo, de un modo similar a la sangre que manaba de la herida de Althea. Miss Wren la tenía ahora en sus brazos, su cuerpo debilitado, marchándose.

Bronwyn se había encaramado a la mesa y tenía a Caul agarrado por el cuello con una mano, su arma estrujada y convertida en nieve en la otra. Oímos el sonido del hielo fundiéndose en los pisos de abajo, desapareciendo también de las ventanas. Corrimos a mirar a través de ellas y vimos que el agua caía en cascada a la calle, donde soldados vestidos con uniforme gris de camuflaje urbano se encaramaban a las farolas y las bocas de incendios para no ser arrastrados por las gélidas olas.

Oímos entonces las pisadas de las botas ascendiendo por la escalera y retumbando por el tejado. Instantes después irrumpieron en la sala gritando. Algunos llevaban cascos equipados para la visión nocturna y todos iban profusamente armados: ametralladoras compactas, pistolas con mira láser, cuchillos de combate. Fue necesaria la fuerza de tres de ellos para arrancar a Bronwyn de Caul, que ordenó resollando:

—¡Lleváoslos de aquí, y sin delicadezas!

Miss Wren gritaba, suplicándonos que obedeciéramos:

—¡Haced lo que os digan u os harán daño!

Pero no soltaba el cuerpo de Althea. De modo que los soldados decidieron dar ejemplo con ella. La separaron de Althea, derribaron a Miss Wren de un puntapié y uno de los soldados disparó al techo con la ametralladora, solo para amedrentarnos. Cuando vi que Emma estaba a punto de crear una bola de fuego, la agarré por el brazo y le supliqué que no lo hiciera —«¡No, por favor, no lo hagas, te matarán!»—, y entonces recibí el impacto de la culata de un rifle en el pecho y caí jadeando al suelo. Uno de los soldados me ató las manos a la espalda.

Oí que nos contaban, que Caul pasaba lista de nuestros nombres, asegurándose incluso de contar a Millard, puesto que, después de haber pasado los últimos tres días en nuestra compañía, lo sabía absolutamente todo de nosotros.

Me obligaron a levantarme y nos empujaron para salir al pasillo. Tambaleándose a mi lado estaba Emma, con sangre en la cabeza.

—Haz lo que te digan, por favor —le pedí en voz baja.

Y aunque no dio muestras de ello, supe que me había oído. Su expresión era de rabia, de miedo, de conmoción... y creo que también de pena, por todo lo que me acababan de robar.

En la escalera, los rellanos y los peldaños eran un río de aguas blancas, una vorágine de olas en cascada. La única salida era hacia arriba. Nos empujaron por la escalera, nos hicieron cruzar una puerta y salimos a la clara luz de día, al tejado. Estábamos empapados, congelados, y el miedo nos obligaba a permanecer en silencio.

A todo el mundo menos a Emma.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó.

Caul corrió hacia ella y le sonrió en la cara mientras un soldado la esposaba.

—A un lugar muy especial —respondió Caul—, donde no se desperdiciará ni una sola gota de vuestra alma peculiar.

Emma se encogió de miedo. Caul soltó una carcajada y se alejó, estirando los brazos por encima de la cabeza y bostezando. Vi entonces que de sus omoplatos sobresalía un curioso par de proyecciones nudosas, la caña de unas alas abortadas: la única pista externa de que aquel hombre perverso guardaba cierto parentesco con una ymbryne.

Oímos voces que gritaban desde lo alto de otro edificio. Más soldados. Estaban tendiendo un puente desplegable entre los tejados.

—¿Y la chica muerta? —preguntó uno de ellos.

—Es una lástima, un desperdicio —respondió Caul, chasqueando la lengua—. Me habría gustado poder disfrutar de su alma para cenar. El alma peculiar no tiene sabor en sí misma —añadió, dirigiéndose a nosotros—. Su consistencia natural es más bien gelatinosa y pastosa, pero batida con una pizca de salsa *remoulade* y acompañando carnes blancas, resulta bastante aceptable.

Se echó a reír a grandes carcajadas, y permaneció así un buen rato.

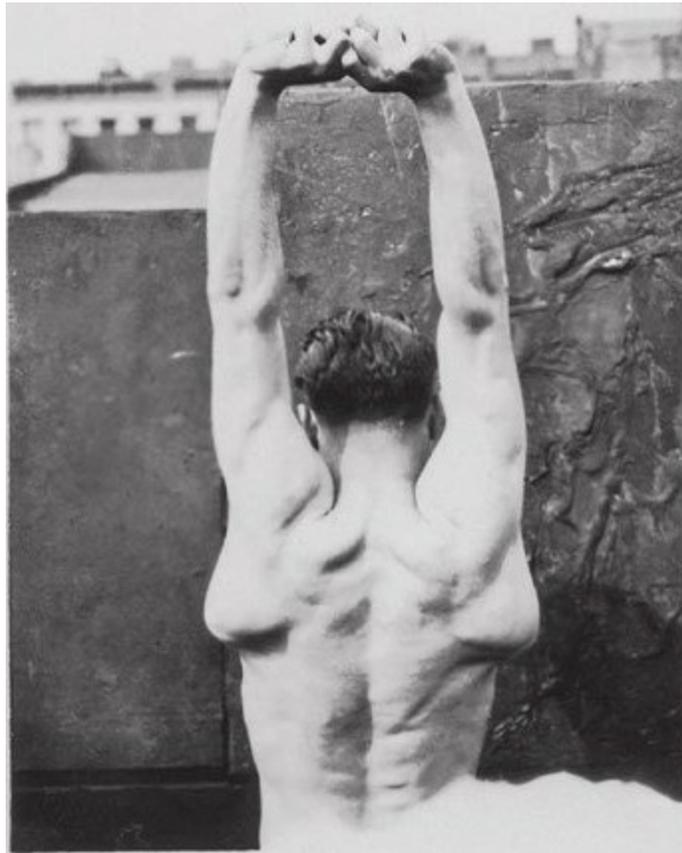
Mientras nos hacían cruzar de uno en uno el amplio puente desplegable, sentí una conocida punzada en el estómago, débil pero cada vez más fuerte, lenta pero cada vez más rápida: el espíritu hueco descongelándose, volviendo poco a poco a la vida.

Diez soldados nos escoltaron a punta de pistola para salir del bucle. Pasamos por delante de las tiendas del carnaval y de las casetas de feria, por delante de boquiabiertos asistentes a la fiesta, recorrimos el laberinto de callejuelas repleto de puestos, los vendedores y los pilluelos mirándonos con expresión sorprendida, entramos en la sala de los disfraces, pasamos de largo la montaña de ropa que habíamos dejado previamente allí y bajamos al metro. Los soldados nos hacían avanzar a empujones, ordenándonos a gritos que permaneciéramos en silencio (aunque nadie había pronunciado palabra desde hacía un buen rato), que no levantáramos la cabeza y guardáramos la fila, bajo amenaza de matarnos a tiros.

Caul ya no nos acompañaba; se había quedado atrás con el grueso del

contingente de soldados para la «operación de limpieza», lo que a mi entender quería decir peinar el bucle en busca de algún peculiar que pudiera haberse quedado escondido o rezagado. La última vez que lo vimos, estaba calzándose un par de botas modernas y cubriéndose con una chaqueta del ejército. Nos había dicho que estaba absolutamente harto y asqueado de nuestra cara y que ya nos veríamos «al otro lado», aunque no sé qué quería decir con eso.

Cruzamos el punto de cambio y volvimos a avanzar en el tiempo, pero la versión de los túneles en la que aparecimos resultaba irreconocible. Tanto las vías como las traviesas eran metálicas, y las luces de los túneles eran distintas ya no eran rojas e incandescentes, sino parpadeantes fluorescentes que emitían una luz verdosa mareante. Salimos del túnel y subimos al andén, y entonces lo entendí: ya no estábamos en el siglo XIX, ni siquiera en el XX. La multitud de refugiados había desaparecido y la estación estaba prácticamente desierta. La escalera de caracol por donde habíamos bajado ya no estaba y había sido sustituida por una escalera mecánica. Colgada del techo del andén, una pantalla de LED anunciaba: «TIEMPO DE ESPERA PARA LA LLEGADA DEL PRÓXIMO TREN: 2 MINUTOS». En la pared había un cartel publicitario que anunciaba una película que había visto a principios de verano, justo antes de que falleciera mi abuelo.



Habíamos dejado atrás 1940. Volvía a estar en el presente.

Algunos niños tomaron nota de ello con miradas de sorpresa y miedo, temerosos de envejecer en cuestión de minutos, pero creo que para la mayoría la conmoción de nuestro repentino secuestro no podía quedar superada por un viaje inesperado al presente; lo que los preocupaba era la posible extracción del alma, no tener canas o manchas de vejez.

Los soldados nos acorralaron en el centro del andén para esperar la llegada del tren. Oí el sonido de unas pisadas aproximándose. Me arriesgué a mirar por encima del hombro y vi que se acercaba un policía. Tras él, bajando por la escalera mecánica, llegaban tres más.

—¡Policía! —gritó Enoch—. ¡Aquí, policía!

Uno de los soldados le arreó un culatazo en el estómago y Enoch se dobló de dolor.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó el policía más próximo.

—¡Nos han hecho prisioneros! —gritó Bronwyn—. ¡En realidad no son soldados, son...!

Y entonces fue ella la que recibió el culatazo, aunque no pareció afectarla. Lo que la llevó a callarse fue el policía en sí, que cuando se despojó de las gafas de sol con cristal de espejo que llevaba puestas dejó al descubierto unos ojos austeramente blancos. Bronwyn se encogió de miedo.

—Un pequeño consejo —dijo el policía—. Nadie va a venir a ayudaros. Estamos por todas partes. Aceptadlo y todo será más fácil.

Los normales empezaban a llenar la estación. Los soldados nos rodearon estrechamente por todos lados al tiempo que mantenían ocultas las armas.

El tren lleno de gente entró en la estación. Abrió las puertas eléctricas y vomitó un aluvión de pasajeros. Los soldados nos empujaron hacia el vagón más próximo. Los policías les habían tomado la delantera para hacer salir a los pocos pasajeros que aún quedaban en el interior.

—¡Busquen otro vagón! —rugieron—. ¡Salgan!

Los pasajeros refunfuñaron, aunque obedecieron. Pero en el andén había más gente que intentaba acceder también al vagón, y parte de los soldados que nos custodiaban se vio obligada a separarse de nosotros para impedirselo. La confusión reinante —las puertas intentando cerrarse pero la policía manteniéndolas abiertas hasta que empezó a sonar una sirena de alarma; los soldados empujándonos con tanta fuerza que Enoch tropezó, y los demás niños con él, provocando una reacción en cadena— fue suficiente para que el contorsionista, cuyas muñecas eran tan esqueléticas que había conseguido librarse de las esposas, decidiera aprovecharla para huir.

Sonó un disparo, luego un segundo, y el contorsionista se tambaleó y cayó al suelo. La muchedumbre se dispersó, presa del pánico. La gente empezó a gritar y a correr para huir de los disparos, y lo que había sido una simple confusión se convirtió en un completo caos.

Los soldados continuaban empujándonos y pegándonos patadas para que subiéramos al vagón. A mi lado, Emma se resistía, y el soldado que la acosaba se acercó más a ella. Detecté un resplandor anaranjado en sus manos esposadas y, en aquel momento, Emma lo tocó. El soldado cayó al suelo, chillando. Su uniforme de camuflaje mostraba un gran orificio en forma de mano. Vi entonces que el soldado que me empujaba a mí levantaba su arma con la clara intención de golpear a Emma en el cuello con la culata. Un instinto se apoderó de mí y le clavé el hombro en la espalda.

El soldado dio un traspié.

Emma fundió las esposas, que se desprendieron en un informe amasijo metálico al rojo vivo. El soldado que me empujaba se volvió entonces hacia mí empuñando su arma, aullando de rabia, pero antes de que le diera tiempo a disparar, Emma se aproximó a él por detrás, unió las manos y se las pegó a la cara. Sus dedos estaban tan ardientes que le fundió las mejillas como si fuesen mantequilla. El soldado soltó el arma y se derrumbó en el suelo, chillando.

Todo sucedió a gran velocidad, en cuestión de segundos.

Vi que se acercaban dos soldados más. Prácticamente todo el mundo había subido ya al tren. Estaban todos a bordo con la excepción de Bronwyn y los hermanos ciegos, que no habían sido esposados y permanecían inmóviles con los brazos entrelazados. Viendo que iban a matarnos, Bronwyn hizo algo de lo que jamás la habría imaginado capaz en otras circunstancias: le dio un bofetón al hermano ciego mayor, cogió al más pequeño y se lo arrancó de los brazos.

En el momento en que la conexión entre ellos quedó cortada, emitieron un grito tan potente que generó un vendaval. Desgarró la estación entera como un tornado de energía pura, derribándonos a Emma y a mí, haciendo añicos las gafas de sol de los soldados, eclipsando la mayoría de las frecuencias que mis oídos podían detectar hasta el punto de que lo único que oía en aquel momento era un chirriante y agudo «iiiiiiii.....».

Vi que las ventanillas del tren estallaban y que las pantallas de LED se estremecían hasta transformarse en millones de fragmentos punzantes como cuchillos. Los fluorescentes del techo explotaron y nos quedamos por un instante sumidos en la oscuridad más absoluta. Al cabo de pocos segundos, las luces de emergencia empezaron a relucir con su histérico color rojo.

El viento me había hecho caer de espaldas al suelo y los oídos seguían zumbándome. Noté que algo tiraba de mí por el cuello de la camisa, alejándome del tren, y no conseguía recordar cómo hacer funcionar brazos y piernas para resistirme. Más allá del frenético zumbido de los oídos, me pareció distinguir voces que gritaban con frenesí:

—¡Idos, marchaos!

Noté algo frío y húmedo en la nuca y me vi arrastrado hacia una cabina telefónica. Emma también estaba allí, hecha un ovillo en un rincón, semiinconsciente.

—Levanta las piernas —oí que decía una voz que me resultaba familiar, y

entonces vi aparecer una cosa bajita y peluda con morro plano y doble mentón.

El perro. Addison.

Levanté las piernas para entrar en la cabina, recuperando poco a poco la conciencia pero incapaz aún de hablar.

Lo último que vi, bajo aquel infernal destello rojo, fue a Miss Wren, a la que empujaban para hacerla entrar en el vagón y las puertas del mismo cerrándose herméticamente. Todos mis amigos estaban dentro, encogidos de miedo y rodeados de armas apuntándolos, enmarcados por las ventanillas hechas añicos del tren, rodeados de hombres con los ojos blancos.

El tren se adentró en la oscuridad y desapareció.

Me desperté de repente con una lengua lamiéndome la cara.

El perro.

La puerta de la cabina estaba cerrada y estábamos los tres sentados en el suelo, acurrucados.

—Te has desmayado —dijo el perro.

—Se han ido —dije.

—Sí, pero no podemos quedarnos aquí. Volverán a por vosotros. Tenemos que irnos.

—Creo que aún no puedo tenerme en pie.

El perro tenía un corte en el morro y le faltaba un pedazo de oreja. Fuera lo que fuese lo que había vivido para llegar hasta allí, había sido también un infierno.

Sentí un cosquilleo en la pierna, pero estaba tan agotado que ni siquiera podía levantar la cabeza para mirar qué era. La cabeza me pesaba como si fuera de piedra.

—No vuelvas a dormirte —dijo el perro, y se volvió hacia Emma para lamerle también la cara.

El cosquilleo otra vez. Esta vez me moví un poco y palpé para ver qué era.

Era el teléfono móvil. Mi teléfono estaba vibrando. Era increíble. Hurgué en el bolsillo. No tenía casi batería, la intensidad de la señal era prácticamente nula. Miré la pantalla:

«PAPÁ (177 LLAMADAS PERDIDAS)».

De no haber estado tan grogui, lo más probable era que no hubiera respondido. En cualquier momento aparecería un hombre armado para acabar con nosotros. No era un buen momento para mantener una conversación con mi padre. Pero mi cabeza no funcionaba de forma correcta, y siempre que el teléfono sonaba, mi viejo impulso pavloviano era cogerlo.

Pulsé la tecla para responder.

—¿Diga?

Un grito ahogado al otro lado de la línea. Y entonces:

—¿Jacob? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

Mi voz debió de sonar fatal, un débil chirrido.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —exclamó mi padre. No esperaba que respondiera, tal vez me hubieran dado ya por muerto y me llamara por un reflejo instintivo de dolor que no podía evitar—. Yo no... ¿Dónde...? ¿Qué ha pasado...? ¿Dónde estás, hijo?

—Estoy bien —respondí—. Estoy vivo. En Londres.

No sé por qué le dije esto último. Imagino que porque le debía algo de verdad.

Entonces me pareció que se apartaba un poco del auricular para hablar a gritos con alguien.

—¡Es Jacob! ¡Está en Londres! —Luego volvió a dirigirse a mí—. Te dábamos por muerto.

—Lo sé. Quiero decir... que no me sorprende. Siento haberme ido como lo hice. Confiaba en no asustaros demasiado.

—Nos diste un susto de muerte, Jacob. —Mi padre suspiró, un sonido prolongado y trémulo que expresaba a la vez alivio, incredulidad y exasperación—. Tu madre y yo también estamos en Londres. Después de que la policía no consiguiera dar contigo en la isla... Bueno, da igual, solo dínos dónde estás y vendremos a recogerte.

Emma empezó a moverse. Abrió los ojos y me miró, legañosa, como si estuviera escondida en lo más profundo de su ser y me observara a kilómetros de distancia de su cerebro y de su cuerpo. Entonces Addison dijo:

—Bien, muy bien, ahora quédate con nosotros. —Y empezó a lamerle la mano.

Continué hablando por teléfono.

—No puedo venir, papá. No puedo meterte en todo esto.

—Oh, Dios mío, lo sabía. Andas liado con drogas, ¿verdad? Mira, sea lo que sea en lo que te hayas metido, podemos ayudarte. No es necesario que involucremos a la policía. Lo único que deseamos es que vuelvas a casa.

Durante un segundo, mi mente se oscureció por completo, y cuando volvió la luz, sentí un puñetazo de dolor tan intenso en el estómago que me vi obligado a soltar el teléfono.

Addison sacudió la cabeza y se quedó mirándome.

—¿Qué pasa?

Y entonces vi una larga lengua negra presionando el cristal de la cabina desde el exterior. Rápidamente se le sumó una segunda, y una tercera.

El hueco. El espíritu hueco descongelado. Nos había seguido.

El perro no podía verlo, pero interpretó con facilidad mi expresión.

—Es uno de ellos, ¿no?

Articulé con la boca un «sí» y Addison se encogió de miedo en el rincón.

—¿Jacob? —Era la vocecilla de mi padre, que seguía al teléfono—. ¿Jacob, estás ahí?

Las lenguas empezaron a envolver la cabina, rodeándonos por completo. No

sabía qué hacer. Lo único que sabía era que tenía que hacer alguna cosa, de modo que moví los pies, apoyé las manos en la pared de la cabina y empujé para incorporarme.

Me quedé cara a cara con él. Las lenguas se proyectaban como abanicos desde una boca con dientes como cuchillos. Tenía los ojos negros, supuraban algo también negro y me miraban fijamente desde el otro lado del cristal, a escasos centímetros de mí. El hueco emitió un grave sonido gutural que me hizo picadillo las entrañas y casi deseé que aquella bestia me matara y acabara con todo para que el dolor y el terror que sentía terminaran por fin.

—¡Despierta! ¡Te necesitamos, chica! ¡Crea tu fuego! —le gritó el perro a Emma.

Pero Emma no podía ni hablar ni tenerse en pie, y estábamos completamente solos en la estación con la excepción de dos mujeres con impermeable que se alejaban de nosotros, protegiéndose la nariz del fétido olor del hueco.

Y entonces la cabina, la cabina entera con nosotros en su interior, empezó a balancearse de un lado a otro y oí desprenderse y partirse los tornillos que la sujetaban al suelo. Poco a poco, el hueco levantó la cabina —unos centímetros primero, luego un palmo, después dos— para soltarla de nuevo. El golpe rompió las ventanas y una lluvia de cristales cayó a continuación sobre nosotros.

Ya no había nada que se interpusiera entre el hueco y yo. Ni un centímetro de distancia, ni un panel de cristal. Retorció las lenguas para introducirlas en la cabina, atraparme el brazo, la cintura, el cuello, apretarme cada vez con más fuerza hasta cortarme la respiración.

Fue en aquel momento cuando supe que estaba muerto. Y como estaba muerto y ya no podía hacer nada, dejé de resistirme. Relajé los músculos, cerré los ojos y claudiqué ante el dolor que estallaba en mi vientre como fuegos de artificio.

Y entonces sucedió algo muy extraño: el dolor cesó. El malestar cambió y se transformó en otra cosa. Aquello me envolvió, y debajo de su turbulenta superficie descubrí algo apacible y delicado.

Un susurro.

Volví a abrir los ojos. El hueco estaba paralizado y me miraba fijamente. Le devolví la mirada sin miedo alguno. Veía puntitos negros por la falta de oxígeno, pero no sentía ningún dolor.

El hueco aflojó poco a poco la presión que ejercía en mi cuello. Respiré por vez primera en varios minutos, profundamente y manteniendo la calma. Y en aquel instante, el susurro que había descubierto en mi interior ascendió desde mi vientre hasta la garganta y traspasó los labios, emitiendo un sonido que no se parecía al de ningún idioma pero cuyo significado reconocí de forma innata.

«Atrás.»

«Vete.»

El hueco replegó las lenguas. Las guardó en su abultada boca y cerró las mandíbulas. Incluyó levemente la cabeza, en un gesto casi de sumisión.

Y se sentó.

Emma y Addison me miraron desde el suelo, sorprendidos por la repentina tranquilidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el perro.

—No hay nada que temer —dije.

—¿Se ha ido?

—No, pero ya no nos hará daño.

Addison no me preguntó por qué estaba tan seguro. Se limitó a asentir; para él era garantía suficiente el tono de mi voz.

Abrí la puerta de la cabina y ayudé a Emma a incorporarse.

—¿Puedes andar? —le pregunté. Me rodeó con un brazo por la cintura, apoyó todo el peso de su cuerpo contra el mío y dimos juntos un primer paso—. No voy a abandonarte —dije—. Te guste o no.

Entonces, me susurró al oído:

—Te quiero, Jacob.

—Yo también te quiero —le susurré también a modo de réplica.

Me agaché para recoger mi teléfono.

—¿Papá?

—¿Qué era ese ruido? ¿Con quién estás?

—Estoy aquí. Estoy bien.

—No, no puedes estar bien. Quédate donde estás.

—Papá, tengo que irme. Lo siento.

—Espera. No cuelgues —dijo—. Estás confuso, Jake.

—No. Soy como el abuelo. Tengo lo que tenía el abuelo.

Una pausa al otro lado de la línea. Y a continuación:

—Por favor, vuelve a casa.

Respiré hondo. Había mucho que decir y poco tiempo para decirlo. Con lo siguiente sería suficiente:

—Confío en poder regresar a casa algún día. Pero antes tengo que hacer muchas cosas. Solo deseo que sepas que os quiero mucho, a ti y a mamá, y que no hago nada de esto para haceros daño.

—Nosotros también te queremos, Jake, y si andas metido en drogas, o en lo que quiera que sea, no nos importa. Te ayudaremos a recuperarte. Como ya te he dicho, creo que estás muy confuso.

—No, papá, lo que sucede es que soy peculiar.

Colgué el teléfono y, hablando un idioma que desconocía saber, le ordené al hueco que se levantara.

Obediente como una sombra, lo hizo.

Sobre las fotografías

Como en el primer libro, *El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares*, todas las fotografías que aparecen en *La ciudad desolada* son fotos de época auténticas que, con la excepción de unas pocas que han sufrido un mínimo tratamiento digital, no han sido alteradas. Fueron minuciosamente recopiladas en el transcurso de varios años: descubiertas en mercadillos, en ferias de antigüedades y, la mayoría de las veces, en los archivos de coleccionistas de fotografías mucho más expertos que yo y que tuvieron la amabilidad de compartir conmigo algunos de sus tesoros más peculiares para colaborar en la creación de este libro.

Las fotografías que mencionamos a continuación han sido amablemente cedidas por sus propietarios. En la galería de personajes peculiares, la fotografía de la silueta de Jacob, la ha cedido Roselyn Leibowitz; la de Emma Bloom, la ha cedido Muriel Moutet; la de Enoch O'Connor y la de Claire Densmore, las ha cedido David Bass y la de Fiona, John Van Noate. También John Van Noate ha cedido las fotografías de una niña subiendo a un tren y la de un bebé llorando, en el capítulo ocho; la fotografía de unos hermanos peculiares, en el capítulo nueve; la de Sam, en el capítulo diez, la misma imagen que se ha usado para la portada; y del capítulo once, la de Millard en el espejo y la del vigilante, un chico sentado y con sombrero.

Agradecimientos

En la sección de agradecimientos de *El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares* daba las gracias a mi editor Jason Rekulak, por su paciencia «aparentemente interminable». Ahora, después de un segundo libro que me ha llevado el doble de tiempo escribir, me temo que tendré que darle las gracias por su verdaderamente legendaria y santa paciencia; sin lugar a dudas, posee la paciencia de Job. Confío en que la espera haya merecido la pena y le estaré agradecido por toda la eternidad por haberme ayudado a encontrar el camino.

Quiero dar las gracias al equipo de Quirk Books —Brett, David, Nicole, Moneka, Katherine, Doogie, Eric, John, Mary Ellen y Blair— por ser a la vez la gente más cuerda y más creativa del mundo de la edición. Gracias también a todo el equipo de Random House Publisher Services y a mis editores en el extranjero, por haber conseguido traducir con elegancia mis estrafalarias palabras inventadas a otros idiomas (y por recibir de vez en cuando en vuestros respectivos países a un escritor norteamericano alto, pálido y algo confuso; siento el caos que pueda haber provocado en vuestras salas de reuniones).

Mi agradecimiento para mi agente, Jodi Reamer, por leer los numerosos borradores del libro, por las anotaciones que han servido para mejorarlo y por utilizar (casi) siempre su título de cinturón negro para bien, no para mal.

Mi más sentido agradecimiento para mis amigos coleccionistas de fotografías, que me ayudaron enormemente en la creación de este libro. Robert E. Jackson, Peter J. Cohen, Steven Bannos, Michael Fairley, Stacy Waldman, John Van Noate, David Bass, Yefim Tovbis y Fabien Breuvart: no podría haberlo hecho sin vosotros.

Gracias a los maestros que me desafiaron y me animaron a lo largo de los años: Donald Rogan, Perry Lentz, P. F. Kluge, Jonathan Tazewell, Kim McMullen, Linda Janoff, Philip Eisner, Wendy MacLeod, Doe Mayer, Jed Dannenbaum, Nina Foch, Lewis Hyde y John Kinsella, entre muchos otros.

Y gracias por encima de todo a Tahereh, que ha iluminado mi vida de innumerables maneras. Te quiero, azizam.

Notas

* *Coal*, en inglés, significa «carbón». (*N. de la t.*)

* *Wren*, en inglés, significa «chochín», un ave paseriforme de pequeño tamaño y gran vivacidad. (*N. de la t.*)

La ciudad desolada
Ransom Riggs

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Hollow City*

© del texto: Ransom Riggs, 2014

© de la traducción: Isabel Murillo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16078-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

DEDICATORIA

CITA

PERSONAJES PECULIARES

PRIMERA PARTE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

SEGUNDA PARTE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS